ALFAGUARA

Sergio del Molino

Los alemanes

Premio ALFAGUARA de novela 2024

Narrativa Hispánica

Sergio del Molino

Los alemanes

Premio
ALFAGUARA
de novela
2024

A Pablo Bieger, in memoriam

El hombre sensible, como yo, se ve completamente afectado por lo que se le objeta, pierde la cabeza y no vuelve a ser dueño de sí mismo hasta llegar al pie de la escalera.

DENIS DIDEROT, *La paradoja del comediante*

Nadie comprende el dolor del otro, y nadie comprende la alegría del otro. Siempre pensamos ir hacia el otro, pero lo único que hacemos es pasar unos al lado de otros. Qué padecimiento para quien se da cuenta de esto.

FRANZ SCHUBERT, *Diarios*

Únicamente en sentido metafórico puede uno decir que se siente culpable no por lo que uno ha hecho, sino por lo que ha hecho el padre o el pueblo de uno. (Moralmente hablando, casi tan malo es sentirse culpable sin haber hecho nada concreto como sentirse libre de toda culpa cuando se es realmente culpable de algo).

HANNAH ARENDT, *Eichmann en Jerusalén*

El 2 de mayo de 1916, los vapores Cataluña e Isla de Panay atracaron en el puerto de Cádiz. Transportaban a seiscientos veintisiete alemanes procedentes de la colonia de Camerún, conquistada por los aliados en febrero de ese año en uno de los episodios menos conocidos y menos comentados de la Gran Guerra. En lugar de rendirse a sus enemigos, los alemanes se entregaron a las autoridades españolas en Guinea. España, como potencia neutral, los acogió como internados. Ya no abandonaron el país y se instalaron, sobre todo y entre otras ciudades, en Alcalá de Henares, Pamplona y Zaragoza. Pronto se harían famosos y serían conocidos como los alemanes del Camerún.

Hasta aquí, la historia tal y como aparece en los registros. A partir de aquí, la leyenda.

Aquí puedes escuchar toda la música que suena en *Los alemanes*, en una selección de intérpretes y grabaciones escogida personalmente por el autor y en el orden en el que aparecen en la novela.

1. Fede

Iré a ver a papá, le dije. Claro que iré. Ya había decidido ir antes de que me clavase el codo con la mirada, y mucho antes de que chasqueara la lengua y suspirase. Se le pone cara de adolescente cuando se enfada, pensé, pero a lo mejor sólo se la veo yo. Serán cosas de hermanos.

Cuando bajé del taxi y me encaminé a la cancela, Eva me vio venir y cruzó los brazos. Rígida, ni adelantó una pierna para salir a mi encuentro. Esperó a que llegase y ni siquiera respondió a mi abrazo. Le di un beso en la mejilla, un beso de verdad, de los que manchan, y no se movió ni me saludó. ¿Vienes directo, sin pasar por casa de papá?, me dijo, como si yo tuviera la culpa de los horarios de Iberia, como si hubiese urdido una trama de trenes retrasados y vuelos cancelados.

—¿No has traído maleta? Pensé que te quedabas unos días, hasta la despedida, al menos —dijo, mirando la mochila que llevaba a la espalda, una mochila pequeña donde sólo cabían dos camisas y una muda.

—No quería facturar, ya me apañaré. Que sí, joder, me quedo unos días, claro que me quedo unos días.

—Bien, porque habrá que decidir qué hacemos con los papeles de Gabi y hay que firmar un montón de cosas.

Eso, decidamos ahora. Arreglémoslo todo en la puerta del cementerio, antes de que me vuelva a escapar y no responda a los correos y finja que mi vida no tiene nada que ver con la vuestra.

Ya no tenía flequillo que soplarse cuando mi presencia se le volvía insoportable. Llevaba media melena y le sentaba bien. Se había quitado algún año. La última vez que la vi parecía una señora triste llena de raspas, pero había cambiado. Me sonaba que tenía un novio. Sería uno de esos que compadreaban en la puerta, un tipo fino y educado, alguien cariñoso que no le haría perder la compostura. Me habría gustado decirle que la veía muy bien, que sonaba feliz, que ya no era aquella mujer vencida que tanto me espantó la última vez.

—Bueno, ya hablaremos luego. He reservado mesa en Angelito, puedes ir a ver a papá después, ¿te parece?

Me tocó el brazo y me acarició la chaqueta arrugada. Dudó un segundo y dibujó algo así como una sonrisa. Retrocedí un paso ante

aquella suavidad, y ella me abrazó sin que yo pudiera responder. Acercó su boca a mi oreja y me dijo:

—Apestas, tío, y te canta el aliento, no te acerques mucho a la gente.

La gente a la que no podía acercarme era un grupo bien vestido, un poco rancio, a la moda provinciana de la ciudad, que era eterna y recordaba mucho a la moda provinciana de mi ciudad alemana. En medio de aquel grupo de trajes aburridos para señora y caballero comprados en las plantas respectivas del Corte Inglés, mi chaqueta con coderas y mi camisa a cuadros desentonaban como nunca desentonó Gabi, cuyo contraste con el paisaje textil de la ciudad era de contrapunto. Yo iba despeinado y sin disimular una mancha de tomate en la pernera derecha del vaquero, a la altura de la rodilla, resto de una currywurst zampada a toda prisa en la terminal de Frankfurt cuando ya había empezado el embarque. Había sido mi desayuno, y aún centrifugaba en el estómago, provocándome el mal aliento del que me había avisado mi hermana y que podía utilizar como escudo contra esa sociedad concernida que me miraba de reojo, sin confirmar ni desmentir que yo era yo, el que vivía fuera, el que nunca aparecía por casa.

Mi hermana entró y saludó a unos señores de la edad de papá, pero con salud, capaces de vestirse, aguantar de pie, dar la mano y ofrecer pésames, y yo me quedé en la verja, como si aún estuviese a tiempo de decirle al taxista que volviera. El funeral público —la despedida, como lo llamaban con eufemismo— estaba programado para unos días después en el teatro, con canciones, discursos, alcaldes, músicos, poemas recitados por escritores y todo lo que se podía esperar para un difunto por quien la ciudad entera lloraba, como se leía en la prensa donde se publicaban las esquelas a media página y sin cruces. Esto último era fundamental. Mi hermana pidió pruebas de impresión de las esquelas antes de autorizarlas y me las mandó por wasap con la frase si te parece bien.

Nihil obstat, imprimatur, le contesté.

Ella empezó a escribir una respuesta. Se fijó un rato en la pantalla el mensaje *escribiendo*, pero al final no puso nada.

No me salió del cuerpo decirle que no soportaba revisar la esquela de mi hermano en esa estación, de la que el tren iba a salir con una hora de retraso, lo que me haría perder el avión y me obligaría a dormir en uno de esos hoteles para suicidas de los aeropuertos. Quise decirle que ella tampoco tenía que aprobar ni vigilar nada, que daba lo mismo que salieran una o veinte cruces, que no importaba si escribían bien el apellido sin dejarse la T o la H o el orden en que se nos citase a los que lamentábamos mucho la pérdida y blablablá. Da igual, hermana, quería decirle, enfatizando el hermana, sin su nombre,

pero le puse nihil obstat, imprimatur, y ella pensó que yo era imbécil, como siempre, y también quiso decírmelo, pero le bastó con saber que no habría cruces en la esquela, que se publicaría laica y limpia, y que yo me daba por enterado a todos los efectos.

Lo de aquella mañana era un entierro en el sentido más estricto de la palabra. Consistía en sepultar su cadáver al estilo antiguo, en una tumba excavada en la tierra. No lo dejarían en un nicho, ni siquiera en un panteón, aunque la familia tenía pedigrí para erigir uno. Nuestro apellido debería destacar en una construcción de granito en la alameda central del cementerio, al lado de los patricios locales, pero mi familia prefería la gloria íntima de esa parcela aneja al camposanto municipal, hecha de tierra alemana.

Allí estaba mamá, pegada a la tapia, bajo un tilo que se alimentaba de ese rico compost y cuyas raíces pronto reventarían todas las lápidas. Al otro lado del árbol estaba el abuelo, Pablo Schuster, muy cerca de su padre, el bisabuelo Hans, el Schuster primigenio. Allí le buscaron un hueco a Gabi, y no entiendo cómo, porque no cabían más muertos, pero siempre encontraban unos palmos de tierra para encajar otro. Allí cabrá también mi hermana. Y si no tomo las precauciones debidas, allí acabaré yo.

Sobre la cancela sólo se leía DEUTSCHER. La otra mitad del dintel estaba en blanco. Como informaba puntualmente Elfriede en los boletines de la asociación de antiguos alumnos, el ayuntamiento retiró el relieve con la palabra FRIEDHOF después de que la F y la D se cayeran al suelo una tarde de invierno más ventosa de lo normal. Por mis vicios de lingüista —aunque no lo soy en realidad—, siempre veía las palabras descompuestas en partes. Fried, paz. Hof, jardín, patio, quizá huertillo, si nos ponemos rurales. Cementerio en alemán es patio de paz. Y la paz que celebra es, claro, la de los cementerios.

Para evitar guerras en los juzgados, y aunque casi nadie pasaba por allí, se retiró la lápida con la palabra FRIEDHOF para que el resto de las letras no golpeasen a un paseante despistado, a lo peor un corredor de esos que llevan pulsera para contar los pasos. Qué paradoja, puse en el chat familiar cuando se comentó la noticia. Levantarte a las seis de la mañana para correr unos kilómetros y soñar con una vida eterna y un cuerpo joven, y que te mate el rótulo en piedra de un cementerio de nazis medio abandonado.

Gabi respondió con un jajajaja y un emoji de carita que se carcajea, en un gesto de misericordia. Mi hermana ignoró el chiste y dijo que deberíamos aportar algo de dinero a la asociación para que encargasen un rótulo a un marmolista. Lo dijo también en la lista de correo del boletín. Se ofreció a Elfriede para pedir presupuestos y supervisar el trabajo, para que el color de la piedra fuera el mismo que el de la palabra DEUTSCHER —lo cual sería difícil, porque era un

color gris lamento hecho de décadas a la intemperie, no habría mármol nuevo que lo igualase— y escribieran bien FRIEDHOF.

Elfriede agradeció la iniciativa, pero la asociación, compuesta por socios de la edad de mi padre, no tenía fondos para esa obra, y su intención era suplicarle al ayuntamiento que se hiciera cargo, y que de paso le diera un repasito a todo el cementerio, que desbrozasen las malas hierbas, adecentasen los caminos y desatascasen las canaletas para que no se inundara los dos o tres días al año que llovía en la ciudad. Planteado así, aquello era una lucha política que trascendía la buena voluntad de mi hermana y creaba un conflicto con su carrera de servidora pública. A ver si en el partido se iban a pensar que utilizaba su influencia para desviar fondos al cementerio donde estaba enterrada su familia. Lo dejó estar y deseó suerte a Elfriede en sus gestiones. Por eso, sobre mi cabeza sólo se leía DEUTSCHER.

Me divertía ver a tanto señorón y a tanta señorona evitando las zarzas y las hierbas altas que ocultaban las tumbas más viejas. Yo no los reconocía ni ellos me reconocían a mí, pero con todos había pasado más de un sábado, cuando las familias de la colonia se reunían por la mañana para asear el cementerio. Allí íbamos, de pantalón corto —porque eran tareas de primavera y otoño, el frío y el calor nos excusaban de aquel muermo—, con el cubo, los paños, los escobones y toda esa intendencia que nunca usábamos en casa porque para eso estaba la chica.

Los adultos se cansaban pronto de baldear las tumbas. Retiraban las flores secas del sepulcro del abuelo, ponían en su lugar un jarrón con los claveles que compraban en el quiosco de la entrada y limpiaban con un cepillo el polvo que tapaba las palabras inscritas en alemán. Con eso se daban por satisfechos y abrían los refrescos y las cervezas que llevaban en las neveras portátiles. A los niños se nos dejaba en paz en cuanto arrancábamos tres hierbajos y fingíamos barrer un caminito. Podíamos entonces correr, escondernos, trepar a los árboles, cazar lagartijas y todas esas cosas propias de nuestra edad.

De uno de aquellos sábados viene mi afición a los chistes de nazis, que sólo puedo contar a mis amigos no alemanes. Yo aún era un piojo y Gabi me deslumbraba con la brasa de sus cigarrillos, que fumaba en el mismo cementerio, sin que los mayores se diesen cuenta. Tú no, piojo, me decía: cuando ingreses en las Hitlerjugend podrás fumar. Siempre estaba con lo mismo. Saludaba heil y respondía jawohl a los profesores, lo que le costó un par de expulsiones, y no debía de tener por entonces más de quince años. Si terminó el COU en el colegio alemán fue porque papá debió de abonar algunas tasas extraordinarias, al margen de la matrícula. Yo no sabía de dónde sacaba Gabi esas impertinencias ni cómo conseguía aquellos libros que leía.

Uno de esos sábados, antes de ir al cementerio, entré en su cuarto y lo encontré leyendo en la cama. Me llamó la atención la portada del libro, un dibujo muy tosco de una figurilla humana con un gorro de papel, un arlequín esquemático que tocaba un tambor rojo.

—Mamá dice que nos tenemos que ir —anuncié.

—Jawohl, Frau Mutter —gritó, y dejó el libro en la mesilla, de donde lo cogí. *Die Blechtrommel Roman*, leí con dificultad. De los tres, fui el que más tarde aprendió alemán, y al final he sido el único que vive de ese idioma.

—El título es sólo *Die Blechtrommel*. *Roman* quiere decir que es una novela. ¿Sabes traducirlo ya?

—Algo de un tambor.

—Muy bien, aún no estás perdido: *El tambor de hojalata*.

—¿De qué va?

—De nosotros, de nuestra familia, de lo que vamos a hacer ahora en el cementerio.

Hasta que no lo leí, unos cursos después, creí que Günter Grass había escrito un libro sobre mi familia. En parte aún lo creo. De niño, pensaba que mi hermano hablaba siempre en serio. Luego pasé media vida tomándole por un payaso incapaz de decir tres frases sin ironía. Ahora que había muerto, volvía a creer que habló siempre en serio. Nunca he conocido a nadie que hablara tan en serio como mi hermano.

No sé si fue ese mismo sábado —todos los sábados de cementerio son los mismos en el recuerdo— cuando me arrimé a él en las tumbas vacías, donde fumaba con Berta, la mayor de los Klein, una chica miope y amable que iba a su misma clase y con la que se entendía de una forma impenetrable. Eran muy diferentes, pero siempre andaban juntos. Al verme llegar, Gabi me llamó con el mote que siempre usaba.

—No llames piojo a tu hermano —dijo Berta—, y no le des de fumar.

—Mira, piojo, a ver si ya eres un buen súbdito del Reich. ¿Qué pone aquí?

Señalaba una frase de la tumba central del grupo de tres sepulcros vacíos, pues los alemanes se habían llevado los ataúdes a un cementerio militar de Extremadura y en Zaragoza dejaron sólo las lápidas. Leí con el mejor acento de alto alemán que me salió: Für Spaniens Freiheit. Por la libertad de España, traduje, para sacar mejor nota en el examen.

—Sehr gut! —celebró Gabi—. O sea, que estamos profanando la tumba de un héroe. Por la libertad de España murió el tío, nada menos. Friedrich Doagert, un mártir por la libertad. ¿Sabes por qué murió?

—No le calientes la cabeza, Gabi —dijo Berta.

—Este Friedrich Doagert murió porque el avión que pilotaba fue alcanzado el… —quitó el polvo que cubría la fecha de la muerte— 5 de febrero de 1938. ¿Sabes qué hacía el bueno de Friedrich el 5 de febrero de 1938? Tirar bombas y ametrallar a gente.

—Gabi, para, pobre chiquillo.

—Tirar bombas y ametrallar a gente por la libertad de España. Y quien derribó su avión quería impedir que el buen Friedrich tirase más bombas, pero aquí dice que murió für Spaniens Freiheit. Todos esos de ahí —y señaló con el cigarrillo al grupo de padres que hacía tertulia junto a la cancela— creen que murió für Spaniens Freiheit. Y yo me cago en ellos y en el valiente Friedrich y en la puta madre que los parió a todos.

—No hagas caso. —Berta me acariciaba el brazo—. Tu hermano no está enfadado de verdad.

—Sí estoy enfadado, ¿cómo no voy a estar enfadado? Yo estoy siempre enfadado. —Y sonrió con todos los dientes. Para enfatizarlo, aplastaba las colillas con saña contra las tumbas, siempre sobre alguna letra. Berta era más cuidadosa. Las apagaba en la gravilla y las pisaba con su zapatito cursi. Luego sacaba un paquete de chicles y ofrecía uno a mi hermano, que él rechazaba. Gabi quería que le notaran el aliento a tabaco. Con el tiempo, las tumbas vacías de los aviadores se llenaron de puntos negros que no salían ni frotando.

Cuando Eva se marchó a recibir pésames, me acerqué hasta las lápidas y me eché por instinto la mano al bolsillo, en busca de los cigarrillos que nunca he fumado. La maleza rodeaba las piedras y casi borraba el camino, pero aún se adivinaban los nombres y la inscripción. Se conservaban mejor que otras tumbas pacíficas y más recientes. ¿Alguien las cuidaba? ¿Alguien se preocupaba por unos tipos de la Legión Cóndor cuyos cadáveres ni siquiera estaban allí? Las letras seguían ametralladas por la ceniza de los cigarros que Gabi apagó en su Blitzkrieg particular, aunque a lo mejor eran manchas de otras cosas, de mohos, hongos y enfermedades del granito. Uno siempre ve lo que quiere ver, y aquella mañana olía incluso a tabaco, aunque nadie fumaba.

Debí de quedarme absorto ante la lápida de Friedrich Doagert, porque no me di cuenta de que alguien se acercaba por mi espalda. Me sobresalté cuando me tocó el codo con suavidad.

—Perdóname, no quería asustarte.

Era una mujer de edad indefinida, entre treinta y setenta. Aparentaba más o menos años según la luz y el ángulo, pero en el primer vistazo parecía una mujer joven envejecida, con arrugas prematuras y ese cansancio que se les pone en los hombros a algunas personas que han luchado contra su cinismo natural. Llevaba el pelo corto y veteado de canas, y me miraba con una familiaridad maternal

que debería haberme interpelado pese a todos mis despistes y desapegos. Se dio cuenta de que no la reconocía.

—Soy Berta Klein.

Quise abrazarla, pero ya era tarde para efusiones. Tan sólo sonreí y le pregunté si acababa de llegar.

—Llegué anoche, conseguí un vuelo directo a Madrid y vine a Zaragoza en AVE. Hacía mucho que no venía al cementerio, qué cambiado está todo.

—¿Seguro? Yo lo veo igual.

—Está hecho un asco, como nosotros. Míranos, qué pintas.

Me miré la mancha de currywurst y me encogí de hombros.

—No sabía que mantenías el contacto con Gabi. Estabas viviendo en…

—Hannover. No sé si lo que hacíamos era mantener el contacto, pero estábamos pendientes uno del otro. Seguía sus cosas, le mensajeaba cuando leía algo sobre él en algún sitio, ya sabes. Aprovechaba esas excusas, y él siempre me devolvía los mensajes. No sé, era un cariño muy raro. Como si estuviera en mi vida, aunque nunca estaba. Viniendo aquí me he dado cuenta de que pensaba en él mucho más de lo que creía.

En otras circunstancias, tanta franqueza me habría espantado, pero reconocí en su timbre de voz el fraseo dulce de la amiga de mi hermano, con esa calidez de quien lleva la amabilidad como una segunda naturaleza. Le agradecí que se saltara los prólogos y no recurriese a la charla banal que rompe el hielo entre extraños.

—Me estaba acordando de los sábados de cementerio —dije.

—Es verdad, los sábados de limpieza del cementerio. Lo que refunfuñaba Gabi. Se ponía insoportable.

—Yo venía a veros fumar aquí.

—Me acuerdo, qué canijo eras. ¿Tuvisteis relación de adultos?

—De aquellas maneras. No sé si sabes que vivo en Ratisbona. Vengo poco a Zaragoza, y Gabi… Pues a Gabi no se le había perdido nada en Ratisbona. Creo que estuvo una vez, aprovechando que iba a no sé dónde y venía de a saber qué sitio, y dijo que era peor que Zaragoza, que había más curas y eran más feos y más sucios y se follaban a más niños.

—Y eran más nazis.

Nos reímos, y las carcajadas provocaron que mi hermana se volviese y me hiciera señas para que me acercase. El acto iba a empezar. Nos encaminamos hacia allí. Me pareció que Berta apagaba con el pie una colilla imaginaria.

—Tengo pronto una charla en Múnich, un seminario en la universidad. Te voy a dejar mi tarjeta y te apunto mi móvil. Si tienes tiempo y te viene bien acercarte, sin ningún compromiso, me

encantaría tomar un café.

Guardé la tarjeta —Dr. Berta Klein, Professorin, Physikabteilung, Leibniz Universität Hannover—. Le apunté mi correo en otra tarjeta.

Llegamos a pie de tumba y mi hermana me hizo un hueco junto a ella, en el sitio de honor. Berta se quedó atrás. Nos rodeaban unas cincuenta o sesenta personas, casi todas mayores, casi ninguna amiga de Gabi o venida de su mundo. Allí sólo estaba representado el mundo de nuestros padres. Era una ceremonia tan alemana que me extrañó que el responso se pronunciase en español.

El orador —pantalón, camisa y zapatos negros— parecía un cura. De pie frente a nosotros en la cabecera de la fosa, formaba un ángulo recto con el féretro, y durante el discurso parecía que se iba a plegar sobre él, como un compás que se cierra. Se llamaba Joaquín, pero su nombre artístico era Rapsoda, y como Rapsoda se le trataba, sin que a nadie le sonase ridículo. Era uno de los pocos amigos de Gabi en aquel acto sin amigos, y oficiaba como una figura neutral, un sacerdote laico que honraba el anticlericalismo del difunto sin ofender la fe de los asistentes. Yo no lo soportaba. Casi habría preferido a un cura de verdad, con sus oraciones y su polvo al polvo, pero no tuve fuerzas para oponerme cuando Eva me dijo por wasap que se había ofrecido a oficiar el acto —*oficiar*, puso— y que a ella le parecía bien. A mí no. Pero respondí oquéi y no se habló más del tema.

Le miré fijamente para que me leyera el pensamiento: tú, parásito que chupaste el talento de mi hermano y te arrimaste a él para salir en las fotos; tú, poetastro de vía estrecha, ripioso subvencionado, alborotador municipal, no respetas ni el cadáver de quien dices que fue tu amigo. Incluso muerto le sorbes los humores, maldito gañán, puto analfabeto.

El muy gilipollas me sonrió, conmiserativo.

Me esforcé por no escucharle y casi lo conseguí, pero se me filtraron algunas cosas. No sé qué de contracultural. Algo de su capacidad transgresora. Su compromiso estético, dijo, e ignoro a qué se refería con eso. Escuché también la palabra *legado*, más a tono con el ambiente, y el adjetivo *inconsolable*. Gabriel Schuster, dijo, y a todos nos costó entender que hablaba de Gabi, nadie le había llamado nunca así, ni siquiera en el colegio. Gabriel Schuster, repitió, no Gabi Ese, como salió entre paréntesis en la esquela debajo del nombre real, para que la ciudad supiera quién había muerto. Gabriel Schuster deja un vacío hondo e *irrellenable* (*sic*) en la cultura de Zaragoza, de España y de Latinoamérica, dijo el imbécil. No se le escapó ni una anécdota, ni una alusión íntima, nada que desvelase que se había pasado treinta años faldeándole. Parecía un cronista mercenario con una necrológica copiada de la Wikipedia.

Mi hermana llevaba unas flores que dejó sobre el féretro en cuanto

Rapsoda dijo algo que sonaba como amén. Ahogó un sollozo, y el tipo que estaba a su derecha la estrujó contra su costado. Parecía alguien aseado, quizá más joven que ella. Qué diablos, era mucho más joven que ella, un pipiolo flaquísimo. No sé por qué me escandalizó la idea, y luego me escandalizó que me escandalizase. ¿Me iba a poner a esas alturas a juzgar a nadie? Quise sacudirme los pensamientos a bofetadas y los atribuí a la influencia del clero. Tenía razón Gabi: Ratisbona era mucho peor. Su catolicismo era más pegajoso.

Los operarios cogieron las cuerdas y empezaron a bajar el ataúd, entre un silencio sincopado por algunas toses, dos o tres sollozos y un concierto de mocos sorbidos y sonados. Así homenajeaban el *compromiso estético* del muerto. Algunos arrojaron un puñadito de tierra y se fueron. Casi todos le daban el pésame a mi hermana. Sólo unos pocos me lo dieron a mí, con manos rígidas y gordas de artrosis y unas sonrisas de circunstancias con las que me disculpaban por no acordarme de ellos. Hace tantos años, decían algunos. No tantos, pensaba yo. No los suficientes para borrar las marcas de las colillas de ciertas tumbas. No tantos como para que ya no os escuezan las travesuras de mi hermano. Sé que no se las habéis perdonado, quise decirles. Pero no sufráis: él tampoco os perdonó a vosotros.

2. Eva

Llegó, que no era poco. Llegó a su manera, el último, haciéndose el despistado y con un lamparón en la pernera. Salió del taxi y vino a mí como un corderito camino del degolladero. Se creía que iba a abroncarle por la tardanza, peinarle con los dedos, limpiarle con saliva una mancha de la cara y darle unos cachetitos. En mañanas como aquella, tenía ganas de darle el gusto y ser la madre que añoraba.

—¿No has traído maleta? Pensé que te quedabas unos días, hasta la despedida, al menos —dije, y al decirlo supe que le había concedido la regañina que perseguía, cuando yo sólo sentía curiosidad. ¿Por qué todos mis pensamientos neutros se volvían reproches en cuanto salían por la boca?

—No quería facturar, ya me apañaré. Que sí, joder, me quedo unos días, claro que me quedo unos días.

Si le hubiese contestado que por mí podía montarse otra vez en el taxi y no volver, ya la habríamos liado. El cuerpo me pedía mandarle a la puta Alemania, aunque luego me arrepintiese y le pusiera un wasap y la cosa quedara en las disculpas que nunca nos dábamos pero siempre aceptábamos. Me habría gustado decirle que podía quedarse en casa, que cenáramos juntos para charlar y llorar y reírnos y acordarnos de Gabi y de lo cabrón que era y de lo que nos hizo sufrir. Querría haberle dicho todo eso, pero él me había asignado ya este papel de señorita Rottenmeier y yo no sabía salir de él. Así sea, me dije, y me ceñí a mis líneas del guión:

—Bien, porque habrá que decidir qué hacemos con los papeles de Gabi y hay que firmar un montón de cosas.

Me había propasado, lo vi en sus ojos. Mi hermano se conformaba con una regañina suave, no quería meterse a fondo en nada. Y yo tampoco, para qué engañarnos. Por eso le invité a Angelito y le abracé. Ay, Fede, pensé, qué ganas tenía de abrazarte, siempre fuiste caro de tocar.

Muy despacio, como si dudara, me abrazó también y me pude quedar un minuto en ese cuerpo que también era mío, lo único mío que quedaba ya. El otro cuerpo, el que sí se había dejado tocar y oler y sentir, estaba a punto de acabar en un agujero, polvo al polvo, etcétera. Me dieron ganas de llorar, y aunque no era inapropiado y el

público esperaba ver mis mocos, no quise ofrecerles el espectáculo. A ellos no. Me contuve enterrando la cara en su pecho y le susurré que apestaba y le cantaba el aliento.

No era del todo verdad. Olía a viaje, a noche sin dormir, a prisas, a destemple. Olía a urgencia, y sabía bien qué olor era ese, el de las salas de espera. No me disgustaba ese aroma. Sólo huelen así quienes cruzan un continente para estar un rato con una hermana a la que no entienden. Pero si le decía eso me soltaría, me empujaría, me tiraría al suelo y saldría corriendo. Le dije que apestaba y que le olía el aliento y noté que lo agradecía, como agradecía de niño que le diese collejas en el desayuno.

Asteri me miraba desde dentro del cementerio. Pobrecillo, él solo, aguantando a Rapsoda y a los viejos. Antes de cruzar la cancela volví a fijarme en el dintel blanco donde debería poner FRIEDHOF. Seguía así por culpa de Elfriede y de los rácanos de la asociación. Con lo rápido que podría haberse solucionado con una derrama y un encargo a un marmolista, pero eran tan agarrados, tan miserables. Ahí estaban, con sus trajes que olían a antipolillas. A saber cuándo fue la última vez que visitaron El Corte Inglés. Algunos tenían hasta brillos en los codos. No les lucía, pero estaban podridos de dinero. Los intereses bancarios les supuraban como pus a plazo fijo.

Vi bajar del 34 a los Müller, decrépitos, agotando la paciencia del conductor. Cinco minutos les costó apearse del autobús. Ni en taxis gastaban esos carcamales que habían tenido perfumerías, en plural. Como para pedirles cien o doscientos euros para una piedra. Ahí se había quedado ese relieve incomprensible: DEUTSCHER. DEUTSCHER ¿qué? Me ponía mala de verlo, y no porque me doliera la dejadez o la ruina o la decadencia o el fin de la raza, que decía Fede. Me ponía mala porque, en el fondo, siempre fueron unos seres pequeñitos, avaros de cuento, como los banqueros que cuentan monedas en los cuadros.

Daba pena el cementerio. A lo mejor fui yo la última de mi generación que vino un sábado, y tendría entonces quince años. Ya empezaba a flojear la asistencia, como escupía papá, que nunca tuvo la elegancia de mover la cabeza y murmurar un par de tópicos, del tipo ya sólo quedamos cuatro gatos. Él siempre insultaba, echaba la culpa a los flojos, a los falsos, a los modernos y a los maricones. Mamá chistaba cuando decía maricones. Schwuchteln, decía más alto, y entonces mamá le pedía las llaves del coche, muerta de la vergüenza. Susurraba y extendía la palma de la mano, más como limosna que como exigencia. Él le aguantaba la mirada, pero siempre cedía y le tiraba el llavero.

Mamá me tomaba de la mano y juntas caminábamos despacio y en silencio hacia la cancela. Nos metíamos en el Mercedes, ella de

copilota y yo detrás, con la ventanilla bajada. Papá tardaba en venir. Se paseaba entre las tumbas, fingía leer los epitafios, se encendía un cigarro y lo fumaba con toda su pachorra, apoyado en el tilo que daba sombra a la tumba romántica, la más vieja, la de 1841, ese misterio. A saber por qué fue a morirse una chica alemana de veintidós años en Zaragoza.

Papá nos miraba y sonreía. Parecía que iba a venir al fin, pero se daba media vuelta y se metía al fondo, a charlar con los Keller o con los Seegers. Hasta que terminaba el segundo o el tercer cigarro y le gritaba a Fede (Gabi ya no venía), que estaría leyendo un libro donde los aviadores, y Fede corría hasta nosotras y se sentaba a mi lado, y luego venía papá sonriendo, parsimonioso. Se quitaba la chaqueta y la doblaba con cuidado, dejándola en el asiento de atrás, entre Fede y yo. Luego se metía en el coche y fingía que ajustaba el retrovisor. Demoraba el arranque todo lo que podía y, al final, le pedía las llaves a mamá, que se las colocaba en el regazo, como una ofrenda. Volvíamos al centro en silencio, el cierzo alborotándome el pelo. Mamá sólo abría la boca para decirme que subiera la ventanilla, que me iba a estropear el peinado.

—Hija, qué cómodas eran las trenzas —decía—. Te empeñas en ir de yeyé, y eso exige un sacrificio.

Fue mi último sábado. Por la tarde le dije a mamá que no quería volver, que ya era mayor y se me ocurrían mil sitios mejores donde pasar el fin de semana. Mamá me miró y no dijo nada.

Agradecí que Asteri no me preguntase si estaba bien, que no me tomase del brazo ni se pusiera solemne y funerario. A cambio, daba palique a Rapsoda como un embajador en un cóctel. Debía rescatarlo, cargar con la herencia de mi hermano, que era mía y sólo mía. Esquivé a los Seegers y bajé la cabeza para no encontrarme con los ojos acuosos de la Müller, que venía decidida a escupirme alguna de sus groserías. Que ya lo avisó, que todos lo veían, que qué mala vida dio a su difunta madre, que era la mía, y que al fin descansaba en paz y que entendía que papá no viniese, eso que se ahorraba el pobre, bastante le había hecho sufrir ya. Y si no lo decía así, serían otras palabras más torpes o más sutiles, pero igual de asquerosas. Aceleré el paso y me planté junto a Asteri, que se reía de algo que le acababa de contar Rapsoda.

—Joaquín me estaba contando una cosa de México —me dijo Asteri, y me costó un par de segundos entender que por Joaquín se refería a Rapsoda. Qué fino. Llamándole por su nombre legal le reconocía la dignidad que todo ser humano merece, y a la vez se colocaba siete estrados por encima de él. Estaba hecho un lord, mi Asteri.

—No, Eva ya lo sabrá, y si no lo sabe, no querrá oírlo ahora —dijo un Rapsoda de pronto tímido.

—Tonterías —dije, arrimándome a Asteri, apretándole con levedad el brazo para que supiera que no me pasaba inadvertido su esfuerzo—, estos son los momentos de contar batallitas, para eso nos juntamos. Por cierto, ¿vienes luego a Angelito? Vendrá mi hermano también.

—Claro, cojonudo. ¿A tu hermano le parece bien?

—Estará encantado —mentí, y el pobre Rapsoda me aceptó la mentira como un niño—. Y ahora, cuéntame eso que os hacía tanta gracia.

—Bueno, íbamos a tocar en el Bellas Artes, era una cosa única, un festival en acústico con un montón de gente. Gabi iba a tocar con su guitarrica y un cuarteto de cuerda con el que estaba probando cosas, le habían hecho unos arreglos clásicos en el repertorio. Sonaba hortera que te cagas. Si la cosa funcionaba, quería grabar un disco y hacer una girilla, pero sonaba como el culo, puta música de ascensor. Ya sabéis cómo era de cabezón: contra más le decíamos que se olvidase, más se emperraba. Había que ver a los músicos, que eran de la sinfónica de México, no creáis que habían contratado cualquier cosa. Ahí estaban los desgraciados, sacándoles a los violines esas melodías de casiotone. Pero eran los años buenos. En México llenábamos muchos sitios y Gabi pagaba de puta madre, y ya sabéis que a un músico estirado de conservatorio le plantas un fajo de dólares delante y te toca la música de los caballitos poniendo cara de correrse. Bueno, la cosa era que estábamos un poco desubicados. Gabi se sentía inseguro, y tenía buenas razones para estarlo, y cuando eso pasaba, se desfogaba saliendo por ahí. La víspera del festival nos juntamos con gente del DF, buena gente, pero un pelín pasaos. Empezamos que si unos tequilas por aquí, otros tequilas por allá… Una cosa tranqui, por Condesa, que era el barrio del hotel, un sitio normalito, de gente civilizada, un poco pijo, y yo estaba feliz, porque quería que Gabi se fuera pronto a dormir, ya desbarraríamos después del concierto, cuando tocaba desbarrar. Pero una de las mariconas que más gracia le hacía, Marce, le habló de un sitio por Coapa. ¿Conocéis México? Bueno, Coapa es un barrio muy guay al sur, por donde el estadio Azteca. Es un sitio para ir los domingos al zoo, muy familiar, pero por la noche es otra historia, y el puto Marce se sabía muchos sitios chungos por ahí, sitios de farra bestia, y antes de darme cuenta, había apalabrado tres taxis y allá que íbamos, dando gritos. Ya se había liado. ¿Y qué iba a hacer yo, pobrecico yo? Tampoco me iba a poner en plan tienes concierto y vete a dormir y tal y cual, porque no era su madre. A lo hecho, pecho. Total, que pasamos el estadio Azteca y nos metimos en una zona de casas bajitas, todo muy dormido, muy oscuro, hasta una casa ni más fea ni más bonita que las demás, con una puerta roja a la que Marce llamó con los nudillos. Hostia, qué de humera salió de ahí. No sé cuánta gente había dentro. Sonaba cumbia a toda

pastilla, de eso me acuerdo, y Gabi se puso a bailar agarrao con Marce, y a frotarse… Perdona, Eva, esto es así, no quiero ser de mal gusto, pero ya sabes cómo se ponía tu hermano cuando se entonaba. En fin, que aquello era la mayor mariconería de toda América. Un desmadre. Y como los chilangos esos están como una chota, gritaban, aullaban, se metían qué sé yo, bebían mezcal a morro… Parecía la fiesta del fin del mundo, así os lo digo. No sé cómo explicarlo, pero no era gente… A ver cómo lo digo. No era gente que estuviera pasándolo bien. Había como tristura en el aire, algo así como…

—¿Desesperación? —dijo Asteri.

—Joder, eso. O no, algo menos. O algo más. Como si se la sudara todo ya. Lo que viene después de la desesperación.

—Nihilismo.

—Lo que tú digas, pero sabéis lo que quiero decir, ¿verdad? Esa clase de gente que salía en las pelis rollo *Portero de noche*, una cosa decadente, de gustarse en el peligro, como si presumiesen de algo. Si tuvieran voluntad, se morirían, pero como no la tienen, bailan. Era primavera, hacía un poco de fresco, pero borracho se estaba bien al aire libre. La casa era más grande de lo que parecía por fuera, y tenía un patio al fondo con unos cactus y unas bombillas de colores tipo verbena. Allí nos sacaron de beber y nos dieron de fumar, y Gabi le dijo a Marce que se dejase de leches, que allí habíamos ido a lo que habíamos ido, y yo, a cuadros. A cuadros y un poco cagado, porque Gabi me imponía cuando se pasaba de rosca. No me había enterado de a qué íbamos allí, y no pillé nada hasta que vi que sacaban una mesa de la que colgaba un cable pelado y la pusieron en medio del patio. Venga, al corro, al corro, dijo Gabi, y nos pusimos todos de pie alrededor de la mesa, cogidos de las manos, formando un círculo. Yo pensé que iban a hacer algo de espiritismo y que la mesa saldría volando o que alguien se pondría a hablar con voz de vieja, pero Marce cogió el cable y pulsó un botón y nos sacudió una descarga de la hostia. Menudo garrampazo, tú. Me solté las manos y me fui a la otra punta del patio, cagándome en su puta madre. Gabi se descojonaba de mí. Con lo grandote que eres y lo poco que aguantas, decía. Qué coño iba yo a aguantar esa mierda. Estaban como chotas. El juego consistía en pegarse descargas y quedarse quietos. El último en soltarse ganaba. Nos habíamos cruzado la ciudad para eso. Me cabreé tanto que le empecé a gritar: tú estás más gilipollas de lo que pareces, pedazo de anormal, le dije, y tienes un concierto importante mañana, y la vas a cagar, como siempre, la vas a cagar. Vas a salir hecho una mierda. Eso si no acabas esta noche en el hospital y mañana no hay concierto ni gaitas, pero ya verás como no te vuelven a contratar en la vida, que te crees Alice Cooper y eres el puto Gabi Ese, que no puedes dar miedo, que ese no es el rollo que vendes. Qué

sé yo la de burradas que le grité, hasta que se cabreó conmigo y me mandó a tomar por saco. Marce, búscale un taxi a Rapsoda, que se quiere ir a dormir, se le ha hecho tarde, dijo. Y yo le dije que vale, que de acuerdo, que me piraba, pero que si al día siguiente no estaba en condiciones de actuar, me iba a cagar en todos sus muertos y no se lo perdonaría nunca. Me sonrió y me sacó el dedo y la lengua, como un crío, encantado de conocerse, y se volvió a la mesa. El taxi tardó en llegar, por lo que pude ver varias rondas. Se daban descargas y se quedaban pegados una eternidad. No serían más de cinco o diez segundos, pero qué largos se hacían. Los gilipollas se cogían fuerte de las manos y aguantaban apretando los dientes y temblando, hechos un calambre. Es que le hubiera dado con la mano abierta hasta que se me durmiese. Qué hostión tenía tu hermano a veces. Perdóname, Eva, pero es así. Cuando vino el taxi, Gabi ya había ganado dos o tres partidas. Parecía que le iba algo en eso. Se lo tomaba muy en serio. Después de cada descarga gritaba como un animal, me recordaba a un caballo encabritado. Y los otros se sacudían los picores y se reían como imbéciles, y Gabi bebía tequila de trago, le entraba como agua fresca, y volvía al corro, y otra vez. Ahí lo dejé, no quise saber más. Por mí, como si te fríes los huevos, le dije al irme.

—¿Y al día siguiente? —preguntó Asteri.

—Al día siguiente, ¿qué?

—Que cómo fue el concierto, si estaba bien.

—Anda, coño, mejor que tú y que yo. Como si no hubiera pasado nada. Salió con la guitarrica, encandiló a las chavalas y tocó un poco desganado, aunque correcto. No fue de sus mejores noches, pero sólo lo noté yo. Además, las canciones sonaban tan mal con los violines que daba igual, no se podía estropear más.

—Sensacional —dijo Asteri, y soltó una carcajada que Rapsoda secundó. Y yo miré a ambos sin saber de qué se reían ni qué parte de aquella historia les parecía graciosa. Sobre todo contada allí, junto a su cuerpo metido en una caja, a punto de hundirse en la tierra.

Al otro lado del cementerio, donde las tumbas vacías de los aviadores, Fede hablaba con una mujer a la que yo no conocía. Se trataban con mucha familiaridad, sin la cortesía de Asteri con Rapsoda. ¿Qué amigas tenía Fede en Zaragoza que se me escapaban?

—¿Empezamos ya? —dijo Rapsoda, poniéndose las gafas de sol, carraspeando y quitándose la sonrisa. Se metía en el papel de cura. Le dije que sí y llamé a Fede, haciéndole gestos para que se acercase. La mujer se despidió de él y le dio una tarjeta. No se conocían tanto, pues.

No atendí a lo que decía Rapsoda, pero fingí prestarle toda mi atención. Quería agradecerle que estuviera allí. Era la única persona que trató al Gabi de verdad, sin los cuentos desdeñosos de los viejos ni

los prejuicios de su familia. ¿Qué alternativas había? ¿Que hablase yo? ¿Que Asteri me escribiera un discurso subrayando las ideas fuerza y los énfasis, como si estuviésemos en campaña? ¿O Fede? ¿Habría soltado Fede una parrafada densa sobre el legado, la memoria y el maldito ángel de Walter Benjamin andando de espaldas sin tropezarse?

Rapsoda era, de lejos, la mejor elección. Ya que sus amigos habían tenido el detalle de dejar que los viejos alemanes lo enterrasen en su tierra y habían postergado su funeral para el teatro, sin su cuerpo, atentos sólo a su espíritu, qué menos que darles voz. Así no lo traicionábamos. Fede había intentado oponerse, pero no se atrevió, como siempre. Si quería sacar a Rapsoda del cementerio, tendría que decirlo claramente. Yo no iba a fingir que le adivinaba las intenciones.

Cómo me miraba, con qué rabia sorda me decía: ¿cómo has podido? ¿No ves que es un gañán, un vago, un aprovechado, un mediocre? Me lo decía con el ceño. ¿Cómo has consentido que sea su voz la que despida a Gabi? Ay, Fede —pensaba al pie del agujero, apretando contra el pecho las flores que dejaría sobre el féretro en cuanto lo bajasen y con el brazo consolador de Asteri sobre el hombro—, con toda tu ciencia, tus libros y tu despiste crónico de sabio, qué poco entiendes. Qué poco te esforzaste en comprender que Gabi necesitaba su tribu. Nunca disimulaste el asco que te daban todos esos faranduleros que mariposeaban alrededor de tu hermano. Claro que ninguno valía ni un pelo de la cabeza de Gabi. Claro que se arrimaban a él para salir en las fotos. Pero nunca entendiste que eso era lo que Gabi quería de ellos, y que estaba bien, que todo estaba bien porque era lo que ellos querían. Justo al contrario de nuestras vidas, llenas de cosas que no queríamos. En el fondo, juzgabas a Gabi con los mismos ojos alemanes que papá. O peor, porque papá nunca le tuvo envidia, tan sólo le daba asco.

3. Fede

A punto estuve de darme la vuelta cuando vi que Rapsoda también venía a Angelito. A mi hermana le pareció un gesto de buena educación, y el tipejo no desaprovechó la oportunidad de comer gratis una última vez a cuenta de su amigo. Eva adivinó mi ademán de retroceso y me cortó el paso. El camarero nos guiaba ya hacia la mesa, no había escapatoria.

Antes de subir al taxi, Eva hizo las presentaciones del acompañante flaco y andrógino que la tomaba del brazo. Asteri, se llamaba. Como Astérix, pero sin la equis y sin tilde, dijo.

—Viene del griego, significa estrella —aclaró ella.

—En castellano también existe —dijo él—, está en el santoral: san Asterio.

Pues encantado, Asteri, san Asterio. Que viniese a comer a Angelito lo señalaba como una persona importante. Eva no se dejaba consolar en el funeral de su hermano por cualquiera. Aquel Asteri, con sus pintas de faltarle dos asignaturas de Derecho, había llegado a válvulas cardíacas de mi hermana que nadie había acariciado antes. Era de un pueblo de Guipúzcoa, había estudiado Derecho en Zaragoza —hacía unos años, a dios gracias, era un poquito menos joven de lo que aparentaba— y llevaba un año de asesor en el partido. No quise saber más. Hablaba con un deje vasco un poco rústico que contrastaba con su androginia y no parecía esconder nada que no se viera al primer vistazo. Un buen chico, leal y tal vez obediente.

Su acento también contrastaba con sus modales en la mesa. Su manejo de los cubiertos era de clase alta. Se sentaba rígido y sin apoyar los codos, como si de niño le hubiera torturado una institutriz inglesa. Al lado de Rapsoda se le veía tan incómodo como a mí. El vate local pesaba cien kilos y llevaba una camisa dos tallas menores a punto de reventar por las costuras. Agarraba la carta como si se la fuera a comer. Era el único hambriento. Los demás no teníamos cuerpo para la menestra de temporada con huevo frito, ni para las habitas con jamón o los jarretes guisados, los favoritos de papá.

—Un vinito, ¿o qué? Para brindar por el recuerdo de Gabi —dijo el pedazo de animal poético. Respondimos que no teníamos ganas—. Venga, una copica ya os tomaréis, no jodamos, y con otra copica que me tome yo, ya está echada la botella. A ver qué rioja tienen bueno…

Angelito Júnior vino a saludarnos cuando el camarero nos tomó la comanda (pochas y cabrito, pidió el mastuerzo). Nos dio el pésame con discreción de mayordomo y yo me levanté para abrazarle.

—A tu hermana la veo a menudo, y no sólo en los papeles, pero tú eres caro de ver. Lo siento mucho, de verdad que sí. Me dio un ay cuando me enteré.

Angelito Júnior era un poco mayor que nosotros. Representaba a la segunda generación del restaurante que mi familia llevaba medio siglo frecuentando. Como dicen los críticos benevolentes, el local había conocido tiempos mejores, aunque eso se podría decir de todos los de la mesa, salvo de Asteri. Fue en su día el mejor restaurante de la ciudad, pero la clientela se hacía mayor sin que le tomasen el relevo. Ya no lo citaban en las guías, no tenía buenas puntuaciones en internet y había una generación y media de zaragozanos que ni sabía de su existencia. Nosotros éramos los más jóvenes de la sala.

Nuestro amigo había echado cuentas y calculaba que podía soportar esa decadencia hasta la jubilación. No merecía la pena invertir en decoraciones o cocineros con estrella. Se hundiría lenta y honrosamente sin alterar ni una línea del menú que heredó de su padre. Con el dinero del traspaso pensaba comprarse una casa en la playa. Angelito Júnior era la persona más sabia y juiciosa de la ciudad. Me recordaba a un tabernero de una novela centroeuropea, uno de esos personajes que sobreviven a todas las guerras y esconden a los judíos en la bodega mientras sobornan con vino a la patrulla que los persigue.

—Angelito, cuando te jubiles, ya no tendré razones para volver a la ciudad —le dije.

—Como si te hicieran falta excusas a ti para no venir a vernos, despegado, hijo pródigo. Bueno, enseguidica os traen lo vuestro. Para cualquier cosa, sabéis dónde estoy.

—No ha sido buena idea venir, perdóname —me dijo Eva. Rapsoda arrancaba pellizcos de pan y las migas se le pegaban a la camisa. Un camarero descorchó el vino y sirvió las copas.

—Está cojonudo —dijo Rapsoda, en modo sumiller.

El divo del rock recitativo aragonés bebió media copa de un trago y sonrió embobado, buscando en el fondo de su cabezón una frase para animar aquel cotarro tan mustio. Eva se mordía el labio inferior. Asteri le acariciaba el antebrazo, muy sutil, en silencio. Yo agitaba la copa sin llevármela a los labios. Me concentraba en las ondas del vino como si fuesen la espiral de un hipnotizador. El restaurante era más ruidoso de lo que recordaba. De las otras mesas llegaba un clamor de voces y carcajadas que desmentía el luto oficial decretado por el alcalde, amigo y protector de Eva.

No es cierto, Gabi, la ciudad no te llora, pensé sin dejar de mover la

copa. Ni siquiera tu amigo, ni siquiera esos que en unos días saldrán al escenario del teatro a elevarte a sus cielos particulares y a presumir de lo mucho que te conocieron, del privilegio de haberte visto reír y de acompañarte al piano en no sé qué noche de qué año de qué Buenos Aires. Adivino las metáforas que pronunciarán a costa de tu enfermedad y del tamaño de tu corazón. A tu bufón Rapsoda sólo le faltó eructar. Eso te habría encantado: un buen eructo con eco sobre tu cuerpo presente, en la cara de toda la colonia alemana. Qué pena que no estuviese papá, con el frac y la cruz de hierro de su abuelo prendida al pecho, para que se le quebrase con la onda expansiva del eructo.

No me explico qué veías en esa caterva de zafios. ¿Tanto necesitabas la adulación de tu corte de los milagros? A lo mejor tenías miedo de medirte con tus iguales. Junto a Rapsoda te sentías especial, pero cualquiera se siente sabio al lado de un trapo como ese. Míralo, lleva media botella y aún no han traído los entrantes. Ni se acuerda de que te acabamos de enterrar.

La currywurst seguía en mi estómago. No iba a poder comer ni beber nada. La espiral de vino en la copa difuminaba el ruido y la sala. Me toqué la cara y la noté sudada. Respiraba por la boca y muy deprisa, sólo me oía el aire que entraba y salía. El resto de ruidos se fundían en blanco. Al fondo escuché a Eva preguntarme si estaba bien. No respondí. Me levanté, creo que tiré la silla y llegué hasta el baño, que por suerte estaba desocupado. Me arrodillé ante la taza y solté la currywurst y varias comidas de una semana atrás. Vomité un rato eterno y una cantidad inverosímil. Cuando las arcadas cesaron y me pude incorporar, alguien llamó a la puerta.

—¿Estás bien, Fede?

La voz vasca de Asteri se imponía al agua de la cisterna que hundía la currywurst en las mismas cloacas de las que procedía. Soy hijo de salchichero, he visto lo que va embutido en esos cilindros, y engullo salchichas pese a saber cómo se hacen. Mis hermanos atribuían mi vicio a una forma de penitencia. Ellos jamás se comieron un perrito caliente.

Salí de la cabina y esquivé la mirada solícita de mi presunto cuñado. Abrí el grifo y me lavé las manos y la cara. Asteri me tendió unas toallitas de papel. Se lo agradecí.

—No preocupes a Eva, por favor, dile que estoy bien.

Asteri me miró con severidad.

—Con permiso —dijo, y me cogió de los hombros, me recolocó la chaqueta, sacó las solapas y las puso en su sitio. Me alisó un poco el conjunto, tiró de los faldones de la camisa y creo que hasta me rehízo una corbata que no llevaba—. Yo le digo a Eva que no se preocupe, Fede, pero bien no estás. Y perdona que te lo diga. Nos acabamos de

conocer y no soy nadie, pero yo no le puedo decir que estás bien cuando se te ve hecho un asco. Algún día deberías probar a contarle a tu hermana las cosas como son, a darle tu opinión, a decirle cómo te sientes de verdad. No me quiero meter en vuestros rollos, sólo sé lo que me ha contado ella. Los líos de cada cual son los líos de cada cual, pero la conozco bien. A lo mejor alucinas el día que le hables con sinceridad en vez de usar frases hechas o callarte para no discutir. Bueno, presentable estás. Más o menos. Volvamos antes de que Eva le parta la cara al gilipollas ese.

4. Eva

Asteri quería ir a ver cómo estaba. Déjale que se refresque un poco, le dije, pero insistió en comprobar que mi hermano no se había abierto la cabeza con el retrete, y le dejé ir. Me quedé a solas con Rapsoda, que rebañaba el plato de pochas con hambre de siglos. Eso decía a veces papá: aún tiene trazas de hambre en la cara. O peor: tiene dedos de labriego. El hambre, según él, tardaba un par de generaciones en borrarse de los genes, y él se sentía orgulloso de alimentar a esos españoles que aún llevaban en los huesos el rocío de los campos por cosechar. Le encantaba ver salir los camiones de la fábrica. Ahí les mando carne, decía, carne para los pobres, carne a buen precio. Sus padres —seguía diciendo papá, casi poético— vivieron en una cuaresma eterna, no cataron el magro, pero nuestros clientes comen proteínas a placer, se atiborran de calorías con las que sus abuelos ni soñaban, los muy desgraciados. Hicieron revoluciones por ello y ahora míralos, tan agradecidos y felices, echándoles chorrazos de kétchup a nuestras bratwurst.

Rapsoda agarraba los cubiertos como un bracero antiguo en día de paga. En España, la clase social se nota en la mesa. No en el habla, ni siquiera en la ropa, sino en los hábitos de la mesa. Es tan evidente que casi nadie lo ve. Hay una serie en la tele que cuenta la historia de una familia, y muchas escenas suceden en la mesa, mientras comen. Como los actores vienen de familias distintas, cada uno come de un modo, lo que se hace rarísimo en la pantalla. Esa familia de ficción es de clase media tirando a baja, y el actor que hace de padre come bien, como comería su personaje, porque es un actor de familia pobre. A veces se encorva sobre el plato, usa pan para empujar el bocado al tenedor, esas cosas. Pero la actriz que hace de madre es una señorita, y come como una reina madre: la espalda rígida, los cubiertos sostenidos levemente por el extremo, los movimientos armoniosos y con muchas pausas entre bocados. Entre los hijos, unos engullen y otros imitan a la madre. En general, la serie cuida mucho la ambientación, pero nadie se ha dado cuenta de que deberían comer todos igual. Ni los actores ni el director ni los guionistas han reparado en ello. Seguramente, tampoco los espectadores.

A papá le preocupaba tanto que no fuéramos como los compradores de sus salchichas que nos volvió autoconscientes en la mesa. Asteri no

lo sabía, pero me fijé antes en su manera de pelar gambas sin usar las manos que en su cara. Y fue el contraste entre su acento y sus modales lo que me lo hizo simpático. No los aprendió en su casa, estaba segura. No creía que esos padres de Irún tuvieran tiempo para gilipolleces de calibre tan grueso, y tampoco creía que en el comedor de la ikastola se dedicasen a enderezar espaldas y separar codos del borde de la mesa. Sus modales eran suyos, una prueba de disciplina y voluntad que algún día me explicaría.

Rapsoda cogía la copa por el cáliz, dejando la grasaza de los dedos en el cristal. Casi daba gusto verle tan ogro y disfrutón. Yo no tenía hambre, apenas había tocado la menestra. Angelito me lo iba a afear cuando nos cantase los postres.

—Nunca me contasteis cómo os conocisteis Gabi y tú —dije—, porque en el colegio no fue.

Se limpió la boca, sonrió y puso gesto de hacer memoria.

—Pues ni puta idea. Siento que Gabi siempre ha estado ahí. No recuerdo bien la vida antes de él. Porque sería muy aburrida, supongo. Con Gabi todo era una fiesta. A veces una fiesta triste de la que te querías ir, pero siempre fiesta. Nos conocimos de noche, ya sabes cómo era eso. Ya no, ahora da por culo, pero la noche de este pueblo era muy familiar, siempre estábamos los mismos en los mismos bares. Y Gabi… pues llamaba la atención. Aún no era Gabi Ese, eso sí te lo puedo decir. Ya tenía el grupo, no era un chavalín desconocido del todo, pero aún era una cosa exquisita. Bueno, exquisita, ya me entiendes. Más bien una cosa animala. Cuando quería, era más bruto que yo. Pues no sé cómo acabamos juntos, pero coincidíamos todas las noches en los bares, y no sé quién, un día, propuso cenar en una pensión. Los que estábamos entonces, poetas, recitadores, gente que hacía performances… El grupo que se hizo famoso después. Era una pensión-pensión, con sus pensionistas y sus patrones. Ya no existe, estaba en la calle San Pablo, cuando la calle San Pablo estaba oscura y hecha mierda. Había sido una pensión de toreros. Un piso triste que te cagas, como de novela de Cela, con una tele vieja con un tapete de ganchillo y un cenicero recuerdo de Cuenca encima. A Gabi le chiflaba. Se puso a dar voces nada más entrar y hubo que callarlo para que no nos echaran. Ponían de cena lo que guisaban: filete empanado, pescadilla, lentejas, lo que hubiera. Y vino de pitarra. Fuimos porque era el único sitio donde daban vino de pitarra, pero nos quedamos por el ambiente. Los dueños tenían una mala hostia bíblica. Nos tiraban la comida como a los cerdos, y los pensionistas nos miraban sin mirarnos. Iban en bata y pantuflas, una gente rara de cojones, ya me dirás qué clase de pringados viven en una pensión, tipos de otros siglos. Nosotros éramos un poco hijos de puta, Eva, no te voy a engañar. Nos sentíamos muy guays. Gabi decía que aquello era una

investigación antropológica. Menudo capullo, con perdón. El caso es que convertimos eso en una tradición. Íbamos cada dos semanas. Negociamos un precio fijo con los dueños, para que nos tuvieran reservado un salón, y Gabi decía que era su Hotel Savoy. Vamos al Savoy, decía. Lo decía en alemán, perdóname, no sé repetirlo.

—Gehen wir zum Savoy —traduje.

—Eso, y al patrón, que se llamaba Lucio, era asturiano y más bruto que yo, le decía en alemán: posadero, somos unos refugiados del imperio austrohúngaro. ¿Cómo sería eso? Por favor, dímelo en alemán, que no lo quiero olvidar, luego te pediré que me lo escribas.

—Supongo que sería algo así como: Herr Ober, wir sind Flüchtlinge aus der Österreichisch-ungarischen Monarchie.

—Y cuando traían el vino de pitarra, antes del brindis, cantábamos el himno austrohúngaro, que ese sí que nos lo sabíamos, lo cantábamos todos: Gott erhalte Franz den Kaiser, unsern guten Kaiser Franz… Es una música de Haydn, ya lo sabes. También era el himno nazi con la letra de Alemania sobre todos. Luego Gabi lo versionó con guitarras, con la letra austrohúngara, no la nazi. ¿Llegaste a escucharlo? Lo cantaba berreando, muy punki, con mucha distorsión, era de lo más divertido que hizo, pero creo que nadie lo pillaba. Nosotros tampoco pillábamos entonces por qué su grupo se llamaba Trotta, ni por qué, cuando se acababa la jarra, pedía más vino para los héroes sedientos de Solferino. Sólo nos reíamos por la rima, vino-Solferino, y creíamos que lo decía por eso. Qué burros éramos. Menos mal que me regaló *La marcha Radetzky* y ya lo entendí todo.

—Le reíais las gracias porque pagaba la cuenta, ¿verdad?

—Hombre, Eva, dicho así…

—Si lo entiendo, no me parece mal. Cada cual hace amigos como puede. Ya sé que le queríais, pero lo uno por lo otro.

—Mira, Eva, yo a tu hermano lo he querido un huevo, y le he acompañado en todo y a todas partes. Y sí, qué hostias, era el único que tenía dinero, y el que nos dio trabajo…

—Calla, que vuelven del baño. Ni una palabra a Fede, hablemos de otra cosa.

Asteri me dijo con los ojos que todo estaba bien. Fede había recuperado el color. Yo no me quitaba de la cabeza la versión del *Gott erhalte* de Gabi. En una reseña de *Rockdelux* la interpretaron como una burla a la tradición germánica, y relacionaban a Gabi con Nina Hagen y esas cosas. Lo recuerdo porque cenamos juntos en Madrid cuando salió y me la enseñó, venía de comprar la revista en un Vips.

Cómo se reía, qué gracia le hacía cuando interpretaban sus gamberradas al revés. Pero si me pirra Haydn, decía, y era verdad. Cuando estaba tranquilo en casa sólo escuchaba barrocos y clásicos austroalemanes. En su piso siempre sonaban Gluck, Händel, Bach, por

supuesto Haydn… Mozart, menos, y Beethoven, rara vez. Y de Schubert para acá, casi nada. Su mundo terminaba en Schubert, el romanticismo puro le interesaba muy poco. Decía que cuando los músicos dejaron de componer para los príncipes y empezaron a pensar en el público, se jodió todo.

Se recreaba en sus opiniones contundentes. Fíjate en esos pobres genios sin mecenas, decía en las sobremesas, cuando vivíamos todos en la casa de Sagasta. Fíjate en esos genios obligados a venderse como putas por un puñado de entradas. Papá se iba a fumar al despacho. Es que no es lo mismo, decía, complacer a un príncipe de Weimar que a un paleto de Berlín que fabrica salchichas. Mamá le chistaba para que bajara la voz, pero Gabi gritaba más: se hicieron vulgares, mamá, como putas, porque eso eran, putas como las que se follaban los señorones de dedos gordos como sus salchichas, esos charcuteros millonarios que no sabían distinguir una sonata de una sinfonía, pero a los que había que complacer con melodías horteras, como los ligueros de las meretrices y los farolillos de los lupanares.

Nunca supe si quería provocar a papá o mortificar a mamá. O ambas cosas.

Lo único que Gabi agradeció a la educación alemana fue la capacidad de entender un oratorio con la misma naturalidad con que los demás entendían las noticias de la tele. Yo también lo agradecía. Fede, menos. No salió melómano, nunca se lo pasó bien acompañando a mamá a los conciertos. Para Gabi y para mí era una segunda piel, por eso compartía conmigo las reseñas y se reía de la erudición falsa de los críticos.

No se enteran de nada, decía. Para enterarse hay que saber, y claro, si sabes, no escribes en el *Rockdelux*. El *Gott erhalte* no era una burla, sino un homenaje. Era una declaración de amor por la Alemania que odiaban los prusianos. Era una vindicación de los emperadores amigos de los judíos y de la Viena decadente y cosmopolita. Por eso lo cantaba así, impuro, no por el placer de violar una melodía sublime, sino por restituirle —eso decía él, *restituirle*— su impureza original. Contra lo limpio, el imperio sucio, las barbas de los judíos, el vino de pitarra. Que dice el imbécil ese que me burlo de Haydn, se reía en aquella cena: ¡si yo venero a Haydn!

¿Y por qué no lo explicas?, le decía yo. ¿Por qué no lo cuentas en alguna entrevista, en vez de dedicarte a decir gilipolleces? ¿Por qué no hablas de esto en vez de cagarte en los borbones? Y entonces sonreía, bebía un sorbo de vino y respondía: porque esto es sólo para ti, Eva Braun —qué rabia me daba que me llamase así—, para ti y para el salchichero, que sí lo entiende. Los demás, que se jodan.

Alegué trabajo para disolver la comida. Fede me reprochó sin palabras que no respetase el luto. ¿Trabajar en un día así?, me dijo

por telepatía. Asteri empezó una especie de explicación que aborté con un gesto. Rapsoda no entendía qué nos reprochábamos, tan sólo miraba la cuenta con temor a que le tocase participar de ella. Cuando coloqué la Visa encima suspiró sin disimulo. Con eso dimos por terminada la sesión. Asteri y yo nos marchamos a mi casa, a descansar un poco y a prepararnos para la cena que tenía esa noche.

Comprendía el reproche desconcertado de Fede. Deberíamos haber vaciado la agenda ese día, pero tampoco me venía mal distraerme un poco de Rapsoda y de las caritas enfurruñadas de mi hermano. Además, nadie esperaba que trabajásemos en un día como aquel, por lo que había menos riesgo de que el alcalde o la prensa se enterasen de nuestras maniobras.

Ya estaban en el reservado cuando llegamos, poco antes de las nueve. Asteri se encargó de que nos apañasen la salita del fondo y yo le dejé hacer. No me terminaba de gustar esa querencia suya por la conspiración, pero no se lo decía. Suponía que eran cosas de novato que se sabía demasiados diálogos de *El ala oeste de la Casa Blanca*. A veces quería recordarle que trabajaba para una concejal de una ciudad de segunda. Por muy excitante y prometedor que se pintase el futuro, el presente aún era modesto. Debía relajarse un poco y disfrutar de las vistas. Ya habría tiempo de jugar a diosecillos en los restaurantes donde estaba el poder de verdad. No se lo decía para no humillarle. Aquella cena era importante para él, llevaba semanas trabajando en ella.

En el taxi se aseguró de que yo recordaba lo fundamental. Se llamaban Ziv Azoulay y Gal Balka, y les gustaba que los llamasen por el nombre, Ziv y Gal, que parecía un chiste. Hablaban un español perfecto, no sólo porque eran de familias sefarditas, sino porque habían trabajado muchos años en Argentina. Como pude comprobar cuando se pusieron de pie para darnos la mano, eran imponentes, dos tiarrones atléticos que no se habían echado a perder desde sus días en el ejército. Vestían de sport, pero muy caro, y de los cuellos de acero les emanaba un agua de colonia discreta y rotunda a la vez. La barba de cuatro días me pareció una coquetería antipática. Eran tal y como Asteri predijo: odiosamente encantadores. No sabía cuál era Ziv y cuál era Gal, como Hernández y Fernández. Podrían haberse puesto etiquetas para distinguirlos, o tener la deferencia de ser rubio el uno y moreno el otro, pero eran los dos morenos de pelo espeso y cejas como bosques, aunque fuesen bosques de repoblación, ajardinados por los mejores barberos de Tel Aviv.

Empezaron acompañándome en el sentimiento, y me volví hacia Asteri con mirada asesina. El pobre me devolvió una que significaba:

juro que no les he dicho nada. Como no eran tan alcornoques como Rapsoda, nos entendieron:

—No haríamos bien nuestro trabajo si no supiésemos que eres la hermana de Gabi Ese —dijo Gal, o tal vez Ziv—. Además, tengo un hermano que trabajaba en el ministerio de cultura y es muy fan. Quiso llevarlo a Israel un par de veces, pero no hubo forma.

—Ya, no le gustaba meterse en líos políticos.

—Nos pasa mucho. Una pena. Tampoco creo que hubiese llenado estadios, pero tenía su público en Tel Aviv, es una ciudad muy de su estilo. En fin, que lo lamentamos y agradecemos doblemente la consideración que nos haces cenando con nosotros en un día como hoy.

—Nos contaron que el último gran concierto en la ciudad lo dio en el campo de fútbol, y a Ziv se le ocurrió prepararte un detallito, espero que no te importe. En las oficinas del equipo hay un archivo donde guardan recuerdos de todas las cosas no deportivas que se hacen allí, y nos hemos permitido traerte esto. Lo siento, no nos ha dado tiempo a ponerle un marco.

Me dieron un tubo de cartón que contenía un cartel original del concierto que dio Gabi en el estadio de La Romareda, poco antes del diagnóstico. Lo recordaba bien. Fue el último que vio mamá. Gabi Ese y Amigos, decía el cartel. Fue una idea del promotor, a Gabi le espantaba de puro cursi: un autohomenaje en su ciudad, cantando a dúo con toda esa gente, fingiéndose amigos, abrazándose y sudando juntos en el escenario. Salió a escena austero, casi antipático, y las canciones sonaron más huecas que nunca, como si procediesen de una gramola. Fue una noche fría y ausente, pero al público le dio igual. Hasta los críticos se rindieron y celebraron la fiesta. No era el mejor recuerdo de la carrera de mi hermano, aunque agradecí el detalle con la mejor de mis sonrisas y Asteri mandó que guardaran el tubo en el armario de los abrigos.

—Si todo sale bien —dijo Ziv o Gal—, haremos muchos conciertos como ese. No con tu hermano, claro, perdona, ya entiendes lo que quiero decir.

Gal y Ziv o Ziv y Gal habían comprado el equipo de fútbol. Eran las caras bonitas de un grupo de inversores israelíes que se dedicaba a coleccionar equipos europeos ruinosos. Las condiciones para adquirirlos eran que tuvieran un pasado de gloria, una afición entusiasta y un presente agónico. Europa estaba llena de ciudades medianas como Zaragoza, con equipos históricos cargados de premios que acumulaban polvo en las vitrinas. Eran clubes enfangados en la mediocridad deportiva y la quiebra financiera, para amargura de las buenas gentes de cada ciudad, que seguían yendo al campo los domingos por costumbre y fidelidad, pero tristísimas. Ziv y Gal

compraban esos cascarones podridos a precio de saldo, liquidaban sus deudas e invertían mucho dinero en entrenadores y futbolistas mercenarios, hasta que el equipo volvía a ser bueno en el campo y viable en lo financiero. Entonces recuperaban la inversión con un pelotazo inmobiliario y vendían el equipo o lo dejaban morir.

Según me contó Asteri, Ziv y Gal habían comprado el Bari y el Cagliari en Italia. En la primera ciudad iban a construir un centro comercial junto al estadio, y en Cagliari se postulaban a la ampliación del puerto deportivo y planeaban un par de hoteles gigantescos. En Francia habían comprado el Sochaux, para tirar el estadio y hacer uno nuevo, y en Holanda tenían el Almere, en un suburbio de Ámsterdam, donde querían participar en un puerto de contenedores. El Zaragoza era el primer equipo que compraban en España, y su inversión más audaz. Además de un estadio nuevo, incluía un barrio entero en terrenos públicos y un centro comercial del tamaño de un aeropuerto. En comparación, el resto de operaciones de su cartera eran de andar por casa, equipos de ciudades muy periféricas y provincianas. Ninguno tenía una afición tan grande ni un arraigo tan poderoso en una ciudad tan poblada.

Ziv y Gal sabrían mucho de mí —lo suficiente para comprender que no trataban con una paleta—, pero Asteri también era bueno en su trabajo. De mí sabían que el partido no respaldaba su plan. Sin mi apoyo, no salían las cuentas en el pleno. Sabían también que no me impresionaban los bolsos caros ni los sobres sepia con billetes nuevos. Tenían que persuadirme con argumentos sobre el progreso, el bien común, la creación de empleo y los puntos de crecimiento del producto interior bruto, y estaba claro que ese no era su fuerte. Su negocio funcionaba mucho mejor con medias palabras y sobreentendidos.

—A Gal no le gusta el fútbol —dijo el que se llamaba, por eliminación, Ziv, e hizo una pausa dramática, para que me admirase de tamaña revelación. Como no dije nada, siguió—. A mí sí, aunque sin volverme loco. Mi papá me llevaba a la cancha del Hapoel. Ahora lo veo por la tele si son encuentros importantes o si juega contra Jerusalén o Haifa. No estoy muy al tanto, tan sólo me gusta sentarme a ver un partido alguna vez, si la compañía lo merece, pero a Gal no le gusta nada —Gal asentía—, por eso es mejor que yo en esto y se encarga de gestionarlo al detalle. Cuando nos planteamos estas inversiones dijimos que había que dejar fuera los sentimientos. La cosa iba de ganar plata. Si te pones emotivo, te pasa como a los clubes que compramos, que nos vamos al carajo. Y eso nos obliga a tener la cabeza todavía más fría, porque esto no es como invertir en microchips o en tecnológicas, que es a lo que nos dedicamos en Israel. Digo que eso nos obliga a tener más fría la cabeza porque

mercadeamos con sentimientos. Somos muy conscientes de eso. Sabemos que comprar un equipo de fútbol es como comprar los álbumes de fotos de una familia o su casa del pueblo. Compramos la infancia de una ciudad, no es un *asset* que se pueda valorar con precisión, y no puedes ignorar nunca el valor simbólico de lo que compras. Si lo olvidas, estás acabado, tan acabado como si te involucras y te conviertes en un forofo. No puedes ser hincha de los equipos que compras, pero tampoco puedes pretender que son empresas normales, como fábricas de tornillos, ¿sabes? Entonces, los que estamos en esto tenemos muy claro que hay que afinar, que debemos distanciarnos, pero, a la vez, entender profundamente lo que compramos. Por eso lo estudiamos a fondo. Comprendemos su historia, su significado para los aficionados, lo que representa para la ciudad. Es una información tan importante como el balance contable o las deudas con el fisco. En fin, sabemos que tampoco te gusta el fútbol.

—Sabéis bien.

—Pero la cuestión es que hemos estudiado la historia del equipo. ¿Sabías cómo empezó? ¿No? Es bien curioso. Bueno, el origen de todos los equipos es bien curioso, porque suelen ser reuniones de obreros y estudiantes, vienen de fábricas y de sitios así, por eso eran tan populares. Es sorprendente lo rápido que se convirtieron en negocios y en espectáculos de masas controlados por el poder, teniendo un origen tan humilde. El caso del Zaragoza es distinto. Sí que sabrás que el equipo actual es una fusión de dos equipos rivales que se unieron en los años treinta, pero el origen de ambos está unos años antes, no muy lejos de acá. El primer campo de fútbol que existió en la ciudad estaba en la calle Bilbao, que entonces era un solar, una transición entre la zona habitada y las fábricas. La de tu familia no quedaba muy lejos, ¿verdad? Lo hemos visto también, ya te digo que nos documentamos mucho. Bueno, eso era en los años diez del siglo XX un arrabal, y en unos terrenos que pertenecían a alguna orden religiosa montaron un campo que enseguida se hizo muy popular. Todos los fines de semana se juntaba un montón de gente para ver esa cosa nueva llamada *football*. Había dos equipos que se sabían las reglas y empezaron una competición más o menos ordenada. Uno era el Bilbao F. C., que no era de Bilbao, lo llamaban así por la calle del campo y porque lo formaban estudiantes vascos de medicina. Los vascos ya conocían el fútbol por los ingleses, pero no tenían con quién jugarlo, hasta que se encontraron con unos alemanes que formaron otro equipo. ¿Sabes cómo se llamaba? El Camerún Football Club. ¿Lo conocías?

Negué con la cabeza. Gal buscó algo en su móvil y me enseñó una foto. Era un grupo de futbolistas posando en formación, una fila de pie y otros agachados. En blanco y negro, con equipaciones antiguas. La

mayoría llevaba bigote. Algunos, con las guías levantadas. Ninguno sonreía. Gal me preguntó si reconocía a alguien, y amplió la foto sobre la cara del segundo por la derecha en la fila de los acuclillados, un tipo que sostenía un balón de cuero muy tosco en comparación con los de hoy. La amplió con el dedo hasta que la foto empezó a romperse en píxeles.

—Es Hans Schuster —dijo.

Mi bisabuelo, el fantasma que aún mandaba en el piso de mi padre, el Schuster original. Ahí estaba, en el campo de la calle Bilbao, capitán del Camerún Football Club, popularizando en la ciudad el deporte con el que se entretenía en la colonia de África.

—Es interesantísima la historia de los internados —dijo Ziv—, para mí ha sido un descubrimiento. Tu bisabuelo fundó ese equipo, el primero que existió en la ciudad. Luego, junto con otros, se integró en una sociedad deportiva, que a su vez se disolvió en otras, formando una madeja societaria que aún se puede rastrear, hasta crear el Zaragoza Club Deportivo, conocido como el equipo tomate, porque iban de rojo. Era el rival del otro equipo de la ciudad, el Iberia, conocido como el equipo avispa. Iban de amarillo y negro, obvio. Avispas y tomates eran como el Madrid y el Atleti, como el Sevilla y el Betis, y qué bonita habría sido la historia del fútbol en esta ciudad si se hubieran mantenido ambos, pero el Iberia era una ruina y, para sobrevivir, se fusionó con el Zaragoza, creando el equipo del que ahora somos dueños. Lo hermoso es que hay un hilo directo, un hilo mercantil, de títulos de propiedad y traspasos, entre nosotros y Hans Schuster. En cierto modo, somos parientes, primos lejanos por vía jurídica e histórica.

Gal guardó el móvil en el bolsillo y miró a Ziv. Estaban satisfechos, parecía que habían ensayado la escena.

—Nosotros, que venimos también de muchas migraciones —dijo Ziv—, apreciamos a los abuelos que nacieron en otros países y hablaban otra lengua.

—Ich spreche noch Deutsch —dije—. Sigue siendo mi lengua, nunca la perdimos.

—Lo sabemos de sobra —dijo Gal—. Nos intrigó mucho tropezarnos tantas veces con tu apellido mientras investigábamos la historia del club, y encargamos un estudio a conciencia. No sabes lo bien que nos lo hemos pasado leyendo el dosier. Es como una novela de sagas familiares. Qué carácter, qué gente. No me extraña que Eva Schuster sea tan especial, que guste tanto, que tenga ese empuje y ese futuro político. Esta ciudad es un sitio muy pequeño para ti y en el partido lo saben, ¿verdad? Saben lo que tienen, saben quién eres y adónde vas a llegar, y te están preparando el camino.

—Lo que a lo mejor no saben —dijo Ziv— es el ruido que puede

hacer toda esa historia. Si algo me ha enseñado este negocio de comprar equipos de fútbol es que el pasado se vuelve presente en cuanto lo tocas. No importa que no hayas intervenido en él, no importa lo inocente que seas o lo libre que te sientas.

—Oye, que en América decapitan estatuas de Colón —dijo Gal, que, por lo visto, era la voz secundaria.

—El pasado nunca deja de molestarnos, por eso nos preocupamos por conocerlo tan bien, para asegurarnos de que no nos hace daño. Eva, ¿tú estás segura de que tu familia no puede hacerte daño?

No vi venir el chantaje. Asteri tampoco. Su cara de súplica decía la verdad: jamás habría montado la cena si lo hubiese sabido. Pensó que era una oportunidad de chulear un poco a unos chulos de gimnasio y afirmar mi poder en la ciudad. No era una mala jugada, pero subestimó a los israelíes. Yo también los subestimé, no le culpo. Los tomaba por un par de mendrugos, como cualquier inversor de pelotazos. Jamás les habría sospechado tanta finura retorcida.

Me levanté de golpe, y Asteri me siguió de inmediato. Di las buenas noches y aclaré que, por supuesto, la cuenta corría de mi parte, ya estaba acordado con el restaurante. Ziv y Gal se levantaron con parsimonia, sin perder la sonrisa ni intentar retenernos:

—Cuando quieras puedo mandarte el dosier. No hace falta decir que nadie lo ha leído, salvo su autor y nosotros, y que está bien guardado en un servidor con contraseña.

No les estreché la mano. Ya en la calle, Asteri dijo que nos habíamos olvidado el tubo con el cartel del concierto. Le dije que no importaba.

—Vaya si importa. Ahora mismo llamo al restaurante para que nos lo guarden. ¿Pido también un taxi?

—Prefiero caminar un rato.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche o te dejo en la puerta y me voy a casa?

Le acaricié la mejilla y le di un beso.

—Ven, dame la mano, caminemos un poco. ¿Te apetece una copa? Es pronto.

Paseamos por las calles viejas como dos novios que acaban de discutir y aún no se han arreglado del todo. Trazábamos un camino errático para esquivar los bares de guiris y las pandillas de borrachos. Ni Asteri me había aceptado la copa ni estábamos yendo a casa. En la calle del Refugio, nombre apropiado que le hizo sentirse a salvo, le reventó el granito del pundonor profesional y dijo lo que se sentía obligado a decir:

—¿Qué hay en ese dosier?

Me encogí de hombros. Cualquier barbaridad. A saber qué había escondido mi padre que no había escapado al rigor del Mossad, porque esos cabrones seguro que contrataban a espías o a exagentes.

Era lo típico en estos individuos. Por eso no lo había visto venir. Los empresarios ibéricos, puteros de gintónic y puro, me habían malacostumbrado a una maldad previsible y tosca.

—Vamos a hacer una cosa: voy a pedir que me lo manden, lo leo y diseñamos una estrategia.

—No, Asteri, eso es aceptar el chantaje. Ni se te ocurra pedírselo.

—Pero si no sabemos a lo que nos enfrentamos, no podremos anticiparnos. El golpe será mucho más duro.

—Si nos lo ofrecen es porque anticiparse será inútil.

—Creo que es mejor saber a qué atenerse.

—¿No lo has entendido? Es una bomba retardada. No la quieren usar ahora, sino después, como represalia. Si no voto a favor, la harán explotar cuando menos me convenga. Saben de sobra que voy a ir al Congreso y la posición que ocupo en la dirección del partido. Me tienen cogida por los ovarios, armarán una bronca en cuanto me vean despegar.

—¿Seguro que no sabes lo que hay? ¿Ni una sospecha?

—Mi familia, eso es lo que hay. De verdad, cariño, acéptame esa copa. Déjame brindar por Gabi. Déjame consolarme pensando que no le decepcioné, que fui el único miembro de su familia que no le dio asco. Qué suerte que se muriera sin esta mierda.

—No te tortures, Eva, no voy a consentir que te tortures.

—¿Me aceptas la copa o no?

—Prefiero ir a casa. ¿Te importa?

—Qué me va a importar, bobo.

Me gustaba decirle bobo, una palabra que nunca uso en público. Me sonaba tan bien cuando se la decía bajito. Digo bobo y me desvisto sin quitarme la ropa. Digo bobo y se me cae al suelo el traje de trabajo. Toda mi autoridad de jefa se esfuma sin dejar ni un aroma. Me desnudo de vigor político, se me cae la tribuna que sostiene los papeles del discurso y me quedo en pelota. Digo bobo y noto cómo se le pone dura y se le eriza el vello del brazo, rubito y fino. Digo bobo y le noqueo sobre los cojines de mi sofá, las ventanas abiertas, luz de luna que le tamiza el cuerpo flaco y tan breve.

No te preocupes, bobo, le dije cuando me imploró que lo perdonara, que se había dejado llevar. No pasa nada, bobo, no me importa que te corras pronto. Es culpa mía, te he puesto a mil, ¿verdad? Y mi pobre bobo sólo podía asentir, pobrecito, mi niño.

Le asustaba mi deseo. Temía romperse bajo mi cuerpo, y alguna vez lo iba a romper de verdad. Se le pararía el corazón en un orgasmo, perdidos todos sus buenos modales, su respeto a la jerarquía, su discreción, su buen gusto para la ropa. Se me iba a morir de suciedad, de gemidos, del flujo viscoso con el que le cubría el cuerpo al frotarme sobre él. Se hará un capullo con mis secreciones y podré guardarlo en

casa —pensaba— y se me quedará un Asteri encogido, larvario, palpitante y portátil, hecho todo de miedo y de veneración por mí. Te quiero, amor mío, ¿me oyes? Te quiero, bobo, le susurraba al oído, y le lamía la oreja y me frotaba contra su erección, muy fuerte, con el pringue de los dos formando una película, un tobogán de aceites que me llevaba directa al fondo, a esos gritos exagerados que doy al correrme y que le pintan la cara de un gesto ambiguo de terror y deseo, un no saber si la vida es eso o lo de fuera.

—Yo también te quiero, Eva —me dijo al rato, cuando recuperó la respiración normal, abrazados y desnudos en el sofá, hechos una figura extraña en la que yo buscaba el resguardo de su pecho, pero parecía él quien se cobijaba en mi cuerpo.

Nos amaneció en el salón, amodorrados, sin llegar a dormirnos, mientras la silueta del Moncayo se encendía de violetas antes de dejar de ser pintura y volverse piedra. Lo mejor de ese piso duodécimo era el horizonte, atalayar kilómetros de llano que a Asteri le ponían reflexivo y casi locuaz. Me gustaba dejarle hablar. Era tan dulce cuando se equivocaba y nadie le corregía…

—Antes, los reyes se apropiaban del paisaje encargando que lo pintaran. Le decían a un Velázquez o a un Goya: venga, píntame unos montes y unos cielos, y metían los montes y los cielos en sus salones, para quedárselos, como los de Altamira se quedaban los bisontes. Ahora que los cuadros están en el Prado y son de todo el mundo, los ricos os apropiáis del paisaje por la vía inmobiliaria.

Iba a decirle que yo no me apropiaba de nada, que el Moncayo estaba ahí, gratis, para quien quisiera mirarlo, libre de impuestos. Pero no le decía nada, sólo me reacomodaba en el sofá —ese sí enorme, de seis plazas y carísimo, de lo más caro de la casa, ahí sí que me había apropiado de la comodidad— y le estrechaba el abrazo, lo que él interpretaba, por telepatía, como una apostilla que le llevaba la contraria.

—Ya sé, ya sé que no has comprado el Moncayo, pero esta torre de pisos bloquea la vista. Ya no se puede ver este horizonte desde la calle. Antes era una cosa democrática. Los abuelos que se sentaban en los bancos de la estación veían este amanecer. Ahora sólo lo vemos nosotros. Tienen que darte una hipoteca para verlo o venir de una familia como la tuya. En la práctica, has convertido la vista natural en un cuadro enmarcado por la puerta de la terraza. Y eso va en el precio del piso. Pagas por ver en exclusiva lo que antes veían todos.

—Bueno, sólo los individuos tan altos como una planta duodécima.

—Ya me entiendes. Quiero decir que hoy el privilegio es esto, no nos hacen falta pintores. Ya no necesitamos poseer símbolos de la

cosa, nos apropiamos de la cosa en sí, privatizamos el paisaje.

—La cosa en sí, qué gracioso hablas, mi amor. ¿Y qué vas a hacer, pequeño Trotski? ¿Me guillotinarás mientras duermo, después de follarme? ¿Has venido a acabar con mis privilegios? Porque a lo mejor me dejo matar. A lo mejor me gusta tu revolución. ¿Quieres que lo lleve al próximo comité del partido, a ver qué les parecen tus ideas?

Asteri se reía y me besaba. Ya estábamos excitados otra vez. Casi me avergonzaba esta calentura perenne. Parecía una chica de veinte. O lo que dicen que son las chicas a los veinte, porque yo a esa edad no sentía tantas ansias ni me lo pasaba tan bien con ningún chico. No recordaba haber disfrutado tanto con nadie ni sentirme tan relajada ni tan alegremente cachonda ni tan indiferente al qué dirán. Asteri me agarró las tetas con cierto barbarismo y quiso hundir la cara en ellas, pero le calmé los entusiasmos como se calma a los potros, con caricias en el hocico. Quería alargar ese amanecer, escucharle un poco más, susurrar tonterías antes de que el día levantara del todo. Si frenábamos el deseo, frenaríamos también el tiempo, duplicaríamos la duración de los minutos.

—Mira su silueta tan áspera —le dije—, parece un viejo cansado. El Moncayo es muy viejo, ¿lo sabías? Es de los montes más viejos de España. Casi le oigo toser, lleva miles de años con achaques, y ahí sigue, marcando el poniente. Eso te falta, Asteri, la poesía. Sabes poner precio a las vistas, pero no les pones palabras, y yo me mudé aquí por las palabras: Fremd bin ich eingezogen, Fremd zieh' ich wieder aus.

—Eso no vale, yo también puedo ponerme en plan bertsolari y no te enteras de nada.

—Vine como una extraña, como una extraña me voy. Es un lied que aprendíamos en el colegio. Tú no lo sabes, no puedes saberlo, pero estas vistas son un poema que llevo recitando desde niña. Te lo podría cantar, aunque la voz es masculina, de barítono. En la partitura, Schubert indica un tempo rarísimo. Pone: Mäßig, in gehender Bewegung, que significa algo así como despacito, pero no del todo, a paso moderado. Es decir, como de paseo por el campo, como si subieses al Moncayo una tarde soleada de otoño, que es cuando hay que subirlo.

—Eres acojonante, Eva.

—Me lo tomaré como un halago.

—Quiero que me prometas que te guardarás esto para mí, que sólo me hablarás de estos poemas a mí, mientras vemos las puestas de sol. Prométeme que nunca te pondrás a recitar ni a cantar en un discurso, que nadie se enterará de esta parte de tu vida. Prométemelo, o todo nuestro trabajo será inútil.

No tenía que prometerlo, porque ya lo había hecho. ¿No estaba

implícito en toda mi carrera? No hacía falta arrancarme el deseo de esa forma. ¿Yo también era así de torpe a su edad? ¿Cuándo dejas de ser inoportuno? ¿En qué momento de la vida te callas para ponerte a escuchar? Asteri aún no había llegado a él. Era inútil reprochárselo, no iba a entender mi desilusión de mujer adulta. A sus años la decepción siempre es una tragedia. A los míos es costumbre. Me levanté y me encaminé a la ducha. Asteri y su erección se alarmaron y se incorporaron en el sofá.

—¿Qué he dicho? ¿Te has enfadado?

—Qué va, bobo. No podrías ofenderme aunque quisieras.

5. Fede

Me pusieron Fede por no ponerme Friedrich. Siempre he sido Fede, nunca Federico, que no era en mi infancia un nombre tan de señor ni recordaba al instante al poeta. Hoy, si alguien me llama Federico, pienso en Lorca, pero eso es porque vivo en Alemania, rodeado de filólogos y medio literatos que piensan en Lorca en cuanto leen la palabra España. He conseguido ser Fede también en alemán, allí donde temía cumplir el sueño de papá y ser finalmente Friedrich. Sólo he sido Friedrich en su boca, las pocas veces que me llamó con cariño.

Papá nos hubiese puesto a todos nombres alemanes para desquitarse de su Juan, que percibía como un avillanamiento de Hans, pero mamá no se lo consintió. Nos contó muchas veces que debíamos agradecerle haber crecido como lo que éramos, unos niños españoles con nombres españoles. Sólo transigió con Eva, porque era el mismo nombre en todos los idiomas. Gabi se pasó la vida llamándola Eva Braun. Lo pronunciaba todo junto, Evabraun, y ni los pellizcos ni las protestas ni las súplicas de la aludida lo achantaban. En el colegio no sabían quién fue Eva Braun, pero conocían la marca de electrodomésticos Braun, por lo que acabaron llamándola Minipímer. Creo que sólo fue un tiempo muy breve, tal vez un curso, pero de los meses en que fue la Minipímer se le quedó una sombra de rencor que no se le ha borrado del todo.

Yo nací el tercero, lo que reavivó las ilusiones de mi padre por tener un hijo de nombre germánico. Federico, Fede, fue una victoria dolorosa para mi madre. A duras penas me defendió de Friedrich. Para entonces, mamá estaba derrotada. Si hubieran tenido un cuarto hijo, se habría llamado Fritz o Lotte. Fede es un nombre que llevo con gratitud, la prueba de amor de una mujer avasallada por ese animal que se camuflaba bajo la apariencia de un viejecito frágil. Todos veían en él a un anciano digno de la más dulce de las lástimas. Lo veía así incluso Ioana, la joven de Cluj-Napoca que lo cuidaba a cambio de un sueldo por encima de la media de su sector. No lo decía, pero era evidente que nos tenía por unos hijos infames. Ay, Ioana, si don Juan pudiera hablar como hablaba antes y te contase su opinión de Rumanía y los rumanos.

Juan Schuster vivía —es un decir, una constatación biológica— en un pisito aseado de la calle Madre Sacramento. No era muy luminoso,

porque la calle es como un túnel, pero tenía terraza para ponerse al sol del mediodía, un ascensor amplio y un dormitorio de más para que Ioana fingiese una vida propia.

El edificio se levantaba en el mismo solar que ocupó la planta Schuster. Cuando esta se trasladó a un polígono industrial de la carretera de Barcelona, el suelo se urbanizó y proyectaron el barrio actual. Mi familia vendió buena parte de los terrenos a un constructor, e incluyó en el precio un par de bloques de pisos que puso en alquiler. Con los años se fueron vendiendo —algunos, por aprovechar la rentabilidad de las burbujas inmobiliarias; la mayoría, para liquidar deudas— y sólo quedaba ese, en el número 29, casi esquina con Doctor Horno, donde colocamos a papá cuando el piso de Sagasta se hizo demasiado incómodo y excesivo para un viejo impedido. Juan Schuster volvió entonces al punto de partida, al suelo de la primera factoría, al origen de la fortuna familiar, de la que no quedaba ni el recuerdo en el plano.

El trazado de las calles no tenía nada que ver con el arrabal industrial anejo a la estación de Campo Sepulcro de ochenta años atrás. La expansión de la ciudad lo había convertido en un enclave céntrico. Fui andando desde Angelito —Eva y Asteri tenían trabajo, o eso dijeron, y Rapsoda hizo mutis con una reverencia—, y en cuanto abandoné los bulevares y me adentré por Hernán Cortés, me cayó encima esa molicie de los barrios que fueron industriales y nunca se quitaron la grisura. Las ciudades que tuvieron obreros, grúas, sirenas, ferrallas y vagones de ferrocarril negros de carbón conservan sus fantasmas industriales. La única forma de limpiarlas es con un exorcismo urbanístico de museos que atraigan a muchos turistas. Zaragoza no ha tenido ese exorcismo por el que han pasado tantas ciudades de Europa, por eso vive del recuerdo de los anarquistas fusilados en el 36, de los ferroviarios que tomaban café con leche en vaso de cristal en la cantina de Campo Sepulcro y de las rancias familias de industriales como la mía, que arrumbaban a sus viejos y fingían que estos nunca fueron patrones de los que reventaban las huelgas a tiros.

No conocí la primera fábrica de Salchichas Schuster, pero la sentía en la calle Madre Sacramento de camino a la casa de papá. Veía los camiones que traían los cerdos abiertos recién sacrificados en el matadero de Las Fuentes, donde también los desollaban y evisceraban. Venían colgados en ganchos, como los trajes del tinte. Una cuadrilla de obreros los metía en un canal que conducía a la sala de despiece, donde se troceaban y se deshuesaban antes de separar la grasa del magro. De ahí pasaban a la picadora, y de esta directos a la sala de curado, el orgullo de la primera planta de Salchichas Schuster: una nevera industrial del tamaño de una casa grande diseñada por

ingenieros alemanes en la misma ciudad de Hamburgo. Allí se curaba la carne a unos tres grados centígrados durante unos días, en un suero de sal y azúcar llamado salmuera. Tras el curado, se le añadía la grasa que se había separado en la sala de despiece y la mezcla se conservaba a una temperatura controlada de unos ocho grados en otra nevera industrial. Era la fase previa al embutido. En aquella primera fábrica usaban tripa, pero en la fábrica que conocí yo lo hacían con celulosa comestible. Ya estaban listas las salchichas. Sólo faltaba ahumarlas, para darles el sabor, y escaldarlas en agua caliente que no hirviese (a unos ochenta grados) una media hora. De ahí, al tanque de agua fría y a la empaquetadora. Y al camión, a los mercados, para que los españoles disfrutasen de las populares salchichas Schuster, cien por cien alemanas, según la receta secreta y artesana de Hans Schuster, maestro charcutero del Reich.

En casa de mi padre se exponía el diploma que acreditaba a mi bisabuelo como miembro del gremio de la charcutería, sellado en Hamburgo antes de la Gran Guerra. Ocupaba la pared noble del salón, junto a una fotografía de estudio del propio Hans Schuster a sus cuarenta y pico hecha por Freudenthal, el retratista de la buena sociedad industrial de Zaragoza. Ambas piezas, con marcos aparatosos, se oponían al mueble de la tele, y bajo ellas se apoltronaba en un sillón de orejas su nieto, Juan Schuster, medio ciego, las piernas cubiertas por una manta, conectado a su bombona de oxígeno, con el pañal limpio gracias a los buenos oficios de Ioana y en un estado perenne de duermevela que le impedía recordar las porquerías que añadió a la salmuera y a la mezcla de magro y grasa para traicionar la receta secreta y artesana de Hans Schuster.

Allí lo encontré la tarde del día en que enterraron a su hijo mayor. Ioana me advirtió de que había amanecido nuboso, y no se refería al tiempo, sino a su conciencia. Aunque se lo había recordado varias veces, no estaba segura de que supiese de dónde venía yo ni por qué.

—Tiene días mejores —me dijo en susurros, siempre cuidadosa de no romper la cuarta pared de la función de su cliente-jefe. Ioana creía que parte de su trabajo era sacar la realidad del teatro de la casa. Se le daba tan bien la tarea que nadie sabía qué parte del desvanecimiento de papá se debía a la biología y qué parte, a la forma exquisita en que su cuidadora lo aislaba del mundo.

Ioana salió a hacer recados, una excusa para dejarnos solos, y yo le supliqué con los ojos que no se fuera. La necesitaba como directora de escena, para que nos colocase en nuestras marcas y corrigiese el gesto y la dicción. Pero salió con un tintineo de llaves inapelable, y yo me quedé callado hasta que se cerró la puerta del ascensor y la casa se llenó del silencio falso de los coches y la vida que corría por la calle, tan lejos. Papá no había registrado mi presencia. Me incliné hacia él y

le tomé la mano.

—Hola, papá, soy yo, Fede.

Se sobresaltó y retiró la mano. Fijó su mirada en mí, unos ojos pequeños y enrojecidos que no dejaban ver blanco, iris ni pupila, como marcados con alfileres. Quise presentarme otra vez, hablando más alto, pero para qué. No me veía. Y si me veía, no me reconocía. Y si me reconocía, no le importaba. Acerqué una silla y me senté enfrente, de cara al diploma del charcutero del Reich. En cuanto aparté la mirada de sus ojos, giró la cabeza hacia la ventana, como un girasol con reuma, y se quedó quieto, sintetizando el sol de la tarde.

Calculé cuánto podría tardar Ioana y cuál sería el tiempo mínimo de permanencia en esa casa para eludir su reproche. La perfidia de los hijos se mide en horas, pero yo quería reducir la escala a minutos. Cumpliría, había empeñado mi palabra con Eva, y Ioana se encargaría de hacérmela cumplir, pero no estaba dispuesto a regalar ni un segundo de más. Cuando la cuidadora volviese, la ayudaría con las bolsas. Tal vez podía ofrecerme a preparar la cena, así me encerraría en la cocina y evitaría estar con mi padre, pero Ioana no me dejaría. Cualquier favor sería rechazado como intrusismo profesional, y me obligaría a ocupar mi sitio en el salón, a la derecha del padre, amén.

¿Cuánto tiempo debía quedarme con Ioana cuando volviese? ¿Media hora, un cuarto? A los diez minutos podría fingir un compromiso, recordar una cita con amigos o incluso alegar agotamiento viajero. Aún no había pasado por el hotel. Podría señalarle la mancha de currywurst en la pernera, aunque corría el riesgo de que se ofreciera ella misma a lavarla con algún truco casero de Transilvania. ¿Cómo saldría de allí sin el reproche de una buena muchacha rumana que llevaba un colgante con una pequeña cruz griega al cuello que me acusaba con su brillo de pecar contra el cuarto mandamiento?

A eso se ha reducido todo, papá, pensé en decirle, pero no se lo dije para no facilitar el teatro. No me veía en un melodrama acusatorio. Los años alemanes me habían curado de vanidad. El rencor caduca, como las salchichas, y el mío se pudrió en Ratisbona hace tiempo. Lo tiré al contenedor adecuado, y el servicio de limpieza y reciclaje del estado de Baviera lo procesó de acuerdo con las normas medioambientales. No me quedaba nada. Ni siquiera compasión, ni un poquito de esa rabia que nunca remite del todo y se confunde a veces con la nostalgia. No sentía nada por esa carne también caducada que empezaba a dormirse por efecto del sol en el rostro, la cabeza vencida sobre el pecho, la respiración ronca y averiada.

Me habría gustado afearle que hubiésemos metido en un hoyo a su hijo mayor sin su presencia. No quería que compareciera para expresar una pena que ya no sabía si era capaz de sentir, sino para que le estrangulase un poco la culpa. Me habría gustado que sus pares de

la colonia —esos viejos con trajes pasados de moda y con brillos— murmurasen y le señalasen con la discreción grosera con que se señala en la provincia. No lo deseaba por rencor, de verdad que no (y sé que insistir en esto merma mi credibilidad, y que ya no puedo ser otra cosa que un hijo vengativo, además de ausente), sino por folclore y coherencia narrativa. Papá merecía esa última mortificación. Merecía que su alma se arrugase como se arrugaba su cuerpo, que se asomara a su propia muerte con la culpa de la muerte del hijo y la conciencia plena e indubitable de haber sido un padre de mierda.

Saqué el móvil y crucé las piernas en la silla, resignado a dejar pasar el tiempo, cuando mi padre gruñó algo que parecía alemán. Le pedí que lo repitiera y se volvió, me agarró el brazo con fuerza, como queriendo arañarme, aunque la manicura esmerada que le hacía Ioana evitó que me clavara las uñas. Schlampe, dijo. No tengo dudas, lo pronunció bajito pero articulado: Schlampe. Y aflojó la mano y volvió a bajar la cabeza. Mi padre me acababa de llamar puta, quizá confundiéndome con Ioana, que entendía algo de ruso, pero ni una palabra alemana. Me reí y, sin saber por qué, le conté uno de los chistes malos que tanto le divertían los sábados al volver del cementerio, cuando se ponía de buen humor germánico:

—Papá, ¿sabes ese del cirujano que le dice al paciente: Nur keine Panik! Wir haben diese Operation schon 30mal gemacht. Einmal muss sie ja klappen?

Se lo había oído millones de veces, también en español, se lo contaba a cualquiera: no tenga miedo, hemos hecho esta operación treinta veces, alguna vez tiene que funcionar. Juan Schuster empezó a sacudir la cabeza con unos espasmos leves que podrían pasar por carcajadas, y después rompió a toser, una tos de grava y ceniza que no cedió a mis palmadas en la espalda ni a mis intentos de recolocarle el tubo del oxígeno. Se le pasó el ataque solo, y del esfuerzo se durmió.

Cuando volvió Ioana, varios siglos después, mi padre seguía en la misma postura, con un reguero de baba que no limpié y la cadencia de los ronquidos constante en ritmo y volumen. La ayudé a guardar la compra y le celebré lo limpia, ordenada y bien surtida que tenía la cocina, pero no me dio las gracias y recolocó algunos productos que yo había dejado en la alacena incorrecta, murmurando esto no va aquí. Le pregunté si papá hablaba mucho. Dijo que según los días.

—¿Y qué dice?

—Cosas en alemán, muy pocas en español. No le presto atención. ¿Quieres que me fije?

—Pero ¿habla contigo, te pregunta algo?

—La mitad del tiempo no sabe quién soy. Creo que me confunde con vosotros o con gente de otra época. Dice frases, palabras sueltas, murmullos… No habla con nadie ni dice nada en especial, son como

pensamientos que se le escapan en sueños.

—¿Nunca te dice nada directamente, siempre le habla al aire?

—No, no, a veces me mira. Mientras le doy de comer o le baño. Me mira y me dice cosas. A veces habla dulce, otras enfadado, nunca le entiendo. A veces le contesto en rumano o le digo una frase en ruso, y sonríe como si me diera la razón. Estos días le canto esa canción de Shakira muy bajito, y parece que le gusta. Sonríe cuando hago el falsete. Tonterías nuestras.

—¿Alguna vez te habla delante de Eva? ¿Eva entiende lo que dice?

—No quiero meterme en esos problemas.

—¿Qué quieres decir?

Ioana cerró la nevera y pareció contar hasta tres antes de seguir hablando:

—Tu hermana no viene desde hace meses. Me paga por el banco y me escribe wasaps, ni siquiera hablamos. Si necesito que arreglen algo o hay un problema con el edificio o hay que ir al hospital, manda a alguien. Yo no quiero saber nada, pero tú eres la primera visita que recibe desde no me acuerdo cuándo.

—Le he contado un chiste y se ha reído.

Ioana me miró con ojos de icono bizantino y se tocó la cruz del colgante.

—Yo no juzgo, Fede. Yo sólo trabajo. Pagáis bien, el señor Juan está atendido y no me corresponde a mí hacer nada más, pero el señor Juan es una persona. No limpio máquinas ni robots, cuido a una persona, y parte de mi cuidado es deciros que lo tenéis muy solo.

—Ioana, es más complicado de lo que crees.

—Todo es complicado, Fede. La vida es difícil para todos, y todos acabaremos como el señor Juan, pronunciando insultos a personas que son sombras.

—No creas que no te agradecemos mucho…

—Fede —me miró aún más fijamente y me cogió el brazo, en un gesto insólito—, lo sé. No hablo de eso. Ya he dicho lo que quería decir, no me hagas decir más. Si quieres quedarte a cenar, he comprado merluza.

Cené una hamburguesa al lado del hotel, después de una ducha larga y de cambiarme de ropa, y a las diez de la noche me sentía despabilado y casi feliz por el aroma de los tilos. Me deprimía la idea de encerrarme en la habitación. Quería pasear, sentarme en una terraza, beber algo, charlar. Era un impulso muy raro en mí, como un ansia de desorden.

No me quedaban amigos en la ciudad. Los que no andaban desperdigados por el mundo, como yo, se habían vuelto unos desconocidos. Hacía años que no hablaba con ellos. Apenas me enteraba de sus vidas por las fotos del Facebook, donde señores que se

parecían un poco a mis compañeros de clase se retrataban junto a barbacoas, con delantales del mejor papá del mundo o celebrando no sé qué aniversario de no sé qué matrimonio en no sé qué playa. Aunque no me hubiera importado verlos y que me contasen dónde estaban esas playas, qué diablos celebraban en ellas y cómo se llamaba el mayor y qué estudiaba el pequeño, no me atreví a molestarlos.

Al sacar la cartera para registrarme en el hotel, se deslizó junto al DNI la tarjeta de visita de Berta Klein, donde ella había escrito a boli su móvil personal. Mientras subía en el ascensor, lo guardé en la memoria y comprobé que tenía wasap. Un buen rato después, en la puerta de la hamburguesería, vi que Berta Klein había usado la aplicación hacía diez minutos. No, no le molestaba que le escribiese. Sí, a ella también le apetecía tomar algo. Claro, en una hora en la plaza de San Francisco. No fastidies, el Harvard es de universitarios, tío carroza, mejor en el Cabaret, al otro lado de la plaza. Te mando localización.

6. Berta

En este jardín no caben más muertos, Gabi. Quién sabe por qué el ayuntamiento no ha tirado las tapias que separan el cementerio alemán del normal. ¿Te habría gustado más caer del otro lado, fuera de esta zona VIP del pudridero? ¿Tuviste voluntades últimas? De todas las situaciones ridículas en las que te pone la vida, jamás pensé que acabaría hablándole a la tumba de un amigo muerto. Y aquí estoy, de vuelta en este trocito de tierra alemana en el que te enterraron esta mañana. No es cierto eso que dicen de que hay que sacar las cosas, expresarlas, liberarlas para que no fermenten traumas. Mírate: tú no te guardaste ni una palabra, y aquí estás, reventado de rencores. ¿De qué te sirvieron las canciones, todo lo que escribiste, los números, la escandalera, las protestas de los beatones? ¿De qué te sirvió cabrear a tu padre y amargar a tu madre? Dime, ¿en qué te ayudó?

Tengo la sospecha de que ayudaste a los demás. No a esa claque de tarados que te seguía por ahí, con el tipo siniestro que parece el humorista Eugenio, el que te ha hecho el responso. A esos no los ayudaste, al revés. Los acostumbraste a recibir unas atenciones y a frecuentar unos sitios que nunca habrían merecido por su talento. Sin ti van a tener que ponerse a trabajar, o algo peor. Me refiero a los que iban a tus conciertos, los que compraban tus discos o se los bajaban de internet o se los grababan en casetes. Tu público, vaya. A esos sí les diste luz. Lo sentí en la distancia. Era emocionante ver cómo consolabas sin quererlo, cómo les abrías una ventana para gritar, para sacudirse las vergüenzas y los complejos.

Me pregunto si te enteraste de todo el bien que hiciste. Me temo que no, que tus rencores te cegaban. Te lo digo muerto porque no me lo habrías aceptado en vida. Contigo siempre me poseyó el espíritu de la escalera. A ti no te pasaba, eras demasiado alemán para sentir algo tan francés. Ya sabes a qué me refiero, *l'esprit de l'escalier*, esas palabras que se te ocurren cuando ya has salido de la habitación y estás bajando a la calle.

Toda nuestra amistad estuvo dominada por ese espíritu. Me refiero a mí, claro. Tú nunca te dejaste una palabra por decir. Para callarme estaba yo. Nunca he sabido si mi silencio fue cobardía o respeto, pero siempre que encontré las palabras que debía decirte, tú ya no estabas delante para escucharlas. Incluso ahora me intimida tu reacción. Me

imagino el desprecio sarcástico que me habrías escupido si te hubiese señalado que tu obra sanaba a esos adolescentes granujientos. Ni siquiera me habrías dejado llamarla *tu obra*.

Quizá en el fondo sí lo sabías y ya habías respondido. ¿Qué diablos era, si no, tu disco *Opus Scheiße*? ¿Te acuerdas del enfado de esos abogados cristianos que amenazaron con querellarse porque creían que te burlabas del Opus Dei? Un roquero insolente nos llama mierda, dijeron en la noticia. Tengo grabada la imagen de ese curita explicando que Scheiße era mierda, y tu respuesta corrigiéndole: diga mejor zurullo. Lo que te reías. Te burlabas de Schubert, que es mucho más sagrado que el Opus y todos los santos del cielo. En realidad, te burlabas de nuestro colegio y de los versos de Wilhelm Müller que nos teníamos que aprender en clase de literatura. *Opus Scheiße*, les dijiste a todos los que empezaban a tomarte en serio, a los que analizaban tu discurso y escribían sobre ti en *El País* como si fueses el nuevo Nietzsche.

No me gustó nunca esa manera de desentenderte de tu responsabilidad. Estás muerto y aun así me llega tu carcajada desde el agujero. Sí, tu responsabilidad, no repitas la palabra con voz aflautada. Cuando llegas a la gente como tú has llegado no puedes despacharla con un chiste. No digo que tuvieras que fundar una religión —ahí sí que se habría enfadado el Opus Dei, por competencia desleal— o abrir una consulta con diván, pero sí tomártelos un poco en serio, asumir que formabas parte de sus vidas y les importabas, aunque no fuera culpa tuya. Te molestaba mucho que te admirasen, pero deberías haberte aguantado. Eso te faltó, Gabi, aguantarte alguna vez. Dejar la adolescencia, crecer, transigir, aceptar que los zapatos a veces rozan, pero hay que ponérselos y no pasa nada, para eso inventaron las tiritas.

Ay, mein lieber Geselle. No he venido a pedirte explicaciones, los años no me han agriado tanto. He venido a despedirte im Wirtshaus, a ti, que te pasaste la vida en tantas posadas, como un Wandersmann. Déjame que me siente, estoy mayor. Bueno, quizá no tanto, aunque me siento viejísima, qué le voy a hacer. Hace mucho que no fumo, pero me he comprado un paquete de Fortuna para la ocasión. Está carísimo. Ahora la gente fuma tabaco de liar, esto de las cajetillas es para ricos y viejos. No sé si entro en la primera categoría, aunque me enorgullezco de la segunda, qué carajo. ¿Recuerdas la canción? No tengo la voz entonada, pero voy a intentarlo: *Der Reif hatt' einen weißen Schein / Mir über's Haar gestreuet. / Da glaubt' ich schon ein Greis zu sein, / Und hab' mich sehr gefreuet*. Mira, mira la escarcha del lied. La escarcha de mi cabeza. No parezco vieja, es que lo soy, digan lo que digan mis cincuenta y pico.

Nunca me gustó fumar. Como tantas otras cosas, lo hacía por

imitación. A ti no te pegaba. No eras imitativo. Yo sí, yo quería ser como los demás. Me torturaba ser la rara y que me tomasen por tu novia, siempre a tus faldas, obligada a ser modosita porque no se podía ser otra cosa al lado del escandaloso Gabi. Si tú no hubieses fumado, yo no habría caído. Habría encontrado en ti la fuerza para apartarme de la manada. Pero le dabas al cigarro con esa ansia con la que succionabas todo en la vida, así que me gastaba las pagas en Fortuna y chicles de menta para que no me olieran el aliento en casa.

Apenas llevo tres caladas y ya tengo ganas de apagarlo. Me lo voy a fumar entero por ti, para ofrecerte una colilla votiva y ser la primera que aplasta un pitillo sobre tu tumba. Qué perversa es la memoria, por cierto. El tabaco me da asco y me pone cachonda a la vez. Será porque me recuerda a los primeros besos, a esas lenguas que sabían a cerveza y cigarros en lo oscuro del campus, y no es una emoción que me apetezca evocar ahora, pero las cosas del cuerpo funcionan así, asco y deseo van juntos. Nunca contigo, aunque todos creyeran que sí.

No sé a qué sabía tu lengua. Supongo que a lo mismo que todas, más a tabaco que a cerveza. Tampoco te creas que me quedé con las ganas de saberlo. Podías ser muy vanidoso, aunque la vanidad no fuera lo que mejor te definía. A fuerza de escuchar insinuaciones, a lo mejor te creíste que suspiraba por tus huesitos. Eras demasiado inteligente para eso, pero de vez en cuando claudicarías ante el ambiente, y no te lo reprocho. A mí también me costó alguna vez interpretar mi admiración y mi amor. ¿Te admiraba más de lo que te quería o te quería más de lo que te admiraba? ¿Y en qué sentido te amaba? No me habría costado quererte como creían que te quería. Habría firmado sin leerlos los papeles de una vida juntos, te habría seguido donde fuera, me habría encantado despertarme en tu cama y constatar que lo blanco de tu cabeza no era escarcha, sino los años que compartíamos. Si la inercia hubiera tenido algún valor para cualquiera de los dos, esa habría sido nuestra vida y yo tendría ahora un papel muy cómodo, el de viuda consagrada a tu recuerdo.

Tu ausencia me definiría. Haría de ella mi única seña de identidad, como los rótulos de las tiendas centenarias: Viuda de Schuster. Quién sabe si pondría eso también en los paquetes de salchichas. No te rías, tampoco es tan loco. Eras el mayor, habrías heredado la empresa. A lo mejor la habrías salvado de la ruina, y en lugar de regresar a mi piso del barrio de Linden-Mitte, hoy volvería andando a un chalet de Ruiseñores o el barrio pijo que fuera, a ver crecer la cuenta corriente y a pensar en qué capricho me iba a gastar una riñonada para consolarme de tu muerte. ¿Se comería alguien las salchichas de una viuda? *Viuda de* es buen nombre para una mercería, pero al embutido le va mejor un apellido a secas. Además, cuando tienes una marca que funciona, no hay que cambiar nada. Que la fábrica siga embutiendo

carne, que sigan saliendo los camiones. Los mejores negocios son los que marchan solos.

Voy a fantasear un poco más con tu papel de heredero, a ver si consigo que te retuerzas ahí abajo. Tendríamos dos, no, mejor tres, no, mejor cuatro, cuatro hijos. Dos niños y dos niñas. La primera sería tu ojito derecho. Luego vendría un niño igualito a ti, insolente, sarcástico, malhablado. Se te parecería tanto que lo detestarías. Los otros dos serían adornos. Una niña que se dedicaría a la música, por influencia de la abuela. La imagino tocando el violín en una orquesta desde los quince años. No le veríamos el pelo, salvo en los conciertos importantes. Y el último, tardanico, un desliz, un embarazo sobrevenido una de esas noches en que los matrimonios follan sin protección porque creen que la vida está ya lista para facturar. Le queremos, pero no le hacemos mucho caso. Crecerá mimado y sin expectativas, la mejor manera de ser niño.

¿Qué te hubiese costado complacer a tu viejo y seguir la tradición? Yo te habría celebrado la hipocresía. Habríamos formado un matrimonio bien avenido. Te dejaría andar por las saunas y las discotecas, incluso sería tu cómplice. No tendrías que llevar una vida tan clandestina como piensas. Yo sería tu confidente, tu paño de lágrimas para cuando los novios se hartasen de ti. Comeríamos todos los domingos con tus padres, y en la sobremesa tu madre te acompañaría al piano y te saldrían unos lieder muy dignos pese a tu voz de contratenor. A lo mejor hasta cantabas el *Gott erhalte* sin ironías, y los niños pondrían sus vocecillas blancas antes de hacerse una foto repeinados.

¿Qué tal? ¿Te estremeces ya? No noto que la lápida se mueva. Por la noche te irías a algún antro, a follarte a un tío peludo y sentimental cuyo nombre no recordarías al día siguiente, y yo te esperaría tejiendo y sin pincharme en la rueca. Estaría despierta cuando volvieses a casa oliendo a pachuli y a tabacazo, y escucharía embelesada los detalles de tus hazañas sexuales. Nadie sospecharía nada, tendrías la fábrica y la concupiscencia, la vida pública y la privada, la felicidad conyugal y la del crápula, y yo también sería feliz porque me reiría mucho contigo y nunca nos faltaría dinero para hacer lo que nos diera la gana y nos burlaríamos de la ignorancia de tu padre, de sus cursiladas alemanas y su ramplonería de santurrón.

¿No crees que nos habría ido bien así? ¿En qué han sido mejores nuestras vidas? ¿En qué ha sido mejor la tuya? Dime en qué te benefició decir siempre lo que pensabas y hacer lo que te dio la gana. Y no me hables del legado, ni del público, ni de la influencia. No me hables de tu obra, por favor. De sobra sé que nunca significó gran cosa para ti.

Por eso gustabas tanto, porque no había propósito ni vanidad en lo

que hacías. Tampoco ambición. Eras un niño hiperactivo que no soportaba el silencio, un Wandersmann frenético de Wirtshaus en Wirtshaus. Ni quienes presumían de entenderte comprendieron que no había nada que entender. Sólo querías vadear el lodo de unos días que se te hacían eternos. Te bastaba con llegar a la siguiente posada. Hacer discos y dar conciertos para cabrear a tu padre era una forma divertida de ir pasando el viaje.

Por eso creo que te habría ido bien aceptar el papel de heredero. Era un papel sencillo, fácil de memorizar y no requería mucho talento de actor. Podrías haber repetido las frases robóticamente, mientras pensabas en otras cosas, y así habrías llenado los días con estructura y orden. ¿Cómo era eso que repetías en el colegio de que la vida es corta pero las tardes son eternas? El tiempo no se te habría hecho tan insoportable, y yo no tendría que volver mañana a mi piso de la Wittekindstraße ni tendría ahora estas náuseas ante la perspectiva de otro domingo y otro domingo y muchos más domingos, hasta que vuelva el invierno y la tetera silbe y me beba la infusión a sorbitos ante la vista de la calle nevada desde la ventana de guillotina donde, mira, qué maravilla, se ha formado una flor de hielo, como me pasó el último invierno.

Mi descuido fue la causa. Si fuese una ciudadana responsable, como el resto de vecinos de la calle, habría retirado el macetero al final del otoño, pero lo dejé ahí, y la semilla que trajo algún gorrión brotó pese al frío, y en una helada, la savia se congeló y formó una Eisblume. No era la primera vez que las veía. En el campus, una colega de químicas me señaló una vez un prado de Eisblumen y me explicó el fenómeno: al congelarse, la savia se expande y desprende gotas que se vuelven a congelar al contacto con el aire y van esculpiendo la flor. Dura muy poco. Las Eisblumen se funden apenas las roza el sol de invierno. Por eso le hice una foto que podría haber sido la portada de un disco tuyo.

Te habrían encantado las Eisblumen, si la salud y las ganas te hubiesen animado a buscarlas en las cumbres, porque sólo se ven en las laderas al amanecer de las mañanas muy frías, y tú a esas horas estabas siempre durmiendo en un hotel, muy lejos, en la ciudad del llano. Te habría gustado el concepto, constatar la existencia de un fenómeno tan fugaz y sutil. ¿A que te llama mucho la atención esa paradoja entre lo sólido y lo volátil? No soy química, aunque algo sé de la materia, y te podría haber contado mil maravillas de realidades inaprensibles, rotundas e inconsútiles a la vez, inapelables e invisibles. Cosas que están y no están, o que se transforman en otra cosa con sólo observarlas, como si sucumbieran al parpadeo.

Yo no entiendo de belleza, pero sí de átomos, y te podría haber enseñado por qué nada perdura y a la vez todo es eterno. Te podría haber enseñado mucho sobre la ilusión del mundo visible. A nivel

atómico, nada de lo que vemos y tocamos importa. La belleza, como la vida, es algo fortuito y transitorio que casi siempre escapa a los ojos que quieren contemplarla.

Me acuerdo mucho del viaje de fin del colegio a Sicilia. No sé si tú pensabas en él, nunca hablamos de ello. Para mí fue importante porque ya no volvimos a estar tan cerca. Fue nuestra despedida. Yo me marché a Alemania a estudiar y tú tiraste por tu lado, a cambiar de carrera y a dar disgustos. Elfriede nos convenció de ir a Sicilia por Goethe, por el *Italienische reise* que nos hizo leer y que a ti te empalagaba tanto. A los padres les pareció bien, dado que las alternativas eran Marruecos o Ámsterdam. En Sicilia, dijeron, al menos aprenderán algo. Verán alguna piedra griega y no regresarán desnutridos del todo. En realidad, habían abogado por Roma o Florencia, que eran destinos más civilizados, pero Sicilia tenía playas, y hasta la estirada de Elfriede creía que nos merecíamos un baño después de la selectividad.

Te lo cuento para que veas lo presentes que tengo esos días que tú olvidaste hace mucho. Estabas muy feliz, te pusiste moreno, llevabas unas camisas coloridas con los dos botones de arriba desabrochados, y la humedad te rizaba el pelo y te lo dejaba denso y salvaje. No te he visto más guapo en la vida. Ni tan despreocupado, con tan pocas ansias de epatar. Parecía que te habías dejado el sarcasmo en Zaragoza, eras casi bondadoso. Incluso en esa mañana de la que te quiero hablar estabas contento. No te bajaban la sonrisa ni el calor, ni la caminata, ni las explicaciones provincianas de Elfriede, que nos llevaba por todo Palermo señalando las huellas aragonesas, desde la plaza de Aragón hasta las alusiones a la familia Pignatelli, que allí pronunciaba «Piñateli», a la italiana, y tú te reías y le decías: Frau Elfriede, ¿debemos decir también Madonna del Pilare cuando volvamos a Zaragoza?

Acabamos en aquel museo donde estaba la *Anunciación* de Messina, que desde entonces es uno de mis cuadros favoritos. Pero a ti te alucinó *El triunfo de la muerte*. No el de Brueghel del Prado, que aún no habías visto, sino ese anterior y de autor desconocido, enorme, partido en cuatro piezas. En el centro, el caballo sobre el que cabalga esa muerte esquelética que asaetea a todo aquel con el que se cruza. La mitad de los personajes, vivos, y la mitad, ya muertos. Los que aún viven esperan la flecha con horror, pero resignados.

Fíjate, me dijiste, no se resisten, no huyen, no hacen nada para evitar la matanza. El caballo galopa libre y el esqueleto dispara a placer sin que nadie lo descabalgue. ¿Cómo es posible?, me dijiste. Si tú y yo viésemos a lo lejos un caballo así, correríamos, nos esconderíamos, qué sé yo. A lo mejor, si nos pusiéramos chulos, le tiraríamos piedras. No nos dejaríamos ensartar como esos personajes.

Nadie ofrece el pecho a la muerte.

Te quedaste un rato en silencio. Elfriede y la clase se fueron a otra sala y yo me quedé contigo frente al cuadro, contemplando las formas del caballo, rarísimas, en blanco y negro, casi cubistas. Parece el caballo del *Guernica*, pensé, y luego he comparado muchas veces los dos caballos y me he convencido de que son el mismo, y no tengo ni idea de si Picasso conocía el cuadro de Palermo o fue una casualidad, como las capas de hielo de mi Eisblume.

En primera línea, a punto de recibir la siguiente flecha, hay un tipo que toca el laúd. Míralo, me dijiste, mira qué pachorra, qué manera de enfrentarse a la muerte. Se lo van a cepillar, y el tío toca sus cancioncillas. Es el único que se resguarda un poco del disparo. Está de medio lado, ofrece el hombro al arquero. Protege su instrumento, me dijiste. No le importa morir, pero no quiere que le rompan el laúd.

Callaste el resto de la visita y durante la comida. No fue hasta la noche, tras sacarnos esas cervezas en la plaza, cuando me dijiste: quiero ser el tío del laúd. O dijiste que eras el tío del laúd. No lo recuerdo porque no sabía a qué te referías, no lo relacionaba con la visita al museo. Da igual si querías serlo o lo eras, porque la identificación y la voluntad son lo mismo, sobre todo para ti, que convertiste cada deseo en una realidad. Entonces no supe de qué me hablabas, y sospecho que tú tampoco. Sólo decías en voz alta una intuición, algo que se te había revelado y no razonabas aún, quizá porque no tenías capacidad para ello.

Se me quedó indeleble la imagen del tañedor de laúd al que apunta el esqueleto, y conforme los años nos alejaron y tú te convertiste en Gabi Ese y aparecías y desaparecías de mi vista en los recortes del *Heraldo* y de *El País* que mis padres guardaban para enseñarme cuando volvía a casa, en los playbacks de la tele, en los discos con tu firma en rotulador que llegaban por correo, en los abrazos sudorosos que nos dimos las pocas veces que te encontré en un camerino, justo después de un concierto —las pupilas enormes y esa euforia lánguida con la que te ausentabas sin dejar de estar en el centro de la habitación—, todas y cada una de las veces en que supe de ti, vi al tío del laúd a punto de recibir el flechazo letal.

¿Quién era el esqueleto? Siempre creí que era tu padre, y la pila de muertos a los pies del caballo eran los cerdos abiertos en canal con los que se hacían las salchichas. Ya no lo sé. Me cuesta creer que toda tu vida fuera un simple gesto para proteger el laúd de la flecha de tu familia. Te encantaba enfadarle y disfrutaste muchísimo dinamitando esas ideas del legado, la patria imaginada y la estirpe germánica, sin duda, pero de ahí a que todo se redujese a eso… No creo que vieras a tu padre como una amenaza tan rotunda. De hecho, escapaste de él razonablemente ileso.

Pienso que el triunfo de la muerte no significaba para ti nada concreto ni se encarnaba en alguien particular. Lo que viste aquella mañana fue una verdad más profunda que te inspiró el resto de tus días. Viste que ningún esfuerzo importaba, que no había herencia ni legado, que no venías de ningún sitio ni te encaminabas a ningún otro. Por eso te identificabas tanto con el Wandersmann. Caminabas de posada en posada porque eso era la vida para ti, una errabundia, un estar frágil y fugacísimo.

Por eso te impacientabas ante mi vida ordenada y mi forma de marcarme objetivos, de alcanzar metas y de ir subiendo peldaños de una escalera al final de la cual, para ti, sólo había un esqueleto montado en un caballo cubista y disparando flechas. Te hiciste una corte de los milagros que parecía una danza de la muerte. No te rodeaste de tarugos como el del entierro porque necesitases sentirte superior y ser alabado como un diosecillo pagano, sino porque nunca iban a entenderte y, por tanto, jamás te iban a reprochar nada. Huiste de mí. Huiste de la posibilidad de un rencor, de la idea de que mi carrera y mis ambiciones de buena chica estudiosa te apartasen del gesto de tocar el laúd.

Lo entendí al ver la Eisblume en mi ventana. Bajo la luz difusa de las farolas de Hannover —que no disuelven la oscuridad, sólo la empastan—, te vi entre los cristales de hielo. Entendí que no quisiste ser otra cosa que una flor como aquella, un momento de alegría, belleza, gozo, vida sin permisos ni razones, un poco de música antes de que el primer rayo de sol te fulminase como la flecha del jinete esquelético.

Enhorabuena, meine Liebe, lo has logrado. Quizá viviste un poco más de lo que esperabas, pero mírate aquí, en este cementerio viejo, bajo los tilos. Te faltó morir de una sífilis o luchando contra los turcos, pero a tu manera te has hecho un Schubert. Tanta parodia, tanta burla, tanto lied berreado con distorsión, para acabar como un señorito tísico de la época Biedermeier. Cuando me levante de aquí, si consigo ponerme en pie, te haré la reverencia que mereces.

Menos mal que no hay nadie mirándome, porque me va a costar mucho levantarme. No por la vejez, o no sólo. Los huesos me duelen como nunca y me alegra que no te hayas enterado. Qué bien que te murieras sin tener que ofrecerme consuelo. No sé cómo lo hubieras encajado. Mal, con torpeza. Habrías corrido en la dirección contraria. Me habrías hecho daño, sin duda. Qué suerte tengo de que estés bajo esta piedra y no puedas escapar ni replicarme con una ironía o quién sabe qué barbaridad de las que se te ocurrían a todas horas. Qué suerte tengo de poder decirte lo que no sabe nadie, segura de que me guardarás el secreto.

Yo también me estoy fundiendo, como la flor de hielo. Dice mi

oncóloga, una colega muy serena y sabia, compañera en la universidad, que tengo alguna esperanza de curarme, que me va a meter no sé cuántos ciclos y que cuanto antes empiece mejor será el pronóstico. Pero no lo voy a hacer, Gabi. Voy a dejar que el sol me funda. He aprendido de aquel cuadro: cuando el caballo aparece, es inútil correr, esconderse o pelear. La gente de la Edad Media lo sabía. Tú lo sabías. Yo, aunque tiemblo de espanto, lo sé también. Por eso he venido. Quería decírtelo. Nada más.

7. Fede

Berta me había citado en un bar de gente mayor, como lo son todos los bares de ahora. Luces suaves, tonos caoba y música a un volumen razonable con querencia por trompetas y pianos no del todo horteras. Me sentí viejo y extranjero, pero agradecí ambas sensaciones, que me descargaban de los excesos del día. Al poco de pedir la segunda cerveza llegó Berta, más bajita de lo que me había parecido en el cementerio, quizá porque no llevaba tacones, pero con la misma sonrisa de aquellos sábados en que aplastaba colillas contra los epitafios. Nada más saludarla, supe que ella también veía en mí ese desamparo antiguo. Había venido a tomar una copa conmigo por las mismas razones por las que pellizcaba a mi hermano para que dejara de incordiarme.

Conocía ese bar porque regresaba a menudo a Zaragoza. A ella no la saludaban en los restaurantes familiares con sarcasmos de hija pródiga. Volaba casi cada mes y mantenía un contacto diario con sus padres, hermanos y sobrinos. No, no tenía hijos. No, tampoco tenía pareja. La física era su amante. Hubo un par de señores que estuvieron a punto de compartir ese amor, pero, Fede, me dijo, eran también colegas, colegas a los que gané en la carrera.

—Aunque al principio dijeron que no les importaba que yo publicase más, que me citasen más, que me invitasen a más congresos, que enseñase en una universidad más importante y que me dieran mejores becas, al final pasó lo que tenía que pasar. Y yo sabía que les importaba, que siempre les importó, que nunca les importó otra cosa, pero les dejé creerse sus palabras porque me gustaba escucharlas cuando cenábamos en un italiano los sábados, después de la ópera.

No lo decía triste, aunque tampoco con esa ligereza impostada de quien ahuyenta las fatalidades para no ponerse a llorar por ellas. Tan sólo lo constataba, como si hubiera sabido desde el principio que su talento la llevaba de cabeza a la soledad. Por eso seguía pendiente de Zaragoza, mandaba regalos caros a sus sobrinos y compraba pasteles en Ascaso los domingos que comía con sus padres.

—Lo hago por mí, Fede —dijo—, porque las ecuaciones no dan besos de buenas noches ni cuentan chistes malos.

Y yo bebí un trago largo y agradecí las sombras del bar en las que escondía la mirada. No aguantaba tanta franqueza pronunciada en un

tono tan neutro.

Los Klein eran muy distintos a los Schuster. No se puede decir que no abusaran de la K del apellido. Como todas las familias de la colonia, subrayaron su origen siempre que pudieron y cultivaron lo germánico con la misma devoción que el resto, sin plantearse llevar a sus hijos a otro colegio que no fuera el alemán, pero no marchaban al son de la patria perdida. Los himnos y las glorias de antaño no les decían nada, y en su casa no había cruces de hierro, ni diplomas de charcutero, ni mosquetones, ni uniformes de 1914 con polillas. Todos los recuerdos estaban encerrados en un trastero. Ni siquiera el señor Klein sabía qué había en esas cajas ni tenía ganas de averiguarlo.

No conocí al abuelo Klein, pero Gabi contaba que siempre estaba en su butaca, la vista fija en una esquina del salón, despierto aunque ausente. No le pasaba nada. Los médicos no encontraron nada físico. Gabi decía que estuvo así desde que volvió de Rusia, y que por eso los Klein eran raros, buenos, querían a sus hijos y no se obsesionaron con un mundo que nunca existió. Eso decía Gabi, y bien se veía que Berta formaba parte de una familia unida a la que no hacía reproches. A mamá le gustaban los Klein. Son buena gente, decía, pero papá le gruñía en alemán. Bettler, decía. Gesindel, añadía antes de que mamá le rogase silencio. Gentuza, quería decir.

—¿Qué le pasaba a tu abuelo, Berta?

Quiso saber qué sabía yo. Apenas nada, le dije. Lo de Rusia, que tampoco sabía a qué aludía. *Cuando volvió de Rusia* parecía el título de un bolero, un sobreentendido del que todo el mundo andaba al corriente y sobre el que, por ello, nadie preguntaba. Berta Klein miró el reloj y apuró la copa.

—Es pronto. ¿Pedimos otra y te lo cuento?

8. Berta

Me gustó contarle a Fede la historia del abuelo Oskar. Encontraba un gran placer al recrearme en ella, pues en parte la consideraba mérito mío. Sin mí, su epopeya sería hoy borrosa. Yo la había investigado y ordenado, incluso había viajado a los escenarios donde sucedía. Era mi pequeño tesoro familiar, y pocas veces encontraba ocasión de lucirla. Podía entenderse como el equivalente a la cubertería buena para ocasiones especiales que nunca suceden. Hacía tiempo que no la narraba, hasta los sobrinos estaban hartos de escuchármela, y ni siquiera con las bandejas de Ascaso y las propinas generosas me hacía perdonar mi insistencia en la misma batallita. Fede era una víctima oportunísima, la ocasión que estaba esperando para ensayar otra vez estos recuerdos que, a fuerza de reiterarse, iban encontrando una forma novelesca perfecta.

—Mi abuelo llegó con los internados del Camerún en 1916 —le dije cuando me pidió el whisky y nos acomodamos en la mesa—. Era muy joven, como casi todos. Te ahorro esa parte porque ya la sabrás, son mitos comunes en todas las familias. Oskar Klein trabajaba para una casa de Hamburgo. Casi todos trabajaban para casas de Hamburgo porque los colonos se dedicaban a mercadear, y el puerto mercante era el de Hamburgo. Cuando cayó Camerún, mi abuelo era un chavalín, no sería ni mayor de edad. Yo me lo imagino como un Charlot con zapatones, viviendo a salto de mata entre los muelles y el barrio portuario de Duala. Ya sé que lo suyo sería imaginarlos como un Corto Maltés o como Bogart en *La Reina de África*, pero yo los veo como desgraciados. Todos los infelices se ven como aventureros, hombres hechos a sí mismos, esas mierdas. Yo creo que eran unos chavalines perdidos, más desesperados que temerarios, que acabaron en las colonias de África porque la única alternativa alimenticia era robar chuscos de pan por el barrio rojo.

»No sé a qué se dedicaba en concreto. Quise averiguarlo hace unos años, pero la sede de la empresa fue destruida en los bombardeos del 43 y no se salvó ni un papel. Supongo que hacía lo que todos: vendían a Alemania aceite de palma, caucho y lo que fuera que sacaban de la selva, y los barcos volvían de Europa llenos de ropa, máquinas de coser, tornillos, pianos, esas cosas. Mi abuelo era agente, uno de tantos. Se dedicaba a mediar entre compradores y vendedores en la

colonia y en Hamburgo. Negociaba precios, descuentos, tasas de aduana, portes… Por lo que he leído, trabajaban a comisión, representando en exclusiva a tal o cual firma, así que tenían que ser vivos y competir unos con otros, robándose los clientes si era preciso. Una vida perfecta para un pícaro. Los más listos y los menos escrupulosos se hacían medio ricos. Los demás sobrevivían y se las daban de aventureros.

»Todo esto lo supongo. No sé si has escardado en la historia de tu familia, pero yo le he dedicado un tiempito a la mía y ya no me trago los cuentos de los machos que desbrozaban la selva a machetazos y llevaban la civilización al confín más oscuro de la tierra. Creo que leyeron *Memorias de África* con demasiado entusiasmo y se apropiaron de los recuerdos de Karen Blixen. En fin, que me pierdo.

»Mi abuelo era apenas un adolescente cuando lo internaron en España en 1916. De Hamburgo no sabía casi nada y no tenía añoranzas. En Zaragoza hizo su hogar, y en Zaragoza estaba más cómodo que el resto de alemanes. Aprendió el español antes que los demás y fue de los primeros en montar un negocio. Supongo que, por su carácter de pícaro, era encantador, camelaba a las mozas y le sobraban las novias. Era un tipo popular, mi abuelo, y como pronto empezó a manejar dinerito con la tintorería, los demás le envidiaban. Por lo que contaba mi padre, Oskar vivía con un pie en la colonia alemana y otro pie fuera, y eso le hacía sospechoso. Decían que se había asimilado, que festejaba demasiado con las mañas, que prefería el vino a la cerveza y que frecuentaba romerías y sabía beber del porrón. Hasta se había hecho católico, él, todo un hijo de la Hansa.

»Pero mi abuelo nunca fue un desarraigado. No cortó lazos ni se desentendió de los alemanes. Bien lo sabes. ¿De qué iba a vivir yo en Hannover, si no? De hecho, fue uno de los primeros contribuyentes del colegio, que se fundó con donaciones particulares, y participaba en todos los ritos. Qué diablos, Oskar Klein era un ciudadano ejemplar, un tipo al que le fue bien el negocio y colaboró en lo que pudo. Su nombre sale en todas las salsas, búscalo en la hemeroteca municipal: no hay acto social ni proyecto benéfico en el que no aparezca.

»Le iba bien, se casó pronto y tuvo hijos joven. No con mi abuela, sino con su primera mujer, que murió enseguida. Fue un viudo joven muy cotizado. Todas las mamás burguesas lo querían de yerno. Se casó con mi abuela, bastante más joven que él, pero podría haberse casado con cualquiera. En los años treinta vivía una vida cómoda y los negocios iban solos. La gente llevaba sus ropas a los tintes, pagaba sus recibos y el dinero entraba sin demoras para financiar una vida discreta y de pocos vicios. Durante muchos años, tuvo el monopolio de las tintorerías de la ciudad, no sabía lo que era la competencia.

»Oskar se había apoltronado y echado un poco de barriga.

Aparentaba más años de los que tenía, como todo el mundo en esa época. ¿Te has fijado en eso? Supongo que sería por la ropa, o porque se cuidaban menos, siempre comiendo grasaza y fumando. El caso es que mi abuelo se convirtió en un señor un poco despegado del mundo. Le importaba lo inmediato, lo de su ciudad, sus amigos, el colegio, la colonia, esas cosas, pero era indiferente a las pasiones públicas. No se metía en política, le daban igual los unos y los otros, y eso le fue separando del resto de los alemanes del Camerún.

»La primera grieta grande se abrió al proclamarse la república en 1931. A los alemanes no les sentó bien que el rey se marchase. Eran monárquicos por gratitud, pero también por tradición: Alfonso XIII era primo del káiser Guillermo. Al marcharse aquel, desapareció de España la última figura que les recordaba quiénes eran y de dónde venían. Esto los agitó mucho y borrasqueó las tertulias. Como extranjeros, no podían votar ni militar en política, pero sí podían enfadarse y despotricar como todos los demás, y a eso se dedicaban por las tardes en el Hogar Alemán, y los sábados en el cementerio, y en las reuniones de padres del colegio. A Oskar le desagradaba mucho esa atmósfera, pero no se atrevía a abandonarla. Los alemanes eran también sus clientes, y los profesores de sus hijos, y sus amigos, caray. Eran su red en la ciudad, y sin ellos su vida y su bienestar se resentirían.

»A disgusto, pues, seguía yendo los jueves al Hogar Alemán, no faltaba ni un sábado al cementerio, pagaba religiosamente todas las cuotas, mi abuela iba a las meriendas de señoras, y en todas partes trataba Oskar de ser diplomático y no meterse en discusiones, lo cual cada día le costaba más. No eran sólo los alemanes, era toda la ciudad. Ya sabes cómo se unieron desde el principio con los patricios, con las familias de bien, con los católicos temerosos de dios y de los anarquistas que les rompían los escaparates y les paraban las fábricas. Qué te voy a contar, salchichero. Que hacía falta mano dura, que la chusma estaba muy crecida, que un día iba a ocurrir una desgracia… Esas cosas, a diario, machaconamente. Y las noticias de Alemania no eran mejores. Hasta que empezaron a serlo.

»Te cuento todo esto para que entiendas la encrucijada de mi abuelo cuando llegó un jueves al Hogar Alemán y vio que ya no colgaba en la fachada la Reichsflagge, sino una esvástica. No llegaron a poner la tricolor de Weimar, que consideraban una bandera de vendepatrias. Nunca aceptaron la república. Se habían mantenido fieles al káiser, cuyo retrato presidía el salón, pero abrazaron el nuevo Reich con una alegría avasalladora. Descolgaron a Guillermo y pusieron a Adolfito en su lugar, y Adolfito, encantado, los regó con marcos frescos.

»Hitler se apoyó desde el principio en los alemanes en el exterior, ya sabes, ein Volk. Los nazis crearon un organismo para atender a los

alemanes en el extranjero, en la convicción de que Alemania no tenía fronteras físicas, sino que existía allí donde había alemanes, y mimó y cebó a las colonias y se hizo cargo de sus colegios, que pasaron a formar parte del sistema de enseñanza del Reich. Todo esto sucedió muy rápido. De pronto, había cruces gamadas por todas partes, los amigos de la tertulia la llevaban en un brazalete los días señalados, se hacían el saludo romano, se cuadraban, cantaban el *Deutschland über alles*… Se nazificaron de un día para otro. Así llegó a la vida de mi abuelo Herr Schmidt, der Direktor.

»Herr Schmidt era el director del colegio que mandaron desde el Reichserziehungsministerium, y a la vez el jefe local del partido, que abrió su sede en la calle Moncasi, en el portal contiguo al Hogar Alemán. Era un nazi-nazi, un tipo veinteañero, atlético, fanático de la gimnasia, con un traje que le marcaba los abdominales como a Supermán cuando no iba de Clark Kent. Un gánster medio ilustrado que sabía lo justo para enseñar álgebra elemental a los niños. Con él no se podía escapar nadie. Todos se afiliaron al partido, los niños dejaron los Boy Scouts para apuntarse a las Hitlerjugend, y las meriendas y tertulias se convirtieron en discursos y desfiles.

»Unos se hicieron nazis desde la convicción. Otros, como mi abuelo, desde el posibilismo. Eran nazis asténicos, no me imagino a Oskar Klein levantando el brazo con mucha fuerza. Lo veo desganado y susurrando Heil, Hitler. O qué sé yo, a lo mejor eso es un cuento de familia y Oskar fue el que taconeaba más fuerte y el que gritaba más alto, pues le iba el negocio en ello. Haría lo que creyera más conveniente en cada momento, lo que le garantizase cierta tranquilidad en esos años. Luego vino la guerra, y a mi abuelo le fue bien. He descubierto que los tintes siguieron funcionando gracias a un contrato con la Legión Cóndor. Les lavaba y planchaba los uniformes para que los tuvieran almidonados antes de bombardear los pueblos. ¿Te acuerdas de las tumbas vacías del cementerio? Pues esos aviadores seguramente murieron con la camisa impoluta gracias a los buenos servicios profesionales de mi familia.

»Te cuento lo que me contó mi padre, y no tengo ni idea de cuánta verdad y cuánta vergüenza hay en ello. A lo mejor lo vivieron con angustia. A lo mejor, simplemente, lo vivieron. Sin reflexionar, sin mala conciencia, sin hipocresía consciente. Hacían lo que tocaba, vadeaban la vida como venía, procurando no caerse, pisando con cuidado cada vez. Me parece más verosímil eso que los remilgos en los que insiste mi padre. No creo, de verdad, que Oskar Klein sufriera remordimientos de colaboracionista o que fuera una especie de disidente íntimo. Sin duda, habría preferido no tratar con aquella gente, vivir una vida menos exaltada y que a sus hijos no les emponzoñasen el cerebro en el colegio con chorradas racistas, pero no

le daría demasiadas vueltas. Era lo que era. Le había tocado vivir aquello, y mientras la Luftwaffe pagase las facturas y renovase los contratos de suministro no habría que preocuparse por nada.

»Los pagos pasaban por Herr Schmidt, quien visaba los giros. Tenía que tratar con él, tomar café, brindar, saludar y celebrar la grandeza de Alemania si quería seguir planchando uniformes de aviadores. La banalidad del mal, ¿no? Ya sé, ya sé, te he leído, Fede, no creas que sólo seguía a tu hermano. Ya sé que opinas que la banalidad del mal es un cliché y que no entendemos lo que Hannah Arendt quería decir y esas cosas, pero déjame que lo saque para explicar a mi abuelo, porque así es como se ha contado la historia en mi familia.

9. Fede

Berta citó de pasada un artículo mío y yo intenté no parecer sorprendido, como si fuese lo más normal que la amiga perdida de tu hermano muerto leyese revistas de pensamiento germanistas a las que ni siquiera los especialistas prestábamos atención. Lo cierto fue que me citó de pasada, no sé si porque no se había enterado o porque el tema le interesaba superficialmente. Al fin y al cabo, era una mujer de ciencias duras: nuestros debates humanistas debían de parecerle pasatiempos galantes, cháchara de salón para un domingo aburrido.

—Ya sé que opinas que la banalidad del mal es un cliché —dijo.

Debería haber asentido, dejarlo pasar, permitir que terminase su cuento, que me estaba interesando mucho. Pero no pude. El maestrillo impertinente se impuso al amigo curioso y educado. Me odié mientras me escuchaba decirlo, quise frenarme, pero mi vanidad corría más rápido y no la alcancé.

—No, no, no, no, Berta, no pienso que la banalidad del mal sea un cliché.

—¿Cómo que no? Creo que usas exactamente esa palabra en el texto: Allgemeinplatz. Dices que se usa para explicar cualquier arbitrariedad de cualquier matón de tres al cuarto.

No parecía ofendida. Aprovechó para dar un trago al whisky y sonrió. ¿Le divertía mi pedantería?

—Me refiero —aclaré— a que se ha convertido en un lugar común y que se abusa de él, no a que la idea de Hannah Arendt fuera banal.

—Explícate.

—A ver cómo lo resumo. —Y corregí el tono enseguida: no quería sonar condescendiente—. Hay quien piensa que Arendt dijo que Eichmann era un tonto de solemnidad. Cuando le secuestran en Buenos Aires y lo juzgan en Jerusalén, la gente espera ver el Mal con toda su M mayúscula, la M de Mefistófeles, y la estampa de un tipo calvo y mediocre los decepciona. Eichmann se defiende recurriendo a esa treta: mírenme, soy un pobrecito hombre, un burócrata que ponía sellos, ¿qué podía hacer yo ante una maquinaria de matar tan grande? Yo mandaba los trenes a los campos como otros compulsaban fotocopias, ¿verdad? Eso contó en el juicio.

—Pero no era así.

—Claro que no. Arendt no se lo traga. De eso va el libro que

escribió. Y un cuerno, Eichmann: sabías perfectamente lo que hacías y lo hiciste con gusto. Tu única pena fue no haber ascendido más, no haber pintado más en el organigrama, con tantos jefes por encima. Los jueces israelíes necesitaban presentarlo como una bestia, pues le estaban echando encima la responsabilidad de la solución final, y, como las pruebas no respaldaban la condena (era culpable de crímenes inimaginables, sus actos llevaron a la muerte a cientos de miles de judíos, pero no fue el ideólogo ni el ejecutor de la orden de la solución final, eso fue cosa de Himmler y de Heydrich; Eichmann era un alto funcionario de tercer rango, director de una de las cuatro oficinas dedicadas al exterminio, nunca recibió órdenes de Hitler, y muy raras veces de Himmler), la propaganda israelí lo caricaturizaba como un Yago o un cíclope. Lo aterrador, dice Arendt, era que todo ese espanto procedía de un tipo banal. Así lo llama todo el tiempo, un señor no muy listo que habla con frases hechas y lugares comunes, y que, incluso en su hora más trágica y solemne, se presenta como uno de esos parientes grises que dan el pésame en el velatorio murmurando fórmulas de cortesía. Parece mentira que tan poca cosa haya hecho sufrir tanto a tantos. De eso se estremece Arendt. Todo lo que sale por su boca es banal, pero no sincero. Su pose de funcionario bien mandado es una trampa. Eichmann no se limitó a poner sellos sin pensar en su significado, sino que fue un tipo tan ambicioso como mediocre, obsesionado por escalar puestos en la burocracia e identificado con la mentalidad y los objetivos del Tercer Reich. No podía ser de otro modo. No se causa tanto mal desde la rutina y la inercia. Que no fuera el responsable máximo no le exime de culpa. Eichmann es un criminal en tanto que miembro de una organización criminal, y ni el más tonto y prescindible de los gánsteres puede alegar obediencia cuando juzgan a la mafia.

¿Me escuchaba Berta Klein o tan sólo esperaba cortésmente a que acabase mi conferencia?

Escribí aquel artículo con el mismo desánimo que Arendt, un poco por amor y otro poco por gratitud. Porque cuando alguien nos ha hecho pensar el mundo como ella, le debemos un testimonio público. No esperaba ser leído, y mi poder de convicción no alcanzó ni a Berta, que me aceptaba la coquetería, pero no consentía que le desarmase la idea que se había formado de su abuelo. Sin la banalidad del mal, le costaba mucho explicar su connivencia con el nazismo, aun cuando ella entendía bien la época y la verdadera distancia que había entre un pequeño comerciante alemán de Zaragoza y el alto funcionario que organizaba los trenes a Auschwitz. Ya sé lo que dices, pero déjame en paz, me dijo sin decirlo. Déjame dibujar el mundo como me lo dibujaron a mí. No me líes.

10. Berta

—Me voy a saltar los años de guerra española —le dije cuando terminó su declaración de amor por Hannah Arendt: pobrecillo, la vieja Arendt le habría tirado por la ventana si hubiera escuchado una defensa tan desarbolada; le sobraban amantes buenos como para prestar atención a Fede. Hice como habría hecho ella, no darle por oído y seguir con mi cuento sobre el abuelo Oskar, que lo había dejado a medias y me fastidiaba mucho no terminarlo—. Esos los pasaron sin necesidades ni sobresaltos, así que voy directa a los años de la otra guerra y sus prólogos. Al principio, todo fue bien. Cada batalla ganada era un brindis en el Hogar Alemán, y los niños festejaban en el colegio los avances militares. Primero fueron Austria y los Sudetes. Bien por los hermanos, bien por la gloria imperial. Luego brindaron por Polonia, y luego por París, y pronto por Londres. Y por Moscú, qué diablos. No había límites para la ambición de Alemania. Quién sabía si recuperarían Camerún. No sé si tu bisabuelo se hizo el saborete de volver a pasear por Yaundé, de dormir con mosquitera y de sudar a goterones en medio del verde. Mi abuelo no tenía ganas de aventuras tropicales, pero seguro que se contagió de la euforia.

»Herr Schmidt dirigía el entusiasmo en la colonia y en el colegio, con ayuda del alcalde y del gobernador, que estaban encantados de levantar el brazo y gritar Heil, Hitler y montar *Tannhäuser* o la *Dafne* de Strauss en el Teatro Principal. El único esfuerzo bélico que se pedía a los alemanes de Zaragoza eran aplausos. Hasta que la guerra empezó a perderse, allá por 1943.

»Franco había mandado a la División Azul y Herr Schmidt se llevó a Madrid a algunos amigos para despedirla en nombre de Alemania, pero dos años después ya no celebraban tanto. Como Franco empezó a dejarse querer por los aliados, racaneó los mimos a los alemanes. Ya no había dinero para montar *Parsifal* y el gobernador civil no presidía los actos del Hogar Alemán ni decoraba con esvásticas los balcones de los edificios públicos. Conforme la guerra se perdía, los alemanes se volvían tímidos. Las noticias que llegaban, por la prensa y por los primos de Hamburgo, eran desoladoras. Había racionamiento, bombardeos, miedo. Y lo peor: ya no quedaban brazos jóvenes y fuertes para disparar. Alemania había sacrificado un par de generaciones en los frentes y sólo le quedaban niños y ancianos para

guardar sus fronteras. Los alemanes dispersos por el mundo tenían que hacer un esfuercito. Ya no bastaba con esperar entre brindis que se impusiera el Reich. Todos los hombres que pudieran ponerse un uniforme y disparar tenían que ir al frente.

»Herr Schmidt quedó a cargo de mandar algunos relevos desde Zaragoza, y empezó recordándoles sus deberes y reprochándoles que no hubiesen ido ya voluntarios. ¿Qué hacían allí, comiendo pasteles y limpiando las tumbas del cementerio, cuando los rusos y los infrahumanos estaban a las puertas de la Heimat? Que no se hicieran ilusiones. En otro país neutral, quizá podían eludir su cartilla militar, pero en España, si hacía falta llevarlos esposados hasta la frontera, los llevaría la misma guardia civil. Que nadie lo dudase.

»Los alemanes del Camerún eran demasiado viejos y tenían lo que se llamaba cargas familiares. Se libraban por ser padres de niños, y los niños de colegio no iban al frente. Ni siquiera Franco se atrevía a romper la neutralidad con algo así. Sacar de matute a unos cuantos adultos, haciendo la vista gorda en la frontera, de acuerdo, pero vaciar colegios para llevar a los alumnos a Rusia era una provocación que hubiera animado a los ingleses a invadir Andalucía desde Gibraltar. Como aquella España era, además, muy corrupta, la mayoría de los alemanes se libraron con sobornos o por amistades. Por eso mi padre dice que Oskar Klein estaba muy solo en la colonia, y que sus taconazos y entusiasmos nazis no debían de sonar muy convincentes, porque una mañana de comienzos de 1944 Herr Schmidt se presentó en el tinte con una carta de la Wehrmacht que le requería en la comandancia de Hendaya.

»Dicen que alegó poseer una familia y un negocio, que no podía ausentarse, que tenía más de cuarenta años y no muy buena salud y que sería un estorbo, pero le rechazaron todas las excusas. Herr Schmidt le dio unos billetes de tren y un visado para presentarlo en la frontera junto con el pasaporte. Y para allá se fue. No sé por qué, la verdad. Creo que podría haber ignorado la orden. Para aquellas alturas, Franco ya había perdido interés en colaborar con Hitler, y seguramente hubo otros a los que Herr Schmidt movilizó y se quedaron quietos, tan panchos en sus casas. Quién sabe si a tu bisabuelo le mandaron otra carta y la tiró a la basura sin leerla. Pero Oskar Klein obedeció. A lo mejor por costumbre. O por mala conciencia. O por patriotismo. Era el que más se había beneficiado de la guerra civil y tal vez el único que dependía tanto de los alemanes. Mi padre dice que no tenía elección. A lo mejor no lo conducirían esposado hasta Hendaya, pero sí dejarían de llevarle la ropa al tinte. Le boicotearían el negocio, le acosarían con burocracia, lo llevarían a la ruina. Dice mi padre que obedeció para que su familia siguiera su vida, pero él tenía entonces dos años. Dos años, por dios. Mandaban al

frente a un cuarentón con un bebé. ¿Qué sabía mi padre, si no recuerda nada? Él sólo supone cosas, como las supongo yo.

»Nunca sabremos por qué Oskar Klein dejó sus tiendas en manos de un gerente, depositó un testamento en una notaría de la calle San Gil, hizo una maleta pequeña y salió solo hacia la estación de Campo Sepulcro, porque se negó a que le montaran una escena de despedida. Besó a sus hijos y a su mujer sin decir nada y cerró la puerta despacio. Mi abuela oyó el ascensor y se asomó al balcón para ver cómo su marido, tabardo marrón y bufanda a cuadros, sin sombrero, cargaba la maleta en un taxi negro que enfiló Sagasta hacia el Portillo. Lo veo como si hubiesen hecho una foto y colgase del salón de mis padres. Se ha contado tantas veces la forma en que subió al coche —el aire tranquilo y cotidiano con el que se perdió en el bullicio de una mañana de febrero— que he llegado a creer que me asomé yo misma a ese balcón de Bolonia, esquina Sagasta.

»Mi abuela fue recibiendo cartas. De Hendaya, de París, de Ámsterdam y de Hamburgo, el querido Hamburgo donde había nacido Oskar. Las tengo todas, las escaneé y las guardé en el ordenador, para no perderlas nunca. Escribía en español con caligrafía de comercial y con el mismo estilo con el que despachaba la correspondencia del negocio. Ya sabes: querida Pilar, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, blablablá. No cuenta nada. Que está bien, que come bien, que hace buen tiempo y se adivina la primavera, la única nota de color. Si paseó por Hamburgo, si volvió al puerto de su infancia, si contactó con algún familiar, no lo dijo. Por lo visto, los soldados nunca cuentan nada triste ni perturbador. Sólo escriben para dar fe de vida y tranquilizar a sus mujeres.

»Hamburgo debía de ser una ruina entonces, tras los bombardeos, pero nunca sabré si a Oskar Klein le impresionó aquella devastación. Sólo sabemos que le embarcaron enseguida hacia el Báltico y desembarcó en Königsberg, desde donde mandó otra carta antes de montar en un tren militar hacia el frente. La última que conservo está fechada en el puesto avanzado de Svislac, que hoy está en Bielorrusia, donde acampaba parte del segundo ejército del general Walter Weiss. Eso fue el 20 de junio de 1944. Un par de semanas después, el 65.º ejército soviético, al mando del general Pável Bátov, héroe de Stalingrado, barrió a las tropas de Weiss y conquistó Bialystok, que hoy está en Polonia. Es un pueblo bonito. Reconstruido, claro, como toda Polonia, pero tiene un aire coqueto y provinciano que me resulta encantador. A ti te horrorizaría. Y a Gabi ni te cuento. Yo he ido varias veces porque allí hicieron prisionero a Oskar Klein, aunque de eso no se enteró mi abuela hasta mucho después.

»Lo primero que conoció, a finales de año y por boca de Herr Schmidt, fue que el soldado Oskar Klein había dado la vida por el

Reich en el frente oriental, bajo las órdenes del general Weiss. Como para entonces los rusos estaban a las puertas de Berlín, no hubo medallas ni pensiones ni casi pésames. Mi abuela Pilar pasó el luto en silencio y en privado. Dice mi padre que le volvían la cara los sábados en el cementerio, adonde seguía acudiendo aunque su difunto no estaba allí ni en ninguna parte. El soldado Klein fue declarado muerto por el informe de un cabo que lo vio caer, pero su cuerpo no apareció y mi familia no tenía a quién pedirle que lo buscara. Los alemanes seguían llevando los trajes y las camisas al tinte, pero bajaban la vista si mi abuela andaba por la tienda, por lo que ella dejó de ir. Confió todo al gerente y se quedó en casa, viendo crecer a los niños, los suyos y los que Oskar había tenido con la primera mujer. Seis chavales, los mayores ya casaderos. Mi padre, ya lo sabes, era el pequeño.

»España era un país de viudas, y una más no llamaba la atención. Además, cuando Alemania se rindió, el colegio alemán pasó a los ingleses, que requisaron todos los bienes del Reich, y lo cerraron. Mi padre podría haberse librado de la educación germánica, perder la lengua y convertirse en un español con apellido raro, pero al poco abrieron el otro colegio, con algunos de los viejos profesores. El nuestro, vaya. Y allí mandaron a mi padre, para que se educara como un buen alemán, sin síndromes de huerfanito. Y así fue creciendo y mi abuela pasó el alivio de luto y se convirtieron en una familia triste más, de esas que suspiraban mucho y hablaban poco. Hasta una tarde de primavera de 1954, en que un señor con tabardo marrón y bufanda a cuadros apareció en el portal. El portero le preguntó a qué piso iba, y él dijo que al segundo, a su casa, y no dijo ya más. Como el sirviente de Ulises, el portero no le reconoció y sospechó de su delgadez, de la barba de cuatro días y de su olor a humedad y a vagón de segunda. Se dispuso a echarle, pero salió entonces del ascensor mi tía Adela y, al pasar junto a él, reconoció algo en ese tipo de cabeza gacha.

»¿Papá?, le preguntó, y Oskar Klein la miró desde muy al fondo de sus ojos, sin reconocerla. Papá, soy Adela, ¿eres tú?, le insistió. Mi padre cree que Oskar Klein asintió lo justo para que el portero le dejara en paz y se metiese en su cuarto, pero yo creo que no hizo nada. Mi tía se lo inventó porque no soportaba su catatonia. No reconoció a su hija. Ni siquiera en un estado normal la hubiera identificado. Habían pasado más de diez años, Adela tenía once cuando se fue, y en ese instante era una mujer de veintidós.

»Lo subieron a casa, lo abrazaron, lloraron y montaron la tragicomedia del reconocimiento, pero Oskar Klein no dijo una palabra. Con mucho esfuerzo, preguntando en muchos sitios y pidiendo favores, mi tío Carlos, el mayor, que se había hecho cargo de los tintes, reconstruyó lo que había pasado. No lo contó el abuelo, él nunca contó nada. Lo averiguó el hijo como si fuera un detective.

»Como era evidente, no murió en la Operación Bragatión, la ofensiva rusa que rompió el frente oriental y empujó a los alemanes hasta las fronteras del Reich. Lo capturaron y pasó un tiempo en un campo de prisioneros. No sé cuánto tiempo ni en qué campo. Por suerte, se le activó el instinto de supervivencia y, antes de caer, destruyó todos los documentos que le identificaban como súbdito del Reich. Se hizo pasar por español y fingió no entender el alemán, por eso lo internaron en un campo donde había otros prisioneros de la División Azul. Dio tumbos por la URSS, saliendo y entrando de cárceles y campos, con una cédula a nombre de Óscar Pérez, natural de Zaragoza. Hasta que unos españoles armados que acompañaban a unos guardias rojos entraron en el barracón, pasaron lista en castellano a un grupo formado por españoles, comprobaron que estaban todos, incluido el tal Óscar Pérez, de Zaragoza, y les dijeron que menuda potra tenían, que cogiesen los petates y subieran a los camiones, que se los llevaban de paseo.

»Iban en convoy, en camiones de lona, cruzando los dedos por que su destino fuese otro campo y no una zanja. Enfilaban el oeste, lo cual era raro, pues el gulag quedaba en la otra dirección. Marchaban por barrizales y aldeas quemadas, cruzaron las planicies de Ucrania y vieron algo de verde y de monte, sin nieve ni agua sucia de deshielo. El sol calentaba conforme se acercaban al sur. Al final del viaje llegaron a un puerto. Un puerto famoso para cualquier soviético y para los cinéfilos, el puerto de *El acorazado Potemkin*. Pero en la dársena de Odesa los esperaba otro barco, un crucero de nombre Semíramis. He leído por ahí que algunos compañeros de mi abuelo creyeron que era un barco americano, porque iba con pabellón de Liberia, y la bandera se parece mucho a la de Estados Unidos.

»Los guardias los entregaron a unos voluntarios de la Cruz Roja. Eran extranjeros, franceses, tal vez suizos. Los hicieron pasar por una consulta médica, les atendieron los golpes y las heridas, les dieron de comer y los subieron a bordo. Allí debieron de contarles que los llevaban a Barcelona, que la Cruz Roja había mediado entre los gobiernos de Franco y de Kruschev, y que este los liberaba en gesto de buena voluntad, para demostrar que la URSS ya no era la de Stalin. En realidad, la gracia no iba dirigida a España, sino a Eisenhower, pero daba lo mismo. El caso es que mi abuelo llegó a Barcelona en abril de 1954 a bordo de un barco con nombre de reina de mito antiguo, con los últimos voluntarios de la División Azul que quedaban en Rusia, pero como no abría la boca y viajaba con documentación inventada, nadie fue a recibirle y se quedó perdido y solo en Barcelona. Cómo llegó a Zaragoza es un misterio que mi tío no resolvió. Tampoco supimos nunca cómo había conservado el tabardo marrón y la bufanda a cuadros. Quizá porque era la última ropa de civil que llevó

antes de ponerse el uniforme, y lo único que tenía cuando se lo quitó.

»Y menos mal que todo lo demás pudo ser averiguado, porque ya sabes que Oskar Klein vivió el resto de su muy larga vida en silencio. No le pasaba nada, no encontraron nada físico. Simplemente, no le daba la gana hablar. Yo no le oí decir jamás nada. Pero vamos, todo esto te lo podría haber contado Gabi, yo creía que lo sabías. A Gabi le intrigaba mucho la historia de mi abuelo y hasta consiguió que mi padre se la contase alguna vez. Y vio las cartas, y hasta trató de arrancarle alguna palabra. Igual son imaginaciones mías, pero creo que a mi abuelo le halagaba ese interés. Le gustaba ver a Gabi rondando la casa y riéndose y cantando disparates. Si te fijabas mucho, parecía que sonreía, pero también podía ser un efecto óptico. O tal vez era que, como a mí me gustaba mucho que tu hermano viniese a casa, creía que le gustaba a todo el mundo, incluido el abuelo Oskar. Bueno, ¿tomamos la última o nos retiramos?

11. Fede

Volví a Ratisbona enseguida. No me quedé al acto del teatro, donde nadie me iba a echar de menos. No avisé a Teresa de mi regreso —ya no sé cómo llamarla: mi pareja, mi compañera, mi novia, simplemente Teresa…— y aproveché que todo el mundo me creía en España para pasear con las manos en los bolsillos, estar a solas y leer en los cafés. Pensé que si no me acercaba por el campus, no me encontraría con nadie, como si viviera en una metrópoli y no nos tropezásemos los mismos cada vez que salíamos de casa, las piernas enredadas en esa madeja de tropiezos que forman las ciudades pequeñas.

Al segundo día, vi a Peter saliendo del Goldenes Kreuz con cara culpable. Se había zampado uno o dos trozos de Zwetschgenkuchen mit Streuseln y se disponía a quemar parte de sus calorías y de su culpa jesuítica con un paseo de un par de horas por la ribera del Danubio. Detestaba conocer tanto a la gente, era lo que peor llevaba de vivir allí. Como la sobredosis de azúcar aún no le había llegado al torrente sanguíneo, Peter entendió enseguida que yo había vuelto antes de tiempo sin avisar a la universidad y que andaba escaqueándome de mis obligaciones. Sorprendidos mutuamente en nuestros pecados, acordamos en silencio absolvernos el uno al otro y pasear como si nada.

Peter era mi mentor y mi amigo más viejo en la ciudad. No sólo el más antiguo por cronología, sino el de más edad. Fue director del departamento, pero como había estirado la vida laboral —pasaba de los setenta—, delegó el poder y se concentró en sus libros eruditos y en unas pocas clases de doctorado, pues los cursos inferiores le aburrían. Todo indicaba que yo heredaría su trono, pero una serie de carambolas que fui incapaz de seguir, porque no prestaba la debida atención burocrática, me dejaron fuera de juego y colocaron al animoso y atlético Gerhard en el despacho de Peter.

Yo perdí y la universidad ganó, porque Gerhard era un cuarentón en la plenitud de su carrera, fanático del orden, madrugador radical, riguroso con el papeleo y dueño de una pelambrera rubia con la que podría hacerse unas bonitas trenzas dignas de Odín, si se la dejara crecer. Peter nos había malacostumbrado a un despacho lleno de pilas de libros, paraíso de los ácaros, donde el tiempo se espesaba y todos los impresos dormían hasta el día siguiente.

Para hablar con Gerhard había que pedir cita, y te recibía puntual en su mesa despejada de libros y papeles, sonriente y empático al otro lado. Te escuchaba y se hacía cargo de todo, era eficaz y solucionaba los conflictos al instante. En tres años, había duplicado el presupuesto y fichado a dos estrellas del medievalismo que tenían ofertas en Estados Unidos (sí, he dicho *estrellas*: todo campo tiene las suyas, aunque su brillo no deslumbre más que a dos o tres locos). Cuando Peter era jefe, no hacía falta pedir cita. Bastaba con acercarse al despacho, cuya puerta siempre estaba entreabierta, y apartar los libros de la silla para sentarte un rato. Nunca solucionabas nada y la mitad de las veces no entendía el problema que se le planteaba, pero siempre pasabas un rato interesante. Compartía contigo una erudición oscura sobre un noble carolingio que murió de una enfermedad venérea y te regalaba un par de libros.

A Peter le dolía que todo funcionase tan bien con Gerhard. Cuando el azúcar de los pasteles se le subía a la cabeza, bromeaba sobre el prusianismo y la buena planta de su sustituto, perfecta para llevar una gabardina de las que fabricaba Hugo Boss en los años treinta. Luego se reía bajito y se sonrojaba, porque no era decente insinuar que su colega era un miembro de las SS. No estaba bien que un alemán anciano, hijo de la república milagrosa de Adenauer, hiciera esos chistes propios de extranjeros. Ni siquiera se consentía a sí mismo una travesura, siempre andaba martirizándose por el mero hecho de estar vivo. También se sentía culpable por no haber conseguido que me dieran su puesto, pero no sabía decirlo, porque nunca expresó un sentimiento. En vez de lamentarlo y ofrecerme unas disculpas que yo no iba a aceptar, me abrumaba con curiosidades de bárbaros y romanos en la frontera del imperio, su pasión.

—¿Me acompañas en un paseo por el limes? —me dijo, cogiéndome del brazo.

Peter era el último romano de la guarnición de Castra Regina. Yo lo veía como un Marco Aurelio diabético que deambulaba por la frontera de su imperio, en la orilla derecha del Danubio. Rara vez cruzaba al otro lado. No le gustaba la parte de la ciudad que se desparramaba al norte. La gente lo atribuía a una manía o a perezas de provinciano. La verdad era que veía la otra orilla como el extranjero, tierra inculta de bárbaros. Sólo paseaba por los caminos del Danubio, a veces hasta Bad Abbach o Pfatter, caminatas de horas que le servían para estirar un poco una esperanza de vida ya muy chica. O, al menos, hacerse la ilusión de ello. Yo le acompañaba un trecho y me volvía a solas con mis errabundias urbanas.

Siempre aplazaba el momento de llegar a casa, para no estar con Teresa, hasta que ella se hartó de la parsimonia con que la evitaba y se mudó a un estudio. Prefería estar sola de verdad a sufrir la soledad

en mi compañía. No me dejó, no nos dejamos, pero llevábamos vidas aparte. Los amigos no sabían a qué atenerse con nosotros. Supongo que yo sólo trataba de ahorrarme una conversación incómoda, y Teresa, qué sé yo. Prefería no pensarlo. Alguna vez dormía en casa, sobre todo los fines de semana, y a veces me venía a buscar a la facultad y cenábamos en el italiano del campus. Poco más. Sabía que algún día dejaría de venir a buscarme y empezaría a pasar menos noches conmigo, como una canción de un disco que se apaga suavemente, dejando el estribillo colgado.

Cuando murió Gabi, Teresa se ofreció a acompañarme a Zaragoza. Tras mi silencio, demasiado largo, dijo: vale, ya me llamarás cuando vuelvas, dale un beso a tu hermana. Pobre: mi hermana ni siquiera sabía quién era Teresa. Llevaba dos días en Ratisbona y no la había llamado. Tal vez esperaba encontrármela, como a Peter, y que su indignación e incredulidad al verme pasear como si nada la llevasen a darme la espalda y no volver nunca. Si fuéramos amigos normales, Peter me lo afearía. Actuaría como el sabio que el mundo suponía que era y me llevaría de la mano por la senda de la decencia y de la caballerosidad. Un amigo normal no consiente que sus amigos se comporten como cerdos. Al menos, no deja de reprochárselo. Pero Peter, viudo de una mujer silenciosa a la que apenas traté, tan sólo me decía que yo era un cura, un militante del celibato. Un jesuita, decía, como todo buen español. Tenía gracia, viniendo de un sacerdote renegado como él, que había sido teólogo antes que historiador.

—No te engañes —me replicaba cuando se lo hacía notar—: yo soy un monje. Los monjes somos muy distintos a los curas. Los monjes paseamos, meditamos y cultivamos el huerto. En mi caso, un huerto académico. Y hacemos vino y cerveza y nos los bebemos con gusto. No somos célibes, sino antimundanos. Un cura es lo opuesto a nosotros. El cura sermonea, y para sermonear tiene que estar en el mundo. Tú estás en medio del mundo, le impones tu presencia. Los monjes llevamos una vida moral. Los curas sólo moralizan, que es lo opuesto a llevar una vida moral. Son criticones, sarcásticos, tienen opinión de todo. Y si están solos, no es por un compromiso adquirido con dios, sino porque nadie los aguanta. Tan sólo los tragan sus amigos monjes, porque al monje le gusta charlar sobre teología de vez en cuando, y es inmune a la predicación.

Si le respondía que él era un legionario viejo, un centurión al borde del retiro y sin tropa a la que mandar que seguía patrullando la frontera de la civilización, me decía que la civilización pervivió en los monasterios cuando el imperio se vino abajo, y que no había diferencia alguna entre dar vueltas por el claustro y caminar Danubio arriba por las veredas embarradas de la lluvia de la víspera.

Así eran nuestros paseos y nuestras conversaciones, reiterativas,

circulares, cuidadosamente elusivas de cualquier referencia a la realidad concreta. Por eso me gustaban tanto. Hasta esa mañana no se me habría ocurrido romper aquellas rutinas con confesiones o peticiones de consejo, y me sorprendí a mí mismo cuando, a la altura de las playas de Schillerwiese —que se habían vuelto casi insoportables, con tanto ciclista y tanto pescador de agua dulce—, le dije que creía que me había equivocado. Temiéndose lo peor, Peter guardó silencio y ralentizó el paso para no ser arrollado por un pelotón de bicis que se nos echaba encima en contradirección. Su callada fue tan larga que creí que había fingido no escucharme, pero al final me preguntó en qué me había equivocado.

—En todo, Peter, en todo. En la vida. ¿No tienes a veces esa sensación? No hablo de la crisis de los cuarenta, de la que ya no guardarás ni memoria, no hablo de esas banalidades de revista dominical, no me tomes por un personaje de esos. Mírate, tú estás en tu sitio, patrullando el limes, manteniendo a raya a las huestes germánicas, remendando el blasón con las letras SPQR que se desgarra a veces por el viento y la lluvia. Te conformas como se conformaron los emperadores con fijar el límite del mundo en esta orilla. Podrían haber seguido, pero ¿merecía la pena la guerra? ¿No era ya perfecto su imperio tal y como se les presentaba en las curvas de este río? Marco Aurelio aceptó que su mundo tenía límites. Tú aceptas los límites del mundo y te acomodas a ellos. Yo te envidio, Peter. Envidio tu resignación geográfica. —Se sonrió ante la idea de que alguien pudiera rebelarse contra la geografía—. Que sí, joder, tú no paseas por un paisaje, tú paseas por la historia, por un orden con sentido y jerarquía. Nunca te pierdes porque formas parte de él. Estás, como te digo, en tu sitio. Pero yo nunca he tenido esa sensación.

—No tienes Heimat.

Que Peter viviera en un mundo aparte y privadísimo no significaba que fuera asocial del todo ni un incapaz para afrontar los sentimientos. En vez de encogerse de hombros ante las conversaciones incómodas, elevaba los problemas cotidianos a lo abstracto, donde sentía que podía decir algo útil. En ese caso, había pronunciado una palabra maldita que estaba de moda.

Heimat significa patria, pero no una patria oficial y administrativa, sino algo mucho más etéreo, un concepto que para algunos es muy estúpido y para otros resume la complejidad poética, evocadora e incognoscible de la lengua alemana. De hecho, es una palabra crecida en la poesía, una de las muchas con las que los Hölderlin, los Schiller, los Novalis y los Goethe inventaron el alemán culto. Para ellos, nombraba la patria chica, las cumbres nevadas de los Alpes, las espesuras de la Selva Negra y los sauces a cuya sombra fornicaban con campesinas y princesas. O las veredas de la orilla derecha del

Danubio, en el caso de Peter. Patria equivalía a paisaje, y el paisaje era un ente que contenía al poeta, otorgándole la existencia misma. La Heimat no se distinguía mucho de la tierra de un tiesto, y quienes la cantaban sentían los pies hundidos en ella.

La palabra no habría dejado de ser un mero problema de rima para los poetas si no se hubiera interpuesto Adolf Hitler. Los nazis la sacaron de los lieder y la incrustaron en sus discursos, vociferándola por todas partes. Cargaron tanques y ametralladoras con ella, hasta volverla odiosa, como tantas otras palabras románticas. El nazismo también arrasó la lengua alemana, está bien estudiado. Tras la guerra, Heimat quedó en el vocabulario de los cursis, los folcloristas de pantaloncito corto y sombrero y los vendedores de postales en refugios alpinos. Pero últimamente había vuelto.

La derecha racista redescubrió su poder mágico para distinguir con ella a los locales de los visitantes, a los puros de los impuros, a los sedentarios de los nómadas. Y fuera de esa derecha, los colegas filósofos, casi todos de izquierdas, vieron que era un buen cemento para pensar sobre la identidad en un mundo líquido y para elucubrar sobre la pertenencia, la comunidad y el individuo en tiempos globales, en fin, todas esas mandangas con las que se llenan las secciones de pensamiento de las librerías grandes. Pero Heimat seguía teniendo porquería nazi entre las letras, y a muchos les sonaba pegajosa, como de tienda de souvenirs y función escolar de *Sonrisas y lágrimas*. Yo no le había prestado atención hasta que salió de la boca de Peter en aquel paseo. Y entonces sonó definitiva y reveladora. Eso era, yo no tenía Heimat.

—Estos días en Zaragoza conocí a una mujer. —Peter se detuvo en seco y me miró con el ceño fruncido, disuadiéndome de cualquier confesión erótica: cuéntaselo a otro, me decía en silencio, no me arruines el paseo. Me reí al imaginar cómo sonaría la frase en los oídos de alguien que no concebía más forma de conocer a una mujer que la del tálamo, por decirlo en su propio lenguaje—. No es eso, no quería decir eso. En realidad, ni siquiera la conocí, fue un reencuentro. Era la mejor amiga de Gabi en el colegio, Berta Klein. Al principio no la reconocí. ¿Cómo la iba a reconocer? Hacía treinta años que no la veía, por lo menos. Congeniamos muy bien. Supongo que se congenia bien en los entierros. Los dos estábamos en la misma onda de nostalgia. En cierto sentido, nos necesitábamos. Ella también es de la colonia de los alemanes del Camerún. Su abuelo y mi bisabuelo llegaron a España en el mismo barco. La noche que salimos me contó la historia de su abuelo, que yo desconocía, y me di cuenta de que, pese a venir de una casa tristísima y traumatizada, la suya era una familia feliz. Al principio me pareció una persona muy melancólica. No es una mujer fácil de abrazar, Berta Klein. Hay algo digno y fiero

en ella que invita a mantener las distancias, pero cuanto más hablábamos, o cuanto más me contaba de su historia, porque yo hablé muy poquito, más claro me quedaba que había hecho las paces con todo y con todos. Y me sentí idiota por haberme compadecido al principio de su soledad. No me jodas, pensé, es un poco patético ir al funeral de tu amigo del colegio, con quien no te has tratado en décadas y de cuya muerte seguramente te has enterado por la prensa. Uno no va a esos entierros. Como mucho, manda un mensajito de condolencias o pone un comentario a modo de necrológica en Facebook, ¿no? Porque vive en Alemania, es profesora de física en Hannover. Se fue desde Hannover hasta Zaragoza para asistir a un entierro donde nadie la esperaba y nadie la conocía ni la recordaba. Sólo habló conmigo, y tuvo que explicarme quién era. Pobre, pensé, debías de estar coladísima por Gabi. Lo cual no era raro. Siempre supuse que Berta estaba enamorada de mi hermano hasta el occipucio. No te rías, el occipucio es muy importante en cuestiones de amor. ¿No sabes dónde está el occipucio, pedazo de animal? Está aquí, en la nuca, el sitio donde las vértebras y la cabeza se unen, donde el verdugo asesta el golpe, donde corta la hoja de la guillotina. Uno se enamora hasta ahí, el cuerpo no da más de sí. Si el enamoramiento pasa del occipucio, se convierte en meningitis o en otra infección del sistema nervioso. Está estudiado, no te lo tomes a guasa. La verdad es que ahora no sé si Berta Klein estaba enamorada hasta el occipucio o no, pero, de niño, para mí, era la novia frustrada de mi hermano, una especie de cuñada platónica. Por eso, cuando me dijo quién era, supuse que había atravesado océanos de tiempo para encontrar la tumba de Gabi. Océanos de tiempo, como dice el Drácula cursi de la película. Qué desgraciada, me dije. Pero el engaño me duró muy poco. Enseguida tuve la certeza de que esa mujer estaba en paz. Era lo contrario a un vampiro. No había llegado hasta allí en busca de la juventud perdida, sino siguiendo un impulso natural y sosegado. Cuanto más hablé con ella, más cierto me pareció eso: Berta Klein acepta el mundo como se presenta. Me recordó un poco a mi hermana, a una versión pacífica de mi hermana, una Eva con la que se puede hablar porque no siente que el mundo le deba nada. Ya sabes que con mi hermana no hay comunicación posible. Ni lo intento. Está cerrada. Berta, en cambio, vive abierta. Acepta la vida y acepta la muerte, y sabe que lo mejor que podemos hacer en ambos casos es saber estar. No exagerar ni pasarnos de discretos, ni hablar demasiado ni callar todo el tiempo.

—Has conocido a una verdadera estoica.

—No, querido, Marco Aurelio eres tú.

—Marco Aurelio era un impostor, como todos los meditadores de autoayuda. Es fácil ser templado cuando se gobierna un imperio. Lo

difícil es serlo siendo yo, que no tengo nada, apenas un despacho con libros y polvo y un puñado de alumnos que no me hacen caso. Lo difícil, siendo yo, es ir y volver por el Danubio sin mojarme. Otro en mi situación, en vez de pasear por la orilla, nadaría hacia el centro con un saco de piedras atado al cuello.

—Ya estamos.

—Lo que quiero decir, y a dios doy gracias de que tu cuento no termine con efusiones sicalípticas (por favor, dime que no termina con efusiones sicalípticas), es que el estoicismo impresiona mucho a primera vista. No estamos acostumbrados a él. A su retórica sí. Esa está por todas partes, pero una vida estoica de veras es tan insólita que tiene que perturbar por fuerza. Entiendo bien que andes dándole vueltas.

—Es más que eso, Peter. Te lo decía por mi falta de Heimat. Berta Klein sí la tiene y la lleva consigo. Y la envidio. Qué fuerte me suena decir esto, pero la envidio muchísimo. Ha crecido en el mismo ecosistema podrido que yo, con la culpa y el dolor sentados en una butaca del salón en silencio todos los días. Ha tenido los mismos profesores, ha merendado los mismos pasteles y ha ido al mismo cementerio que yo sábado tras sábado. Se ha manchado de la misma tierra y la han regado con la misma agua, pero ella ha salido estupenda.

—Eso es tener una Heimat, querido mío.

—Os envidio. Tú también la tienes. Tú paseas por aquí y estás en tu lugar. Yo no sé qué es eso, nunca he estado en mi lugar.

—Yo te envidio a ti.

—No es cierto.

—¿Crees que estaría aquí si pudiera estar en otro sitio? Yo no he aceptado el mundo por sabiduría. Hay muchas formas de resignación, y la mía no es sabia. Por lo que me cuentas, no tengo mucho que ver con tu amiga.

—Ambos os conformáis, en un sentido total.

—Lo dices como si fuera bueno, como si la insatisfacción no fuese el motor del mundo. No tener Heimat es una suerte que desaprovechas con lamentos estúpidos. ¿Prefieres ser una figura en un paisaje, en vez del tipo que lo pinta? Estoy acostumbrado a oírte disparates, pero lamentarte por todo eso que te hace libre y único es intolerable. Y llevo mucho tiempo oyéndote hablar así. Desde que te conozco, no has hecho más que quejarte de tu desarraigo, de tu familia, de tu país, de tus dos países, de la universidad, de la ciudad, de lo que escribes, de lo que no escribes, de lo que escriben los demás, de tu padre. Ay, dios, de tu padre. Está bien que nada te siente bien, pero es imperdonable que no entiendas el privilegio del que disfrutas. Qué más quisiéramos los demás que no tener un sitio al que volver, que todo nos resultase

ajeno. Pero tú, en vez de agrandarte con la distancia, te haces pequeño. Y así te pasan los años y te vas amarilleando. Lo mismo dejas de escribir que permites que un rubio hiperactivo con musculitos te robe la dirección del departamento. Y no me hagas hablar más, que me da ardor de estómago.

—Eso será por los trozos de Zwetschgenkuchen mit Streuseln que te has zampado antes.

—Era Prinzregententorte —dijo, y aceleró el paso.

Nunca le había visto tan irritado por una cuestión personal. Sí le había visto discutir con acritud en congresos y en pasillos. Le había escuchado crueldades sobre colegas por los que no sentía respeto académico, pero nunca habíamos discutido por asuntos que no tuvieran que ver con la filología o las últimas polémicas sobre la datación historiográfica. Me sorprendió tanto que no supe responder, y seguimos en silencio un trecho largo, en el que Peter no dio muestras de retomar la conversación.

Lo que más me impresionó fue que mencionara a Gerhard. O sea, que le importaba.

Siempre pensé que era indiferente al juicio de los pares, que no prestaba atención a lo que decanos y catedráticos pensaran de él, que estaba por encima de las miserias burocráticas. Qué idiota había sido. ¿Cómo podía haber pasado por alto que a Peter le importaba su pequeño reino? Hasta el más desaliñado de los reyes se preocupa por su herencia. En su mundo, él era Orestes. Yo, el atolondrado Rómulo Augusto, último y brevísimo emperador, y Gerhard era Odoacro el Hérulo, el saqueador de Roma, primer rey bárbaro de Italia. De Rómulo Augusto se esperaba cierta resistencia, pero prefirió retirarse a Nápoles ante las amenazas del saqueador, y allí murió, en el Castillo del Huevo, tras una vida indigna. Porque los emperadores no pueden sobrevivir a sus imperios. De eso me acusaba Peter, de haberme refugiado en el Castillo del Huevo, de permitir el gobierno de los bárbaros y de arruinarle los años eméritos.

Desde que Gerhard reinaba, Peter ya no reconocía su imperio. Todo le era extraño y obsceno, insultantemente limpio y funcional. Su departamento había dejado de ser un claustro lleno de monjes que susurraban palabrotas y se tapaban la boca al reírse para devenir una factoría de producción de *papers* que competía en los rankings atléticos internacionales, y no había otro culpable de ese crimen que yo. Tan sólo tenía que haber alargado su mundo unos pocos años, hasta que la demencia le mandase al retiro definitivo y ya no pudiera caminar por el Danubio. Me había pedido un esfuerzo ridículo, y fui incapaz de corresponder a su entusiasmo de padrino.

Sentía una necesidad animal de regalarle unas disculpas claras y firmes, que no caminaran agachadas ni reclamasen una caricia. Pero,

al mismo tiempo, no sabía por qué debía ofrecérselas. Nunca quise su corona. La habría aceptado como se aceptan las cosas que no tienen remedio, pero mi sueño no era despachar con el rector ni pelearme por unas décimas de presupuesto o unas horas de docencia en el nuevo plan de estudios. Había rechazado trabajar en la empresa de salchichas de mi familia y no había huido hasta Ratisbona para convertir la universidad en una fábrica de salchichas académicas. Era el suyo un reproche injusto y razonable a la vez, y eso lo hacía tan sentimental que asustaba.

—Lo siento.

Lo dije con convicción pero sin eco. Peter no reaccionó y siguió caminando en silencio. Me costaba seguir su ritmo de Wanderer entrenado por miles de kilómetros de veredas crujientes de hojas. Ya habíamos dejado atrás la isla Kleine y la boca del Naab. Pasábamos bajo el puente del ferrocarril cuando volvió a hablarme:

—Tu hermano sí supo vivir en el aire, sin anclas. Es a él a quien envidias, no a esa mujer tan conformada. Tú no envidias la paz, tan sólo lamentas tu cobardía. Te lo digo con todo el amor de padre que te tengo, Federico. Has intentado hacer de esta universidad y de este limes tu Heimat, pero no funciona, nunca ha funcionado. Y no va a funcionar. Ya es tarde. Podrás conformarte. En parte ya te has conformado, pero no serás nunca esa mujer. No estás hecho para reconocerte en otros, y si lo hubieras descubierto a tiempo, te habrías salvado. Pero ahora sólo te queda esto, pedir perdón. Vas a pedir perdón muchas veces. Y lo peor es que todos te vamos a aceptar las disculpas.

Me detuve y le dije que ya me había alejado bastante de la ciudad y que debía dar la vuelta.

—Yo quiero seguir hasta las rocas de Pentling —dijo sin pararse.

Se volvió y se despidió con la mano. Me pareció que empezaba a cantar y me quedé quieto, esperando que el viento me trajese la canción. Creí escuchar los versos schubertianos *«Der Mai war mir gewogen / Mit manchem Blumenstrauß»*, entonados con una voz de tenor impropia para ese lied de caminantes solitarios, pero a lo mejor sonaron sólo en mi cabeza, soplados desde una tarde remota en el salón de una casa que detestaba.

Volví a la universidad al día siguiente, donde nadie me esperaba aún, pero preferí ponerme al día y retomar el trabajo en vez de errabundear. Seguía sin avisar a Teresa, con quien no me había cruzado. Aparqué la bici en la puerta de la biblioteca de la facultad, que, como otras en Baviera, era de filosofía y teología. La ciudad de Ratzinger, me dije, pensando en Gabi. El único sitio de Europa donde

las universidades públicas se toman en serio la teología y la colocan al mismo nivel que el resto de las humanidades. El edificio se llamaba coloquialmente Theologie. Por mucho que los laicos insistiésemos en que trabajábamos en Philosophie, los colegas, los estudiantes y hasta los jardineros del campus decían Theologie. Como era, además, el edificio que más se veía desde el aparcamiento, se usaba como referencia para las indicaciones: pasado Theologie o a la derecha de Theologie, señalaban a los visitantes. Peter decía que era normal, que la filosofía nunca llegó tan al sur de Europa. Pensar —decía— era una manía de gente del Báltico y protestante. En la Alemania católica no se oyó el martillo de Lutero clavando las tesis, por eso nos quedamos con los obispos y los teólogos.

Entré, pues, en aquel sitio extraño donde la fe se volvía ciencia bajo el patrocinio del estado bávaro, y lo hice en mitad del bullicio de media mañana, abriéndome paso entre grupos de jóvenes con vasos de cartón en la mano que en nada se distinguían de cualesquier otros universitarios europeos. Para mis compañeros, eso formaba parte del paisaje. A mí, tanto tiempo después, seguía asombrándome. No me acostumbraba a la normalidad con la que estos estudiantes —seguramente ateos y disfrutones, fornicadores sin complejos y registrados en Tinder— recorrían los pasillos de un templo dedicado en parte a demostrar la existencia de dios y formar a futuros pontífices.

Algunos habían pasado la hora anterior escuchando análisis del primer motor de Aquino o debatiendo muy seriamente sobre la parusía o el monismo, que para mí era como dar rango académico a los libros de ovnis y fantasmas. El propio Peter había cursado teología antes de renegar de dios, si es que había renegado de verdad alguna vez (yo sólo le había oído refunfuñar bajito). Al evocar su desapego tibio y su forma de blasfemar en susurros, recordé sus palabras de la víspera en el Danubio, que seguían escociéndome como rozaduras en los pies.

Tenía razón. Una razón dolorosa. Claro que sí, siempre estaría incómodo. Jamás cruzaría la puerta de la facultad con la despreocupación del resto de colegas. Siempre me fijaría en el rótulo de Theologie y me pondría de mal humor, maldiciendo por el fracaso del laicismo en el sur de Alemania y las teocracias europeas de baja densidad. Nunca me acostumbraba a nada. Nunca dejaba estar las cosas.

Por eso no era jefe del departamento, a dios gracias, pues tampoco habría durado mucho en el puesto. ¿Hasta cuándo habría sido capaz de reprimir los sarcasmos? ¿Cuántas reuniones habría tardado en burlarme de la pneumatología o cuándo habría soltado una carcajada al oír hablar de los fundamentos epistemológicos de la misionología,

fueran lo que fuesen tales cosas? Eso lo sabía Peter, aunque a lo mejor no le importaba o incluso lo deseaba. Quizá me quería para gamberrear lo que él no se atrevió, como un caballo de Troya en las juntas y gobiernos universitarios. O quizá confiaba demasiado en la fuerza de la costumbre y creía que los años me habían conformado. No lo sé, pero se equivocaba de raíz y no podía decírselo sin ofenderle.

En las escaleras me tropecé con Gerhard. Fresco, muy erguido, con la camisa entallada metida por dentro del pantalón igualmente planchado y una raya marcada con tiralíneas a la izquierda de su cabellera áurea. Sonrió como si fuese a venderme un seguro a todo riesgo y celebró mi regreso con golpecitos en el hombro. Sus antepasados me hubiesen palmoteado la espalda y ofrecido hidromiel de un cuerno.

—Tenemos que hablar, Fede. ¿Te acuerdas de ese artículo sobre la banalidad del mal que escribiste? Cómo no te vas a acordar, qué idiota soy. —Y se reía con todos los dientes, el muy cretino—. Pues parece que gustó mucho en la Fundación Minerva. ¿Sabes cuál te digo? Claro que lo sabes. El caso es que vinieron a verme con cosas muy seductoras para el departamento y para ti, les interesas mucho. Les dije que no estabas, pero que concertaríamos una reunión cuando volvieses, porque ibas a estar interesado seguro. ¿Te va bien mañana? Os mando un correíto y concretamos, ¿oquéi? Ahora no tengo tiempo de contarte más, pero búscame luego, sobre las doce estaré en el despacho, pasa sin llamar, jajajajajaja. Me voy corriendo, feliz regreso.

Interesante, quise decirle, pero Herr Direktor ya había bajado las escaleras y andaba diciéndole a un doctorando que se alegraba mucho de verle, que su trabajo era magnífico y que tampoco tenía tiempo de hablar pero que pasara por su despacho sin llamar, jajajajajaja.

La Fundación Minerva era un organismo de colaboración entre Alemania e Israel que involucraba a las universidades de ambos países. Era tan aceptado por los académicos alemanes como rechazado por el pueblo, en el caso de que el pueblo, casi todo él favorable a la causa palestina, tuviera noción de su existencia. Hasta donde había podido saber por mi trabajo, el sentimiento histórico de culpa de Alemania era una línea de negocio rentable para no pocos colegas, que se beneficiaban de la riada de becas, subvenciones, cátedras y proyectos transfronterizos que patrocinaba el Estado alemán sobre la cultura judía.

Mi facultad —la parte rotulada Theologie— tenía uno de los programas de hebreo mejor dotados fuera de Israel, con un trasiego constante de eminencias entre la Universidad Hebrea y mi campus. Desde hacía unos años también se impartían clases de lengua y literatura yidish, y el centro de estudios bíblicos recibía con alharacas

a rabinos progres y afeitados, con gafas de marca que se bajaban hasta la punta de la nariz cuando leían en sus conferencias un pasaje especialmente ambiguo del Talmud. El dinero fluía en ambas direcciones. Ellos nos mandaban eruditos en el Libro de Ester y expertos en nanotecnología, y nosotros les exportábamos químicos y jesuitas de derechas.

Yo los conocía desde que dirigí una tesis sobre Isaac Alexander, un escritor de Ratisbona del siglo XVIII que tradujo al alemán el *Shir Ha-Yihud*, unas oraciones que compuso en el siglo XII otro judío ratisbonés, Judá ben Samuel, según dicen, cabalista eminente. Mi doctorando era israelí, nieto de alemanes (yekes, como se dice en Israel), y estudiaba, como tantos otros, teología y literatura, seguramente sin fe en ninguna de las dos. Siempre me pareció un descreído muy eficiente que dominaba mejor el arte de la burocracia de solicitar ayudas y postularse a congresos que el oficio de vaciar bibliografías y sentarse una mañana entera en un archivo.

Le fue bien. Escribió una tesis tirando a mediocre que no aportaba nada al conocimiento de Isaac Alexander y obtuvo un aplaudido *cum laude*. De vez en cuando me mandaba recuerdos desde su despacho de la Universität der Künste de Berlín, donde se había hecho amigo de la estrella del rock de la filosofía Byung-Chul Han, con quien se retrataba cada dos por tres en Facebook. Mientras le dirigí la tesis, jamás puso una foto conmigo a su lado. Luego empezó a colaborar en *Die Zeit* y le dieron una sección en Deutschlandfunk Kultur y ya no tuvo tiempo de ocuparse del pobre Isaac Alexander ni de los literatos judíos de Ratisbona.

No se podía vivir en Ratisbona sin tener unas nociones fuertes de judaísmo, pues fue un centro intelectual y religioso de primer orden. El sentimiento de culpa alemán no era el único motor de esa sabiduría. También estaba en cuestión el orgullo local. Los munícipes de Ratisbona presumían de las aportaciones que sus judíos hicieron a la rica cultura israelita. Hasta los nietos de Hitler presumían de antepasados hebreos, pues preferían mil veces a un judío que a un sirio o a un turco. Hasta los más rancios, los del sombrerito y el pantalón bávaro, lo celebraban. En general, a la gente sensible a estas cosas —que era la mayoría de los que iban a misa en bici y votaban a la CSU— la emocionaba ver cómo los obispos y los rabinos trabajaban juntos en la preservación de un legado que los primeros ayudaron a quemar cuando los nazis prendieron las antorchas. Hoy firmaban convenios, se hacían amigos para siempre y se despedían deseando reencontrarse el año siguiente en Jerusalén.

Por tanto, sí, estaba familiarizado con los organismos de colaboración entre Israel y Alemania y sabía bien las facilidades y los cariños que prodigaban a todo aquel que sacara un poco de brillo a las

menorás que se vendieron a los traperos y contribuyese a demostrar que Ratisbona —salvo un breve e inexcusable rapto de locura homicida que la historia tiende a narrar como se narran los terremotos o los huracanes— había sido una ciudad *jewish friendly*. Pero no sabía qué podrían querer de mí y me importaba poco.

Cuando Gerhard concertó la reunión con el enviado de Minerva, resultó que no era exactamente de esa fundación, sino de una organización de amistad germano-israelí llamada Sociedad Lasker-Schüler, en honor a la poeta. Colaboraban con Minerva, pero sus proyectos iban por libre, no hablaban en nombre de ningún Estado. Tras las presentaciones, el director rubio nos dejó a solas en su despacho, con café y galletitas. Por el ventanal entraba un sol impropio de aquellos confines del imperio.

Se llamaba Asaf Azoulay, había trabajado para el ministerio de cultura israelí y había conocido a mi hermano, a quien intentó contratar para tocar en su país, sin que Gabi dijese nunca ni que sí ni que no. Asaf era rechoncho y un poco tímido, con la afabilidad cortante de los que han aprendido a ser sociables por imperativo profesional y cumplen su desempeño con mucho éxito, pero siempre se les nota que preferirían estar a solas. En su caso, a solas en su piso de Tel Aviv con sus libros de poesía y su discoteca, de la que presumía. Según me contó, tenía una habitación grande forrada con estanterías llenas de discos, incluidos todos los de mi hermano.

No era extraño que hubiese congeniado con Gerhard, pues hablaban el mismo idioma corporativo y parecían compartir el mismo dentista. Intentaba llamar mi atención con un pésame florido y una semblanza musicológica de Gabi, lo que sólo aceleró mi impaciencia. Halagar la figura de mi hermano cuando acababa de enterrarlo era el camino más rápido para perder mi interés. Quería que fuera al grano para rechazar su propuesta con la menor brutalidad posible, y encerrarme un rato en mi despacho a fingir que trabajaba.

—Si no le importa, Asaf, tengo clase luego —mentí—. Si pudiera contarme qué le trae por aquí…

Carraspeó y cambió el gesto. Vaya, yo también sabía tratar a los hablantes del idioma corporativo. Los educaban en la sumisión y respondían bien a las muestras de grosería, como los caballos al arre y al so.

—Prescindiré de prólogos —dijo—, no será necesario que detalle lo que hacemos en la Sociedad Lasker-Schüler ni nuestra presencia en decenas de universidades e instituciones culturales de Alemania. Promovemos el conocimiento de la literatura judía escrita en alemán, y por esa razón financiamos generosamente —y silabeó, ge-ne-ro-sa-men-te— todos los estudios que ayuden en ese sentido. Por eso, queremos fundar una cátedra en esta universidad, una cátedra Lasker-

Schüler. Tenemos ocho en Alemania y tres en Austria. Vengo de Praga, de inaugurar la primera checa. Le hemos seguido con mucho interés, sabemos que ha promovido varias investigaciones sobre escritores judíos y nos impresionó mucho su reflexión sobre Arendt. Por eso queremos ofrecerle la cátedra en Ratisbona.

Yo no había promovido varias investigaciones. Si acaso, un par de tesis doctorales. Una de ellas, la de Isaac Alexander, con el amiguito de Byung-Chul Han. Estaba muy lejos de ganarme el título de justo entre las naciones, ni tan siquiera pasaría por un especialista del montón. O en la Sociedad Lasker-Schüler andaban muy desinformados o aquel regordete que hablaba de las etapas musicales de mi hermano como si fueran los períodos rosa, azul y cubista de Picasso escondía algo. Sin mostrar el menor entusiasmo, con la desconfianza aragonesa que rara vez enseñaba a los extraños, pregunté por qué yo. Asaf sonrió, sacó el móvil y empezó a buscar algo en él, mientras se inclinaba hacia mí y hablaba en tono de confidencia:

—La cátedra es en realidad una forma de financiar muchos proyectos en la universidad. No se trata de su sueldo, sino del de muchos: damos becas, programas de investigación, viajes, patrocinamos cursos, producimos documentales, editamos libros, seducimos a la prensa para que hable de lo que hacemos… Para una universidad como esta, nuestra cátedra equivale a recibir una donación enorme que otorga un tiempo largo de tranquilidad presupuestaria. Pero también influimos mucho en la Fundación Minerva, que ya está instalada aquí y de la que dependen no pocos sueldos, ¿verdad? Aquí está —dijo, cuando encontró lo que buscaba, que me enseñó. Era una foto antigua, un grupo de futbolistas de la Belle Époque con bigotones imperiales que parecía sacado de un programa de los Monty Python—. ¿Reconoce a alguien? —Negué con la cabeza—. ¿No? Se la amplío. Mire, este caballero, el que está en cuclillas. La verdad es que no se parecen mucho. ¿No le viene nada? Es Hans Schuster, hombre. El retrato es de 1916, están en Zaragoza, en el campo de la calle Bilbao. Es una foto de grupo del Camerún Football Club.

Ante mi desconcierto silencioso, pulsó el botón lateral del teléfono y mi bisabuelo se fundió en negro. Asaf sonreía sin efusión, casi tímido otra vez, como si me hubiese enseñado una verruga en una parte privada de su cuerpo y tratase de recuperar el decoro. Yo no sabía qué decir ni cómo reaccionar. Miraba el bolsillo donde había guardado el aparato.

—Se lo he enseñado para que entienda que en la Sociedad Lasker-Schüler nos lo tomamos muy en serio. No sólo sabemos quién es Federico Schuster, sino toda su familia. Sabemos su historia, de dónde vinieron y lo que significan en Zaragoza. No soy un simple fan de Gabi

Ese, que también. Bueno, en mi tiempo libre, diría que sobre todo soy un fan de Gabi Ese, y me emociona mucho estar con su hermano. Por favor, no me entienda mal, ha sido un privilegio poder darle el pésame, pero como representante de la Sociedad Lasker-Schüler mi interés por usted y su familia es mucho más amplio. Voy a abreviar, que me ha dicho que tiene clase, y seguro que Gerhard necesita el despacho: estamos dispuestos a ofrecerle la cátedra a usted, pero antes tiene que hablar con su hermana Eva.

Reaccioné con palabras que sonaban a jefe de clan que protege la honra de la hermana:

—¿Qué diablos tiene que ver mi hermana con todo esto?

—Hable con su hermana, sólo digo eso. Cuéntele esta conversación, dígale que le he enseñado la foto. Ella entenderá. Y cuando entienda, si entiende bien, le ofreceremos en firme la cátedra, lo cual pondrá muy contento a su jefe y al rector y a todo el mundo, porque las universidades con nuestras cátedras se vuelven vigorosas y dejan de preocuparse por el futuro, aunque las matrículas de humanidades bajen, aunque los profesores de lenguas semíticas se queden sin alumnos. Hable con sus colegas en Bonn, en Marburgo, en Erlangen o en Münster. Todos le darán referencias excelentes de nosotros. Que le cuenten lo feliz que se vive bajo nuestro paraguas. Si su hermana entiende bien, la cátedra es suya.

—¿Y si mi hermana no entiende un carajo de lo que le hablo?

—En el muy improbable caso de que su hermana finja eso, estaríamos ante un panorama muy feo. Como ya le he dicho, tenemos una influencia notable, más que notable, diría yo, en la Fundación Minerva. Este año toca renovar varios convenios de los que depende en buena medida el presupuesto de esta facultad. Se han hecho cosas muy bonitas en estos años, se ha avanzado mucho en los programas de hebreo, de estudios bíblicos, de recuperación del legado judeoalemán de Ratisbona… Sería una pena enorme que todo ese trabajo se perdiera y que tantos investigadores vieran esfumarse sus becas, sus salarios e incluso sus centros de estudio. Para esta universidad, supondría una catástrofe inasumible, y sería inevitable que Federico Schuster fuese juzgado como el responsable del desastre. Usted no querría que cayera sobre sus hombros un hundimiento así, seguro que no.

—Pero ¿qué me está contando? No entiendo nada. ¿Me está amenazando? ¿Es eso, ha venido a amenazarme? Mire, me estoy poniendo muy nervioso. ¿De dónde ha sacado esa foto? ¿Qué tiene que ver mi familia con esto?

—Esta es mi tarjeta. Hable con su hermana, tómese su tiempo. No hay prisa por ahora, pero necesitaremos una respuesta pronto. En un plazo razonable. Por favor, no lo deje estar: en la universidad están

muy pendientes de usted. Y nosotros también. En fin, le dejo con sus clases, no le entretengo. Ha sido un placer. Seguimos en contacto.

Se levantó y se encaminó a la puerta, pero yo me quedé sentado, mirando al suelo. Con la mano en el pomo, antes de abrir, se volvió, de nuevo tímido, y dijo:

—Ya me dijo que no un Schuster. Seguro que con usted me entiendo mejor. No haga como Gabi. Aquí no vale la ambigüedad, necesitamos un sí o un no.

Y se marchó. Yo no me moví. Me sentía rabioso e incómodo, como si llevase la ropa del día anterior y no me hubiera duchado. Para tranquilizarme, recompuse los trozos de la escena que acababa de vivir, que se me presentaba desordenada y falta de todo sentido. Entonces recordé la palabra que había utilizado Azoulay para definir a mi hermano cuando habló de él al principio: insobornable. El insobornable Gabi Ese, había dicho. Un artista insobornable.

12. Eva

Sé que has mirado el móvil —decía el wasap—. Por favor, contéstame, es importante. Era el segundo mensaje. Estaba ahí cuando me levanté y revisé el teléfono, justo debajo del que me había mandado la víspera y que decía: ¿por qué tienen en una organización israelí una foto de Hans Schuster en un equipo de fútbol? Explícamelo, no entiendo nada.

Le ignoré. Lo último que quería era discutir con Fede, por mucho que me escalofriase que alguien le hubiera ido con la foto allá en Alemania. Oído, majetes, me dije a mí misma, ya veo que vais en serio y que no bastará con dar por no leídas vuestras amenazas, como hacía siempre con las de mi hermano o con las de Ioana cuando me acusaba de abandonar a papá.

Alegué que estaba enferma y despejé la agenda de reuniones. Asteri se había cogido un par de días para ir a ver a sus padres y yo tenía la casa para mí. En silencio, con la terraza abierta a un cielo azul lleno de estelas de aviones que a esa hora despegaban de la base aérea. Las dibujaban los cazas y transportes militares que me despertaban un odio pacifista más propio del insumiso Gabi que de la acomodaticia Minipímer, pero aquella mañana me daban envidia. Me habría gustado cambiarme por uno de esos pilotos, concentrados en mantenerse en el aire, atentos a las indicaciones de rumbo y altura. Ojalá el mundo pudiera controlarse con un poco de entrenamiento y un manual de vuelo, mientras la vida hormiguea abajo, como un espectáculo ajeno a la responsabilidad de uno.

No estaba acostumbrada a pasar tanto tiempo en casa, y menos a solas. No tenía nada en la nevera y tampoco me apetecía hacer la compra ni buscar un sitio para comer, por si me reconocían y descubrían que yo también inventaba excusas para no ir a trabajar, como todos. A lo mejor me convenía dejarme ver. Asteri diría que me humanizaba, que me hacía *relatable*, como le habían enseñado a decir sus profesores de comunicación política. Siempre andaba recortándome y dándome brillos y retoques para hacerme encajar en su proyecto de lideresa mundial. No se terminaba de decidir conmigo. A veces le gustaba severa; a veces, dulce. No se lo diría nunca, pues le devastaría, pero estaba claro que los deseos sexuales se le confundían con los políticos.

No había diferencia entre sus susurros en la cama y los que me regalaba antes de los discursos, y era esa confusión la que lo hacía tan valioso. Si conseguía que los votantes me deseasen en el mismo sentido que él, aunque con una milésima parte de su intensidad, la carrera que me quedaba por delante sería muy llevadera. Ya habíamos rendido a la dirección de Madrid. La senda estaba despejada y se abría lejos de esta ciudad, mucho más allá del horizonte marcado por el Moncayo. La cosa consistía en no decaer, mantener vivos el rumbo y el ardor, como esos pilotos que dibujaban estelas en mi cielo. Había que evitar que esas modositas recién salidas de la facultad de Políticas le desviaran los ojos hacia sus cuerpos de palo. Que no le entrase curiosidad por saber qué había bajo sus blusas de Zara.

Definitivamente, debería haber ido a trabajar. En cuanto dejaba la mente volar un rato por ese azul volvía a pensar en mi carrera, pero lo hacía de forma improductiva, permitiéndome ensoñaciones, casi delirios de grandeza y celos que no tenían hueco en el día a día. Puestos a perder el tiempo, pensé, era mejor hacerlo con lo que no tenía remedio. Me había quedado en casa para no pensar en la Eva que aspiraba a ser, sino en la que era por nacimiento e historia. Así podría intuir mejor el golpe que preparaban contra mí y templar el cuerpo para que no doliese tanto.

Fui a la estantería y saqué el tomo verde que me había regalado Asteri el año anterior por mi cumpleaños. Apenas lo había hojeado y no tenía intención de leerlo. Para que levantes tu propia mitología, me dijo al entregármelo. Le pedí que lo escribiera en la página de respeto, a modo de dedicatoria amorosa, pero se negó a estropear un libro viejo en tan buen estado y que tanto le había costado encontrar.

Se titulaba *Germans in the Cameroons*, y era una historia de la colonia alemana del Camerún desde que Von Bismarck plantó la bandera alemana en Victoria en 1884, haciendo rabiar a la reina inglesa en cuyo honor se había bautizado la ciudad, hasta que estalló la guerra en 1914. Treinta años justos. Faltaban los dos últimos de la colonia, los más importantes. No se contaba la salida de mi familia en 1916. No había en el libro ni rastro del cuento bíblico de los cuatrocientos kilómetros de selva ecuatorial que Hans Schuster caminó desde Yaundé hasta Río Campo, espantando los mosquitos a manotazos y racionando el agua. No se narraba el desmoronamiento del sueño africano de todos esos alemanes, que era el libro del Génesis de mi familia.

Al final había unos mapas. No muy detallados, en blanco y negro, con una leyenda mínima. Se desplegaban y mostraban las posesiones del imperio africano alemán hasta 1914. Tres territorios, tres mordiscos al continente, los despojos que Von Bismarck arrancó a sus enemigos franceses e ingleses: África del Sudoeste (la actual Namibia),

África Oriental (hoy, los países de Tanzania, Burundi y Ruanda, donde transcurre la película *La Reina de África*), la modesta Togolandia (Togo y parte de Ghana) y el gran Camerún, cuyas fronteras coinciden casi al milímetro con el país actual. El mapa grande dibujaba este último con algo más de detalle, con sus ciudades, ríos y las zonas de monopolio de las dos compañías que lo expoliaban, la Gesellschaft Nordwest-Kamerun y la Gesellschaft Süd-Kamerun. El tercer dibujo era una ampliación de la costa del golfo de Guinea, desde Kribi hasta la frontera con Nigeria, con la isla española de Fernando Poo enfrente. Era un mapa dibujado a plumilla por un delineante de los años treinta, pues el libro databa de 1938, y conservaba esa ingenuidad severa de la época, cuando la palabra *lejos* significaba lejos.

El día que Asteri me lo regaló llevábamos unos meses saliendo (qué horror, *saliendo*, pero no se me ocurre otra forma más digna de decirlo). Al principio, él ignoraba casi todo de Gabi Ese, más allá de que le sonase el nombre como ruido de fondo cultural, y se sorprendió cuando supo que yo era su hermana, algo que en el partido era *common knowledge*, como dirían en el Instituto de Empresa. Sólo le interesaba yo, le atraía por mí misma, y tal vez fue la primera vez en mi vida que sentí que alguien manifestaba curiosidad por mí por mis propios méritos, no por ser la hermanísima.

Ni siquiera le llamaba la atención mi apellido. Si alguna vez me lamentaba de su rareza y de lo que me había marcado, él me recordaba su nombre: ¿cuántas veces te han preguntado a ti dónde has dejado a Obélix?, decía. Cuando salías con tus amigos de bares, ¿te pedían en la barra un cubata de poción mágica? Cuando llegaban las vacaciones, ¿te preguntaban si ibas a ir a tu aldea de irreductibles galos? Qué más hubiera querido yo que tener un apellido alemán y no este nombre de mierda. Además, tú fuiste a un colegio donde nadie se extrañaba de tener compañeros de apellido alemán, ¿no?

Con eso cerraba la discusión. No quería saber a qué se debía mi Schuster. Hasta que conoció a Gabi, a quien yo le había hablado de Asteri, abriéndole el apetito de hermano curioso. Quiero conocer a ese irreductible galo que se cree tan gallito como para salir con Eva Braun, dijo. Concerté una cita para comer los tres juntos, pero hice prometer a mi hermano que se comportaría como un caballero.

—Os llevaré a Angelito —dijo—. Allí no me dejan hacer travesuras.

Gabi estaba más gordo que nunca. Pasaba de los ciento veinte kilos y usaba una muleta desde la última operación. Preparé a Asteri lo mejor que pude. Le dije que Gabi Ese no se parecía ya nada al que habría visto en la tele. También le pedí que no le tomara a mal ninguna broma ni me defendiera de sus sarcasmos, porque mi hermano me quería mucho aunque fuera difícil apreciarlo a primera vista.

No hizo falta tanta precaución. No me llamó Eva Braun y se comportó como había prometido, con ese encanto discreto que tan bien sabía manejar cuando le convenía. A solas, Asteri me dijo que le recordaba a Orson Welles, y me puso en youtube una entrevista del director de cine donde el parecido con Gabi era incontestable. Compartían el gesto de niño malvado y hablaban con la misma seriedad irónica y definitiva. ¿Cómo no lo había visto antes? Desde entonces, Asteri lo llamó tu hermano Orson. Lo celebré como una venganza tardía por la Minipímer.

En aquella comida —uno de los últimos recuerdos buenos que guardo de Gabi—, le contó que éramos nazis. Asteri se rió con su contención de falso niño inglés y siguió cortando el solomillo sin encorvarse sobre el plato.

—Que te lo digo en serio —dijo Gabi—. Aún estás a tiempo de salir corriendo.

La mirada con cuchillos que le lancé bastó para dejar la cosa ahí, pero por la tarde, después de meter a mi hermano en un taxi, Asteri me preguntó si los Schuster tenían algo que ver con los nazis que huyeron de Alemania en 1945 y se refugiaron en España. Le expliqué que no, que mi bisabuelo llegó en 1916 desde Camerún, y que formábamos parte de una colonia muy rara y muy orgullosa de sus orígenes africanos. Somos una aristocracia, le dije. Somos como una orden especial dentro de los alemanes en España: los alemanes del Camerún.

—Eso lo noté yo al primer vistazo —dijo—, ya sabía que tenías algo de sobrenatural.

—No seas cursi, pero sí, siempre hemos mirado por encima del hombro al resto de alemanes, incluidos los nazis que vinieron después.

—¿También miráis con desprecio a Gunilla von Bismarck?

—A esa, a la que más.

—Pero es bisnieta de Von Bismarck, ¿no? No sé cómo van las jerarquías de la nobleza, pero yo diría que os supera en abolengo.

—Y una mierda. Mi bisabuelo se merendaba a siete como ella cada día. Nosotros nos ganamos la gloria en la selva, a machetazos. Eso no hay quien lo iguale.

Un tiempo después, por mi cumpleaños, me sorprendió con ese libro que yo no conocía, porque tuve que confesarle que hasta entonces me habían bastado la memoria familiar, las historias de sobremesa y los gruñidos de papá.

—Pero las familias siempre mienten —me dijo—. Es mejor hacer caso a los historiadores.

Esmerado como solía, Asteri había hecho los deberes antes de conseguir el libro. Me previno de que era el primer estudio sobre la colonización alemana del Camerún, pero que no había que tomarlo

como verdad, pues faltaba la versión camerunesa, mucho menos complaciente y más parecida a una película de terror. Es fácil entender —dijo— que los historiadores africanos no crean que tu bisabuelo fuera un héroe ni la vanguardia de la civilización.

El autor de *Germans in the Cameroons* se llamaba Harry Rudolph Rudin y había sido profesor de la Universidad de Yale, donde lo conocían como Black Harry. No porque fuera negro, sino porque tenía fama de cenizo y meditabundo, como la muerte con su guadaña. El bueno y triste de Harry pasó dos años en Berlín, 1932 y 1933, donde le dejaron manosear a placer los archivos de la colonia del Camerún, que Alemania había perdido en 1916 en medio de uno de los episodios menos contados de la Gran Guerra, en cuyos libros de historia ni siquiera tiene entidad de nota a pie de página.

La documentación que manejó Rudin en Berlín acababa en 1914. Al estallar la guerra, los colonos y la administración camerunesa perdieron el contacto con la metrópoli y dejaron de mandar documentos. Por eso faltaba la crónica bélica. Hizo el libro con el material que recabó en Berlín antes de la llegada de Hitler, y lo completó en 1932 con un viaje por Camerún, entonces colonia francesa, donde los misioneros europeos le enseñaron el país y le hicieron de intermediarios con algunos cameruneses que recordaban los años alemanes. En 1938, cuando ya ni en Camerún guardaban memoria de la administración alemana y el mundo estaba pendiente de otras batallas, Black Harry publicó un trabajo cuyo mérito científico fue abrir el camino a los estudios modernos sobre el imperialismo.

No era una novela de aventuras, precisamente. El retrato de la colonia estaba lleno de datos, estadísticas y documentos, pero no puede decirse que Black Harry fuera un mal escritor. Preciso y eficaz sí. Iba al grano para trasladar una idea lo más completa posible de aquellos treinta años de colonización alemana. Me sorprendió la brevedad y la precariedad de esta etapa. Era aquel un episodio cortísimo en la historia, menos de una generación, y a mi familia apenas le tocaron de lleno los últimos cinco o seis años. ¿Cómo podía algo tan escueto marcar la vida de tantas familias durante tanto tiempo? ¿Cómo podía definirme algo que debería haber sido un cuento de juventud del abuelo de mi padre?

La mayoría de la gente ni siquiera sabe el nombre de sus bisabuelos. En el mejor de los casos, conocen el pueblo del que salieron hacia la ciudad, y a veces ni eso, pero yo crecí con el retrato y el diploma de charcutero de Hans Schuster presidiendo el salón. El diploma de charcutero, por dios, como si fuera un escudo ganado en Las Navas de Tolosa. Me imaginaba que una historia tan venerada debía de ser más sólida, pero los grandes mitos se levantan sobre andamios frágiles. Ahí

está como prueba el Vaticano, construido sobre los despojos mortales de un predicador medio chiflado al que crucificaron en un rincón perdido del imperio.

Camerún es casi tan grande como España, pero cuando los comerciantes alemanes llegaron allí para hacerles la pascua a los misioneros ingleses, que habían fundado la ciudad de Victoria, sólo les interesaba el estuario donde hoy está la gran ciudad de Duala, donde confluían varios ríos y los negreros embarcaban esclavos a América desde hacía siglos. Casi ningún blanco se había aventurado continente adentro, tierra de los dualas, los bantúes y los adamauas, reinos complejos y bien organizados con los que los europeos llevaban haciendo tratos más o menos forzosos desde los tiempos del imperio portugués. Fueron los portugueses, de hecho, los que pusieron nombre al país: Camerún, país de los camarones.

Yo creía que los alemanes habían colonizado aquella tierra como los americanos el Oeste: asentándose, fundando ciudades y masacrando a la población local. Pero Black Harry cuenta que los alemanes nunca pasaron de unos poquitos miles, que en la mayoría del país no se les vio el pelo rubio y que apenas hubo mujeres o niños. Casi todos eran muchachos empeñados en hacerse ricos, más algunos soldados y funcionarios que cayeron allí a la fuerza o seducidos por una paga más generosa que en Frankfurt. La mayoría se dedicaba al comercio, y unos pocos, a las granjas. Los demás, a rezar y a evangelizar a los negros. Construyeron tres líneas de ferrocarril con estaciones de estilo bávaro que aún se usan. La red ferroviaria de Camerún es prácticamente la misma que tendieron los alemanes, lo que se presenta como una prueba de lo benéficos y civilizatorios que fueron. En cuarenta y cuatro años de dominio, hasta la independencia del país en 1960, los franceses no añadieron ni una traviesa. Si no sucumben al calor y a los mosquitos, los viajeros que recorran hoy Camerún y se apeen en esas estaciones germánicas pueden imaginarse camino de Suiza para curarse los males del pulmón en un sanatorio de Davos.

A los colonos no les dio tiempo a trazar carreteras, pues empezaron a echar asfalto en 1913 y enseguida tuvieron que sacar los rifles y ponerse a matar franceses e ingleses, que venían disparando desde Chad y Nigeria, por lo que el medio de transporte más común durante toda la historia de la colonia fueron los lomos de los cameruneses, que se empleaban como porteadores a cambio de casi nada. Los caminos estaban atascados de gente cargando fardos desde las montañas hasta los puertos, donde se llenaban los barcos que iban y venían de Hamburgo.

En Buea, en Yaundé y en las tierras altas se dedicaron a sembrar plantas y a criar animales traídos de Europa, como caballos y vacas. Y ahí debió de encontrar negocio Hans Schuster, porque los colonos

serían poquitos, pero sufrían mucha morriña y eran capaces de cualquier cosa por un poco de mantequilla, un puré de patata, un plato de salchichas y un par de jarras de cerveza.

El pobre Harry, el profesor de Yale, esperaba encontrarse una historia de terror y esclavitud porque se había creído la propaganda aliada, según la cual, Francia y Gran Bretaña, al repartirse los restos del imperio africano alemán, habían liberado a sus pobladores de una opresión insoportable. Pero al estudiar esos treinta años se encontró con una historia colonial muy parecida a la del resto de potencias, e incluso un poco menos áspera, porque como los alemanes eran muy escasos no se habían impuesto mediante batallas, y su dominio fue bastante pacífico en comparación con otros. Harry incluso anotó una canción que le cantó un hombre (*a Negro*, pone en el texto inglés), una melodía que compuso en el colegio: *«Ich bin ein Bub' von Kamerun / Der deutschen Kolonie; / Fürst Bismarck hatte viel zu tun / Bis er erworben sie»*. Algo así como: «Soy un chavalín del Camerún, la colonia alemana; el príncipe Bismarck se esforzó mucho en conseguirla». Para Harry, esto era una prueba del buen recuerdo que dejaron mi bisabuelo y sus compinches, que hicieron escuelas, estaciones de ferrocarril y granjas, y enseñaron a leer y a escribir a los nativos en un idioma que aún no habían olvidado del todo.

Dice Harry, rendido a la obra civilizatoria del Reich en el corazón de África y con un candor indigno de un universitario descreído: «Sé que hubo malvados en la administración colonial alemana, pero no fueron distintos ni peores que los que existían en otros imperios. Mi conclusión particular es que los logros de la Alemania colonial en esos breves treinta años constituyen un mérito singular y le otorgan el derecho a considerarlo un caso de poder colonial exitoso». Qué pena que papá no pudiera leerlo; se habría puesto a aplaudir.

No, papá —me habría gustado decirle—, el libro no exculpa a tu abuelo. Hace algo incluso peor que acusarle de crímenes: dice que los colonos alemanes fueron normales, es decir, que vivieron la historia según les venía, como todos los demás, interpretando sus frases lo mejor que pudieron, sin salirse del texto. Menos mal que papá no leyó a Black Harry, pues le habría herido en su honor de pionero. A mí, en aquella rara mañana hogareña, me reconfortó un poco.

Aunque estaba acostumbrada a leer informes y documentos de digestión dura, la prosa de Rudin, moteada de estadísticas de exportación de aceite de palma, de reclutas de la policía colonial y de hectolitros de producción de leche en las vaquerías de Buea, se me fue desenfocando, y a las pocas páginas caí en una modorra ecuatorial. Dejé el libro abierto sobre el pecho, me tumbé larga en el sofá y me abandoné a la pereza africana.

No sé si lo soñé o lo imaginé en un duermevela intranquilo, pero me

sentí balancear en una hamaca como la que salía en unas fotos del bisabuelo. Por lo que se ve en los álbumes, a los colonos les gustaba mucho retratarse en la holganza, en actitudes poco prusianas y menos protestantes. Criados negros con paipáis enormes abanicaban a grupos de blancos con bigote vestidos con sombreros de ala ancha y ropas blanquísimas. Al menos se veían blancas en las fotos en blanco y negro, casi níveas, al reflejar el sol del ecuador. Un amigo de mi bisabuelo fuma una pipa larga, supongo que autóctona, reclinado en una tumbona. Otro grupo, siempre con bigote, alza sus jarras de cerveza a la salud de quién sabe qué, bajo la sombra alegre de una palapa. Y la hamaca. Hans Schuster mira a cámara con un cigarro en los labios y se diría que sonríe.

Tirar fotos entonces era muy caro. No se hacían retratos al tuntún ni por razones del todo sentimentales. Esas placas pretendían demostrar algo. Tal vez animar a las familias de los suburbios de Alemania a instalarse en África. Algo he aprendido sobre propaganda en mi trabajo. Reconozco la intención de cada posado y el efecto que la mentira tiene en quienes quieren creérsela. Quizá querían demostrar que habían encontrado el paraíso. Mirad, pobres desgraciados que dobláis el lomo en Hamburgo, mirad la vida que llevamos en el Camerún. Mirad cómo crecen las plantas sin apenas esfuerzo, mientras vuestros campesinos enferman de reuma para arrancarle al suelo alemán un saco de patatas insípidas. Papá guardaba esos álbumes con fe infantil. La siesta de su abuelo en la hamaca era un fotograma de una película de aventuras que le llenaba de orgullo.

Mentira o verdad, una hamaca es una hamaca, y aunque sólo se tumbe para la foto, hasta el comerciante hanseático más severo se amodorra en su vaivén. Y yo me sentí mecida por una brisilla caliente que me templaba el sudor de las piernas y de los brazos. Entre sueños y pensamientos que pastaban libres por los prados ganados a la selva, me vi atrapada en el Camerún en guerra, sin barco en el que regresar a Europa ni del que recibir nada. Los cables pasaban por las colonias francesas, por lo que también estaban interrumpidos el teléfono y el telégrafo. Sólo quedaba esperar, como en la Casablanca de la película. Esperar y esperar y esperar.

A la hamaca llegan rumores del mundo. Desde 1915 ya no está tendida entre unos árboles frente a mi casa en Buea. Una parte de los dualas, con su rey al frente, se ha rebelado y se ha unido a los ingleses. Los alemanes ya no viven en la costa, demasiado expuesta a los acorazados de la Royal Navy. El gobierno colonial se ha replegado al interior y se ha hecho fuerte en Yaundé. Desde entonces, mi hamaca se mece en algún paraje de los alrededores de la ciudad.

La guerra podría terminarse de inmediato si los africanos se diesen cuenta de que luchan por sus amos. Allí, los combates no son entre los

aliados y los imperios centrales, sino entre askaris, las tropas coloniales. Vecinos bantúes disparan balas francesas a sus vecinos bantúes del otro lado del río, que les devuelven munición prusiana. Se insultan en la misma lengua, que no es francés ni alemán. Si dejasen de atender un momento las órdenes de los oficiales y se diesen cuenta de que se están matando por unos países que no saben colocar en un mapa, volverían los fusiles contra los blancos y se abrazarían. Ni siquiera gastarían mucha munición: con unas cuantas ráfagas liquidarían a todos esos señores bigotudos de sombreros de ala ancha que sudan tanto. Sería, en el fondo, un gesto de piedad, darles una buena muerte antes de que la disentería y la malaria se los lleven por delante. Pero no se les ocurre. A lo mejor prefieren cobrar un sueldo por matar antes que por cosechar palma.

Quizá los misioneros no les han enseñado bien el álgebra y no saben contar que por cada blanco hay más de mil negros. Ahí siguen su tiroteo absurdo. Unos en nombre de la república y del rey Jorge, y otros en nombre del káiser Guillermo, que era primo del rey inglés y se le parecía mucho. Por eso me amodorro en la hamaca y dejo que la ceniza del cigarro me manche la camisa blanca, porque sé que el mayor daño que voy a sufrir en esa guerra es quemarme con la colilla o pegarme un costalazo, si las cuerdas que amarran la tela a los árboles ceden ante mi peso de alemán del norte cebado con salchichas. Miles de negros se matan por mí allá en el frente verde, en lo profundo de la selva, y yo espero, como el resto de la colonia alemana que se ha replegado en Yaundé, que nuestros negros se impongan. Tengo un rifle a mano y una caja de municiones. Y sé usarlo, vaya si sé, pero aún no se ha presentado el momento de probarlo contra el pecho de un franchute.

Me he dejado vencer por la pereza y me costará mucho atender la llamada a la evacuación que un oficial transmite a gritos por las calles de la ciudad y mediante bandos que dos askaris pegan en postes y tapiales. Hay que irse, el frente ha caído, los aliados están a las puertas y no quedan más defensas. Camerún, queridos compatriotas, está perdido. Recojan lo que puedan y reúnanse junto al lago.

Como en los sueños las cosas vienen editadas, con abundantes elipsis y saltos en el tiempo, no sé cómo me veo a las puertas de Yaundé, con el fusil al hombro, una mochila y una cantimplora grande. A mi alrededor, decenas de porteadores cargan en fardos todo lo que podía llevarme de mi Heimat africana. Qué suerte que la rendición llegase en la estación seca, cuando los caminos estaban abiertos.

¿Rendición? ¿Has dicho rendición?, me grita un militar que viste un uniforme demasiado limpio y bien planchado. El Reich no se rinde, dice. El Reich se repliega y evitará que los gabachos nos tomen presos.

No dejaremos ni una bala a esos perros, grita el tipo, al que identifico como teniente.

Otro corte, otra escena. Estoy en camino, no sé cuántos días llevamos de marcha. Formamos una columna infinita, una hilera de hormigas que corta el verdor espeso de las montañas, siguiendo una senda que los guías despejan a machete y por la que no caben dos personas juntas. Cada colono —no seremos ni mil— lleva un séquito indígena de unos cien. Son los cameruneses que han decidido unir su destino al nuestro. Los demás, la inmensísima mayoría de la población, se quedan a recibir a los nuevos amos, que les enseñarán a hablar en francés.

Nos acompañan los colaboracionistas, los que han prosperado a la sombra del Reich, los que azotaron y dispararon y vigilaron los barracones en nombre del káiser y saben que con el nuevo imperio que canta *La Marsellesa* sólo les espera la horca. Vienen también el rey de los pamues y su corte. Habla alto alemán como un filósofo de Königsberg, nuestro Herodes. Sus hijos están en Berlín, aprendiendo leyes e ingeniería. Se viene con nosotros sin renunciar a sus atributos monárquicos: le transportan en litera y le abanican con paipáis de plumas. ¿Queda mucho?, pregunto como un niño en el asiento trasero. No, menos de una semana, me responde el teniente, que sigue a mi lado, aunque no debería, porque la trocha es muy angosta, pero en los sueños el espacio también se deforma, no sólo el tiempo, y todo cabe si le va bien a la trama.

Llegamos. En este instante ha pasado una semana y la columna ha alcanzado el estuario del río Campo. Al otro lado, la guarnición de la frontera, un par de cuartelillos donde montan guardia los carabineros más aburridos de lo que una vez fue el imperio español. Aquel trocito de África y la isla de enfrente eran los últimos pedazos de la España en la que nunca se ponía el sol. Una banda de niños apenas hombres se pudrían o fantaseaban con una gloria provinciana en forma de pagas sin gastar con las que montarían una tienda de ultramarinos en un pueblo de Ávila. Si no se morían antes del asco o de la malaria.

Ahí estaban, los pobres, con bigotes más insinuados que pintados, jugando al mus bajo un toldillo, las armas apoyadas en una tapia y la marcialidad echada a perder, pues ningún oficial iba a personarse en aquel culo del mundo para comprobar que llevaban bien abotonado el uniforme. Por unos segundos, los soldados de mi sueño dudan si ellos también sueñan, si esa fila de negros cargados de fardos y petates es una escena del Antiguo Testamento que les han contado de niños en la catequesis y ahora se hace espejismo.

Llegaban a la orilla y pedían permiso para cruzar por turnos en las barcazas de los pescadores pamues que iban y venían por el país ignorando las fronteras de los imperios. Pasaron primero el teniente y

el gobernador, de pie en la embarcación, solemnes, dando la espalda al Camerún y enfrentándose a su destino con una dignidad que ya sólo se ve en los manicomios, en esos locos que se creen Napoleón. Cuando tocaron la orilla española, les pareció la isla de Elba, pese al verdor y a las aguas de chocolate, tan poco mediterráneas. Eran las cabezas de un ejército vencido cuya derrota no le importaba a nadie. En aquel 1916 eran tantas las batallas y tantos los frentes que el destino de unos alemanes en la esquina más olvidada del planeta no merecía ni un suelto en un periódico de provincias. En aquellos mismos días, los mejores jóvenes de Europa agonizaban en el barro de Verdún, que engulliría un cuarto de millón de cuerpos. Camerún, a su lado, no era nada. Pese a ello, los alemanes actuaban como si importase. El teniente, que tenía más letras, se dirigió en francés a los guardias de Río Campo y les habló de la *Anábasis*. Había tenido tiempo de ensayar su discurso, tras tantos días de travesía por la selva.

Saludos, hermanos de armas, les dijo en la lengua de su enemigo, y tanto le hubiera dado hablarles en la suya o en griego clásico, pues aquellos mozos apenas habían ido al colegio, y hasta el castellano un poco formal se les hacía tan esotérico como una lección de Hegel. Yo sí entendí el parlamento, porque era mi sueño.

Tras las reverencias, seguía así: como el glorioso y triste Jenofonte en los siglos pretéritos de la Hélade (¡pretéritos!, no se ahorraba ni una pedantería), somos un ejército sin imperio que regresa a su hogar. Hemos atravesado un país que fue nuestro y ahora es pasto de los enemigos. Salvamos la vida, no tanto la dignidad, aunque confiamos en que sí el honor, como lo salvaron las tropas de Jenofonte en las tierras de Mesopotamia. No hemos sido capturados ni vencidos. No presentamos batalla porque nos superaban en número y municiones, y creímos que haríamos un mejor servicio al Reich vivos que muertos o prisioneros. Estamos muy lejos de la patria, no sabemos si encontraremos el camino de regreso, pero nos encomendamos a la misericordia de la gran nación española, a cuyo benevolente monarca imploramos protección y cobijo. Entregamos para ello nuestras armas y nuestros galones. Nos rendimos sin condiciones ante ustedes y entonamos con nuestras voces más graves: Nun ade, du mein lieb' Heimatland.

Los chicos de la guarnición se rascaron la cabeza sin entender una palabra. Telegrafiaron a la comandancia de Bata, donde habría algún oficial que supiera francés y se entendiera con esa gente. El sargento, un poco más espabilado que los demás, comprendió a medias que los alemanes abandonaban el Camerún y se entregaban a España, potencia neutral en la guerra, que estaba obligada a acogerlos y a internarlos hasta que se declarase la paz. Pero hasta que no acudiese una autoridad de Bata, nada se aclararía. Y como Bata estaba a no sé

cuántas horas, entretuvieron la espera con un balón. Football, se llamaba el juego. A los españoles les sonaba. Los alemanes éramos muy aficionados. Jugábamos en las praderas bajas del monte Camerún, sobre la ciudad de Buea, e incluso en las planicies de Ngaoundere, allá por el norte, donde moría el ferrocarril.

Había en Río Campo una explanada despejada y tapizada de hierba rala, perfecta para pegar unos chutes y dar unas carreras, y allá que fuimos. Los españoles aprendieron pronto, y en la segunda parte hasta nos metieron un gol, pero en el primer partido los machacamos. Fue estupendo, tras tantos días de senda y raciones militares, desquitarse de la rutina y del miedo a ser alcanzados por los franceses.

Sí, miedo, he escrito la palabra prohibida. Mientras regateaba a un español bajito y torpe y buscaba a un compañero de bigotes para pasarle el balón, supe que había sentido mucho miedo durante la huida, aunque con las prisas no me había enterado. Me aterraba la idea de verme en un campo de prisioneros francés. Por eso, en ese lado del río no me sentía, como decía el coronel, un soldado perdido entre las ruinas de Nínive —hay que ver lo que les gustaba a los oficiales compararse con los guerreros de la Antigüedad—, sino como un joven liberado. El río Campo no era la laguna Estigia ni el paso entre Escila y Caribdis, sino una promesa de paz, una tierra donde las balas de los enemigos no llegaban. A la mierda el Camerún. A la mierda África. A la mierda la guerra. A la mierda el káiser.

Me desperté —me había dormido, no era una modorra dulce, sino un sueño profundo, el día había avanzado mucho y el libro de Rudin estaba en el suelo con las páginas dobladas y el lomo vencido, qué pena de regalo— cuando me di cuenta de que había proyectado demasiadas cosas mías en el cuerpo onírico de Hans Schuster. Me despertó, por así decir, la conciencia de una traición, como si me pellizcara un historiador picajoso, riñéndome: eso no es así, hija mía, tu bisabuelo nunca habría mandado a la mierda el Camerún, y mucho menos al káiser. No cabía en su mente imperialista un desprecio tan moderno ni tan filosófico. A la mierda mandáis la vida vosotros —me abroncaría el historiador, con voz de Asteri—, pero Hans Schuster era un colono que acababa de perder todo lo que le importaba, incluida la libertad, pues era prisionero del ejército español. Un prisionero raro y de lujo, un prisionero libre y con recursos que podía moverse a su antojo siempre que no saliera de las fronteras del país, pero prisionero al fin.

Las tripas me rugían y no había nada comestible en casa, así que mandé también a la mierda al historiador hipotético que analizaba los anacronismos de mi sueño. Siempre me costó sentir pena por Hans Schuster. Que no se me entienda mal, pues le estaba agradecida. Si no hubiera cruzado el río Campo aquel día de invierno, estación seca de

1916, la leyenda que blasonaba mi familia no sería más que un hilo del registro civil, tan banal y anónimo como el de la mayoría, y yo ni siquiera habría incluido el verbo blasonar en mi vocabulario. Le debía la neurosis de una familia que entendió que ese río africano que separaba el África alemana de la española era un Rubicón que fundaba otro imperio, uno doméstico y melancólico, consagrado a la preservación de una patria que había desaparecido en la patria misma. Hans Schuster no sólo perdió el Camerún, también perdió Alemania.

Los mil y pico alemanes del Camerún que subieron a las barcazas no volvieron jamás a su país, pero tampoco vivieron en el nuevo. Pasaron la vida en una patria imaginada, como en el fondo lo son todas las patrias, pero la suya más, porque no tenía perímetros ni oficinas de correos ni embajadas ni bancos centrales ni presidentes contra los que alzarse. Escuelas sí. Y jefes y policías, unos pocos. Y también cementerios. Pero la sustancia elemental era la nostalgia, que para mí era mermelada, fruta con azúcar, ruibarbo, harina, miel, almíbar, huevos, un rodillo sobre la encimera de la cocina y el timbre del horno celebrando un nuevo pastel de domingo, otra merienda, otra fiesta hipercalórica.

Cuando en el colegio nos explicaban el Dasein de Heidegger, ninguno entendíamos nada. Tal vez Fede sí, por eso luego se dedicó a lo que se dedicó, pero los demás memorizábamos las frases para el examen. Fede me decía que el Dasein tenía que ver con un lugar, con la tierra, con la casa. Y yo le preguntaba cómo podíamos entender nosotros eso si veníamos de una patria que sólo existía en un diploma de charcutero.

—En el fondo —decía Fede cuando estudiaba filosofía en Alemania y empezaba a apuntar maneras—, no es muy distinto de la diáspora judía. Mantenemos el alemán, un alemán raro y ficticio, sin acento, aprendido en la escuela, pero no vivido, un alemán que suena hueco a cualquier alemán, por más que no le encuentren fallos. Hablamos alemán como los sefardíes siguen hablando español. Y comemos pasteles como los judíos siguen comiendo turrón español.

A Gabi se le llevaban los demonios con esa comparación:

—Vete al Yad Vashem y les das una conferencia a los israelíes sobre eso: los Schuster, víctimas de la diáspora, tan judíos como los que más.

El Yad Vashem, el museo de la Shoah en Jerusalén. Gabi sacaba a pasear a los nazis en cuanto podía. Fede, tan filosófico, le acusaba de incurrir en falacia *ad holocaustum* y se negaba a discutir.

Por irritante que fuera la obsesión de Gabi con el nazismo, ahí tenía razón. Los alemanes del Camerún eran unos derrotados, aunque no unas víctimas. Cualquier comparación con los parias de la historia era un exceso y un insulto. Tampoco fueron culpables de nada grave, más

allá de lo que hicieran en África, como todos los imperialistas. Mi instinto, desde niña, había sido despreciar al charcutero del Reich, maldecir la forma en que Miguela, la chacha, quitaba el polvo con el plumero al diploma y le echaba cristasol para que el vidrio reluciese y pudiera venerarse como el escudo de armas del clan. Pero de un tiempo a esa parte había aprendido también a sentir compasión por aquel antepasado que hizo su propio imperio vendiendo carne de cerdo embuchada.

Cuando pensaba en su soledad —allá en Río Campo, y más tarde en la península, cuando bajó del barco que lo dejó en Cádiz, y en esos años de ocio e incertidumbre hasta que aprendió español y empezó a ganarse la vida y decidió no volver jamás a una Alemania en ruinas y vencida en Versalles—, sentía algo parecido a la compasión y un punto de orgullo. Joder con Hans, qué tío. ¿Habría podido yo salir adelante después de rendirme ante unos guardias en la frontera más ignorada del planeta? Si era incapaz de enfrentarme a un día de trabajo en el despacho porque me paralizaban las amenazas difusas de unos matones de tres al cuarto. En mi lugar, Hans Schuster —estaba convencida— no se habría dormido en el sofá, digiriendo sus propias tribulaciones. Qué diablos, Hans Schuster ni siquiera tenía sofá. A lo sumo, una hamaca, y a saber si había tenido tiempo de empacarla en uno de los bultos que le llevaban los porteadores o se había quedado tendida allá en Yaundé, entre dos bubingas, esos árboles de madera rojiza con los que se hacían armarios y escritorios para las casas buenas de Berlín. Recordé la foto: ni siquiera estaba relajado, sólo lo fingía. Se le notaba tenso, a punto de levantarse, siempre dispuesto a coger la sartén por el mango. No como yo, tan floja, tan cobarde y tan hambrienta, aunque no lo bastante como para bajar a la cafetería y dejarme ver en público.

Me molestaba encontrar inspiración en esos mitos que se me habían hecho tan odiosos, pero no podía evitarlo. Si la bondad de la leyenda estaba a punto de romperse, era el momento de rescatar algo, lo que fuera. Un solo gesto serviría para seguir firmando con mi apellido y no inventarme uno que lo escondiese, como hizo mi hermano con Gabi Ese. Aunque todos lo escondimos al convertirnos en los últimos Schuster, pues todas las demás ramas se diluyeron en segundos, terceros y cuartos apellidos. Tres hermanos, ni un hijo entre los tres. Valiente estirpe.

Si tuviera que quedarme con un solo gesto redentor, uno solo, elegiría la despreocupación de la hamaca. O, mejor, ese momento del que no hay fotos, el cruce del río Campo, la salida del Camerún. Los minutos en los que Hans Schuster ya no era un colono alemán, pero aún no se había entregado a los españoles y no era un prisionero de guerra. Esos minutos en que fue un derrotado y un apátrida. Ahí, en

los pasos que inauguran la historia oficial de mi familia, cabe una dignidad propia de Jenofonte, algo que podría cantarse en verso griego al final de la *Anábasis*. Lo de después ya no importaba. Si alguien era capaz de dar esos pasos entre la barcaza y la garita de los soldados españoles sin tropezar, sin encorvarse y sin mirar hacia el Camerún que se abandonaba, alcanzaría la grandeza de los héroes.

Si tuviera que decir de dónde vengo, me gustaría decir que procedo de ese gesto y de esos andares.

13. Fede

Mi hermana y yo estamos unidos por el golpe seco de la carne contra la carne, el ruido del puño de papá sobre la cara de Gabi. La figura de mamá en el pasillo, rígida, cerrándose la bata por instinto, como si pudiera esconderse dentro de la prenda. Gabi, a punto de caer hacia la derecha, sosteniéndose en el sifonier y llevándose la mano izquierda a un ojo que pronto se amoratará y se hinchará. Mamá, Eva, yo y hasta el propio Gabi, convertidos en signos de admiración. Todos menos papá, el único actor en movimiento de esa imagen quieta. Respiraba fuerte y enseñaba los dientes, como si fuese a saltar sobre su presa para devorarla. Era el Brockengespenst, que se aparece en la noche de Walpurgis, como recordó Gabi más tarde, siempre atento a las alusiones literarias.

Sucedió la noche del 30 de abril, noche de brujas, y hacía un frío impropio de esas alturas del calendario. Un frío alemán, dijo Gabi, quien, pese a ello, volvía de madrugada en camiseta de tirantes, pantalones de pitillo, un collar de perro y el pelo rosa peinado hacia arriba. El rímel estaba corrido por el sudor y le quedaba algo de pintalabios negro. Sus diecisiete años se contorsionaban como una corriente eléctrica por su esqueleto elástico, como si bailase una escena de un musical en la que el ogro se echa encima del héroe y este lo elude con una coreografía. Pero a las cinco y media de aquella madrugada no sonaba música, y en el silencio vibraba el golpe del padre, su respiración predadora, las venas del cuello latiendo bajo la seda del pijama.

Tras la parálisis, nos pusimos en marcha sin decir nada. Yo me enfundé unos vaqueros, Eva se echó encima lo primero que agarró y nos apretamos los tres en la caja del ascensor viejo. Nunca se me hizo tan larga la bajada. Cuarto, tercero, segundo. Los dos chasquidos mecánicos entre piso y piso. Principal, entresuelo. ¿Cuántos pisos había en ese edificio de Sagasta? Bajábamos a la calle, pero en verdad subíamos, nos alzábamos al cielo negro de Walpurgis desde las fosas de la casa del padre, y mamá nos veía perdernos en el cestillo de aquel globo centenario, encogida en su bata roja, sin atreverse a pedir que la lleváramos con nosotros, sin atreverse siquiera a levantar la tapa de las teclas del piano y consolarse con un poco de Schumann. No querría despertar a los vecinos, esos que se habían vuelto a dormir tras fingir

que no habían oído la palabra Schwuchtel aullada a pulmón lleno. También fingían que no entendían que significaba maricón.

Por las calles no quedaban más que los camiones de la basura y los primeros barrenderos, que acometían vomitonas y botellas rotas. Gabi sabía de un bar cercano que nunca cerraba, y allí acabamos, entre heavies que miraban torcido y una camarera que se creía Salma Hayek con serpientes. A Gabi se le hinchaba la cara por momentos. La camarera le envolvió unos hielos en un trapo y le sacó unas cervezas gratis. Llamábamos mucho la atención en aquel antro roquero de billares y aire americano, con neones de cerveza Budweiser y canciones de ZZ Top, pero nadie lo demostraba.

Eva tenía quince. Yo, casi trece. Hoy, tres mocosos asustados, con legañas y sin peinar —y uno de ellos, el único vestido de noche, con la cara reventada— provocarían la intervención de los servicios sociales. El mismísimo fiscal de menores se personaría en el bar para hacerse cargo del asunto, que saldría en los periódicos y se comentaría con escándalo en las tertulias de la radio. Pero en la Zaragoza de aquellos años, la compasión de la camarera era el mayor cariño al que podíamos aspirar, y nos parecía bien. La indiferencia del mundo nos permitió recomponernos a nuestro ritmo. Gabi daba tragos largos mientras apretaba el trapo con hielos contra el ojo y se reía como sólo él sabía reírse. Qué flaco era entonces, con lo gordo que murió.

Pidió tres pitillos a la camarera. Para mí y para estas criaturas, que traen mucho disgusto, dijo, y la Hayek del turno de noche se los dio con la apostilla de no te pases, chaval, que te tengo calado. ¿No tendrás fuego, también?, dijo Gabi, y la camarera le acercó la lumbre de un zippo plateado. Sonreía, casi maternal. Era evidente que se trataban y se tenían cariño. Eva y yo nos miramos con cierto repelús: la familiaridad de nuestro hermano mayor con esa gente y ese lugar nos parecía tan envidiable como estremecedora. Así que era allí donde se metía cuando salía por las noches. De allí volvía cuando buscaba a tientas su cuarto, tropezándose contra las paredes del pasillo. De allí se llevaba el olor a tigre que hacía rezongar a Miguela cuando ventilaba su habitación.

—Dos cervezas más —decía— y se me pasará el dolor, pero ya verás mañana, va a estar hinchadísimo. ¿Puedo beberme las vuestras?

Ni siquiera asentimos. Agarró mi botellín, bebió medio de un solo trago y se echó a reír.

—Perdón, perdón —dijo, apretándose más fuerte el trapo, como si la risa le hubiese soltado las costuras de la cara—, es que verás mañana cuando me pregunten qué ha pasado. Verás cuando lo cuente, la que se va a liar. Estoy por ir a la fábrica. Seguro que a papá le encanta. Me paseo por la sala de despiece y les digo: mirad, mirad lo que os puede hacer mi padre como no deis bien el callo. ¿Estáis

currando a tope? Venga, que las salchichas no se capolan solas. ¡A trabajar, verdammte Scheiße!

Eva dejó su botellín en la barra, bajó del taburete y le abrazó. Gabi tardó en devolverle ese abrazo que no esperaba, y lo hizo con la mano que le dejaba libre el trapo con hielos.

Clareaba cuando salimos del bar, con el acuerdo tácito —todo era tácito en aquella fuga telepática— de no volver a casa. ¿Nos estarían buscando? ¿Habrían llamado a la policía? Luego supimos que no, que papá se encerró en su estudio y mamá se sentó al piano sin abrirlo, deslizándose por pentagramas y compases sordos que armonizaban su angustia en un tono menor.

—Podríamos hacer una balsa con troncos y echarla Ebro abajo —dijo Gabi mientras caminaba por los bulevares hacia el río, y nosotros le seguíamos dos pasos por detrás, como pajes sosteniendo la capa nueva del emperador—. Navegaríamos de noche y dormiríamos de día en los sotos, ocultos entre los juncos. Papá nos perseguiría a caballo, con un alzacuellos y letras tatuadas en los dedos de las manos. En la derecha se leería L-O-V-E y en la izquierda H-A-T-E, pero él lo pondría en alemán, claro: L-I-E-B-E y H-A-S-S. Necesitaría el pulgar de la derecha para *amor*, no quedaría tan bonito como en inglés, pero HASS cabe en cuatro dedos, y esa es la palabra que querría escribir mejor. Le veríamos acercarse, husmear el aire. Iría a caballo. ¿Os imagináis a papá a caballo? Un Sancho Pánzer. Contendríamos la risa hasta que pasara el peligro, y por la noche navegaríamos río abajo otra vez, por el medio del cauce, evitando las luces. Al llegar al mar nos meteríamos a fregar cubiertas a bordo de algún barco de nombre extranjero, su beso de plata dejaba caer. Esto lo digo en serio, aunque cante coplas. Si quieres escaparte, ahí siempre te dan trabajo, y como lo que ganas lo ahorras, porque en el barco no gastas, tienes para vivir en Tanzania o en la Patagonia o donde coño sea. Y cuando se te acaba la pasta, te subes a otro barco y chao. ¿Qué os parece el plan? ¿Os apuntáis?

Nunca fuimos tan hermanos y nunca volveríamos a serlo. El gesto de acompañar a Gabi fue tan reflejo que nos hubiéramos ido con él río abajo sin cuestionar ni un detalle de su plan. Nunca lo he hablado con Eva, pero estoy convencido de que sintió lo mismo. No nos creíamos perdidos ni desamparados. Ni siquiera estábamos tristes. Sentíamos algo parecido a la felicidad, un éxtasis blanco y sin euforia que entonces no entendí y que, tal vez, hoy racionalizo demasiado. A lo mejor sólo era orgullo. Íbamos hechos un asco, pero nos sentíamos higiénicos, casi puros, dueños de una dignidad que no he vuelto a poseer. Estábamos donde correspondía, al lado del hermano caído, un ejército en derrota de vuelta a Anatolia.

Papá escribió esa noche la página más triste de mi familia. No creo que ningún Schuster haya hecho algo más ruin. A lo mejor sí. Algo

habrá en las espesuras del árbol genealógico. Seguro que por las ramas altas anidan asesinos y soldados, incluso verdugos, pero nada tan horrible en las generaciones que alcanzo con la mirada. No creo que el charcutero Hans Schuster cometiera crímenes en el Camerún. ¿Qué puede haber peor que golpear a un hijo, repudiarlo por maricón y dejar que se pierda en la noche con sus hermanos?

Yo ya he visto lo peor de mi familia, la he visto destruirse. He visto cómo Juan Schuster agostaba a mamá hasta dejarla seca, incapaz de comunicarse con palabras, perdida en una galaxia de semicorcheas y metrónomos. He visto cómo mi hermano construía su balsa de troncos y la echaba a un río de tequila y metanfetamina, sin escuchar a los fans que le pedían bises desde las riberas, apiñados en los mismos sotos donde él soñaba esconderse.

He visto a mi hermana negociar las deudas con hacienda. Quién iba a sospechar que Juan Schuster manejaba la fábrica como el resto de su vida, y que los libros de contabilidad también se le rompían, como todo lo que tocaba. He visto a mi hermana liquidar la empresa y convencerse de que solucionar los problemas de un imperio salchichero podrido la habilitaba para solucionar los problemas de todo el país. Eva no tendría una vocación política si no la hubieran puesto a redimir el patrimonio que ya no heredaría.

Y me he visto a mí peleándome con ese segundo país que justifica mi apellido, embarcado en una carrera académica de amor por lo odiado, buscando una revancha en el estudio de la cultura alemana, en la capital de la Dieta imperial, donde los germanos soñaron con tener su propio César. Sin integrarse en Roma, pero creando una Roma propia. Ahí acabé, en lo más alemán de Alemania, empeñado en saber algo de ella que no supieran los demás. Total, para nada. Mira los años que se han hecho, y aún no he colocado a los Schuster en el parnasillo de la germanística. A este paso, puedo dar por perdido el sueño, si es que lo tuve alguna vez.

¿Qué puede haber peor que el puñetazo aquel?, le pregunté a Teresa, tan desvelado como aquella madrugada. Me había escuchado en silencio, muy atenta, reclinada en las almohadas y acariciándome el pelo.

No sabría decir cómo acabó otra vez en casa, cómo dormimos juntos y nos despertamos en mitad de la noche, ni por qué le conté lo de los israelíes y que mi hermana no me contestaba y que estaba tan preocupado que lo mismo cogía un avión y me plantaba en Zaragoza. Tampoco sé por qué acabé recordando el golpe. Sí, claro, por lo de las cosas horribles de la familia. Por la intuición de que todo era un chantaje y que algo iba a saberse que no me haría gracia. Pero no puede ser tan horrible como lo de aquella noche, le decía a Teresa. De verdad, dime, ¿qué puede haber peor que eso?

Se lo preguntaba, y ella me acariciaba el pelo y callaba, como callábamos los tres hermanos aquella noche de Walpurgis. Pero entonces Gabi hablaba por todos. Hacía planes de fuga, gastaba bromas y se reía de su ojo a la virulé. Teresa no contrapunteaba mis palabras, que rebotaban en su cuerpo tumbado sin hacer eco. Por dios, pensaba, di algo, no me dejes seguir hablando.

—Tu hermana no te dice nada porque ustedes nunca hablaron de nada.

Siempre brillaba una chispa fría y tajante en su forma de conversar conmigo, aunque toda la universidad la tenía por una mujer encantadora. Sus alumnos de literatura española la adoraban y sus colegas la consideraban la mejor de las compañías posibles, un ejemplo constante de entrega y simpatía. Nunca negaba un favor, y cuando te escuchaba, lo hacía con todo el cuerpo, como si nada más importase. Sólo a mí me hablaba con laconismo y desdén. O eso interpretaba yo. Sospechaba que así me castigaba y se tomaba la venganza por tantos desaires y feos, y lo hacía con un código incomprensible para el resto del mundo.

—¿Crees que tu padre podría haberse portado de otra forma?

—No sé qué quieres decir —respondí.

—Bueno, creo que tu hermano deseaba que sucediera algo así, por eso estaba feliz en el bar, con las cervezas y los hielos.

—¿Quieres decir que Gabi tuvo la culpa, por ser demasiado maricón?

—Quiero decir que hay muchas formas de enfrentarse a un padre como el tuyo, y Gabi escogió el choque frontal.

—¿Y eso es malo?

—Eso es una elección. En las historias de violencia parece que quien domina es el violento, pero a mí me parece claro que el dominante aquí siempre fue tu hermano.

—No me vendrás ahora con un rollo psicoanalista, ¿verdad? No me irás a decir que Gabi quería ser castigado.

—No, por dios, Fede, qué cosas tienes, parece mentira. Cuando te pones a la defensiva es muy difícil argumentarte nada. Si quieres, lo dejo. ¿Te interesa mi punto de vista o me callo?

—Me interesa, Teresa.

—No me endulces con chistes malos.

—In Teresa I Trust.

—Bueno, lo que quiero decir es que Gabi necesitaba desenmascarar al monstruo, quería que tu padre se mostrase todo lo brutal que era, que no le quedase un resquicio por donde presentarse como una persona respetable.

—¿Necesitaba desenmascarar a mi padre? No, mi hermano fue tan sólo libre, y sufrió desde niño las consecuencias de ser libre sin

martirizarse por ello. Para él, el placer de ser libre era un gozo animal tan fuerte que compensaba cualquier dolor.

—No es incompatible con lo que digo. Mira, cuando somos corteses, les damos la oportunidad a los demás para que nos acepten en sus propios términos. Quien elige el escándalo no quiere ser aceptado. Es más, busca el rechazo, pues sólo así se convencerá de que no forma parte de aquello que detesta.

—Vaya clase de arte contemporáneo.

—Bueno, de arte de vanguardia, de lo que fue en su origen.

—Pues eso, que mi hermano puso el urinario de Duchamp en el salón de casa.

—Sí, pero el arte contemporáneo se fue aburguesando también. Hubo un momento en que no sólo fue aceptado, sino celebrado. Y eso le acabó pasando también a tu hermano, que al final no tenía contra quién vivir.

—O sea, que debería haber condescendido, vestirse bien, no molestar, ser un hijo del cual sentirse orgulloso, heredar la salchichería y santiguarse ante el santo diploma del charcutero fundador.

—No, sólo digo que su camino no fue mejor que otros, ni le asistía más razón. También es natural y honrado seguir los ritos de tu clan y pelear por que te acepten.

—Natural, honrado y cobarde.

—No necesariamente. Hace falta mucho coraje para que el otro acepte en ti lo que le resulta inaceptable en teoría. No estoy hablando de renunciar a lo que uno es, sino de abrir mercado, de conseguir que te lo compren. Eso hacen los diplomáticos: tantean, van paso a paso, eluden los conflictos hasta estar seguros de que el otro puede abordarlos… Si uno quiere paz, actúa por la paz. Si uno quiere guerra, la declara.

—Según esta teoría, mi hermano quería guerra.

—Sin cuartel. Tu hermano no hacía prisioneros. Era pura ofensiva, lo apostaba todo al ataque. No tenía defensas porque no le importaba que le destruyeran. Era un kamikaze.

—Tenía diecisiete años, por dios.

—La edad de la guerra.

—Lo que digo es que no había reflexión. Habría hecho lo mismo con otro padre.

—¿Seguro? ¿Con otro padre habría sentido necesidad alguna de pintarse el pelo y maquillarse?

—Claro que sí, porque no lo hacía para joderle. Lo hacía porque sí, porque ahí encontró su mundo, porque era así, coño. No era un rebelde guerrillero, sino un chaval que acababa de descubrir que le gustaban mucho los chicos y la noche y reírse de todo. Y con otro

padre menos energúmeno, habría podido vivir lo que le diera la gana sin tragedia y sin que le reventasen la cara.

—No te gustan las metáforas bélicas.

—Las detesto, ya lo sabes. Y tampoco soporto el psicoanálisis.

—El caso es que no tuvo otro padre. Ni otra madre. Ni otra familia menos alemana. Puedes detestar el psicoanálisis, pero no negar que somos nuestras circunstancias.

—Pues lo niego, joder, claro que lo niego. Gabi tuvo mala suerte, nada más. Ni siquiera nació en la época equivocada, tan sólo en la casa equivocada. A lo mejor, en un piso más abajo o más arriba, su vida habría sido tranquila.

—No habría sido Gabi Ese.

—Mejor. Ojalá no hubiera sido nunca Gabi Ese.

—Oye, que yo escuchaba a Gabi Ese cuando tenía quince años en Barranquilla. A mí me hizo mucho bien Gabi Ese.

—Me alegro por ti.

—No te enfades, Fede.

—No me enfado, pero no entiendes nada.

Si Teresa no se hubiera enterado de que Gabi era mi hermano cuando llevábamos unas semanas acostándonos, habría pensado que se acercó a mí por él, como tantos otros. A veces me maliciaba que ella persistía en este amor nuestro tan desenamorado por seguir cerca del mundo de Gabi, aunque siempre dijera que mi hermano y yo no nos parecíamos en nada. Yo me tomaba eso como un reproche. Tal vez por costumbre.

—No me has contestado —le dije—: ¿crees que los israelíes saben algo peor que eso?

—¿Qué crees que pueden saber que tú no sepas?

—Ni idea, de verdad.

—¿Importa algo? Porque tú no quieres dirigir esa cátedra.

—Lo que no quiero es traer sufrimiento. No quiero que obliguen a Peter a irse a su casa, que se pierdan las becas, que todo se vaya a la mierda.

—Eso no depende de ti. Por lo visto, depende de Eva.

—Por eso estamos jodidos.

—No lo estaremos si habláis. Dile lo que te importa, cuéntale esto, ve a Zaragoza y habla con ella, Fede. Hablad, decíos todo lo que no os habéis dicho desde la agresión de tu padre.

—Estoy cansado de hablar, quiero dormir un poco.

—Ven, acércate más. Y tápate, que hace frío.

14. Eva

Asteri volvió tonificado de sus días en el norte. Enseguida se agostará mi animal de costa, pensé al verlo. Nunca le sentó bien este clima de secano. Aunque los tilos estaban en flor y la ciudad vivía algo parecido a una primavera, a él se le secaría la piel y le saldrían ojeras. Las disimulaba con cremas, el muy coqueto, pero se le notaban de todos modos. O tal vez me fijaba mucho en ellas porque me sentía culpable por alejarlo del mar. No se pueden tener perros en pisos de ciudad, y tampoco vascos en tierra seca. Me gustaba cuando volvía, tan enérgico y sonriente. Casi le olía el salitre y la brea, como si viniera de Gran Sol. Menuda tontería, lo sé. Venía de Irún, de un barrio tristísimo sin luz, nada de saludable vida marinera, pero el contacto con su familia lo revivía, y eso que no era un vasco folclórico. No participaba en las fiestas populares ni comía con la cuadrilla en un txoco ni nada de eso, aunque la tierra le alegraba. Estoy segura de que allí se le curaban los resfriados y los dolores de cabeza.

Qué envidia me das, le dije. Ojalá mi familia tuviera ese efecto en mí. Me sucede lo contrario. La sola idea de visitar a mi padre en el piso de Madre Sacramento me provoca ardor de estómago y una jaqueca punzante en las sienes. Fede amenazaba con viajar desde Alemania para poner orden, o lo que diablos significara para él esa expresión, como si se pudiera ordenar esto, y yo sólo quería borrarlo del móvil, como borraba los mensajes de Ioana.

—Es normal, a mí también me pasaría —me decía Asteri, que nunca quiso ser mi Pepito Grillo, sino mi Rasputín—. A mí me gusta ir a Irún porque mis padres me quieren, son buena gente, sencilla, sin doblez. También sin dinero, no se puede tener todo. De hecho, supongo que son buena gente, sencilla y sin doblez porque no tenían una fábrica de salchichas.

Ni apellido alemán, quise apostillar, pero me callé. Quería que Asteri me hablase de su pueblo, del amigo del colegio con el que había cenado, del paseo largo que había dado por el Bidasoa y de lo ricas que estaban las pochas de su padre, que yo aún no había probado porque para probarlas debía ir a Irún en plan novia formal, y yo no estaba para eso. Pero Asteri no quería hablar de sí mismo. El trabajo le parecía un tema de conversación mucho más interesante, aunque le

resecase el cutis y se le apergaminase el alma conforme me contaba sus planes y adoptaba esa pose profesional que en él era algo mucho más orgánico que una segunda naturaleza.

Había estado investigando, por supuesto. No podía dejarlo pasar, y menos mal que respetó mis instrucciones de no volver a hablar con los israelíes.

Quien mandaba, me dijo, era Ziv Azoulay, el presidente del equipo. Le costó rastrearlo porque Azoulay es un apellido muy común en Israel, casi como llamarse Martínez. Por eso, y porque no sabía hebreo y hasta hacía una semana ni siquiera ubicaba bien las fronteras de Israel ni le sonaban mucho los nombres de Golda Meir o David Ben Gurión. Pero aprendía muy rápido, Asteri, y ya estaba en disposición de impartir seminarios sobre historia judía. Al menos, en disposición de impartírmelos a mí, que tampoco sabía gran cosa.

Azoulay, dijo, es un apellido sefardita muy extendido entre los que proceden de Marruecos, que son un grupo muy numeroso. Esto era importante, me recalcaba, porque los sefarditas han sido los pringados de Israel. El Estado judío fue obra de yekes, es decir, emigrados alemanes, casi todos intelectuales, refugiados tempranos del nazismo. Israel fue una invención más de profesores universitarios que de rabinos, pero sobre todo de askenazíes, es decir, judíos alemanes y de Europa del Este. Los sefarditas llegaron después, eran más pobres y más tontos. Desgraciadicos, dijo Asteri. Fueron la mano de obra bruta, los campesinos que abrieron regadíos en el desierto y los albañiles que construyeron Tel Aviv, pero no fueron ministros ni arquitectos ni catedráticos ni escritores ni periodistas ni banqueros. Al menos al principio.

Que sí, que sí, que lo entendía. Demasiado contexto, Asteri, al grano.

—Pero es importante —se quejaba—: los sefarditas hablan hebreo con su propio acento, pero el hebreo que se enseñaba en las escuelas, el de la radio, el de los discursos, el hebreo bueno era el askenazí. Los sefarditas que querían quitarse el pelo de la dehesa aprendían a hablar como los askenazíes.

Para Asteri, el mundo era una lucha de clases eterna que pasaba inadvertida a los ojos de los demás. Qué buen marxista se perdió el comunismo.

—Aunque no importan esos esfuerzos —seguía, ya perdido en su entusiasmo agit-prop—, porque la marca del apellido es letal. En España, un García no significa nada, hay Garcías pobres y ricos, pero un Azoulay es un sefardita, se le ve en el nombre que viene de la chusma.

—Mi padre decía de esa gente que los separaban un par de generaciones del hambre, y que esas cosas se notan en el cuerpo.

—Tu padre es un cabrón. Por supuesto que no se notan en el cuerpo, pero sí en el apellido. Un Azoulay es un Azoulay. La nobleza en Israel tiene apellidos alemanes. Pero bueno, te cuento esto porque resulta que la familia de Ziv no viene de Marruecos, sino de Alemania. Son yekes, seguramente de una rama marroquí muy antigua o de algunos que salieron de España cuando la expulsión y acabaron en las tierras del emperador a saber por qué medios, pero era una familia asentada en Hamburgo que llegó a Jerusalén en los años treinta. Vamos, que sí son de la nobleza, aunque nadie los asocia a ella. No eran intelectuales ni religiosos, pero sí eran sionistas más que convencidos y, como tales, fundadores del Estado, parte de los *happy few* que pelearon con la autoridad británica y plantaron banderas con la estrella de David donde ondeaba la Union Jack.

No sabía adónde quería ir a parar, y creo que él tampoco. Simplemente, le pareció importante, un hilo que no había que perder de vista. Al menos era algo que apuntaba directamente a Alemania y a mi familia, aunque fuera de refilón. ¿Comerciaban los Azoulay con el Camerún desde el puerto de Hamburgo? ¿Tuvieron algo que ver con las colonias africanas? Ni idea. Había que dejarlo ahí de momento.

Más inquietante era la relación de los Azoulay con la mafia, algo que tampoco debería sorprender a nadie, y menos a mí. Pero Asteri no se refería a la mafia como un grupo de gente turbia, ni como una criminalidad vaga y sobreentendida. Tampoco hablaba de esos chanchullos de presidentes de equipos de fútbol, ni de caciquismos provincianos. Poca broma con la mafia israelí, me dijo, y me enseñó en el móvil unos artículos del *New York Times*: un Estado dentro del Estado, decía el titular de uno. Cinco familias dominan el crimen organizado de Israel, decía otro.

En resumen: la guerra eterna contra los árabes les había puesto las cosas muy fáciles a los gánsteres, que se habían hecho ricos como usureros de los palestinos a los que bloqueaban las cuentas bancarias. Prestaban dinero, financiaban negocios y hacían lo que el Estado se negaba a hacer por esa gente, engordando una mafia poderosísima frente a la que la policía se había rendido. Como en Italia, se estaba infiltrando en todas partes. Había alcaldes y diputados mafiosos, y una red de empresas complejísima que había hecho buenos tratos con el capital ruso, mafioso, por supuesto.

¿Era Ziv Azoulay un jefe? No se podía saber con seguridad, pero andaba como un pato, hacía cua-cua como un pato y nadaba como un pato. En el mejor de los casos, sus empresas tenían intereses o contaminaciones mafiosas. Desde luego, se comportaban como gánsteres, aunque eso no probaba nada. ¿Qué inversor de ese estilo no se comportaba como un gánster? La diferencia entre un empresario legítimo y uno ilegal casi nunca está en los modales, sino en los

impuestos que pagan, y a veces, ni aun así se distinguen.

—Son muy violentos, Eva. Ahora mismo hay una guerra entre familias y ponen coches bomba por todas partes. Atentan en las bodas de las hijas de los jefes, se llevan por delante lo que sea. Nos enfrentamos a unos tíos muy bien relacionados con Israel, donde puedes contratar a un exmilitar como si los vendieran en el supermercado, y con las bandas más incontrolables y sangrientas del crimen organizado mundial.

Le miré a los ojos en silencio. No me estaba hablando Asteri, mi mano derecha política. Me hablaba Asteri, mi amor. No me estaba asesorando, sino diciéndome que tenía miedo, que se había puesto a escarbar en nuestros enemigos y había encontrado un horror para el que no tenía bibliografía politológica ni casos de estudio. Me estaba diciendo que no fuese yo, la impetuosa, la chula, la que marcaba el ritmo a los demás. Me pedía que midiese cada paso y cada palabra, pero no por conveniencia estratégica, sino para salvar el pellejo. Salvar el culo, dijo, en un arrebato vulgar tan impropio como delator de su pánico. Como yo no decía nada, me tomó las manos y habló él:

—Quizá sea hora de tomar precauciones. Algún tipo de escolta, por lo menos. No me gusta que estés sola en este piso. Voy a hablar con la seguridad del partido y vamos a hacer algo. No sé qué saben de tu familia, pero sabemos lo que quieren de ti. A lo mejor…

Le solté las manos de un tirón y me levanté para ir a la cocina.

—Eva, tengo que decirlo.

No, ni hablar. Ni él tenía que decirlo ni yo tenía que contestar. No había discusión ni dilema. No iba a cambiar mis votos ni a forzar al partido a cambiar la postura. ¿Eso enseñaban en las escuelas pijas de ciencias políticas? ¿Para eso servían los MBA en inglés? ¿Cómo se decía en jerga de marketing aceptar un chantaje y corromperse? Seguro que tenía un nombre terminado en *-ing*, y lo acompañaban con una cita erudita sacada de *El príncipe* o del *Oráculo* de Gracián para tranquilizar la conciencia. Asteri no me conocía en absoluto si se atrevía a sugerir tal cosa. Podía entender su miedo, yo también estaba asustada, pero antes dimitiría y volvería al despacho. Había muchas salidas dignas, yo no me había metido en esa carrera a cualquier precio. No me importaba tanto. Nada me importaba tanto. ¿Por quién me había tomado?

Lo contemplé desde la cocina. Estaba sentado en el sofá. Me miraba con gesto suplicante.

—Al menos, hablémoslo.

Tuve que reprimir muy adentro las ganas de echarlo de casa.

15. Fede

No podía hablar con Teresa del chantaje sin que me reprochase una obsesión, y no andaba equivocada, me estaba obsesionando. Me costaba mucho pensar o hablar de otra cosa y sabía que no me quedaría tranquilo hasta que no volase a Zaragoza y le confiase todo a Eva. Podría ponerle mis sospechas en un correo, pero algo me decía que no era buena idea dejar registros escritos. Hasta ese punto me afectaba. Teresa tenía razón, y precisamente por eso no me apetecía hablar con ella. Que sí, muy bien, estaba obsesionado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Le pedí a Gerhard una semana por asuntos propios, que me concedió con una sonrisa con la que expresaba su más cordial oposición. Por supuesto, lo que necesites, me dijo a modo de ultimátum. No había vuelos libres ni ese día ni el siguiente, por lo que disponía de unas cuarenta y ocho horas para no dormir y darle vueltas al asunto.

Aunque aún estaba molesto conmigo, Peter aceptó verme en el Goldenes Kreuz. Llegó a la cita antes, para zamparse a gusto una ración de Marillenknödel, la especialidad del día. Me ofreció una cucharada que rechacé.

—Haces muy mal. Al menos, pide un Kalter Hund, que aquí lo bordan. Mete algo de azúcar y harina en ese cuerpo flaco. Abraza la carne, amigo, deja que el espíritu de esta tierra que te acoge se transubstancie en tejido adiposo. Parece mentira que seas hijo de charcuteros, te acabarás consumiendo en cafeína y meditaciones.

Le conté a Peter la noche en que papá pegó a Gabi y le dije que no me la quitaba de la cabeza. Cuanto más lo pensaba, más confusos se me volvían los motivos y el contexto. Desde que se lo relaté a Teresa, algunos detalles me habían saltado desde los bancos de niebla del pasado, cosas que tenía olvidadas o que entonces no era capaz de relacionar o entender.

Papá y Gabi discutían mucho, pero nunca por lo que hacía mi hermano, ni por cómo vestía ni con quién iba. Discutían de política o algo así. Unas peleas monstruosas, a gritos en la sobremesa. Eran cosas de Alemania que se me escapaban. Por entonces, papá iba de vez en cuando a Hamburgo. Tenía algún negocio allí, una de sus inversiones ruinosas, o simplemente le atacaba la nostalgia por el país en el que

nunca vivió. Cuando se marchaba, dejaba en el piso de Sagasta un aire de paz tensa que mi madre llenaba con acordes, improvisaciones y, los días que se sentía más audaz, partes de sonatas o de suites.

Le gustaba mucho Grieg y a veces se atrevía con una de sus piezas líricas, pero casi nunca las terminaba. Decía que prefería tocar mal las partituras profesionales que bordar las de aficionados. Simplificaba los acordes y se saltaba las partes más rápidas o ajustaba el metrónomo para ralentizarlas. Pasaba el allegro a andante o a adagio, según se viera, aunque ni aun así llegaba al final de la pieza, porque en sus dedos le sonaba torpe y se irritaba. Entonces, cerraba de golpe el piano y ponía un disco del mismo Grieg. Un *Peer Gynt*, por ejemplo, y lo escuchaba derrumbada en la chaise longue, casi desvanecida.

Cuando a Gabi le llegaba por el pasillo el comienzo de la primera suite de *Peer Gynt*, decía: ya está nuestra joven decadente posando para la posteridad. Se refería al cuadro famoso de Ramon Casas en el que una señorita fin de siglo se descoyunta entre cojines en un sofá verde. La chaise longue de mi casa también era verde.

Nuestra joven decadente, llamaba Gabi a mamá. ¿Cómo está hoy nuestra joven decadente?, saludaba al llegar a casa. Mamá sonreía y le invitaba a sentarse a su lado y le acariciaba la mano. Gabi se impacientaba en el primer movimiento de *Peer Gynt*. Una marca de leche lo había usado como sintonía en sus anuncios y, según él, le había robado el alma y la intención. Me entran ganas de tomar un colacao, decía, mientras mamá le mandaba callar con un chistido.

Al segundo movimiento se serenaba. Si era capaz de aguantar hasta los últimos compases del anterior, podía acompañar a mamá de la forma en que a mamá le gustaba ser acompañada. A Gabi le entusiasmaba sobre todo el tercer movimiento, el de la oscuridad, lleno de pizzicatos traviesos. La música andaba como de puntillas alrededor de la chaise longue, y Gabi y mamá parecían entenderse, como si se contasen un chiste que sólo les hacía gracia a ellos. Esto duraba hasta el acelerón del cuarto movimiento, ese frenesí danzante que a Gabi le sacaba del asiento y le inducía a bailar como un derviche girovago bajo la lámpara. Mamá cerraba los ojos y se abandonaba a su pose de joven decadente. Al terminar, pasado el éxtasis oriental —ese trance tan pasional, tan poco nórdico, tan jasídico—, Gabi hacía una reverencia y lamentaba no ser un cosaco para partir al galope, como correspondía.

—Un poco cosaco sí eres, hijo —decía mamá sin abrir los ojos, como si volviera de un sitio muy lejano.

No hablábamos mucho cuando no estaba papá. La música ocupaba el sitio que solían llenar las palabras y los gritos. Siempre sonaba música en el salón y nadie discutía, y las bromas de Gabi no tenían víctimas, tan sólo viajaban por la sala, rebotaban en las molduras del

techo y se apagaban en las cortinas, haciendo contrapuntos melódicos con las notas que salían de los altavoces, como si Karajan —la grabación de *Peer Gynt* favorita de mamá— nos dirigiese.

A Peter le gustaba cantar, pero no era melómano, y ni Grieg ni los personajes de Ibsen le decían nada. Le impacientaban mis excursos, a su juicio demasiado largos e inconsistentes. Yo tampoco salí muy musical, quizá por reacción a la educación recibida, y no solía abusar de las metáforas sinfónicas, pero sin esos discos y ese piano no se entendía mi vida.

—No gruñas, viejo profesor —le dije cuando noté que empezaba a perder la paciencia—. Te cuento lo importante que era la música en casa porque tienes que entender que mi padre era el sordo que jodía el concierto.

Peter me miró más molesto que atónito, y le expliqué el chiste: un violinista pasea por la selva y se encuentra de frente con un león. Cuando este va a abalanzarse sobre su presa, el músico ataca su instrumento y entona una melodía bellísima que amansa a la fiera. Esta se recuesta sobre la hierba a escuchar el concierto. La melodía llama la atención de una pantera, un tigre, varios cocodrilos, unos gorilas y un montón de animales que forman un público embelesado por el virtuosismo del violinista. Hasta que aparece un león por detrás que se lanza sobre el intérprete y se lo zampa en dos mordiscos. Los animales se levantan indignados y protestan: llegó el sordo y se jodió el concierto.

Eso era mi padre. Cuando estaba en casa, mamá también intentaba tocar a Grieg y ponía discos, pero el aire no se terminaba de llenar de música. La presencia de papá, aunque pasara las tardes encerrado en el despacho y fumando, perturbaba demasiado. Nunca sabíamos en qué momento estallaría la discusión, pero teníamos la certeza de que lo haría. Hasta la otra noche, eso era lo único que retenía de aquellos años: una sensación de desastre inminente, un olor a tormenta y un paisaje de nubes negras sobre el salón. Todo en abstracto.

Desde que vinieron los israelíes y empecé a pensar en mi padre, rescaté frases y alguna escena concreta. Recordé que papá volvía de Alemania extático, en un estado de agitación impropio de él. No feliz, sino excitado, como febril. Traía libros, revistas y panfletos que diseminaba por la casa, y hablaba de amigos nuevos, de gente con la que había comido y bebido. Algo había descubierto en sus escapadas de trabajo que le entusiasmaba, y era algo político. Sobre eso discutía con Gabi. A lo mejor los gritos terminaban en algo personal, con papá reprochándole su vida, sus pintas y que se levantara a las tres de la tarde los sábados, cuando ya habíamos vuelto de limpiar el cementerio. Pero yo estaba convencido de que las peleas empezaban por algo que había en esos folletos.

Aquella noche de Walpurgis que tanto me obsesionaba, papá había vuelto de Hamburgo especialmente excitado. Había conocido a alguien importante, no sólo para él. Alguien importante en sí mismo, una figura a la que admiraba y le había otorgado el privilegio de su amistad. Ojalá recordara el nombre. ¿Puede ser Coen o Kohen? Me vino la frase previa al puñetazo. Yo estaba aún en mi cuarto. Me habían despertado los gritos, tan fuertes como de costumbre, no más, aunque nunca se oían a esas horas.

Cuando salí del cuarto, Gabi estaba diciendo: lo que no soportas es que Coen sea maricón. Lo dijo varias veces: lo que no soportas es que Fulano sea maricón. Fue eso lo que provocó que el león sordo devorase al músico. Desde la puerta de mi cuarto veía de frente a papá, y a fuerza de evocarlo estos días, recordé cómo le cambió el gesto. Se le borró la media mueca de sarcasmo, esa sonrisita de desprecio que gastaba en las discusiones. La cara se le endureció por completo, una ira absoluta le tensó las arrugas. No retuve el nombre que pronunció mi hermano, pero era alguien alemán y no era de Zaragoza. Controlaba los apellidos de la colonia, no se refería a nadie que frecuentase la casa.

—Me he ido hasta el anuario del colegio, por si me refrescaba la memoria. Nada, no hay ningún Coen, Kohan o nada parecido.

Peter calló hasta que le trajeron la segunda porción de Marillenknödel, que agradeció a la camarera con un dankeschön cantarín, casi tirolés, y lo probó por la parte de la corteza.

—Qué nervioso me pone que nunca empieces a comer por la punta del triángulo, como todo el mundo —le dije.

—Un triángulo tiene tres puntas, mi querido humanista. No se puede ser tan de letras. Lo que te pone nervioso es que elija una punta no canónica. Como de costumbre, no toleras la heterodoxia. En fin, me extraña mucho lo del nombre que me cuentas. Suena judío, ¿no?

—Es que no estoy nada seguro de que fuera Coen. A lo mejor era König.

—Eso tendría más sentido y explicaría mejor el entusiasmo de tu padre por conocerlo. De todas formas, ¿por qué no le preguntas a tu nueva amiga, la física de Hannover? Si era tan amiga de Gabi, recordará aquella noche y hablarían de los motivos.

No era habitual que Peter tuviera una buena idea y demostrase ser más resolutivo y práctico que yo, así que no perdí el tiempo y wasapeé a Berta Klein mientras mi amigo el monje pecaba de gula. Le mandé un mensaje diciéndole que llevaba días obsesionado con la noche del puñetazo y le preguntaba si se acordaba de aquel episodio y si sabía de quién hablaba Gabi cuando dijo lo que te molesta es que sea maricón. Berta lo leyó al momento y en la pantalla me apareció un *escribiendo* que luego desapareció. Enseguida volvió a aparecer, estuvo

un rato, hasta que desapareció de nuevo. A la tercera, regurgitó un mensaje breve: querido Fede, esto requiere una conversación, ¿vas a pasar pronto por Hannover o cerca? Podemos encontrarnos en algún punto del camino.

Tenía mucho tiempo libre hasta mi vuelo a Zaragoza, dos días después, y comprobé en la aplicación de DB que, si me iba en ese instante a la estación y tomaba el próximo tren a Frankfurt, llegaría a coger la conexión con el ICE de las 16.19 a Hannover.

Si estás libre, te invito a cenar esta noche en tu barrio —respondí a Berta—, elige tú el restaurante.

Berta puso el emoticono de los ojos abiertos como platos. Luego, el del corazón. Después escribió: ¿te gusta el sushi?

Yo miré un momento a Peter, que rebañaba las migas del platillo de tarta, y respondí: me encanta el sushi.

16. Ziv

Tuvimos que alquilar unas oficinas en unas torres al norte de la ciudad, porque las del club daban vergüenza de pura cochambre. Aún tenían sillones de escay y lámparas yeyé. El problema de comprar saldos, como bien dijo Gal, es que todo está desguazado por dentro. Ahí no se podía recibir a la prensa. Por eso me traje al periodista a este piso veintitrés, y funcionó. Sus ojos de paleto se deslumbraron por las vistas. Allí, el Moncayo. Si hubiera menos nubes, los Pirineos al norte. Por el ventanal sur, el campo de Belchite, pueblo viejo, ya no te rondan los zagales, ya no se oirán las jotas que cantaban nuestros padres. El periodista se sorprendió mucho al oír la copla en mi voz.

—Coño, yo soy de allí. ¿Sabes que esa copla está pintada en la entrada del pueblo viejo? —me dijo.

Ya sabía que era de allí, de aquel pueblo bombardeado. Lo había leído en el dosier que me pasaron la víspera. También sabía que se acababa de divorciar y que tenía dos hijas que iban al colegio alemán, cuyas mensualidades no podía sufragar con su sueldo de redactor jefe. Era el abuelo de las niñas, un Seegers, de los antiguos regalices y caramelos Seegers, quien se hacía cargo de los recibos. Sabía que llevaba dos meses de retraso en la pensión alimenticia de sus niñas y que la abogada de su ex había tramitado un requerimiento judicial que se resolvería pronto con el embargo de su salario, ya de por sí embargado por las timbas y la hipoteca de un apartamento en Cambrils, provincia de Tarragona, que también acabaría, a no mucho tardar, en manos de su exmujer. Sabía que en el periódico le habían adelantado la paga extra de verano y que seguramente había engañado a su padre de Belchite, prometiéndole que invertiría un capital fruto de la venta de una casa de labor y unos terrenos: el monto coincidía con una de sus deudas de juego. Sabía con precisión muchas cosas, pero bien podría haberlas deducido de sus ojos rojos, su voz ronca, la camisa sucia y la chaqueta arrugada. No necesitaba un detective para entender que aquel hombre estaba en las últimas y era la clase de periodista que nos convenía, el que cogía el sobre y se lo guardaba sin contar los billetes.

—¿Qué te puedo ofrecer, José Juan? ¿Un café, una infusión, una cervecita, algo más serio?

—Macallan con un hielo va bien, y llámame Yeiyei, por favor, como

JJ pronunciado en inglés. Nadie me llama José Juan, ni siquiera en las tertulias de la radio.

Eran las doce menos cuarto de la mañana.

—Excúsame si no te acompaño, no bebo durante el día —dije pulsando el interfono—: Un Macallan con un hielo para mi amigo Yeiyei y un rooibos con limón y sacarina para mí. Y trae unos bretzels o unos frutos secos para que no le caiga hondo el whisky.

—Excusado estás, pero tengo que decirte que eres el primer directivo de fútbol abstemio que conozco, y ya llevo unos trienios en esto.

—Bueno, te habrás dado cuenta de que mis socios y yo no somos los típicos presidentes de clubes españoles. ¿Te he enseñado la maqueta del nuevo estadio y la urbanización? Esto es *off the record, for your eyes only*. Si te portas bien, te dejaremos contarlo antes de la presentación. El proyecto del estadio es de Azcárate, el arquitecto que hizo San Mamés. Aquí, junto a la autovía de circunvalación, irá el centro comercial más grande del sur de Europa, y en estos desmontes levantaremos cinco mil viviendas.

—Pero esto es muy optimista. O sabéis algo que yo no sé, o estáis vendiendo la piel del oso antes de cazarlo.

—Aquí tienes tu whisky. No, no sabemos nada que no sepas. Los números son los que son y en el ayuntamiento aún no tenemos mayoría.

—¿Aún no? Estuve comiendo con el alcalde y hablo mucho con Eva Schuster, que es la que corta el bacalao y se sienta en el comité nacional del partido. O me mienten a la cara o no tenéis nada que hacer, con cariño te lo digo. La maqueta es preciosa, pero yo le iría cantando una jota como la del pueblo viejo de Belchite: ay, estadio nuevo, ya no te rondan los zagales. Hay más probabilidades de que reconstruyan las ruinas de mi aldea que de que esto se levante.

—En dos meses pueden pasar muchas cosas, Yeiyei.

—¿Puedo empezar a grabar ya y me cuentas lo que crees que va a pasar en estos dos meses?

—Calma, calma. Además, no habías venido a eso, ¿no? La oficina de prensa había pactado un perfil humano.

—Sí, el público tiene mucha curiosidad por saber quién es el misterioso Ziv Azoulay.

—Pues cada cosa a su tiempo. Empecemos por las presentaciones, y si me sacas guapo en tu retrato, te contaré más cosicas.

—Cosicas, jeje. Te veo integrado a tope en la ciudad. Bueno, le doy a grabar, si te parece. Cambiaré al usted, por exigencias de estilo. ¿Qué hace un israelí como usted en una ciudad como esta?

—Devolver la gloria a un equipo histórico que no merece estar en segunda división.

—Ya, pero tendrá algún interés personal. Habla muy bien español, se nota que conoce el país. ¿Qué le trae por aquí?

—Lo mismo que trajo a mi padre en 1961, cuando tenía poco más de veinte años.

—¿Su padre vivió en España?

—No exactamente. Bueno, sí, vivió, pero no de forma convencional. Vivió en tanto que pasó unos años en el país, pero los pasó en prisión, condenado por un consejo de guerra.

—¿Cómo?

—Mire, yo sé que está muy de moda presumir de antifascismo, y que en España abundan los antifranquistas de boquilla, pero yo sí vengo de una estirpe de antinazis, no de antifascistas, sino de antinazis. Y mi fascinación por España procede de la deuda que creo que este país tiene con mi padre y con la humanidad. Una deuda que he venido a recordar.

—No entiendo. ¿Qué hacía su padre en España en 1961?

—¿Le suena el juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén ese mismo año?

—Vagamente. Refrésqueles la memoria a los lectores.

—Eichmann era el jefe nazi más relevante de la solución final, superviviente de la Conferencia de Wannsee, donde se decidió el exterminio de los judíos. Se había exiliado en Buenos Aires, donde vivía bajo un nombre falso. Un comando de los servicios secretos de Israel lo secuestró y lo llevó en avión a Tel Aviv, y de ahí a Jerusalén, donde fue juzgado por crímenes contra la humanidad. Fue el primer gran juicio de un nazi en Israel. Esto es historia conocida.

—¿Y qué tiene que ver eso con España o con su padre?

—Mi padre era periodista, como usted. Trabajaba en el diario *Maariv* de Tel Aviv. Pero eso era sólo su tapadera para poder viajar. En realidad, era un agente, como tantos otros corresponsales extranjeros en aquella época. En 1961, aprovechando la publicidad del juicio de Eichmann, Israel intentó secuestrar a varios jefes nazis para juzgarlos y condenarlos. Era una muestra de poder y una forma de marcar la identidad del nuevo Estado, enseñando al mundo que los judíos no eran víctimas pusilánimes al amparo de la ONU en un trozo de desierto rodeado de árabes, sino que podían hacerse cargo de sus victimarios. Mi padre formaba parte de un grupo de tres agentes que recibió la misión de extraer de España a un antiguo comandante de las SS.

—¿En 1961?

—España estaba llena de nazis. Nazis felices, gordos, ricos, que salían en las páginas de sociedad de los periódicos, que se casaban con señoritas de pitiminí, que iban de filántropos, que hacían negocios, que compraban cortijos… Nazis que ayudaron a otros nazis a huir a

Argentina y Brasil. Nazis por todas partes, no había una sola ciudad importante sin sus nazis. Hasta hubo nazis que ganaron mucha plata construyendo bases militares estadounidenses, lo cual es una ironía deliciosa.

—¿Y a qué nazi iba a secuestrar el comando de su padre?

—En España se llamaba José León Ramírez Reina, pero en realidad no escondía su verdadero nombre: Degrelle, Léon Degrelle. ¿Le suena?

—Mentiría si dijera que sí.

—Ay, la proverbial amnesia española. Degrelle era el jefe del Partido Rexista, el fascismo belga. Cuando los nazis llegaron a Bruselas, se convirtió en el lugarteniente de Hitler y uno de los jefes más poderosos de Europa. Se enroló en las SS y llegó a comandante. En 1945 estaba en el frente oriental. En cuanto se desmoronó, robó un avión con unos compinches y aterrizó en la playa de La Concha de San Sebastián. Es un decir: en realidad, se estrelló, pero salió ileso. Aquello sucedió a la vista de toda la ciudad y mereció un reportaje gráfico en todos los periódicos. Su llegada no fue precisamente un secreto. Entró en España a lo grande, y a lo grande vivió. La Bélgica democrática pidió su extradición, pero Franco le dio largas y el buen hombre se montó una vida de lujo en una finca que se compró en Sevilla, aunque también pasaba temporadas en Madrid, en la calle Galileo. Allí era donde iban a raptarlo. Mi padre y sus colegas compraron un coche grande en Francia y acondicionaron el maletero para meter al nazi y sacarlo como a Adolf Eichmann. Si fallaban con Degrelle, tenían otros objetivos en Madrid, entre ellos, Horia Sima, jefe de la Guardia de Hierro de Rumanía.

—¿Lo consiguieron?

—¿No sabe que Degrelle murió de viejo en Málaga, donde todos le conocían y le saludaban como a un ancianito venerable, amante de las artes, excelente conversador y amigo de sus amigos? Hasta escribía libros y daba conferencias negando el Holocausto. Decía que era un invento de los judíos para victimizarse y seguir dominando el mundo. Lo pasó divinamente, como Horia Sima, que también tuvo una vida larga y plácida en el centro de Madrid, donde le ponían lo de siempre en su bar de siempre y le llamaban señor. No, mi padre fracasó, como fracasaron tantos otros comandos en Europa y en América. La historia de Eichmann no se repitió. Nada más cruzar la frontera en Canfranc, la guardia civil los detuvo y Franco les montó un consejo de guerra. Como Israel y España no tenían relaciones, no hubo protesta. Pasó cuatro años en un penal militar. A su regreso a Tel Aviv, recuperó su trabajo de periodista, aunque ya se quedó en el país, se retiró del servicio público y formó una familia. Pero nunca olvidó. España fue siempre para él una madriguera de nazis, un resort de vacaciones donde los criminales envejecieron con placidez y muy bronceados. Me

educaron en la convicción de que España era un país infecto, amoral, despreciable de principio a fin.

—Menudo titular me está dando. ¿Por qué ha vuelto, entonces?

—No lo planeé, mis inversiones me han traído hasta aquí. Son buenas oportunidades. Comprar clubes como este forma parte de nuestra estrategia de expansión, pero una vez aquí quiero hacer algo más que reflotar un equipo de fútbol histórico. Quiero contribuir a la historia y la dignidad.

—¿Cómo?

—Voy a cumplir la misión en la que mi padre fracasó. Voy a cazar nazis.

—¿Quiere que ponga eso en la entrevista?

—En letras grandes, por favor.

—Pero ¿quedan nazis en España? ¿No murieron todos de viejos?

—Yo creo que el nazismo se transmite por la sangre. No es una ideología, es una enfermedad, como la hemofilia o la diabetes. Y creo que la culpa se hereda y que los crímenes de nuestros antepasados son nuestros también.

—Joder.

—¿Eso es una pregunta?

—Voy a apagar el trasto. Perdona, Ziv, de verdad, perdóname, pero no sé en qué te ayuda esto. Yo creí que venía a echarte una mano. Vamos, que nos íbamos a echar una mano juntos. Con todo el respeto, pero te voy a decir una cosica, y que no te sepa malo, yo voy siempre con la verdad por delante: esta entrevista te hace quedar como un tarado. ¿De verdad quieres decir eso de los nazis? Que a mí me da igual, pero me había hecho otra idea de nuestra relación. ¿Es bueno para los negocios que la gente piense que se te ha ido la chaveta, con perdón?

—Mira, Yeiyei, te agradezco la franqueza. Tienes cojones, no todo el mundo se atreve a hablarme así. Te lo agradezco, pero, si quieres mantener esta relación (y los quince mil euros que debes, sin contar las otras deudas legales, me dicen que te interesa mucho mantenerla), te conviene seguirme la corriente. ¿Estamos o no estamos?

—Estamos, estamos.

—Pues dale a grabar otra vez.

17. Fede

Quedamos en un japonés detrás de la ópera. Berta me esperaba con una copa de vino blanco llena hasta el borde, como las sirven en Alemania. El restaurante estaba vacío, salvo por una pareja de veinteañeros acaramelados que espesaban el aire con su libido. Por suerte, Berta estaba en una mesa alejada y yo me senté de espaldas a los tórtolos, pero su energía erótica me alcanzaba y me molestaba, no sabía por qué.

—Ahora está vacío porque hay función —me dijo—, pero en cuanto acabe se llenará. Este es un *after theater* recurrente.

—¿Qué ponen?

—Un Telemann clásico, *Pimpinone*. Pero es el segundo reparto, ya la vi con el primero. No está mal, aunque el montaje es un poquito facilón. Prefiero cenar contigo.

—¿Vas mucho a la ópera?

—Claro, tengo abono y me salva la vida. ¿Qué otra cosa puede hacer una física soltera aburrida en una ciudad aburrida del corazón de Alemania? Menos mal que tenemos ópera todas las semanas, es lo único que hace soportable el invierno aquí. Tampoco sé de qué te extrañas, con lo melómanos que erais en casa. ¿Tú no vas en Ratisbona?

—Alguna vez. Apenas nada. Me da vergüenza, pero no he salido en eso a mamá. Mi hermana es como tú. Me extraña que no congeniaseis. Ella siente mucho la música, y la lleva muy dentro. Nunca presumió, era algo natural, como vestirse o caminar. No creo que sus futuros votantes sepan nada de eso, se lo guarda muy hondo. En fin, me recuerdas mucho a ella.

—Mal augurio para esta noche.

—¿No te lo dijo nunca Gabi? Debía de ser evidente para él lo mucho que os parecíais.

—Gabi sólo hablaba de vosotros para burlarse, como hacía con todo lo que le dolía. Sé que Eva y él tenían cierta conexión basada en el maltrato. Lo normal entre hermanos, vaya. Desde luego, él estaba mucho más unido a ella que a ti, aunque eso no rompió el hielo entre nosotras. Nunca traté demasiado a Eva. Incluso me cuesta llamarla Eva a secas, sin decir Eva Braun, como decía Gabi. Y sí, no lo había pensado hasta ahora, pero puede que Schubert tuviera algo de culpa

en esa complicidad entre ellos, como la tenía en nuestra amistad. A lo mejor se comunicaban mejor con el gusto que con las palabras. Las afinidades electivas, ¿no? No es tan raro. A ningún melómano puede extrañarle. En el fondo, no somos más que sociópatas que hablamos de formas musicales y compositores para no tener que decirnos lo que sentimos. Que no te engañe mi brutalidad de ahora: me ha costado muchos años de soledad alemana hablar como hablo. En mi juventud, ni de coña habría sido tan franca. Es que ni pensaba en estas cosas. Vamos, ni me habría sentado contigo en un restaurante. Me habría inventado una excusa para darte plantón y me habría encerrado a escuchar música.

—Pues yo te recuerdo sensata. Me salvabas de la crueldad de Gabi. Parecías mucho mayor que él.

—¿De veras? —Y se rió con todo el cuerpo—. Yo no me veía así. Ojalá hubiera sido la Pepito Grillo de tu hermano. Pero qué va. Nunca se me ha dado bien la moralina. Ni siquiera ahora.

—¿No te acuerdas de que le reñías cuando me chinchaba y me llamaba piojo?

—A lo mejor lo hacía con la boca pequeña y tú te agarrabas a un clavo ardiendo. No, Fede, yo no era el cable a tierra de Gabi. Ojalá. Esa podía haber sido tu hermana. A ella sí que le hacía caso, aunque pareciera lo contrario. Ahora que me haces pensarlo, lo de tus hermanos era un scherzo: una intimidad sobreentendida que nunca se expresa con gravedad ni con sinceridad. Conmigo, Gabi se ponía más adagio. También nos queríamos de una manera en que dos hermanos no pueden quererse.

—Salieron a mamá o se dejaron contagiar por ella. A mí me dio más por las palabras escritas. No aguanto una ópera entera, me escapo en el descanso.

—Bueno, con que no hayas salido a tu padre, estamos bien.

No me preguntó por qué me había cruzado el país para encontrarme con ella, ni qué tal el viaje, ni dónde me quedaba. Me había ido directamente del Goldenes Kreuz, donde charlaba con Peter, a la estación, y hasta que no me senté en el tren no caí en la cuenta de que no llevaba equipaje ni tenía dónde dormir en Hannover. Reservé una habitación en un Ibis desde el móvil y aproveché la hora muerta que tenía de trasbordo en Frankfurt para entrar en un H&M y comprar una camiseta y un par de calzoncillos. Ahí estaba, con la bolsa como única maleta, recién salido de la estación de Hannover, una ciudad en la que nunca había estado, preguntándome por qué Berta Klein no se preguntaba qué diablos hacía allí ni cuestionaba mi cordura.

Supongo —pensé cuando la camarera me puso delante otra copa que contenía siete litros de vino blanco y había que coger con las dos manos— que eso indicaba que ella estaba peor que yo. Quizá fue el

gesto de llevarme a los labios ese cáliz, que me recordó a los curas impartiendo la comunión, pero al otro lado del copón sentí a Berta como una figura tristísima, aquejada de una soledad tan cósmica que era capaz de aferrarse a una compañía tan desquiciada como la mía, con mi bolsa del H&M de Frankfurt y mis preguntas sobre una época y una familia que no le importaban a nadie. Fue una compasión fugaz que disipó el sabor ácido del riesling, cuyo regusto me devolvió a mi sitio: era yo el ridículo, el fuera de lugar, el patético. No había nada triste en esa mujer serena, sabia y aficionada a la ópera a la que había acudido como los griegos antiguos a Casandra.

—Esto es mejor que el Tinder —dijo, y me señaló con la cabeza a la parejita. Me volví sin discreción: sorbían fideos como la dama y el vagabundo—. Qué monos, ojalá se atraganten.

¿Mejor que una aplicación de citas? Berta me leyó el gesto y aclaró, riéndose:

—No digo que esto nuestro sea una cita, sino que es mucho mejor que una cita. Es muy agradable cenar con un viejo amigo. Y en español, para variar. Te agradezco que hayas venido, ha sido una sorpresa estupenda.

Miré de nuevo a la parejita, que brindaba por enésima vez —y era bien difícil brindar con esas copas tan llenas: más que un gesto estilizado, sus brazos parecían grúas acarreando hormigoneras—, y temí tanto el equívoco romántico que estuve a punto de levantarme e irme. Segué cualquier brote de intimidad yendo al grano. Antes de decidir si pedíamos la selección de sushi del chef o los makis, retomé la pregunta: ¿sabía Berta quién era ese tal Coen o Kohan o König?

—Por supuesto —dijo sonriendo—: se refería a Michael Kühnen.

Y para que viera que había hecho los deberes, sacó del bolso un librito que me regaló: *Der Dichter und der Neonazi: eine deutsche Freundschaft*. El poeta y el neonazi: una amistad alemana. Debajo del título se leían los nombres de Michael Kühnen y Erich Fried. Me sonaba vagamente el segundo, como un poeta menor y casi olvidado, porque la triste verdad —dada mi condición de germanista— era que no me interesaba nada la poesía alemana contemporánea. El primer nombre era un desconocido absoluto. Mientras hojeaba el libro, Berta empezó a explicarse:

—No sé si este ensayo vale gran cosa —dijo—, pero salió hace poco y, cuando lo vi reseñado, me acordé de Gabi y lo compré. No sé si conoces a Erich Fried. ¿No? Es un poeta un poco demodé, muy de su tiempo. Judío superviviente, hijo de un padre asesinado por la Gestapo y exiliado en Inglaterra. Nosotros nos lo hemos perdido, pero salía mucho en la tele de los setenta y ochenta, lo mencionaban en el programa de Reich-Ranicki y en las tertulias culturetas. Era un dolor de huevos, por eso lo invitaban. Tenía el don de sacar de quicio a los

progres de la RFA porque defendía la libertad de expresión y el diálogo con los nazis. Bueno, no exactamente, pero no tenía problema en sentarse a debatir con ellos y le parecía hipócrita ilegalizar sus partidos y censurarlos en los medios. Era uno de esos anarquistas ingenuos que ya estaban un poco fuera de su tiempo. A lo mejor le habría ido bien en la Comuna de París o en la Viena de Freud. Supongo que sonaba encantador en esos años de guerra fría tan cínicos. Vaya, que tenía su público, aunque sólo le escucharan para compadecerse del viejecito amable. La mayoría lo detestaba, lo veían como un traidor oportunista. Este libro cuenta que en 1983 le invitaron a un debate político en la tele para hablar sobre memoria y la pervivencia de la ideología nazi en Alemania. En el panel iba a estar Michael Kühnen, que era entonces una estrella en ascenso, el primer líder nazi serio desde la guerra. Era un tío carismático y sin complejos que reivindicaba al primer Hitler. Estaba tan demenciado que creía que el nazismo se había echado a perder en 1934, cuando el partido purgó a las SA y llegaron las SS. Kühnen era un alborotador, le habían largado del ejército por repartir propaganda nazi y le habían ilegalizado no sé cuántos partidos, y echado de otros tantos, pero ganaba cada vez más presencia pública. Hasta que empezaron a vetarlo en la tele y acabó en la cárcel, que es donde acababan entonces todos los que jugaban a resucitar a Hitler. Hoy ya no, ya lo sabes. Hoy se presentan a alcaldes y acaban de ministros. El caso es que sólo hubo una persona que defendió a Kühnen, como ya había defendido a Albert Speer, el arquitecto de Hitler: nuestro poeta Erich Fried, la mosca cojonera de la progresía, a quien Günter Grass y otros llamaban el amigo de los nazis. Total, que a Fried le pareció execrable que silenciaran a Kühnen, y cuando este acabó en el trullo, empezó a cartearse con él, para decirle que había un alemán con el que sí podía hablar, y por aquello de no estoy de acuerdo con usted, pero daría mi vida para que usted pudiera expresarse. Se empezaron a tutear, se cogieron confianza, creo que incluso cariño, y este librito cuenta esa amistad tabú entre el judío superviviente de la Shoah y el aspirante a heredero de Hitler. Si me preguntas, a mí no me parece tan escandaloso ni tan raro. A lo mejor es porque no soy alemana, pero sé de otros casos, y aquí, quien más quien menos tiene un abuelo nazi adorable cuyo mejor amigo era judío. O algo así se cuenta, porque, si te crees todas las leyendas familiares, resulta que nadie rompió un plato en la Kristallnacht y todos tenían a una Ana Frank escondida en el ático. Creo que lo que escandalizaba de Erich Fried era que hacía en público lo que todos hacían en privado. Los ofendía como te ofende ver a alguien cagar en medio de una plaza: esas cosas no se hacen así. Tápese el culo, caballero, le decían. Mira a Grass, que le costó una vida confesar que estuvo en las Waffen-SS, y cuando lo contó en sus

memorias lo hizo como quien confiesa que se morreó con su prima y le tocó una teta un verano en el pueblo. No me hagas caso. A lo mejor es porque crecí con el abuelo Oskar y su catatonia decorando el salón, pero me sacan de quicio los remilgos hipócritas de los alemanes viejos, sobre todo los de la generación de nuestros padres. Oh, dios mío, dicen poniendo carita de asco, esto estaba lleno de nazis, cómo podían vivir con tanta esvástica por ahí colgada. Pues claro que estaba lleno, gilipollas. Todo dios era nazi. Tus abuelitos eran nazis. Tu puta madre era nazi. A los pocos que no eran nazis los mataron o los mandaron fuera de Europa de una patada en el culo. Supéralo ya, joder, y celebra que has crecido en un país democrático en el que las orquestas tocan a Mahler y a Mendelssohn y los jubilados tienen pasta para irse a morir a Mallorca.

Trajeron las gyozas y los langostinos en tempura, y Berta aprovechó para pedir otra copa-cisterna de riesling.

—Es el argumento de *Portero de noche* —le dije.

—No la he visto.

—¿No? —Me gustó descubrirle alguna información y corresponder a sus lecciones—. A lo mejor era muy generacional y ya sólo la vemos los muy aficionados. Charlotte Rampling y Dirk Bogarde. Un peliculón de culto. Cuenta la historia de amor sadomasoquista entre una víctima de la Shoah y su torturador nazi. Fue muy escandalosa en su tiempo.

—Ya, en este país son muy de escandalizarse y poner cara de Elfriede. ¿Te acuerdas de Elfriede en el colegio? Esa espalda recta, esa mirada de juez que no descansa, esos labios finos y secos. Chica, ponte un poco de cacao. Y un vestido escotado, de paso, que pareces una monja. Qué agonía de señora. Seguro que Elfriede se escandalizó también con esa peli. Aquí todos se escandalizan con ira sorda, con agresividad pasiva, ¿no? Como diciéndote: tú verás. Y luego todos tienen sus muertitos bien colgados y planchados en el armario. —Cogió otra gyoza y se limpió con la servilleta—. Perdóname, creo que me vengo muy arriba, pero no tengo a nadie con quien hablar de estas cosas, que me ponen negra. Todo esto sólo era para contarte quién era Kühnen y su importancia en la Alemania de los ochenta. Tu mensaje removió muchos recuerdos y me pareció una coincidencia sobrenatural. Aún tenía este libro en una pila en la mesita del salón, ni siquiera lo había guardado, de tan reciente. Y, a decir verdad, no sé si quiero guardarlo. Me viene muy bien regalártelo, así no lo tengo que llevar al librero de viejo. Bueno, termino con la presentación y luego te cuento lo que has venido a saber. ¿Cómo era la frase de Gabi a tu padre? La de maricón.

—Algo así como a ti lo que te jode es que Kühnen fuera maricón.

Berta se carcajeó, quizá demasiado fuerte. Los tortolitos se volvieron con mirada censora. Una española borracha les estaba arruinando la

atmósfera romántica. Yo también me reí, por hacerle los coros y terminar de estropearles la cita.

—Es que era verdad. Lo que les jodió a los nazis fue que fuera maricón. Mira, esta es buena. Estando en la cárcel, en los ochenta, Kühnen salió del armario. No de la celda, esa seguía con candado, pero el tío le echó narices y confesó su homosexualidad. De inmediato, la mitad de sus seguidores se largaron. Lo excomulgaron de la iglesia nazi, por supuesto, pero para otros se convirtió en un héroe aún más perfecto. Contó que Röhm, el fundador de las SA y amigo de la infancia de Hitler, también fue gay, y elaboró una historia *gay friendly* del nacionalsocialismo que en verdad tiene mucha gracia, porque hoy los nazis, con su exaltación machota y su culto a la masculinidad, tienen un aire muy gay, y los uniformes de las SS elaborados por Hugo Boss son lo más para una discoteca de Berlín. Sí, yo me imagino a muchos jefes nazis dándolo todo en la Love Parade. Incluso el propio Hitler tiene unas trazas de autoritarismo amanerado muy elocuentes. Danke.

Agradecía el nuevo bidón de vino que había dejado la camarera. Se lo llevó a los labios con una sonrisa y, sin esperar mi pregunta, siguió:

—¿Qué tiene esta historia que ver con tu padre y con Gabi?, te preguntarás. A ver, para mí también es un poco confuso. Sé algo, las pocas campanas que me dejó oír tu hermano, de quien sospecho que tampoco sabía mucho. Recuerdo perfectamente la noche del puñetazo. Vi a Gabi al día siguiente y me asusté. Fue un golpe tremendo, me extrañaba que una sola hostia le hubiese inflamado la cara de esa forma. Al principio creí que le habían dado una paliza. Luego me lo contó todo, incluida la parte en la que os llevó a deambular por la ciudad. Se sentía un poco culpable, sobre todo por ti, que estabas más asustado. Le animé a irse de casa. Le ofrecí refugio en la mía, pero a Gabi ya se le había pasado la euforia. Me dijo que la idea de huir suena hermosa en las canciones, pero que las huidas en sí son un coñazo y siempre salen mal.

—Parece una de sus canciones, y de las malas.

—Como si tuviera canciones buenas.

No supe reaccionar ante tamaña crueldad. Berta se echó hacia atrás en una carcajada que volvió a incomodar a la pareja. Estaban a un tris de mandarnos callar, como si fuéramos alborotadores en una biblioteca pública.

—Ay, lo siento, perdóname. No sé qué me pasa, normalmente no soy tan directa. Debe de ser la rareza de tenerte en Hannover, tan fuera de lugar, tan lejos de nuestra ciudad. Perdona, no quería ser desagradable, pero tu hermano no escribió un compás decente en su vida. Esto no lo digo con desprecio, sino con admiración. Hizo una música deliberadamente feísta. Fue un punk consecuente que

desaprendió toda la música que había aprendido en casa. Fue un genio del ruido y la chapuza, y eso acabó pasándole factura. A veces quería sonar inteligente y le salía cursi. Como esa tontería de la huida. Lo has visto bien, era una de las frases que engatusaban a las niñas que se morían por sus huesitos. Unos versos perfectos para escribirle en la carpeta a tu mejor amiga. Y me escuece reconocer que a mí también me obnubilaba. Si lo recuerdo hoy es porque entonces me pareció muy sabio, profundísimo, deslumbrante. Fíjate: la huida suena bien como idea, pero sale mal en la práctica. Como para no ponerle ojitos. Entenderás que a partir de ahí no retuviera mucha información. Es un efecto de los sentenciosos: te sueltan una gorda y ya da lo mismo lo que digan después, porque el público sigue rumiando el aforismo, y con eso se queda. Me contó más o menos por qué había discutido con tu padre. Te resumo lo que saqué en claro, a ver si te ayuda: tu padre había entrado en relación, vaya usted a saber cómo, con gente del FAP. ¿Te suena el FAP? Cómo te va a sonar, si no eran nadie. Era el partido de Kühnen, el Freiheitliche Deutsche Arbeiterpartei. Yo no sé qué negocios trasegaba tu padre por Alemania, pero sus viajes tenían un entusiasmo político. No sé si iba a mítines o si militó. Seguramente, se contentó con beber cerveza, hablar y cantar canciones. Gabi se enteró porque tu padre traía folletos y libros que le llamaron la atención. Aquello echaba un tufo a nazismo que le llevó a curiosear, y no sé cómo lo hizo, porque entonces no había Google, pero llegó al nombre de Michael Kühnen y supo que estaba en la cárcel. Esto ya me lo había contado antes del golpe. Lo vas a flipar, me dijo, el nazi de mi padre ha conocido a otros nazis. Ya es oficialmente un nazi. Creo que le impactó mucho el descubrimiento, más de lo que quería admitir. Hasta entonces, usaba el nazismo como broma. No creía que los alemanes del Camerún fueran nazis más que de una forma abstracta o sentimental. Los llamaba nazis para tocarles los huevos y burlarse de sus nostalgias, pero descubrir panfletos de propaganda nazi auténtica en casa y saber que tu padre se juntaba con miembros de un partido que se reconocía como nazi le dejó tocado. A partir de ahí, empezaron las discusiones. ¿No recuerdas broncas en casa sobre el Holocausto?

—Muy vagamente. A decir verdad, nunca presté atención al contenido. Daban gritos, siempre estaban igual, no entendía la mitad de las cosas que se berreaban.

—Un día, Gabi cogió del despacho un libro que estaba leyendo tu padre. En español. Un libro raro. Lo he buscado en internet para citártelo bien: era *Carta al papa*, de Léon Degrelle. Me lo trajo una tarde a casa y me leyó algunos pasajes en el salón, con el abuelo Oskar de testigo. Los leía riéndose, pero en el fondo le notaba escandalizado. Por supuesto, escandalizarse era una actitud inimaginable para tu hermano. El escándalo era él, no se puede escandalizar a quien

escandaliza por naturaleza, pero yo sé que le espantaba de veras que vuestro padre trasegara una basura así. Aquello era una inmundicia que superaba sus intuiciones. Bueno, el libro está por ahí. Sorprendentemente, siguen editándolo. No me imagino quién diablos leerá semejante coso, pero lo puedes comprar ahora mismo por Amazon y lo tienes en unas horitas en las manos. La cosa va de un fascista viejo que ha vivido a lo grande en España y le manda una carta al papa. Se la manda como católico, ojo. Era el jefe nazi de Bélgica, el líder del rexismo, que era el nazismo de allá. Un tío culto, no te vayas a pensar. Un intelectual amiguete de Hergé. Hasta escribió un libro sobre Tintín. El caso es que, desde su reino de Málaga, porque vivía a todo trapo, como un jubilado de oro, se propone explicarle al papa que lo han engañado. A él y a todo el mundo. Que los judíos se han inventado el Holocausto y que su santidad haría bien en escuchar a los católicos buenos como él. Se remite a otro libro de memorias suyo, el de la guerra, para contar que él anduvo batallando por los campos de Europa, como un nazi bueno y voluntarioso, centinela de Occidente, y que no vio deportaciones, ni trenes, ni campos, ni nada. Que esos perros judíos nos la habían vuelto a colar, como siempre, y que era una vergüenza que el jefe de los católicos suplicara el perdón de los que mataron a Cristo. Un delirio, vaya, como te puedes imaginar. Y ni siquiera parecía muy bien escrito, por lo que recuerdo y por las voces de orador fanático que ponía tu hermano para burlarse de los pasajes más vergonzosos. Degrelle sería un intelectual y todo lo tintinero que tú quieras, pero escribía antiguo, de un cursi fascista que raspaba el paladar. Empecé riéndome con la lectura dramatizada de tu hermano, pero acabé muda y con mal cuerpo. En verdad, aquello revolvía el estómago. A poco que supieras algo de historia, a poco que tuvieses en la cabeza un par de imágenes de Auschwitz, ya sabes, la verja y la leyenda *Arbeit macht frei*, el texto te asqueaba. Pero lo peor del libro no era eso. Lo que escandalizaba a Gabi estaba en la primera página. Ahí, garabateado en tinta negra, se leía: «A mi querido amigo Hans/Juan, con el afecto del camarada y la fe de quien sabe que volveremos a amanecer». No sé si era exactamente así, pero casi pondría la mano en el fuego por que la he citado literal, aunque de memoria y después de tantos años. Recuerdo muy bien lo de Hans/Juan, esa forma bilingüe tan rara de referirse a tu padre. Y estaba datado en Málaga. ¿Te puedes creer que mi padre es amigo de esta gente?, me dijo Gabi. ¿En qué coño se ha metido el viejo?, y yo sé que estaba preocupado de veras.

Se hizo un silencio. Los tórtolos pagaban la cuenta con tarjeta y ella tecleaba el código en el datáfono. Empezaban a llegar comensales, tal vez de la ópera, los que no se quedan a aplaudir y se escabullen en los últimos compases. Berta aprovechó para atacar un nigiri de pez

mantequilla que empapó en salsa de soja. En cuanto lo tragó, mientras se limpiaba, concluyó:

—En fin, Fede, que tu padre era un nazi-nazi, de carnet. Y tu hermano no lo soportó.

—Pero ¿había algo más? ¿Descubrió algo más perturbador? Porque, perdona que te lo diga, tampoco es una sorpresa tan grande. Mi padre cumple todos los requisitos, sólo nos faltaba la confirmación. Tiene que haber algo más. Que cantara himnos nibelungos, leyese basura nazi o cenase con gentuza tampoco lo convierte en un criminal ni en algo peor de lo que ya ha sido. Si dices que Gabi estaba escandalizado, la verdad tiene que ser más oscura.

—No tengo ni idea, Fede. Te he contado lo que sé. Para mí ya es bastante siniestro, pero no he vivido con él, no sé lo siniestro que pudo llegar a ser como padre. En fin, gracias mil por la cena, muchacho, ahora me toca corresponder. Ya que te has cruzado media Alemania, déjame que te lleve a conocer Hannover *la nuit*. ¿Te apetece?

—Lo que más del mundo.

18. Eva

No entré al despacho de Alfonso como solía hacerlo, y él se dio cuenta de que me asomaba con cautela, como si temiera tropezar con un mueble. En otra persona, esa timidez le habría hecho gracia —el miedo siempre halaga al poderoso, por demócrata que sea—, pero de mí no esperaba reverencias, y menos a aquellas alturas, cuando estaba ya todo dicho. Ambos sabíamos que se fijó en mí por cómo le miraba a los ojos sin cabizbajear y por cómo defendía mi postura en las reuniones, sin temor a quedar en minoría o a contradecir la línea oficial. Al final se hacía siempre su santa voluntad, pero mi insolencia destacó entre tantísimos sí señor y lo que usted diga.

A Alfonso le quedaba menos de un año en ese despacho. Se había comprado unos terrenos en Segovia y se estaba haciendo una casa para criar caballos y enseñar a montar a sus nietos, aunque ninguno le augurábamos un futuro pastoril. En el gabinete hacíamos una porra para adivinar cuándo se hartaría de la vida en el campo y se instalaría en su piso de Madrid. Yo apostaba por cuatro meses, poco más de lo que dura un invierno, y era la que más largo lo fiaba.

El alcalde no daba el tipo de los que siguen la retirada senda de los pocos sabios que en el mundo han sido. Al fin y al cabo, no era un sabio, sólo un político viejo que conocía los suficientes secretos como para que algunos siguieran temiéndolo, pero tenía la inteligencia elegante de saber irse. En la política, decía, lo más difícil es marcharse bien, porque lo normal es que te echen. A esas alturas, frecuentaba el ayuntamiento como escudo nobiliario, un adorno institucional que de vez en cuando pronunciaba discursos que no se molestaba en revisar antes de subir al atril. Me había entregado en herencia todo su capital, y le inquietaba mucho verme entrar frágil y dubitativa en un despacho del que solía apropiarme como la Callas en la primera aria. Quería irse dejándolo todo atado y bien atado, y aquella mañana yo tenía cara de hilo suelto.

—No te habrá jodido la entrevista del imbécil ese, ¿verdad? —Y cogió un ejemplar del periódico donde destacaba una foto de Ziv Azoulay en el césped del estadio vacío, de traje y pateando un balón, bajo el titular: «He venido a España a cazar nazis».

Alfonso no había basado su carrera política en la sutileza, ni en público ni en privado. Se vanagloriaba de llamar pan al pan y vino al

vino, y eso le llevaba a prescindir de saludos, despedidas y charlas insustanciales. Negué con la cabeza y me senté en el sofá, obligándole a dejar el escritorio y sentarse a mi lado.

Mi padrino odiaba ese despacho. Odiaba todo el edificio, que encargó el alcalde anterior sobre la estructura de un complejo religioso abandonado, para descongestionar la casa consistorial histórica y darse aires de ciudad poderosa y hortera. Detestaba las ínfulas arquitectónicas de hormigón, los ventanales y las galerías, así como lo mastodóntico del lugar. Esto es más grande que la Moncloa, decía, y mucho más feo, y encima está a tomar por culo, no hay forma de venir dando un paseo.

Odiaba la ciudad misma, su decadencia invisible, lo limpia e insustancial que se iba volviendo. Al principio le pareció una buena idea terminar sus días de servicio público como alcalde de su ciudad, pero pronto se aburrió de los debates municipales. Todo se le quedaba pequeño tras una vida en el Congreso y en el consejo de ministros. Le importaban un carajo el transporte público y los pliegos de las contratas de limpieza, y le desesperaban los plenos interminables. Al final del día, tras el último despacho, se quitaba la corbata y me confiaba: joder, Eva, estoy hasta los huevos de hablar de baldosas y cloacas, a ver si llegan ya las putas elecciones y las perdemos a lo grande.

Los activistas vecinales le parecían pobres diablos con pelotillas en el jersey; los funcionarios de la casa, unos miserables capaces de asesinar por unos moscosos, y los periodistas locales, unos mediocres que ahogaban en alcohol su frustración profesional y que, en sus comas etílicos, se soñaban Woodward y Bernstein. Odiaba con encono especial a Yeiyei, el autor de esa entrevista que yo había leído entera dos veces antes de salir de casa, comentándola con Asteri. Alfonso sentía la presencia de Yeiyei cuando entraba en el edificio. Un sensor se activaba en su cuerpo cada vez que el periodista cruzaba el arco de seguridad. Ya está aquí el hijoputa, decía. Y no fallaba. Al minuto, alguien lo avistaba en un pasillo, compadreando con un ujier o sacando café de una máquina.

—Voy a pedir un agua sucia de esas. ¿Quieres tú algo? ¿Un café negro y espeso? Anda, pídetelo para que pueda olerlo, al menos.

La cafeína era la última de las prohibiciones facultativas a las que se había resignado tras su segunda angina de pecho. Sobrellevó con cierto estoicismo la proscripción del azúcar, el alcohol, las carnes rojas y los embutidos, pero la renuncia al café le dolía como un puñal en las costillas. Aurora, su mujer, le había iniciado en los misterios del té con cierto éxito. Se lo bebía, pero se negaba a concederle una palabra amable. Brebaje, mejunje, agua de fregar o pis eran las formas más comunes de pedir una infusión.

—Soy un cliché, Eva. Deberíamos adelantar las elecciones para acabar con esta agonía. Mírame, ya estoy muerto. Soy un puto fósil. Ya nadie usa puto como adjetivo, ¿te has dado cuenta? Mis nietos lo usan como adverbio. ¿Cómo dicen? Me puto mola.

—Me puto flipa.

—Te sale natural. ¿Cómo voy a comunicarme con nadie si mi gramática suena a latín de cura? Estoy de más, Eva, hace tiempo que tu generación debería ocupar la primera línea, hemos sido unos abusones. Me da la sensación de que llevo en esto siglos. Estoy más cerca de Cánovas que de Macron. En todos los sentidos.

—Y Macron ya está amortizado.

—Eso, soy más viejo que los viejos. Bueno, ya no queda nada. Enseguidita te irás a Madrid y dejarás atrás todo este coñazo, y vendrás a verme una vez al año a mi finca con el sieso de tu novio y nos descojonaremos juntos de todos esos gilipollas y de la forma en que el mundo se va a la mierda. Pero antes creo que Yeiyei nos va a dar por el culo un rato más.

—Alfonso, sé que has oído rumores sobre el israelí y yo…

Alfonso me mandó callar con un gesto de la mano.

—La ventaja de ser viejo es que te acuerdas de cómo eran las cosas, y es difícil vacilar a quien tiene memoria. Yo me acuerdo de la fábrica de tu familia. ¿Te he contado que crecí al lado? No me mires así, éramos más pobres que la hostia, eso ya lo sabes. Lo que les costó a mis padres que el niño estudiara Derecho.

Me sonreí pensando en las interpretaciones que haría Asteri desde la perspectiva de la lucha de clases: el hombre poderoso hecho a sí mismo y desclasado, tutelando a la hija de los oligarcas y ejerciendo de padre político. Tal vez, de padre a secas.

—Lo que no sé si te he contado es que una vez a la semana comíamos recortes. Los chavales jugábamos en la explanada donde estaba la salida de camiones, y un día, no recuerdo si los miércoles, sacaban un contenedor con salchichas defectuosas. Medias salchichas, paquetes con formas raras o aplastados… Era carne perfectamente comestible, pero que no podían vender. Antiguamente la daban al comedor de la caridad, pero los pobres protestaron, porque una cosa era ser pobres y otra, comerse las sobras defectuosas. Para eso no iban al comedor, qué menos que comer una salchicha con forma de salchicha. Así que una vez a la semana sacaban los recortes para que los recogiésemos los chiquillos. Yo arramplaba todo lo que podía y lo llevaba a casa, y con eso cenábamos.

—Historia de dos ciudades, Alfonso. No me irás a reprochar ahora que yo estuviese asomada a la almena de la fábrica, con mis doncellas, regocijándome en la miseria de los niños que mendigaban salchichas rotas a las puertas de nuestro castillo.

—Tú ni habías nacido, criaturica. Lo que quiero decir es que quién nos ha visto y quién nos ve. Para muchos, yo he sido toda mi puta vida ese zagal que llevaba salchichas chungas a casa. Nunca han aceptado mi poder porque mi poder los ofende, violenta el orden de las cosas. De la misma forma, tampoco van a aceptar el tuyo. En general, nadie acepta que las cosas cambien, pero el hecho es que las cosas cambian tanto que donde estaba la fábrica de Salchichas Schuster hoy hay un barrio casi gentrificado con pisos turísticos; el chaval que creció en el arrabal es hoy un alcalde cesante, y la dueña de aquel imperio está sentada a su lado dándole palique con diligencia de subordinada. Un poco subidita, porque sabe que me gustan subiditas, pero obediente al fin. Todo cambia todo el tiempo, aunque nadie quiere que cambie nada nunca y casi nadie se da cuenta de que cambia. Sólo quienes estamos atentos podemos protagonizar las cosas y aprovecharnos de ellas en vez de dejarnos llevar. Para eso, no hay que perder de vista nunca el pasado. Quien se olvida está jodido. ¿Tú crees que el gilipollas que mandó hacer este edificio tenía en cuenta el pasado? Y una mierda. Por eso lo construyó, porque él miraba sólo el futuro. Y por eso ya no se sienta en este despacho que se hizo para él. Se lo robé, porque yo sí recuerdo que todo esto eran campos de esparto.

A ver si al final Alfonso sí era un sabio y se iba a hacer una torre a lo Montaigne en Segovia. Claro que lo era, no sé por qué me sorprendía cada vez que me daba una lección. Detrás de toda esa procacidad de hombre práctico y expansivo se escondía un erudito fino en lo que mi hermano Fede llamaba la condición humana. Eva —me decía a veces—, a la política llega cualquiera. Esto es como el clero en la Edad Media, el oficio de los hijos segundones, el refugio de los mediocres. Ahora bien, aguantar, lo que se dice aguantar, sólo aguantan quienes saben mirar dentro del alma. Si no sabes ver dentro del alma de los otros, me decía, estás a tiempo de dejarlo.

Alfonso era, además, un historiador aficionado bastante solvente. Más de una vez le había visto asombrar a catedráticos que no sospechaban que conociese tan a fondo las guerras napoleónicas o las diferencias dogmáticas entre Plejánov y Lenin. Le aburría la Zaragoza contemporánea porque estaba enamorado de la vieja, cuya historia manejaba con soltura. Cuando nos presentaron al final de un mitin, siendo él aún ministro, dijo, al oír mi apellido: coño, una alemana del Camerún, es usted un exotismo histórico, como las palmeras del Parque Grande.

Cada vez que coincidíamos, recordaba mi clan: ah, sí, la alemana del Camerún. Para todos los demás era la hermana de Gabi o la heredera de las salchichas, pero a Alfonso le importaba un comino Gabi Ese. No era un personaje histórico, no tenía anécdotas con

Buñuel ni aparecía citado en los *Episodios* de Galdós. Los alemanes del Camerún, en cambio, salían en *La Quinta Julieta*, el tercer volumen de *Crónica del alba*, las memorias noveladas de Ramón J. Sender, uno de sus libros preferidos.

Me lo citó al final de una reunión, en la campaña con la que ganó la primera alcaldía. Sorprendido de que yo ignorase la referencia, al día siguiente me regaló un ejemplar y me marcó el pasaje donde salían mis antepasados: «En aquellos días vinieron muchos alemanes del Camerón (África), que había sido tomado por los aliados. Zaragoza aparecía llena de germanos gordos, con el colodrillo afeitado y anchos sombreros de ala plegada hacia arriba por los flancos. Cuando se encontraban cambiaban saludos exagerados con los sombreros y se inclinaban de un modo tan versallesco que la gente no podía menos de reír».

Me encantó descubrir el lado ridículo de mi historia familiar. Toda la épica del ejército de Jenofonte que cruza la selva y toda la reverencia casposa de la colonia alemana, demolidas en un párrafo costumbrista. Se escribieron coplas burlonas sobre Hans Schuster y sus compañeros, y las cantaban por las tabernas y las plazas. Los niños los perseguían tirándoles piedras y la gente los tenía por borrachos, pendencieros y glotones, un poco como a los ingleses de hoy en Mallorca.

Saberlo no sólo me reconcilió con mi familia, a la que necesitaba ver fuera del registro trágico, sino con la ciudad entera, que se me abrió socarrona y mediterránea, dueña de una crueldad no muy diferente a la de mi hermano Gabi. También me permitió tener una vía de comunicación no política con Alfonso, a quien fascinaba ese episodio. Me traía recortes de hemeroteca con crímenes cometidos por alemanes del Camerón, como llamaban al país africano en la prensa española de hace un siglo. Uno se encoñó de una vedete de cabaret —me contaba, entusiasmado—, allá por 1920, y se la cargó en la cervecería Los Espumosos, a saber de dónde había sacado la pistola.

Hubo un par de novelas policíacas de quiosco protagonizadas por el comisario Muslares, que resolvía crímenes por los bajos fondos de la ciudad en los que aparecían, como víctimas o como asesinos, los alemanes del Camerón. Había todo un rastro de cultura popular inspirado por mi familia y sus amigos que no se enseñaba ni en el colegio alemán ni en las reuniones de los sábados en el cementerio. Alfonso me dio la versión de los locales sobre la llegada de los visitantes, y le sacudió el polvo solemne de anticuario con el que me habían transmitido mi propia historia. De ópera de Wagner pasó a romanza zarzuelera, y me encantó el cambio de música.

Las coplas fueron refrescantes, pero en el fondo confirmaron la historia que ya conocía. Demostraban que los zaragozanos

reaccionaron con hostilidad ante lo extranjero, como cualquier comunidad cerrada que se siente amenazada. A la xenofobia como acto reflejo se añadía aquí la burla al conquistador: el pueblo siempre ridiculiza al tirano. Las parodias sobre mis antepasados tan sólo reconocían su poder. Aunque no supieran español, los alemanes del Camerún no eran imbéciles. Percibían el rechazo y se protegieron de él con un instinto de casta cerrada. Como la vida le fue bien a la mayoría, pronto sus negocios y sus cuentas bancarias confirmaron la superioridad de la que presumían, y de ahí el espíritu de aristocracia en el que me educaron.

Alfonso hablaba de que todo cambiaba constantemente, pero Asteri, muy gatopardista, defendía lo contrario. Mi ascenso político probaba que Asteri llevaba razón. Al final, mandamos los de siempre. Los alemanes venían en 1916 de dominar una colonia africana tan grande como España. Por tanto, no les costó nada dominar una ciudad provinciana española. Que mi apellido siguiese gobernando demostraba que el poder se mantenía en su sitio. Así se lo repliqué a Alfonso.

—De eso nada, querida. Los alemanes del Camerún no sois nada, no me jodas, y con todo el cariño que te tengo te lo digo. No sois nada como no lo soy yo. Tú no brillas por tu apellido, sino a pesar de él. Brillas porque entiendes el mundo mejor que otros. Desde luego, muchísimo mejor que los viejos arruinados de la colonia alemana. ¿Cómo llaman ahora a los hijos de la oligarquía? ¿Nepófitos?

—Nepo-babies, lo que soy yo.

—Y una mierda vas a ser tú eso. La metáfora que te cae bien es la del ave fénix. El apellido Schuster no era nada en esta ciudad hasta que tú lo volviste a poner en circulación. Un recuerdo costumbrista de una marca de salchichas que algunos comíamos de niños, ya ves tú qué poder tan grande, qué influencia. Tú no eres un símbolo de continuidad, sino de cambio. Tú pruebas que nada permanece en su sitio, que todo se retuerce y se rebela contra la inercia de las cosas.

Se levantó, fue hasta el escritorio y cogió el periódico.

—¿Qué hacemos con esto, Eva? Ya sé lo que quiere este imbécil y hasta ahora te he hecho caso. ¿Sigues pensando lo mismo? ¿Votamos en contra?

—Sin duda, Alfonso. Es una operación de mierda. Le estaríamos regalando un pelotazo a esta gente, y no les debemos nada.

—De eso quiero asegurarme, de que no les debemos nada.

Alfonso me miró a los ojos. Dentro del alma, como solía. Le sostuve la mirada:

—Nada. No les debemos nada.

Mi padrino político se dio por satisfecho y arrojó el periódico a la mesita baja frente al sofá.

—En tal caso, aplícate lo de la mujer del César. Ni una cena más con esos tíos. Ni un wasap, ni un saludo casual por los pasillos. Por supuesto, ni se te ocurra ir a un partido de fútbol. Yo que tú, ni siquiera pasearía cerca del estadio. Me jode decirte estas cosas que ya sabes, pero quiero asegurarme de que entiendes a qué juegan.

—Asteri me ha informado.

—Asteri no tiene ni puta idea. Estuve ayer en Madrid. Después del comité al que no viniste (no temas, fuiste debidamente disculpada, pero no faltes al siguiente), fui a cenar con Nuria en el ministerio. —Nuria era su antigua número dos, hoy ministra del Interior—. Me habían pasado la entrevista de hoy y se la había comentado, para contrastar las tontadas que dice. Es todo cierto, Eva. Todo, no se ha inventado nada. El Azoulay este es un pieza de cuidado. Su padre fue del Mossad o como cojones se llamara entonces, y su familia se ha dedicado a cazar nazis, con muy poco éxito, pero con determinación. Tú sabrás qué coño saben de tu familia, pero no va a quedar bonito en tu currículum. ¿Estás preparada para lo que sea?

—No, pero tengo espaldas anchas.

—Más te vale. Me quiero ir a mi finca en paz. No me jodas, por favor te lo pido. Si no controlas tu pasado, otros lo utilizarán contra ti.

—¿Por qué me has contado lo de los recortes de salchichas que os echaban a los niños? ¿Para ilustrar tu teoría sobre el cambio permanente o me quieres decir algo de mi familia que se me escapa?

—Es un puto recuerdo, Eva. Un recuerdo de mierda de una infancia de mierda. Pero un recuerdo feliz, a pesar de todo. Lo que daría por zamparme unas salchichas Schuster, ahora que sólo me dan borrajas hervidas.

19. Berta

Me costó mucho salir de la cama y me sentí imbécil por hacerlo sola. Cuántas veces estuve a punto de pedirle que viniera a tomar la última a casa. No vayas al hotel, Fede, le habría dicho, quédate a dormir aquí, rindámonos al cliché de los amigos que se reencuentran. Los lugares comunes se inventaron para amodorrarse en ellos. ¿Qué mal hacíamos a nadie regalándonos una noche? Lo habríamos pasado mucho mejor que en esos bares, trasegando aquellas copas que me sentaron fatal. Qué horror, la noche. ¿Lo pasábamos bien cuando salíamos de jóvenes o son recuerdos edulcorados?

Debería haberme atrevido. Y no por consumar un deseo en esa época final de mi vida en la que había resuelto concederme todos los caprichos que en mi vocación de niña estudiosa me había negado. A lo mejor ni follábamos, pero habríamos estado tranquilos, con unas sonatinas de Schubert de fondo y un ambiente mucho más civilizado y digno de nuestra condición. Me gustaría decir que se me cortó el rollo cuando me comparó con su hermana, diciéndome lo mucho que me parecía a la Minipímer, pero sería faltar a la verdad, y yo ya no estoy para mentiras de monja. Me pareció más divertido, casi picante. Debería haberme dejado llevar, a ver dónde acabábamos. En cambio, arrastré a Fede por bares que tuve que investigar antes en páginas web donde los clasificaban como los mejores clubes para mayores de cuarenta en Hannover.

Qué sucesión de decorados patéticos, forrados de nostalgias y canciones de las juventudes perdidas. Qué galaxias de soledades con el colesterol alto. Pobre hombre, debió de llevarse una impresión tristísima de mí. Toda su infancia fui la mariliendre de su hermano, y ahora me veía como una de esas solteronas que se maquillan de más y fuman tabaco mentolado. Qué manera de estropear la última imagen que se iba a llevar de mí. Si el pronóstico de mi amiga oncóloga se cumplía, la próxima vez que nos viéramos no me iba a encontrar en mi momento más sexy. Bueno, basta ya de autocompasión machista. Perdí mi ocasión de comportarme con elegancia y de echar un polvo, tampoco voy a pasar el tiempo que me queda dándome cabezazos.

¿A quién quería engañar diciéndome que a lo mejor no follábamos? No le habría dejado escapar de haberlo traído a casa. Pero no porque me abrumase la soledad ni por el frenesí de las últimas voluntades ni

por ansia de animal en celo, sino porque sienta tan bien follar a estas edades y hay tan pocas ocasiones de hacerlo con un amigo… Es decir, alguien con quien charlar a gusto, que no venga roto por mil divorcios ni se engañe en busca del tiempo perdido.

Es tan raro y hermoso el sexo a nuestros años. Ya no es ópera, como en los jóvenes. No tiene tragedia, no necesita decorados ni puestas en escena. Es música de cámara, la coquetería de un solista sin orquesta, esa delicadeza de los dedos entrenados que no sienten la obligación de impresionar a nadie y se recrean en la melodía, que improvisan y simplifican acordes porque sí, porque a nadie le importa perder el ritmo o no llegar a las notas altas. Cuando dos cuerpos así se encuentran, felices en sus primeras arrugas, calmos en sus movimientos y despreocupados del rendimiento, no hay nada mejor. Ningún coito guionizado de la adolescencia lo puede igualar. Como castigo a mi indecisión, desperté con resaca, el estómago revuelto y ninguna gana de ir a la universidad.

¿De qué hablamos cuando nos cansamos de los nazis? De trabajo, ¿verdad? De lo que hacíamos en nuestras universidades. Nos dimos unas clases magistrales de humanidades y ciencias para primerizos, y creo que yo impartí la más larga, halagada por el interés de un analfabeto científico. A los físicos nos derrota la vanidad, le dije, sobre todo cuando hablamos con neófitos. Un físico teórico, le expliqué, es lo más parecido a un brujo en este mundo descreído y sin religiones. A algunos colegas les gusta sentirse cabalistas entre profanos. Sé bien el placer que encuentran en epatar al vulgo. Les encanta hacerse los misteriosos, y con razón, porque ni nosotros mismos nos entendemos a menudo. Eso es lo que me atrajo de la física teórica, la posibilidad de una torre, la solitud del alquimista. El privilegio de vivir encastillada en la almena más alta del castillo, entre códices ilegibles e inspirando el terror de la plebe, siempre temerosa de que le hagamos un gólem, un Frankenstein o un Hiroshima. Luego, la realidad siempre es triste. Los enclaustrados huelen a calcetines sin lavar y camas sin hacer. Se alimentan de pizzas congeladas y hacen todo lo posible por confirmar el prejuicio general sobre el friqui.

A mí me salvaron los abonos de los auditorios y de la ópera. La melomanía me obligaba a ponerme vestidos, salir de la habitación de vez en cuando y ensayar técnicas de camuflaje entre el público, pero muchos de mis compañeros —hombres, tantos hombres y tan poquitas chicas, curso tras curso— no sintieron la necesidad de ponerse unos pantalones largos hasta pasados los treinta. Luego, los que sobrevivimos a todas las cribas y emprendimos una carrera en la universidad nos desquitamos de tanta barbarie. La mayoría pasa de la fase guarra a la fase dandi sin apenas transición. Le cogen gusto a la ropa buena, y algunos hasta la combinan con elegancia, y se vuelven

coquetos y presumidos, e incluso aprenden a socializar cultivando la parte mistérica de la ciencia dura. En el momento en que perciben el temor que sus estudios despiertan en la plebe, el disfraz de Fausto se vuelve una segunda piel. Yo los prefería cuando no se cambiaban la camiseta de *Star Wars* y se reían con un ronquidito al final y no se ponían lentillas. Aprovecharse de la oscuridad intelectual de nuestro campo para hacernos los interesantes me parece patético y no suele engañar a nadie. Todo el mundo sabe que el mago de Oz es un enano calvo que pone voces detrás de una cortina.

Tampoco me gustan los que se van al extremo contrario, esos divulgadores sonrientes que se hacen ricos escribiendo libritos de ciencia para idiotas y extienden la idea de que la física cuántica es un gato en una caja que ahora está y ahora no está. No soporto a esos vendedores de crecepelo que dan charlas TED y hacen sentir lista a la gente que no sabe resolver una ecuación de segundo grado. No, Fede, le dije, desconfía de los que te resumen la revolución cuántica en dos metáforas. Trabajamos en los límites del conocimiento. Yo nunca viajaré a las estrellas ni me he enfrentado a las maravillas de un laboratorio. No hago experimentos en el CERN ni me pongo batas blancas con el logo de la NASA ni me fotografían junto a máquinas de ciencia ficción que fabrican agujeros negros o producen formas de energía nuevas. Yo sólo trabajo con pizarras, cuadernos y un ordenador, pero me adentro en abismos más inquietantes que un viaje espacial, y no es fácil explicarlo porque no estamos seguros de entenderlo.

Simplificando mucho, Fede, mi línea de investigación, que comparto con colegas de otros países, intenta aclarar una sospecha que existe desde la revolución cuántica, hace cien años, y que cada vez se vuelve más inquietante: ¿hemos alcanzado el límite de lo cognoscible? ¿Es la física cuántica un paradigma para entender las partículas elementales o un error de observación fruto de nuestra incapacidad para comprender el universo? Imagínate una hormiga, le dije. Por muy inteligente que sea, nunca tendrá una visión del planeta Tierra como la nuestra. Aunque se arme de instrumentos de observación y desarrolle un lenguaje matemático, su naturaleza, su punto de vista, digamos, la incapacita para entender muchas cosas. Inevitablemente, los cálculos contradecirán sus observaciones desde la boca del hormiguero. A lo mejor puede entender en teoría los movimientos de traslación y rotación, e incluso averiguar que este planeta forma parte de un sistema estelar, pero no puede demostrarlo empíricamente. Llegará un momento en que su conocimiento teórico no podrá ser corroborado por la experiencia.

—Pues a mí me suena a un pensamiento consolador —dijo Fede—. Me gusta saber que hay un límite, que podemos cerrar los libros y

dedicarnos a otra cosa. Está bien asimilar que hay cosas que no se pueden saber y que no es culpa de nuestra pereza o nuestra idiotez. Eso no pasa en la vida. No pasa entre las personas, no pasa en las familias.

Qué mono estuvo ahí. Debería haberle besado en ese instante, aunque sólo fuera para evitar que siguiera diciendo gilipolleces. Pero no lo hice, y le di pie a que me citara a George Steiner, el anticlímax. Steiner y el fin de la cultura europea. Steiner y la obsesión de los alemanes por la genealogía.

Esa fijación dinástica en la que yo he crecido, dijo Fede, es para Steiner un síntoma de acabamiento: miramos hacia atrás porque delante no hay nada. Trepamos por las ramas de los árboles genealógicos como única salida al callejón tapiado en que se ha convertido la cultura. No hay forma de avanzar, ya está todo dicho, cantado, esculpido y filmado. Ni siquiera nos quedan demonios de verdad, nos tenemos que conformar con los demonios domésticos, los duendes de los antepasados. Por eso nos ensimismamos en nuestra propia historia, trepando por las genealogías como monos que vuelven a las ramas. Es una involución. Lo que hacemos, me dijiste, es regresar a la selva de los apellidos para consolarnos de que todos los caminos están ya metidos en un GPS y no hay manera de encontrarles el blanco a los mapas.

Ay, Fede, le dije: ya sacamos a Hannah Arendt en la primera cita, pero recurrir a Steiner es redondear el tópico. Estás a un paso de invocar al ángel de la historia de Benjamin, y ya tendremos toda la filosofía del desencanto desparramada por este bar que imita un cabaret burlesco del Berlín de Grosz, aunque sin la gracia de Grosz. Steiner le jode la noche a cualquiera, le dije. Pensé en Gabi burlándose de su hermano por ser tan tópico, por pensar siempre sobre lo ya pensado, por recurrir a los santos correctos y previsibles para armar sus sermones.

—No nos quedan más comienzos —dijo, y a sus palabras le salieron comillas inglesas y una nota al pie con referencia bibliográfica. No nos quedan más comienzos, *by* George Steiner.

No, elegías no, por dios. A esas horas no. ¿Tú te crees, Fede, que si toda esta gente que nos rodea no tuviera una conciencia agudísima del fin del mundo —del fin de su mundo—, estaría aquí y ahora? A nuestra edad, cualquier noche es un final. Claro que no les quedan más comienzos, pero no han venido a cantar ni a llorar su extinción. Han venido a bailarla, a maquillarla, a anestesiarla, a buscarse el lado guapo a media luz y con la música a tope.

Esto no es un entierro, es una *Totentanz*. Escucha el piano, observa los esqueletos. ¿No ves cómo nos ronda el arquero en el caballo de Picasso? No sé qué coño suena por los altavoces, supongo que

Kraftwerk o alguna mierda de esas, pero yo escucho a Liszt. *Danse macabre*, si lo prefieres en francés. A mí me gusta más *Totentanz*. ¿Cómo no lo ves? Tu hermano lo vería clarísimo, nunca perdió de vista al caballo de *El triunfo de la muerte*. No se le ocurriría citar engolado a Steiner y ponerse quejumbroso sobre el fin de la civilización europea. La civilización europea está bailando sin próstata y con implantes dentales a tu alrededor. ¿No lo ves? ¿No sientes la alegría sin alma de estos cuerpos cincuentones de gimnasio y de esas canas de peluquería? Estamos rodeados de muertos. Son muertos animados que sólo quieren seguir bailando las canciones que aprendieron en la juventud y no les apetece escuchar tu constatación filosófica de que están muertos.

Seguramente en ese punto perdí todas mis posibilidades de echar un buen polvo.

—Me miras como Tannhäuser a Venus en la puerta de su cueva —le dije—. ¿Cómo era el reproche del héroe para justificar su gatillazo y el miedo cagón que le daba meterse ahí? ¡Oh, Venus, mi mujer hermosa, que sois una diabla!

—¿Wagner y mitos germánicos? ¿Tan mal nos ha sentado el vino?

—Tengo una educación de cole alemán muy bien aprovechadita. Seré de ciencias, pero no me puedes impresionar con tus filósofos de calendario. Te pongo encima mi Wagner y mi Heine y te hundo.

Al recordar esta réplica, que no estuvo del todo mal, me levanté de la cama y busqué el disco de la *Symphonie fantastique* de Berlioz. Puse el quinto movimiento, *Songe d'une nuit de Sabbat*, y me volví a la cama, a seguir pereceando y reescribiendo la noche.

—Déjame que te cuente algo sobre tentaciones, que no sólo de Steiner y de mi familia vivo —dijo Fede sonriendo en la derrota, aceptándola con deportividad de amigo y haciéndome notar que había entendido mi insinuación, pero que no iba a pasar, no esa noche—. Es la leyenda del ruiseñor de Basilea. ¿Te suena? ¿No? Sucedió, dicen, durante el Concilio de Basilea, a comienzos del siglo XV, después de la peste y del cisma de Aviñón y todo eso. Unos monjes que paseaban durante un receso se quedaron plantados ante un tilo en cuyas ramas cantaba un ruiseñor. El ruiseñor no sólo cantaba, sino que daba gloria. Entonaba unas melodías fascinantes, bellísimas, que enamoraron a los monjes. Hasta que uno de ellos se pellizcó la nalga y dijo: cuidado, tanta belleza debe de ser obra del diablo. Y convenció a los demás de que estaban siendo encantados. El diablo los distraía de sus elucubraciones con cánticos. Aquel ruiseñor quería derribar la iglesia que los teólogos habían ido a salvar a Basilea. Y el tipo empezó a hacer un exorcismo para ahuyentar al ruiseñor. Hasta que este reaccionó y dijo: soy un espíritu maligno, y se largó volando.

—¿Eso quieres que te diga, que soy un espíritu maligno y me largue

volando? —dije—. Tampoco creo ser un ruiseñor.

—No, digo que nos han educado así, desconfiados de la belleza y la distracción, hiperconscientes, tristísimos. En vez de ridiculizar a los monjes, la fábula les da la razón. ¿No te parece monstruoso? En la cultura alemana que nos enseñaron, el fanático y el triste tienen la razón. En cualquier otra tradición, el ruiseñor sería el bueno y el monje, un loco. Pero a nosotros nos enseñaron que el demonio está en todas partes. Desconfiamos de todo, cualquier goce es una perdición. Por eso arruino cada instante feliz. Me cuentas tu vida, tienes la generosidad de explicarme tu trabajo en los límites del conocimiento, y yo lo estropeo buscando paralelismos con mi propio fracaso intelectual y con mi desilusión sobre la cultura. En vez de pedirte que sigas cantando en la rama del tilo, te hago un exorcismo. Me hablas de los límites del conocimiento y yo lo interpreto de la manera más burda posible, hablando de los límites de mi conocimiento, del cansancio que siento cada mañana cuando cruzo la puerta de la facultad.

Al terminar el movimiento de Berlioz pensé que tal vez sí era un espíritu maligno. En muchos sentidos, como física, soy una bruja contemporánea, aunque ya no damos miedo. En el mejor de los casos, somos aguafiestas. Desde luego, como tal me comporté esa noche.

—Una ventaja que tenemos los científicos sobre los humanistas —le dije, para rematarlo— es que aceptamos el caos y el azar sin fatalismos. Un humanista es alguien que ha perdido la fe y aún sueña con recuperarla. Creéis en el orden y en el sentido de las cosas, por eso os revolcáis en la historia y en los cuentos. Sospecháis que la falta de sentido se debe a que no sois capaces de encontrarlo. No aceptáis que, simplemente, no lo hay. ¿Sabes por qué me gusta la música? Aparte de porque sí, porque me la inocularon desde niña, como a tus hermanos. Me gusta por las razones contrarias que se les atribuyen a los físicos. No es por pitagorismo, no creo que la música exprese la perfección de las esferas celestes ni me acerque a dios, por mucho que Bach lo intente. Me gusta por lo caótico y lo imprevisible. Si eres capaz de abrirte paso por el mundo de las reglas, sólo hay caos. Es una paradoja. Los músicos sólo llegan a serlo mediante una disciplina muy parecida a la que me sometí yo para dominar mi ciencia. Aprenden un lenguaje, unos códigos, una etiqueta y unas formas rígidas, casi siempre en un sistema de enseñanza muy meticuloso y autoritario donde no se consienten la desobediencia ni la libre expresión. Pero, una vez que se convierten en compositores o intérpretes, viven en la libertad y exploran el azar. Es como si toda esa normativa, que se parece a la que estudia un abogado en la carrera de derecho, desapareciese de pronto. ¿Te imaginas a un juez que, tras memorizar toda la jurisprudencia y los códigos legales, decide vivir en la anarquía? Eso hacen los músicos. Eso hago yo en mi trabajo. Vivimos

en mundos de posibilidades infinitas. Todo es horizonte. Vivimos en el caos y en el azar, y lo aceptamos como fin, como estado ideal de la existencia. Tú no lo aceptas, Fede. Los humanistas os resignáis a un caos que detestáis. Echáis de menos a dios. Os pasáis la vida lamentando su muerte.

—Tienes razón. Y, aun así, maldigo cada día que veo el rótulo de Theologie en la fachada de mi facultad. Quizá porque me recuerda que seguimos estudiando a dios.

No esperaba tener razón. De hecho, había forzado un poco los argumentos para favorecer la réplica y seguir la discusión. Pero resultó que Fede no estaba hablando en abstracto. No había cruzado Alemania para discutir sobre la existencia de dios, como los monjes de Basilea. Seguía pensando en su familia.

—Creo que no quiero saber más, Berta. Hay un límite del conocimiento al que tenemos también derecho. Si se puede renunciar a una herencia, se puede ignorar lo que hicieron nuestros padres. Lo que sé ya es bastante desagradable. No quiero trepar por el árbol genealógico hasta que las ramas me arañen. ¿Qué más me da si mi padre estaba aún más loco de lo que imaginé? Dime, ¿qué hago con ese conocimiento? ¿De qué me sirve?

A mí me consoló conocer la historia del abuelo Oskar. Entender lo que había pasado en Rusia y su regreso en el Semíramis hizo el presente más soportable. Pero a Fede no le iba a servir de nada desenterrar basuras. O quizá sí. No para entender a su padre, sino a su madre y a su hermano. Sobre todo, a su madre, a quien yo recordaba como una mujer casi tan silenciosa como el abuelo Oskar.

No sólo era muda en el salón de su casa, cuando se recostaba en la chaise longue verde cual dama de las camelias, sino en la sala de conciertos y en el teatro, cuando coincidíamos las dos familias. Se sentaba lánguida, saludaba con movimientos de cabeza y apenas conversaba con nadie, ni a la entrada ni a la salida. Ella iba por la música, y en la música se perdía, sobre todo en los conciertos de solistas o de cámara, mucho más que en los sinfónicos. La tenía muy cerca, en la fila de delante, y su ausencia era tan llamativa como dolorosa. La mujer salía de sí y se enroscaba en las manos del intérprete. Casi se le veía el humo del alma escapar por la boca y llegar al escenario. De niña, me asustaba. Un día se lo dije a Gabi: tu madre se transfigura en los conciertos, entra en éxtasis. Gabi me dijo que lo sabía. Me lo dijo con sequedad, molesto.

La languidez de la madre irritaba a los hijos. Les desagradaba mucho su entrega mística a las sonatas de Schumann. Cuando Gabi la llamaba joven decadente no estaba siendo cariñoso, tan sólo cruel. Había un fondo de desprecio en los tres hijos, pero Gabi nunca me dio pie para reprochárselo. Siempre sentí que había una injusticia gélida

en la vida de esa mujer que ni su muerte reparó. Al final de su entierro, en la puerta del cementerio alemán, abracé a un Gabi que ya estaba gordísimo. Me metí con él por sus kilos y le dije que su madre se había muerto de pena. Se murió de tristeza, le dije. Gabi se puso rígido, se apartó de mis brazos y me dijo: sí, de la pena que jamás le dimos nosotros.

—¿No crees que la tristeza de tu madre podría explicarse con lo que los israelíes dicen saber de tu familia? —le pregunté a Fede, que salió de su ensimismamiento. No lo vio venir.

—Mi madre… —Y dejó esos puntos suspensivos colgados del gintónic que sostenía en la mano—. Nunca pienso en mi madre. No sé tampoco si quiero saber por qué era así.

—La joven decadente —dije.

Fede se rió con ganas.

—Joder, es verdad, tú también te acuerdas. La joven decadente. Qué cabrón era Gabi, no dejaba pasar una.

—¿Merece tu madre que sigas la pista de los nazis?

Fede apuró el gintónic y lo dejó en la barra.

—No lo sé, Berta.

20. Fede

Siempre que viajaba a Zaragoza, el avión salía con retraso, comía mal y sufría ardor de estómago. Confiaba en que se me pasara en el aire, aunque nunca era así. Los cambios de presión, el aterrizaje, la estrechez del asiento y la amargura de la espera ante la puerta de embarque sólo lo agrandarían hasta invadir todo el aparato digestivo. Al llegar al hotel —porque tampoco le acepté a Ioana la oferta de prepararme la habitación pequeña en casa de papá—, mi interior sería una zarza en llamas que abrasaría cualquier palabra amable que ayudase a entenderme con mi hermana. Para cuando me abroché el cinturón y cerré los ojos, con la ilusión vana de dormir una hora, ya sabía que aquel viaje sería en balde.

Me costaba discriminar qué parte de mi indigestión se debía a la angustia del encuentro y qué parte a la resaca de la noche con Berta. Le había tomado un cariño extraño e intenso en esos días, pero sin ninguna atracción sexual. Por eso me perturbó tanto sentir su deseo en el bar esa noche. Acertó con lo de Venus y Tannhäuser. Me dio miedo avanzar un paso más, pero no podía decírselo. ¿Cómo se habría tomado enterarse de que la veía como a una hermana? Mucho más hermana que mi propia hermana, porque a través de ella hablaba con Gabi. No podía decirle algo así sin insultarla hasta el tuétano.

Tampoco ayudaba la invocación de mamá, que yo mismo traía de mi última charla con Peter. La joven decadente de mamá, que tanta pena le daba a Berta. No le quise decir que entendía el enfado de Gabi en la cancela del cementerio cuando ella le dijo que se murió de tristeza. Aun teniendo razón —claro que murió de tristeza, era evidente para cualquiera—, a mí me seguía costando mucho compadecerme de su languidez. Pobre mamá, le he oído suspirar alguna vez a Eva, pero yo nunca secundaba sus suspiros, y le agradecía que no me pidiera cuentas de mi silencio.

Si alguna vez se diera la situación, me gustaría preguntarle a mi hermana si mamá le contaba a ella los mismos cuentos que a mí. Había una vez, querida Eva —como me decía a mí querido Fede: mamá narraba en estilo epistolar—, una muchacha que vivía sola en un piso de la calle Gascón de Gotor. Un edificio que tiraron cuando yo era niña, un piso bien de gente bien de Zaragoza. ¿Qué hacía aquella muchacha sola en ese piso enorme? Quién sabe, caprichos. Eso no

ocurría en la colonia alemana, donde las muchachas se casaban bien, pero sin duda pasaba en comunidades menos morales. La chica, en fin, vivía sola.

¿Como Pippi?, preguntaba yo a mamá, pensando en Pippi Calzaslargas y su caballo.

No era tan pequeña, me aclaraba mamá. He dicho que era una chica, no una niña. Tendría, qué sé yo, veinte años, alguno más. A lo mejor era huérfana y había heredado el piso de sus padres y no se había casado por la razón que fuera, pero vivía sola en un piso estupendo. O, al menos, eso creían los demás. Que vivía sola, no que el piso fuera estupendo. Porque resulta que la chica hablaba mucho con Heinzchen, su duende doméstico. Heinzchen era divertido, amable, la ayudaba a doblar las sábanas, le tendía la colada y la avisaba si se le quemaba el guiso en el hornillo. Heinzchen estaba siempre en casa. A veces se reía, a veces abría y cerraba puertas o desordenaba una alacena. A Heinzchen le encantaba bromear y cambiar el azúcar por la sal o encender las luces en mitad de la noche.

A ella le gustaba el sentido del humor de Heinzchen, que la acompañaba desde no sabía cuándo. Gracias a él, nunca se sentía sola. Pero no sabía cómo era. Heinzchen, como todos los duendes, no se dejaba ver. Su presencia se notaba por ruidos y voces, nunca por una figura. Por eso, una noche, la chica le pidió que se mostrase. Quería saber cómo era. Aunque fuera una vez, por favor. Heinzchen le respondió que de acuerdo: si bajas al sótano, me encontrarás.

Era tarde y no habría nadie en el sótano, que se usaba como cuarto de las calderas, pero la chica bajó sin miedo porque confiaba en Heinzchen y tenía muchas ganas de saber cómo era. Abrió la puerta de madera vieja, encendió la luz y bajó los peldaños de la escalera angosta, iluminada por un par de bombillas que colgaban desnudas del cable. Al llegar abajo, vio un barril que no le sonaba haber visto antes, pero ni rastro de Heinzchen. ¿Dónde estás?, preguntó. Mira en el barril, le dijo la voz del duende. La chica se acercó al barril y, al asomarse, vio un bebé ahogado en agua y un montón de sangre.

Mamá se calló en ese momento. No hizo ningún énfasis, ni siquiera subió el tono. Sentada en la cama, me acariciaba la mano y me miraba con la misma dulzura indiferente. Yo no sabía reaccionar. Ni siquiera estaba seguro de que ese fuese el fin de la historia. ¿Saltaría el bebé del barril y atacaría a la chica? ¿Cómo reaccionó ella? ¿Qué pasó a partir de ahí? Mi madre no lo aclaraba. Tan sólo añadía contexto: resulta, me dijo, que la chica había tenido años atrás un hijo secreto al que ahogó en un barril.

Punto.

Buenas noches, dijo. Y se levantó y apagó la luz.

Yo tenía cinco o seis años.

Así era mamá.

21. Ziv

Después de tantos años fuera de Israel, mis amigos me llamaban el Loco, en español. Todo en mi vida se decía en español. Demasiado tiempo en los restaurantes de Recoleta y en los asadores de la Rambla de Montevideo. Demasiados años de salsa chimichurri, sin probar la shakshuka de mamá. Demasiados años sin leer de derecha a izquierda. Me acostumbré al alfabeto latino.

No sé en qué momento dejé de llamar casa a Eretz Israel ni cuándo supe que mi destino estaba en la diáspora, una diáspora personal y elegida. Gal, que tiene un humor muy retorcido, me regaló un grabado de Doré que compró en una librería anticuaria de París junto a la Comédie, en cuyo escaparate siempre nos fijábamos, aunque nunca entrábamos. O tal vez me mintió y lo consiguió en una subasta o a saber cómo. Nunca había que preguntarle a Gal por los detalles, casi siempre eran desagradables. Hay poquitos ejemplares de la serie original, me explicó, y no quiso decirme cuánto le había costado, pero sé que no fue una baratija. Las primeras series de Doré están muy cotizadas.

Lo tenía colgado en el despacho y pocos reparaban en él. Representa al judío errante en el momento de empezar su errabundia. A la izquierda asoma Jesús en la cruz, y en primer plano está el judío, casi una caricatura antisemita: es un viejo barbudo, un mendigo que empuña un cayado rústico. A mis padres no les gustaría. A casi ningún amigo de mi ciudad le gustaría. No podría tenerlo en mi casa de Tel Aviv. Sería como poner Wagner a todo volumen, me acusarían de delito de autoodio. Pero a mí me gusta. Gal sabía que me iba a gustar.

A quien se interesa por el cuadro le explico que el viejo barbudo fue un judío que se burló de Jesús en la cruz, y este, moribundo, le condenó a vagar por el planeta hasta su regreso al final de los tiempos. Por supuesto, me pongo del lado del judío y no sólo por solidaridad de tribu. Ese Jesús no aguantaba una broma, sólo ponía la otra mejilla en teoría. En la práctica, era un ser quisquilloso y vengativo. Qué lástima de judío, tanto castigo por tan poco pecado. Los cristianos se inventaron esta historia para subrayar la crueldad de los hebreos, insensibles al sufrimiento del mesías, pero para mí era un ejemplo de sadismo antisemita. Por mucho que estuviera muriéndose desangrado en la cruz, ese señor era dios y, como tal, omnipotente.

Que abusase de su omnipotencia para condenar a un viejo que se burlaba de él desacreditaba toda la caridad cristiana. ¿Debíamos compadecernos de un dios que no soportaba un chiste? ¿Esa era la religión del amor?

El judío errante fue la primera propaganda antisemita, si descontamos la primera diáspora y la destrucción del segundo templo. La idea de ese maldito que vaga por la tierra siglo tras siglo y no descansará hasta la segunda venida de Cristo asustaba a los niños. El judío errante no era un desgraciado digno de compasión, sino el hombre del saco, el Boogie Man, el Tío Camuñas. Era un cuento pensado para mantener a los judíos en sus guetos y en el shtetl. Si los niños veían a un judío de barbas rojas merodeando por su barrio, le tiraban piedras. El judío errante envenenaba los pozos y raptaba a los niños para sorberles la sangre y asar sus mantecas. El judío errante ha inspirado terrores nocturnos que han acabado en pogromos y en campos de exterminio. Es un mito racista y abyecto —les explicaba a las visitas que admiraban el grabado—, pero creo que los israelíes hicimos mal en denostarlo. Deberíamos aprovecharnos de él, vagando por la tierra y aterrando a los gentiles. Yo me identifico con el judío errante. Aspiro a que los enemigos de mi pueblo tiemblen cuando rondo sus vecindarios.

Estás loco, Ziv, me decían los amigos argentinos cuando se hartaban de escuchar mis teorías. Y acabaron por llamarme Ziv el Loco. Me gustaba. Gal, cuando estábamos solos, me decía Loco.

Hay quien prefiere no tomarme en serio para no temerme, y quien me teme porque no me toma en serio. Como no son capaces de adivinar mis intenciones, o mis intenciones les parecen absurdas, recelan y marcan distancias. Los locos somos imprevisibles, casi nunca inofensivos.

El proyecto urbanístico del estadio, para mi desilusión, atemperó mi locura ante los demás. La ambición es un lenguaje universal. Todo el mundo acepta que estés dispuesto a cualquier cosa por dinero. Sobreentienden tus maniobras y justifican cualquier crimen. Si hay plata de por medio, no hay que explicar nada, te toman por cuerdo. Como inversor, me convertí en un enemigo comprensible. Los políticos, los otros empresarios, la gente en general, todos creían entenderme. Quizá porque envidiaban mi posición. Les gustaría verse en mi despacho, manejando millones y diseñando ciudades.

Pero todo eso era una tapadera. Ojalá saliera bien la operación, claro. Lo deseaba sobre todo por mis socios y por Gal, pues se la habían trabajado a conciencia y habían arriesgado algún que otro millón. De todas nuestras inversiones en el mundo del fútbol, esta era la más fuerte y no me gustaría que se malograse, pero en el fondo me importaba poco que esa maqueta terminara construyéndose. Tampoco

me inquietaba el futuro del equipo, ni que subiera a primera división o ganase nada. Lo importante era estar allí, dejarse notar, merodear sus vecindarios, que me vigilasen con miedo desde lejos y pidieran a sus niños que se metieran a jugar dentro de casa porque no les gustaba mi aspecto.

La noche anterior había cenado con el alcalde y pronto llegaría Gal a interesarse por lo que habíamos hablado. Se iba a decepcionar. No sólo porque no me había asegurado los votos, sino porque ni siquiera hablamos de lo que íbamos a hablar. Me cayó simpático. Por supuesto, no quiso venir aquí, aunque le ofrecí garantías de discreción. Él mismo eligió el restaurante, un sitio bastante escondido en la calle Predicadores, una bodega que había resistido al asedio de Napoleón. Lo usaban en 1808 como refugio contra las bombas, me dijo, y me explicó que hay un barrio de la ciudad que debe su nombre a la pieza de artillería con la que los franceses la machacaban. El barrio se llama La Bombarda. Me hizo gracia.

—Ya se habrá dado cuenta —dijo, y deduje que el tratamiento de usted era en él una manera de marcar distancias, no una muestra de respeto— de que los zaragozanos tenemos fama de brutos y de quitarles hierro a las tragedias. Y esa ha sido nuestra maldición, el origen de nuestra insignificancia. Verá, este sitio donde vamos a cenar tan ricamente (más ricamente usted que yo, que estoy a dieta) es un legado de terror. Es como cenar en un búnker de Dresde. ¿Se imagina a la buena gente de Dresde ofreciendo salchichas y cánticos regionales en el refugio donde sus abuelos sobrevivieron a los bombardeos? Pues a mis antepasados les faltó tiempo para convertir los sótanos del terror en tabernas. Aquí venían a beber del porrón y a cantar jotas. Este era un barrio de putas y toreros, un sitio muy divertido, pero también trágico. Está usted en una ciudad que se ha negado a tomarse en serio a sí misma, que jamás se ha sentido abrumada por el peso de la historia, aunque no le han faltado motivos para ponerse solemne y convocar un *Te Deum* diario. Los ejércitos napoleónicos la dejaron hecha escombros. Casi un siglo después de la guerra aún había edificios en ruinas, y si se atreve a pasear por este barrio viejo (y no se lo recomiendo, tras la entrevista nefasta que salió ayer, que no le ha convertido precisamente en un personaje entrañable), verá restos de metralla, heridas de aquellos asedios. Fue un episodio terrorífico. Más de la mitad de la población murió, se pasó un hambre bárbara, como en Leningrado. Hubo canibalismo, se acabaron las ratas, se comieron hasta la madera de las puertas, sufrieron el cólera. Todos los espantos que pueda imaginar sucedieron en estas calles hace dos siglos. Y, sin embargo, el recuerdo que queda es folclórico. A la pieza de artillería que destripaba a los chiquillos la llamaron bombarda, como si fuera una compañía simpática, pirotecnia de fiestas de pueblo. La guerrillera

que lideró un contrataque con un cañón se convirtió en personaje de zarzuela. Toda la memoria popular rezuma chirigota y charanga. A mí me encanta, no lo critico. A esa actitud la llamarían ahora resiliencia. Claro que era gente de otra pasta, campesina, directa, antisentimental. Muy simple, en realidad. Nos faltó un Primo Levi, un Kafka o un Kundera. Aquí no ha habido nada de eso. Tuvimos un Goya, pero fue tan bruto como sus paisanos. Cuando se puso trágico, nadie le entendió. Lo que le quiero decir, Ziv, es que se ha equivocado de sitio: aquí la grandeza no le importa a nadie. Yo creo, fíjese, que les gusta tener al equipo en segunda, para poder criticarlo y hacer chistes de calzón largo. No sé si soportarían animar a unos campeones, harían mala sangre de pura envidia. Nosotros preferimos la autocompasión. Si viene usted a levantar orgullos, pinchará en hueso. Aquí no sabemos qué cosa es el orgullo, ni queremos saberlo. Por eso vivimos tan felices. Para otras cosas, esa actitud tan descuidada es una lata. Sería mucho más fácil ser alcalde de una ciudad quisquillosa y chovinista. Con adular un poco la vanidad de patria chica, tendría garantizado el pase a la historia.

—Qué historiador ha perdido la academia y qué buen alcalde ganó Zaragoza.

—No sea pelota, no jodamos. Creía que íbamos a llevarnos bien.

—Alcalde, como conocedor de la ciudad, le supongo enterado de la leyenda de santo Dominguito de Val.

—Cómo no. Lo que me sorprende es que la conozca usted.

—Uno de mis caprichos inversores, más una obra de caridad que un negocio, es una agencia de viajes para judíos. Organizamos visitas a antiguos guetos, a aljamas, a cualquier resto cultural que quede en la vieja Europa. Son viajes deprimentes, no los contratan las familias que van a Disneyworld. Trabajamos con universidades y con centros culturales judíos, casi todos norteamericanos. Tenemos varios circuitos por Sefarad, y uno de ellos pasa por Zaragoza.

—Coño, no tenía ni idea. ¿Esto lo saben en el patronato de turismo?

—No se emocione, querido alcalde, son viajes muy austeros, no van a llenarle los restaurantes de guiris. Los judíos somos poquitos y discretos. Es una excursión breve, creo que ni siquiera hacen noche. Visitan la casa Zaporta y la antigua judería y les meten un poco de miedo contándoles el pogromo de 1391, explicándoles que la persecución a los judíos fue muy anterior a la expulsión de 1492.

—Sí que es una visita triste.

—Bueno, peor es Auschwitz. El caso es que también se incluye una visita a la capilla de Santo Dominguito de Val y se les explica la historia. Me cuentan en la agencia que es un verdadero hit. Incluso los doctores en historia se sorprenden y escandalizan.

Lo de santo Dominguito era un libelo de sangre medieval clásico. En

tiempos de la peste, en muchos lugares de Europa se acusó a los judíos de envenenar los pozos y traer la desgracia. La leyenda de santo Dominguito habla de un niño que desapareció en Zaragoza, hijo de unos labriegos muy devotos. Por supuesto, lo secuestró un judío para sacrificarlo en una noche de sabbat y perpetrar con sus vísceras ciertos rituales satánicos. Cuando encontraron el cuerpo, lo santificaron y le dedicaron una capilla en la catedral. Antes, eso sí, prendieron fuego al barrio judío. Los infanticos, los niños cantores de la escolanía, adoptaron al santito como patrón y todavía le cantan coplas en bellas polifonías.

Hasta aquí, nada anormal. Hay centenares de santos Dominguitos por toda Europa. La misma historia se repite en cantigas, romances y hasta en *Los cuentos de Canterbury*. El agravio que escandalizaba a mis clientes de la agencia era que la archidiócesis de Zaragoza estaba en rebeldía. El Concilio Vaticano II, que censuró todas las manifestaciones antisemitas de la Iglesia, prohibió la adoración a estos niños santos, fruto de leyendas sin verificar en las que los judíos cometían atrocidades. El culto a santo Dominguito de Val está proscrito por el Vaticano, pero como los católicos pata negra siguieron poniéndole velas, la archidiócesis siguió alentándolo. Se celebraba su fiesta en agosto y se mantenía el culto como si nada.

—Ya, ¿y qué cojones quiere que le haga yo? No pretenderá que llame al arzobispo y le pida que se meta al niño santo por el culo, sólo para darle gusto a usted. Aunque en esta ciudad no seamos orgullosos, no nos haga elegir entre el fútbol y la virgen, que lo mismo se lleva una sorpresa. No se deje engañar al ver las iglesias vacías y el estadio lleno.

—Sería una hermosísima demostración de poder —le respondí—, pero no, no tengo el menor interés en cambiar las costumbres locales. Sólo quiero subrayar que el antisemitismo es antiguo y omnipresente. Es invisible para el gentil, pero ominoso y obvio para cualquier judío. Casi ciega. Zaragoza no es una ciudad rara. España no es un país raro. Bueno, sí, lo es en el sentido de que su antisemitismo es tan viejo y está tan enroscado en el folclore, en la tradición, en la religión y en la historia que reluce con mucha más fuerza que en los países que sufrieron el Holocausto. ¿Conoce los Stolpersteine, los adoquines que se colocan frente a las casas de las víctimas de la Shoah? Aquí apenas hay. Creo que pusieron algunos en Madrid y en Barcelona, pero nada que ver con los de Europa. En París te los tropiezas a cada paso. Como España expulsó a los judíos en el siglo XV parece que esta historia no va con ustedes, pero son tantas las fiestas, las alusiones, las costumbres y los santos Dominguitos que el vacío se ilumina y palpita, como en las esculturas de Gargallo. Para alguien como yo, pasear por España es, permítame la cursilería, transitar una ausencia. Los

Stolpersteine y los monumentos de Europa conmueven, como conmueve el cementerio judío de Praga y las sinagogas en ruinas, pero esa memoria es culpable. Quien la conserva se arrepiente, pide perdón, es casi un acto religioso de humildad. Lo de España es distinto: el odio antiguo se ha pacificado y se ha transformado en platos, fiestas, refranes, tradiciones literarias, devociones populares… No hay arrepentimiento, sino una memoria naturalizada en el paisaje que sólo un judío extranjero como yo percibe como los ecos de las matanzas.

—Ya me advirtieron sobre usted, pero impresiona mucho más en carne. ¿Qué se le ha perdido en el negocio del fútbol? Tiene que pasarlo verdaderamente mal en ese ambiente de puteros.

—No lo infravalore, alcalde. La política en la que usted vive tampoco es precisamente el Collège de France. Es cierto que el fútbol me interesa poco, pero tampoco me es ajeno del todo. Se aprende muchísimo del comportamiento humano. Los códigos que funcionan en el deporte profesional son muy diferentes a los de otros sitios. Nadie se autocensura, no saben lo que es morderse la lengua ni la discreción, todo se hace por cojones y con palmadas en la espalda. En cierto sentido, es muy refrescante vivir en una masculinidad tan… ¿Cómo llamarla? ¿Procaz?

—Son más brutos que un arado.

—Es una manera muy futbolística de decirlo. Pero en parte tiene razón, no estoy lo que se dice en mi salsa, por eso es mi socio el que lleva el día a día, aunque le gusta menos que a mí, quien gestiona la plantilla, se reúne con los directores deportivos, aprueba los fichajes, estas cosas. Yo superviso y doy la cara, pero me desentiendo bastante de los detalles y me relaciono poco con el gremio.

—Bueno, el fútbol se ha llenado de intelectuales y de escritores. Hace unos años era un horror de analfabetos, pero ahora su mundo está lleno de gente con lecturillas. Usted no se acordará, pero yo conocí a Vázquez Montalbán, que daba unas palizas con el Barça y la copla que aburría hasta a Kubala. Entonces era una rareza, el escritor futbolero, pero hoy son legión.

—No me haga hablar, alcalde. Prefiero mil veces a los brutos forrados de tatuajes que a los intelectuales del balón. Qué pesadilla. ¿Ha leído a esos poetas que crecen como la peste en los periódicos? Qué empalago, qué cursilería.

—Entonces, ¿cómo sobrevive? Porque estas reflexiones sobre la herencia antisemita de la vieja Sefarad no triunfan en una cena con los de la federación española de fútbol.

—Bueno, no se crea. Yo hablo de lo que me da la gana y ellos se joden y me escuchan porque soy el que manda. ¿A que a usted también le pasa? ¿Cuántas conferencias improvisadas sobre el origen

del barrio de La Bombarda le han aguantado sus concejales fingiendo que les interesaba mucho?

—La hostia, no era cierto que usted fuera más seco que la mojama. Tiene mucho humor.

—Cambie de informantes, alcalde. Le espían mal.

—Bueno, si me permite ponerme serio un poco, le he convocado porque me alarmó y extrañó mucho la entrevista que dio a Yeiyei.

—Me alegro, objetivo cumplido. De alguna manera tenía que llamar su atención.

—Déjeme aclararle que no hay ningún cambio. El partido mantiene su postura, no vamos a aprobar el plan. Espero que no se haga ilusiones en ese sentido.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de la cena?

—Tiene que dejar en paz a Eva Schuster.

Qué divertido, pensé. Papá alcalde ruge para defender a su leoncita.

—¿Cree que ella es la nazi que vengo a cazar?

El alcalde abrió el portafolios que había dejado en la silla libre. Parecía el zurrón de un pastor, y por un momento temí que sacara una rueda de queso y una bota de vino, pero contenía algo aún más extraño: un cartapacio hecho polvo que resultó ser un álbum de fotos de formato apaisado.

—Como bien sabe —dijo—, soy curioso y colecciono muchas cosas sobre la historia de mi ciudad. Esto me lo regaló Eva cuando la dejé colocada como candidata para las elecciones generales. No sé con qué pretextos lo arrancó de las manos de Elfriede, que lo custodiaba. Elfriede es algo así como la administradora de la colonia alemana. Vino en los años sesenta a dar clases de alemán, conoció la historia de los alemanes del Camerún y gracias a ella se le ha dado lustre y se ha preservado su herencia. Si no fuera por lo plasta que es (una pesadez germánica, créame, una cantora de Núremberg, insufrible), ni en el colegio alemán sabrían nada de todo esto. Entre los papelotes que acumuló estaba este álbum. Yo creo que lo robó del propio colegio, lo tendrían pudriéndose en algún altillo, y la verdad es que estaba mejor en su casa. Pienso donarlo al museo de historia de la ciudad en cuanto me retire. Mire, pase las páginas con cuidado, no la vayamos a joder.

Era, efectivamente, un álbum de recuerdos escolares de los años treinta y cuarenta. Excursiones, niños en un patio, niños en un aula, niños haciendo gimnasia, niños en un teatro… Y en todas partes, banderas nazis, cruces gamadas, retratos de Hitler. En una foto, unos niños de jardín de infancia se cuadraban brazo en alto bajo un árbol junto a una bandera con la esvástica.

—Impresiona, ¿verdad? Ahora que tenemos a los nazis como la representación de lo demoníaco, ver a estas criaturicas cantando himnos y adorando cruces gamadas da repelús. Tiene un aire de

película de terror clásica, y el blanco y negro lo refuerza. Pero para alguien, vaya usted a saber quién, estas fotos eran recuerdos entrañables, recuerdos de su propia infancia. Hay gente en esta ciudad que no vería ninguna connotación satánica aquí. Miran las fotos y sólo ven niños jugando. Ven a sus padres, a sus abuelos, tal vez a ellos mismos. ¿Cómo eran los versos de Machado? Monotonía de lluvia tras los cristales. Si este álbum ha llegado hasta aquí fue porque tenía un valor inmenso para alguien. Fíjese en la cubierta: está rotulada en inglés y lleva un sello casi ilegible. Es de las fuerzas armadas británicas. Como ya sabrá, pues en la entrevista con Yeiyei parecía saber mucho sobre el asunto, cuando Alemania capituló en mayo de 1945, todas las propiedades del Estado alemán pasaron a manos de los ocupantes, incluidas las instituciones de fuera de Alemania. Franco no entregó a ningún nazi de los que buscaban, pero colaboró con los aliados dejando que la embajada inglesa en Madrid se hiciera cargo de los colegios y los centros culturales y los cementerios y las empresas y los consulados y todo eso. Los ingleses se incautaron de este álbum como se incautaron del resto de los papeles que encontraron. Pero luego volvió a las manos de alguna familia alemana. ¿Cómo sucedió? Ni idea. Supongo que los ingleses no vieron nada interesante en un recuerdo escolar, pero es raro que alguien se tomara tantísimas molestias para rescatarlo. Debía de ser una persona muy influyente, con el poder de importunar a la diplomacia franquista y obligarlos a hacer gestiones entre embajadas. Lo normal era que esto hubiera acabado en la basura o archivado sin más en alguna nave del ejército. Pero sobrevivió a todo y ahora está aquí.

El alcalde estaba en verdad emocionado, y era extraño un arrebato tan sentimental en un político con tanta fama de práctico. Se detuvo en el retrato de una clase junto a su profesor. Todos posaban formales y endomingados. El alcalde me señaló al maestro, un tipo vestido de traje claro. Más que apuesto, resultón. Se le notaba musculado bajo la chaqueta fina de entretiempo. El corte de pelo a cepillo no le favorecía, pero le daba un aire autoritario que convenía a su trabajo.

—Se parece a usted —dijo el alcalde. Y tenía razón, maldita sea. Yo estaba mejor armado, con la musculatura mejor repartida. Quizá porque ahora hacemos las sesiones de gimnasio más metódicas—. No se ofenda, pero, para ser un cazador de nazis, se parece usted más a un nazi obsesionado por el cuerpo que a…

—¿Que a un judío miope y escuchimizado? Discúlpeme si no todos los judíos somos Woody Allen y contamos chistes.

—Sólo le señalo una curiosidad. Usted, con su corpachón de atleta, está más cerca del triunfo de la voluntad que de la sinagoga. Pero no seguiré por ahí. He esquivado los charcos toda mi carrera y no voy a terminarla chapoteando en uno, aunque sea en una cena privada. A

este caballerete musculoso le llamaban Herr Schmidt. Albert Schmidt, aunque la mayoría de la gente no recuerda su nombre de pila. Herr Schmidt vino de Alemania para dirigir el colegio en 1934. Fue un tipo importante con una misión: nazificar a los alemanes de la ciudad.

—¿Y qué fue de él?

—¿Qué quiere decir?

—¿Volvió a Alemania? ¿Le juzgaron? ¿Se ahorcó? ¿Se tragó una píldora de cianuro? ¿Se reventó los sesos con una Luger?

—Ni idea, pero supongo que se podrá averiguar.

—Yo creo, alcalde, que sobrevivió como lo hizo este álbum. Y que vivió feliz y tranquilo muchos años, y que a lo mejor usted mismo se lo cruzaba por el paseo de la Independencia o junto al Cabezo los domingos después de misa y le parecía un señor cabal y respetado.

—En mi casa no íbamos a misa.

—Ya me entiende.

—Pues no tengo ni idea, pero sí le puedo decir que este chavalín, el segundo por la izquierda, ese que sonríe como si acabara de hacer una trastada, es Juan Schuster.

—Oh, el nazi chiquitito, qué monada.

—La niña de al lado murió hace poco, Valeria Seegers, la de los regalices y juanolas. —Siguió pasando páginas y señalando niños—. Este es un Klein, pobrecicos, eran casi pobres al lado de los demás, tenían tintorerías. Aquí, Pedrito Kreuze, seguramente conocerá a sus hijos, tenían intereses en el equipo de fútbol, son los de la cervecera. Esta creo que era Laura Wiesenthal. Los Wiesenthal tenían restaurantes y más cosas. En fin, creo que se hace una idea: por ese colegio pasaron todos los que movían los hilos de la ciudad, y todos cantaron himnos nazis y saludaron a Hitler y lloraron a mares cuando Alemania perdió la guerra.

—No sé adónde quiere ir a parar, alcalde.

—A que no sé qué nazis viene a cazar, pero esto es historia digerida, metabolizada y cagada. El dinero de estas familias es ya viejo. Algunas se arruinaron. Ya sabrá lo que pasó con la fábrica de salchichas de los Schuster. Los apellidos se han diluido en algunos casos, porque ha pasado mucho tiempo. Fueron muy importantes, influyeron mucho. Algunos incluso eran capaces de rescatar papelotes incautados por ejércitos extranjeros. Pero ya no son nada. Nadie se va a escandalizar por lo que hicieron sus abuelos, porque ellos ya no importan. Pero lo peor es que no lo saben. Han crecido en un mundo aparte, les han educado en una Alemania inventada que nunca existió, y tienen una imagen muy distorsionada de sí mismos. Se creen que la ciudad los admira o los teme, cuando ni siquiera sabe que existen.

—Si tan seguro está de que no puedo hacer ningún daño, francamente, no sé qué quiere de mí.

—Déjelo estar. De verdad. Deje de atosigar a esa familia. El voto está decidido, no cambiará nada y lo que quiera que vaya a contar de la familia Schuster no va a afectar a su reputación. Ya ve de dónde vienen. No eligieron ir a un colegio con Herr Schmidt. La historia es la que es, eso lo sabe todo el mundo.

—En tal caso, ¿por qué me disuade?

—Porque Eva necesita toda la fuerza ahora mismo. Tal vez la escandalera no la arruine, pero sí la debilitará y distraerá. Llevo mucho tiempo preparándola para este paso y no quiero que empiece enredándose en explicaciones sobre su familia. Ziv, ¿puedo llamarle Ziv?

—Puede llamarme incluso el Loco, como mis amigos. Y tutéame, por favor.

—Dejémoslo en Ziv por ahora. Ziv, entiendo tu cabreo por no sacar adelante el proyecto. Estamos en una situación muy delicada. Quizá en otro momento, con otros plazos y otro juego de alianzas que nos permitiera más libertad, habríamos llegado a entendernos. Hoy es imposible, llega todo demasiado tarde, sería un escándalo regalaros ese terreno. Vamos, yo creo que nos llevarías a la cárcel, y estoy mayor para eso. La comida de las prisiones engorda un montón. Ya has visto lo que me obligan a comer: mi corazón no aguantaría una dieta penitenciaria ni dos semanas. Insisto en que el estadio nuevo y la urbanización están fuera de la mesa, tienes que entenderlo. Pero seguro que hay algo que puedo hacer por ti.

—¿A cambio de dejar en paz a Eva Schuster?

—A cambio de dejar en paz a Eva Schuster.

Sí que era un sentimental este alcalde. O había algo que mis informantes habían pasado por alto —lo cual era improbable— o en verdad el viejo tenía una conexión profunda con la alemanita. Así que el judío errante aún daba miedo, a pesar de todo. El político viejo que lo sabía todo se humillaba ante el recién llegado para salvar a su princesita.

Pronto llegaría Gal a pedirme cuentas. No le gustarían mis noticias. A él no le importaba el poder, sólo los resultados. A mí me bastaban la humildad canina con la que aquel hombre acostumbrado a mandar guardó el álbum en el zurrón de pastor, la súplica incómoda y el riesgo que estaba dispuesto a correr por su protegida. Vine a dar miedo y miedo era lo que me mostraba ese señor tan desencuadernado como el cartapacio de las fotos. Ay, Gal, si me hubieses acompañado en la cena, si no estuvieras tan pendiente de la tramoya y te paseases alguna vez por el escenario, entenderías que esto no va de actos, sino de todo lo que puede suceder. El goce está en lo posible, sólo en lo posible.

También le tendría que contar que me parezco al director nazi de

un colegio nazi, y que tuve pesadillas toda la noche con eso. O mejor no. Era un detalle demasiado burdo incluso para el Loco Ziv. El cazador cazado, me diría Gal. O peor: uno se convierte en lo que persigue. Cualquier obscenidad de ese tipo. Lo mismo me citaba a los palestinos. Capaz era de eso y de mucho más, porque a Gal yo no le daba miedo. Era su peor defecto.

22. Eva

Han cenado juntos en La Pepa, me dijo Asteri. Alfonso había llevado a esa rata chantajista a la bodeguita de los amigos. Después de advertirme sobre el lobo, como si fuese su Caperucita, se fue de compadreo y parranda con él. Seguro que le dio a probar vino de pitarra directamente del porrón y le enseñó unas jotas guarras. Me los imaginaba cogidos del brazo y cantando: chupa la minga, Dominga, que vengo de Francia; chupa la minga, Dominga, que tiene sustancia. Asteri ni siquiera se atrevió a abrazarme. Se alejó dos pasos, por si estallaba. Quizá me salió vapor por las orejas, en modo tetera, como en los dibujos animados. Puto Alfonso, no creí que fueras capaz de jugármela así. Sólo hablé cuando recuperé el dominio del cuerpo:

—Como se le ocurra sugerir, siquiera insinuar, que vamos a cambiar el voto… Mira, es que no le dejo ni hablar. No le consiento ni un carraspeo. Me levanto y me voy y no me vuelven a ver el pelo, y le dan por el culo a él, al partido y a la madre que los trajo a todos.

El móvil vibró y le hice una seña a Asteri para que lo mirase. Si es Alfonso, le dije, no quiero hablar con él.

—Es tu hermano. Ya está aquí.

Joder, Fede. Casi me olvidaba.

—Tenéis reserva en Angelito. ¿Quieres que vaya?

—No, prefiero ir sola, gracias. Ay, cariño, perdóname, estoy muy cabreada.

—A lo mejor no es nada, Eva. A lo mejor ha ido a cantarle las cuarenta.

—Una vez, Alfonso me habló de las puñaladas. Que eran ciertas, me dijo. Todo lo que se dice sobre el poder y la política es cierto. Nuestro mundo es el único que se esfuerza por encajar en la caricatura que los legos hacen de él. Me dijo: somos incluso peores de lo que la gente imagina. Me dijo que no podría hacer amigos, que todo era provisional, que nada valía nada. Me dio la típica charla condescendiente sobre la crueldad de la política. En parte, yo creo que para probar mi compromiso, para ver lo segura que estaba del paso que iba a dar, pero también lo hizo porque le gustaba impartir doctrina. Ya le conoces, le encanta escucharse hablar, se da discursos a sí mismo. En fin, que entonces me lo tomé en serio y le dije que por supuesto, que tenía las espaldas anchas y la piel dura, y que ya podían

clavarme puñales, que se iban a doblar todas las hojas. Que tuvieran cuidado los demás. Que yo no me casaba con nadie y siempre andaría con mil ojos. No sabía que me estaba advirtiendo sobre sí mismo. Mírame ahora: no he hecho amigos en la política, pero tengo un novio y una especie de padre traidor. ¿Has visto cómo he seguido los consejos de ser independiente y no fiarme de nadie? Me lo tengo merecido.

—¿Tienes un novio en la política? —dijo Asteri—. ¿Y me lo cuentas ahora?

—No seas bobo.

—No, no, es la primera noticia que tengo de esto de ser novio. A lo mejor deberías habérmelo preguntado antes. ¿Estamos saliendo o algo? ¿Tengo que presentarte a mis padres?

—No me vaciles, mi amor, no es el día. Sólo quiéreme, aguántame y rescátame luego de la comida en Angelito. No vengas, pero estaría bien que me sacases de allí pronto con la excusa de una urgencia.

—Con un poco de suerte, habrá una urgencia real y no tendré que inventármela.

23. Fede

Podría decirse que he aprendido a callar, pero con Eva sería más preciso decir que he aprendido a modular los silencios, como quien maneja una emisora de onda corta. Subo o bajo la frecuencia del silencio según lo requiera la situación, armonizando las palabras que no digo con las frases que ella reprime. Podríamos no decirnos nada, ni siquiera las cortesías indispensables, y la comunicación entre nosotros fluiría como siempre. En el restaurante teníamos la ventaja de que ni siquiera había que hablar con Angelito Júnior, quien tenía libertad para sacarnos la comida que le diera la gana y servirnos el vino sin preguntar quién lo probaba.

Llegué pronto. Pedí una cerveza y me peleé con unas aceitunas con hueso cuyo aliño estaba un poco pasado. Joder, Angelito, estuve por decirle: me has sacado las de hace un mes. Mira a ver si tienes aceitunas de esta temporada, que no me abran la úlcera. Eso le habría dicho papá a su padre, el Angelito Primigenio. Y este le habría respondido algo socarrón y cruel. Qué morro fino tiene el salchichero, por ejemplo. O a ver si se aplica el mismo listón de calidad a sus salchichas, que ya quisieran ser la mitad de buenas que mis aceitunas de los olivos viejos del Bajo Aragón.

Nuestros padres se trataban con sangre cordial. Una generación después, la distancia era insalvable. Por mucho que Angelito Júnior me afease lo del hijo pródigo, ni yo tenía el talento para despreciar de mi padre, ni él, la paciencia y la retranca del suyo. Así que me comía esas aceitunas que llevaban demasiado tiempo en el frigorífico y llenaba el platillo de los huesos en el mismo silencio que me habría gustado regalarle a mi hermana cuando al fin apareciera y se sentase frente a mí, disculpándose por llegar tarde.

Qué feo y terminal estaba todo. Faltaban camareros, y los que había eran viejos, los que no tenían otra vida a la que escapar, los que Júnior había heredado de su padre. Las chaquetillas, con brillos. Los manteles, desgastados de tanta lavandería. Con lo que había sido Angelito, y con qué lentitud se iba fundiendo a negro.

Eva traía ojeras y apenas sonrió cuando me dio un beso. No se sentó, sino que se derrumbó en la silla, dejándome claro que no tenía intención de pelear, venía rendida de casa. Agua mineral con gas y una rodajita de limón. Angelito Júnior se lo trajo sin que ella lo

pidiera. Ella lo agradeció con media sonrisa y yo deseché la sinfonía de silencios que llevaba ensayada y le pregunté si estaba bien.

—No, Fede, ¿cómo quieres que esté?

Hablaba sin acritud, casi en susurros, pero incluso así tenía el poder de hacerme sentir imbécil. Tal vez las hermanas mayores nazcan con esa capacidad. No importa lo que digan ni cómo lo digan, siempre nos empequeñecen.

Tampoco teníamos hambre. Yo traía el estómago revuelto por el viaje, y a Eva se le notaba que no había desayunado.

—Menudos gilipollas estamos hechos —dije—. Podíamos habernos saltado la comida y quedar directamente para un café.

—Me gusta venir a Angelito, y si no es contigo, ya no puedo venir con nadie. Esto cerrará pronto, ya verás. En cuanto le salgan las cuentas, Angelito Júnior se nos marcha. No entiendo por qué no se ha ido ya.

—No nos pongamos elegíacos. Un poco de vino sí tomaremos, ¿no? Y pide algo, aunque sea una ensalada, por dios.

—Que no nos pongamos elegíacos, qué risa. Si el pasado es lo único que nos queda. No tenemos hijos, nuestra familia termina en nosotros. ¿De qué vamos a hablar, si no es de los muertos y las herencias? O de los casi muertos, como papá. Si no nos ponemos elegíacos, no tenemos nada que decirnos.

Mantenía el mismo tono calmo y desnudo de rencor que en la primera frase, pero nunca la había visto tan cínica. No sabía cómo preguntarle lo que había venido a saber. Nunca habíamos hablado de papá en esos términos. ¿Qué sabía ella de sus entusiasmos nazis? ¿Sabía algo de Léon Degrelle? ¿Y de Michael Kühnen? ¿Debería contarle lo que había hablado la otra noche con Berta? Tras un rato de silencio en el que me acabé la cerveza y Eva dio tres sorbos a su agua, escogí el camino categórico:

—Bueno, ¿qué hacemos?

Eva me miró muy seria y se encogió de hombros.

—Nada —dijo.

—¿Nada? ¿Por eso no me contestaste los mensajes, porque no vas a hacer nada?

—Baja la voz.

—Coño, sí, perdona, pero es que… ¿No crees que tenemos que hablar de cosas? ¿Quién es esta gente que nos chantajea?

—Me chantajean a mí.

—Y a mí. Que nos van a cerrar el grifo en la universidad. No es que nos ofrezcan el oro y el moro si das tu brazo a torcer, es que nos quitan hasta la camisa si no lo haces.

—Que bajes la voz, te digo.

Hablaba casi en susurros, pero por los gestos parecía que gritaba.

Quien nos observase vería una escena de cine mudo: un señor muy enfadado y una señora muy tiesa.

—¿No entiendes que esto afecta a mucha gente? Ya no estoy hablando de mí ni de mi carrera. Me la suda mi carrera. Estoy hablando de salarios, de las becas de los estudiantes, del puesto de mi pareja…

—¿Tienes pareja? Felicidades, Fede, no tenía ni idea.

—Se llama Teresa, es colombiana, enseña literatura en mi universidad. Si vinieras a verme alguna vez, a lo mejor la conocías.

—No me jodas, Fede, con reproches a estas alturas. Así no vamos a ninguna parte. ¿Qué quieres que haga? En serio.

—No lo sé, pero habrá que hacer algo, ¿no?

—A ver si me queda claro —y bajó la voz aún más y se inclinó hacia mí—: ¿me estás pidiendo que negocie con el partido un cambio de postura sobre la mayor operación urbanística de los últimos veinte años en la ciudad, para permutar terrenos de uso público a un club de fútbol privado cuyo capital controla un consorcio de inversores relacionados con la mafia de Israel? ¿Es eso lo que me estás pidiendo? ¿Crees que las clases de literatura de mierda de tu novia merecen que me corrompa y que le regale un trozo de tu ciudad a la peor gentuza de Europa para que monten un casino o un puticlub de lujo y laven el dinero de sus basuras? ¿Eso es lo que me estás pidiendo? Dímelo ya, porque estoy hablando de más, y si Angelito Júnior o alguien me escucha y esto sale de aquí, te juro por dios que tu última preocupación van a ser los doctorandos de tu novia.

No, claro que no le pedía eso. De hecho, no sabía lo que decía porque ni siquiera lo había pensado. De hecho, pensaba que la Sociedad Lasker-Schüler, los fondos académicos y el emisario israelí que vino a verme y tenía los discos de Gabi en su casa de Tel Aviv eran exageraciones de mal gusto, amenazas tan de película que no podían ser verdad.

—De pronto me ha entrado hambre —dije, y le hice una seña a Angelito Júnior, que llevaba un rato fingiendo que no nos espiaba con el rabillo del ojo.

—Ya pensaba que os habíais hecho veganos o alguna mierda de esas. Como no me comáis en condiciones, cierro el chiringo ahora mismo.

Pedí jarretes, y Eva, una vichyssoise, uno de esos platos antiguos que ya sólo se podían comer en sitios como aquel. Le pregunté a Angelito si llegaron a tener suflé en la carta alguna vez o era un recuerdo infantil inventado.

—Y tanto. Un suflé de caerse de espaldas. Pero ya no lo pide nadie, y en las escuelas de cocina ni lo enseñan. Te vienen los chavales sabiendo mucho de nitrógenos y cosas esferificadas. Se saben de

memoria los menús de Mugaritz y de Aponiente, como nosotros nos sabíamos las alineaciones del Zaragoza, pero les pides que te hagan un pilpil, una holandesa o un civet de liebre y no saben ni de qué les hablas. Si tienes antojo, Fede, avísame con un día de margen y te preparo un suflé como los de mi padre. Estáis en vuestra casa, y con vosotros esto no es un decir.

Las peroratas gastronómicas de Angelito tenían la virtud de disolver los nudos entre Eva y yo, como un fisioterapeuta que aplica fuerza a una contractura enquistada. Supongo que por eso nos citábamos allí, porque jamás llegaríamos a la primera sangre en ese lugar. Cuando nuestro amigo se dio la vuelta, ambos nos sentimos aliviados e incluso nos sonreímos.

—Mamá siempre pedía vichyssoise, ¿te acuerdas? —dijo Eva, y yo asentí, aunque no lo recordaba.

En Angelito, mamá era apenas una silueta, casi un mueble del comedor. Nunca me fijé en lo que comía. Tampoco me hubiera sorprendido descubrir que no comía nada y se limitaba a acompañarnos en silencio y con la mirada perdida, tecleando sobre el mantel unos compases de Grieg que en la mesa le sonaban claros, como debían de sonar en su cabeza antes de atreverse a ejecutarlos al piano.

—Nunca piensas en mamá, ¿verdad? —me dijo. No respondí—. Ya, yo tampoco lo hacía, pero desde que murió me fui obligando a recordarla. A veces, cuando estoy sola en casa, y no es algo que pase a menudo, me pongo el *Peer Gynt* o unas sonatas.

—¿Qué fue del piano? ¿Está en el guardamuebles?

—Lo vendí. Liquidé casi todo, como me pedisteis. Ni Gabi ni tú lo queríais, y un piano no puede almacenarse. Si nadie lo iba a tocar, era mejor venderlo. No queda casi nada de mamá. No queda casi nada de nada, de hecho. El piso de Madre Sacramento lo amueblé de nuevas, no llevé apenas nada de la casa de Sagasta.

—El diploma de charcutero.

—Poco más. Debemos de ser la única familia de la colonia alemana sin su museo.

—Los Klein lo guardan todo, pero no lo tienen a la vista. Lo almacenan en cajas en un trastero. Deberíamos haber hecho lo mismo.

—Bueno, los Klein no tienen nada de lo que avergonzarse, siempre se llevaron bien, ¿no? Tengo entendido que has hecho buenas migas con Berta, que os veis en Alemania. No la reconocí en el cementerio.

—Acabo de venir de cenar con ella en Hannover.

—Es buena chica, siempre me gustó para Gabi. A mamá también le gustaba de novia. Creo que nunca perdió la ilusión de que Gabi se curase de lo suyo.

—Calla, calla, *curarse*, qué horror, no digas eso. Seguro que mamá

lo decía así, con ese mismo verbo.

—Mamá no decía nada. Ya lo sabes, sus obras maestras eran sonata silente en do menor op. 27 y concierto para mudo y orquesta sin instrumentos en re mayor op. 83.

Me sorprendió mi propia carcajada. Quizá fuera la primera vez que Eva me hacía reír. ¿Era mi hermana una persona divertida? Nunca había pensado en ella en esos términos.

—No sé por qué tenía un gusto musical tan conservador —dijo—: le pegaban más John Cage y las vanguardias.

—*The Sounds of Silence*.

El camarero trajo los platos y yo ataqué el mío con ganas, casi eufórico tras haber sorteado el cabo de Hornos de la conversación.

—Por supuesto que no quiero que hagas eso que dices, Eva. Lo que tenga que ser será, y, francamente, seguro que no es para tanto. He hecho algunas averiguaciones sobre papá y todo parece turbio, pero nada que te pueda afectar, con tanta agua como ha pasado bajo el puente. ¿Qué culpa tenemos de tener un padre nazi? Un nazi inofensivo, además. Un nazi recreativo, diría yo. Un tarado, vaya. En cualquier caso, si algo se llegase a filtrar, seríamos víctimas. Sólo quiero saber si tú sabes algo que yo ignoro. Me gustaría estar preparado, podríamos poner en común lo que sabemos ambos.

Eva pidió por señas otra agua con gas y me dijo:

—¿Ves como no piensas jamás en mamá? Has sido incapaz de mantenerla en la conversación ni un minuto de reloj, y sólo has aludido a ella para burlarte.

24. Eva

Era muy fácil eludir a mamá. Levitaba a dos centímetros del suelo y se movía sin dejar huella. Entraba y salía de las habitaciones sin que nadie lo notase, y a veces la luz le atravesaba la piel. Ni siquiera se hacía presente cuando tocaba el piano o escuchaba música. Su maternidad fue de fondo, como la banda sonora ambiental de una película conocida, esas melodías abiertas sin principio ni final que nadie escucha, pero que enmarcan el beso de los protagonistas y provocan que la realidad parezca real.

No me gustaba lo de la joven decadente, aunque entendía la rabia de Gabi. Cómo no entenderla, si era obvia en algunas de sus canciones. *La reina de los elfos* habla de una madre que ve morir a su hijo y no hace nada por evitarlo. No quiere dejar de ser reina ni mancharse la túnica de sangre. Como siempre, a los críticos se les escaparon las fuentes literarias, que en ese caso eran diáfanas. Los reseñistas de los discos de Gabi sabían mucho de Bob Dylan y de novela americana. Habrían cazado a la primera una cita de Jack Kerouac, pero Goethe les sonaba a marciano. Supongo que por elfos sólo les salían los de Tolkien. La canción era críptica incluso para los más gabiesesianos, pero no para mí. Yo la escuchaba como un mensaje secreto a la vista de todo el mundo, y me gustaba pensar que a Gabi le bastaba con que yo la entendiese.

Con la rabia de Fede hacia mamá nunca simpaticé. Me parecía más plana y un punto oportunista, cultivada a la sombra del hermano mayor. O tal vez fue que nunca compuso una canción ni la expresó con el lenguaje de la cultura alemana que nos unía. Lo de Fede era un malestar sin palabras, algo a medio digerir que no terminaba de expulsarse. En eso se parece mucho a mamá.

Wer reitet so spät durch Nacht und Wind?, me preguntaba mamá al arroparme y darme las buenas noches. Nunca supe si de verdad quería saber quién cabalgaba a esas horas por la noche y el viento, ni si aquello era un examen o una canción a dúo. Yo le contestaba, muy bajito: *Es ist der Vater mit seinem Kind*. Y ella repetía el verso cantando, en un tono grave, como si fuese una nana y no la tragedia de un padre que acarrea a un hijo. Y seguía: *Er hat den Knaben wohl in dem Arm. / Er faßt ihn sicher, er hält ihn warm*. No se acompañaba al piano, por lo que la melodía sonaba casi consoladora y sentía el brazo del padre

apretando al hijo contra el pecho, seguro y caliente.

En el lied de Schubert, las notas cabalgan por la noche. Los buenos pianistas invocan al caballo y a su jinete, como una sombra difuminada en medio de la nevisca, algo así como un grabado que se dibuja sobre el escenario. Pero a capela la sensación era muy diferente. Al menos, en la voz casi susurro de mamá. Aunque el piano imite un galope, su ímpetu mantiene al oyente en un estado de alerta e incredulidad que le salva de la intemperie. El jinete con el niño moribundo, galopando desesperado hacia una salvación imposible (o huyendo del siniestro rey de los elfos, nunca se sabe si el jinete busca ayuda para curar a su hijo o quiere salvarlo de las garras de las criaturas del bosque saliendo de él a toda velocidad), no llega a sentirse como algo vivo.

Cuando intenté explicarle la sensación a Fede, me lo reformuló en sus términos de profesor: no llega a suspenderse la incredulidad, me dijo, que es el mecanismo por el que las ficciones se vuelven verdaderas. Sin embargo, en la penumbra del dormitorio y con el aliento de mamá sobre mi cara, la figura del jinete y el paquete de mantas que sujetaba contra su cuerpo se me representaba terrorífica. Nunca lo percibí tan real en una sala de conciertos ni en un disco. Cómo no sentir, desde la voz de mamá, el viento helado, las pulsaciones de la sangre del caballo hirviendo, la ansiedad sin esperanza del padre y la agonía ronca del niño. Empecé a dormir mal entonces, y aunque mis noches nunca han estado amenazadas por pesadillas ni terrores, sé que parte de mi insomnio crónico se lo debo a la afición de mi madre por las historias de niños muertos.

A mamá, lo alemán le venía por vía materna. Se apellidaba Wiesenthal de segundo, pero de primero tenía un ibérico Higueras, ciertamente plebeyo y campesino, aunque perteneciese a una familia rancia y bien situada, los Higueras de toda la vida. La sangre colonial camerunesa ya se le había diluido en la zaragozana y tenía la ventaja de camuflarse con un apellido sin sospechas extranjeras.

Le asqueaba la presunción heráldica de la colonia. Vivía con tanta intensidad los cuentos, las poesías y los lieder que los quería sólo para ella. Usar su cultura como marca de distinción social le parecía una vulgaridad. De puertas afuera, quería que sus hijos viviesen en el presente y hablasen castellano. Por eso nos puso nombres españoles, en la que tal vez fue su única iniciativa pedagógica. Ni siquiera le hacía gracia que Fede estudiase en Alemania. No somos monstruos, decía las pocas veces en que se atrevía a disentir de las proclamas raciales de papá. Cuando este presumía de antepasados y de haber cultivado un trozo de la vieja Heimat en la bárbara Iberia, atiborrándola de salchichas, mamá decía que no éramos monstruos. Es decir, no éramos diferentes.

Los monstruos vivían en canciones y en versos, en acordes, nanas y cuentos para dormir. Cuando mamá nos acostaba, casi siempre venía acompañada de duendes y niños muertos. Todos los niños se le morían a mamá, y la culpa era de los duendes, que podían ser elfos, gnomos, kobolds o nibelungos. Casi siempre eran Heinzelmännchen, hombrecillos desnudos.

Érase una vez, querida Eva, un zapatero que vivía con unos Heinzelmännchen. Como el zapatero tenía mucho trabajo y no llegaba a tiempo para atender los encargos, sus pequeños amigos le ofrecieron fabricar zapatos mágicos. Cuando los acabaron, se los pusieron y echaron a andar y abandonaron al zapatero, que se quedó sin duendes y sin zapatos que vender. Los Heinzelmännchen eran adorables y solícitos hasta que te la jugaban. A los invisibles era mejor no pedirles que se dejaran ver, pues casi siempre lo hacían en forma de niños muertos. O se convertían en niños muertos o mataban a los niños, como en el poema de Goethe.

Luego estaba la música. Había una angustia muy germánica en la forma en que la joven decadente se entregaba a ella. Me he imaginado a menudo cómo habría sido crecer con una madre que tararease *La donna è mobile* y se dejase llevar por alguna emoción que no fuera lánguida. Lo alemán romántico se desparramaba en esa chaise longue sobre la que mamá parecía invertebrada. Elfos y jinetes, sonatas suicidas, tristuras larguísimas y densas: allí se concentraba el espíritu alemán de Ana Higueras Wiesenthal. Pero yo no reparé en todo eso hasta que murió y su ausencia vaporosa se hizo hueco real.

Poco a poco, como el aguafuerte imaginario que los buenos pianistas dibujan sobre la escena cuando tocan *Der Erlkönig*, mamá se me presentaba con una luz más clara y redonda. Aún no podía defenderla del desdén de Fede, pero ya no era para mí esa música de fondo ni esos pliegues de ropa desparramados sobre la tapicería verde. Quien se evaporaba era papá. Incluso en aquellos días de chantaje, misterio y locuras nazis, Juan Schuster se deshacía como un grumo en el flujo de mis recuerdos, mientras Ana Higueras se volvía carnosa y elocuente.

Nada de esto podía decírselo a Fede, para quien mamá seguía siendo culpable por omisión de un montón de delitos de maternidad. La mayoría de ellos, inconcretos y sin probar. Soy abogada y me resultaría muy fácil defenderla en un juicio. ¿Puede la acusación demostrar más allá de toda duda razonable que la imputada descuidó sus obligaciones maternales? ¿Acaso no crecieron sus hijos bien alimentados, notablemente bien vestidos, lujosamente escolarizados y gozando de todos los privilegios que la situación financiera de la familia permitía, incluyendo estudios en el extranjero y el cultivo de las artes? ¿Acaso no devino Gabriel Schuster un popular músico? ¿No

era Federico Schuster un eminente académico germanista? ¿Y Eva Schuster no había desempeñado una notable carrera en el campo de la abogacía y había emprendido otra prometedora en el de la política?

¿Fue Ana Higueras en algún momento un obstáculo para la plena realización o la felicidad de su prole o, antes al contrario, alentó sus ambiciones, protegió sus intereses y facilitó los medios para que los llevasen a cabo? Esta defensa probará que la acusada estuvo siempre presente, como cualquier madre orgullosa. Probará que asistió a cuantos conciertos pudo de su hijo, de nombre artístico Gabi Ese, que coleccionó todos sus discos y que leyó con atención callada cada entrevista y comentario referido a él que cayó en sus manos. Quedará expuesto que apreció la obra de su hijo, pese a que esta atentaba contra su gusto e incluso se expresaba como sátira e insulto hacia una tradición cultural que para ella era sagrada. Demostrará, asimismo, que la acusada se personó en el campus de la Universidad de Ratisbona para asistir a la lectura de la tesis de su hijo Federico, y que visitó la ciudad alemana con motivo de otras ocasiones solemnes en la vida de su hijo pequeño, de quien también coleccionaba artículos y las tres monografías que este publicó antes de que su madre falleciera. Lo mismo hizo con las ceremonias académicas de su hija mediana, Eva, quien no recordaba un solo momento relevante y público de su carrera al que no asistiera su madre. Silente, sí, casi inadvertida, difuminada por el gentío y las voces ajenas, pero siempre en su lugar.

Quien no estaba nunca era papá, pero a él no se le echaba de menos.

Ya sabemos, señoría —podría proseguir mi alegato—, que a la acusada no se le reprochan esa clase de desatenciones. No es este un caso para los servicios sociales. En una familia como la mía, el calor, la nutrición y los lujos se dan por descontados. De lo que se culpa aquí es de un descuido mucho más sutil. Mi hermano Fede, como única acusación particular en activo, alega un desamparo tan inarticulado como su propia querella, que se expresa en términos mudos. El rencor que le guarda, incluso después de muerta, está relacionado con un exceso de introspección y con el desentendimiento de los numerosos conflictos que marcaban la convivencia familiar en el piso grande de Sagasta. Mamá nunca mediaba. Con mamá —perdón, señoría, quiero decir la acusada— no se podía contar cuando papá empezaba a dar gritos. La joven decadente se refugiaba en su mundo de sonatas y caminantes de invierno. Como Margarita en la rueca, a la que nosotros llamábamos Gretchen, alienada tenía su pobre cabeza, y cantaba su trastorno al piano: *Mein armer Kopf / Ist mir verrückt, / Mein armer Sinn / Ist mir zerstückt*.

Señoría, es injusto reclamarle a un fantasma lo que no puede dar. Ana Higueras no se descosía y cambiaba hacia un estado gaseoso por

falta de amor a sus hijos, sino por incapacidad de vivir. No se le puede reprochar a nadie que decaiga y se diluya.

Además, no siempre fue así. Ana Higueras no nació fantasma, se deshilachó conforme crecíamos. No podría precisar en qué momento empezó la renuncia ni si alguna vez fue una mujer con energía y lo que en esta tierra llaman rasmia. Seguramente nunca fue Agustina de Aragón, pero tampoco la educaron para ser una pusilánime. Cuando conoció a papá aún estaba en el último curso del colegio alemán y había superado la prueba para entrar en la carrera de piano en el conservatorio superior. Al final sólo hizo un curso y medio. La carrera de filosofía y letras, sección de filología germánica, la terminó casi por vergüenza torera, con cincos raspados, salvo en las asignaturas de poesía y de literatura del siglo XIX. Para entonces, papá —hijo único, heredero absoluto— ya había terminado económicas y tenía un despacho en la fábrica, junto al del abuelo, donde aprendía a mandar y a fumar con estilo, echando el humo hacia el techo en volutas suaves. El embarazo de Gabi no tardó en llegar, y así se cumplió el guión que las familias de la colonia alemana llevaban escrito desde el nacimiento.

Papá le regaló a su esposa un piano y lo colocó en el salón del piso que el abuelo les compró tras la boda. Ella no tocaría en los auditorios ni grabaría con Deutsche Grammophon, como a lo mejor soñó alguna vez, y tampoco impartiría clases de literatura o de música en el colegio alemán, como les contó a sus padres cuando le preguntaron qué pensaba hacer con su vida. Se quedó en aquel piso de techos altos y ventanas a dos avenidas que se fue llenando de muebles, libros, discos, cortinas y niños, como fatalidades tranquilas ante las que sólo cabía encogerse de hombros y pasar la página de la partitura.

Si comprendo a la acusada, señoría —y soy consciente de que aquí no se trata de comprender, pero la acusación también se ha movido desde el principio en el territorio de lo inconcreto y lo sentimental—, encarnaba las vidas de muchas mujeres que convirtieron sus salones en mausoleos dedicados a ellas mismas. Vivían rodeadas de recuerdos prematuros que, en realidad, no les pertenecían, pues los habían traído de otras casas, como quien acarrea un ajuar. Joven decadente, aplastada por la sonoridad de dos apellidos obsesionados con su Heimat. Los sábados, al cementerio. Los domingos, a la sala de conciertos. Merienda con las mujeres de la colonia, con un par de sonatas para amenizar, y vuelta a empezar la semana. El eterno retorno.

Era una vida de otro tiempo, nadie sabía exactamente cuál. El tiempo de la Heimat, del Camerún perdido con sus árboles fabulosos con cuya madera se hacían violines y violonchelos y flautas y tapas de piano, pero también camas y culatas de fusil. Un tiempo eterno de un

país que nunca existió más que en la impostura petulante de los miembros de la colonia, que se lo inventaron para no tener que vivir en el país donde habían nacido.

No se puede culpar a mamá por descomponerse en la misma materia inconsútil de la que estaba hecha su patria. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Salir por la puerta tras un monólogo, como la Nora de Ibsen? Gabi, sin duda, la habría respetado más. Una madre que abandona y desaparece se habría ganado la admiración que la joven decadente jamás le inspiró. No estoy tan segura de que Fede deseara un desenlace así. Esperaba de ella algo más convencional y mamífero. Que sacase la leona que toda madre lleva escondida, se plantara en medio del pasillo y gritase: no toques a mi cachorro. Antes de eso, podría cerrar de golpe el piano o aporrearlo en unos acordes inarmónicos y trágicos.

Señoría, no aspiro a que la acusación comprenda soledades tan femeninas y antiguas. Eso lo habría esperado en parte de Gabriel, que era lo bastante perspicaz para encontrar analogías con los cuadros de mujeres asténicas de principios del siglo XX, pero no lo bastante generoso para pasar de la caricatura a la simpatía. Si Gabi se hubiese sentado junto a mamá en la chaise longue como acompañante, no como espectador burlón, Fede y yo le habríamos seguido y mamá no se habría muerto tan sola. Qué suerte tenemos los hijos de poder culpar a los padres de todo. De lo que hicieron, pero mucho más de lo que dejaron de hacer.

No quisiera exculparme, protegiéndome en mi hermano. De sobra sé que podría haberme dado cuenta de todo esto cuando mamá era aún un fantasma con el que se podía hablar, pero sí deseo hacer notar, para que conste, que Gabi Ese, el artista que penetró el alma de tantos, fue incapaz de compadecerse de la soledad de una madre depresiva.

Perdí la ocasión de pronunciar este alegato en su presencia y habría sido injusto hacerlo en la de Fede. Por eso dejé pasar su silencio —con un poco de crueldad, obligándole a alargarlo, oyéndose masticar los jarretes de Angelito— y decidí que me quedaría con la tristura de mamá para mí. No la compartiría con nadie, ni siquiera con Asteri, quien la ensuciaría con sus interpretaciones políticas. A lo peor me citaba a Simone de Beauvoir o el cuarto propio de Virginia Woolf. Capaz era de reducir la fantasmagoría de mamá a parámetros sociológicos. Dejé que Fede masticase su mala conciencia, su olvido y su rencor sin causa y le pregunté qué eran esas averiguaciones que había hecho sobre papá.

Me habló entonces, mucho más locuaz que cuando la sombra de mamá rondaba la mesa, de Michael Kühnen y de los viajes a Hamburgo, de los panfletos de partidos nazis que traía de Alemania, de los libros dedicados y de la amistad con un fugado belga llamado

Léon Degrelle. Al principio ese nombre me era extraño, pero cuando dijo que vivía en Málaga y que tuvo una finca y que usaba nombres españoles, las campanas empezaron a repicar.

—Joder, joder, joder —dije—. ¿Sabes qué nombre español usaba Degrelle?

—Pues ahora mismo no lo sé, pero se puede buscar. Será fácil, hay mucho material en internet. —Fede sacó el móvil—. A ver, espera un momento… Sí, mira, aquí está: José León Ramírez Reina, ese era el nombre que salía en su DNI. ¿Por qué te interesa?

Mi móvil empezó a vibrar sobre el mantel. Era Asteri, que acudía en mi rescate con su urgencia falsa. Lo silencié.

—Porque creo que ya sé lo que saben los israelíes.

25. Ziv

Qué sabría ese infeliz de Yeiyei. Por qué se creería tan listo. Habría sido mejor acudir directamente a los dueños del periódico o pasarle todo el material a alguien discreto, uno de esos periodistas grises que valen lo que callan, hasta que hablan y hunden las bolsas. Gal me aseguraba que no había nadie así en la ciudad, que Yeiyei era el indicado y que los anteriores dueños del equipo ya lo tenían en nómina.

Se vende a menudo —me dijo Gal—, llega a cobrar mordidas por colar publicidad como reportajes, es un tipo muy cutre que siempre necesita dinero. Además —insistió Gal—: ¿acaso no son así en todas partes? Los corruptos elegantes sólo existen en las películas, Loco, ya va siendo hora de que le quites el romanticismo a lo que hacemos. Llevas demasiado tiempo en los despachos, sin pisar la calle ni pringarte los dedos, enseñando el grabado del judío errante a las visitas y leyendo sobre la Shoah y los nazis fugados en España. Has perdido el contacto con la porquería.

Siempre hay un Yeiyei que nos hace el trabajo, dijo Gal, y en todas partes es el mismo: tienen la piel hecha un asco, les falta vitamina D, a veces están amarillos de ictericia, de los ojos les cuelgan bolsas dignas de un canguro, llevan trajes de cien euros arrugados y con brillos en las coderas, no se saben anudar la corbata y desprenden un olorcillo a alcohol de alta graduación mezclado con halitosis. Son gritones, bocazas, sus hijos no les hablan y sus mujeres piden órdenes de alejamiento. Siempre están al borde del despido, pero un ángel de la guarda los protege, casi siempre un jefe, un antiguo compañero de la universidad o un periodista exitoso que pasó una guerra con ellos en sus años de reportero. Los Yeiyei abusan de la lealtad y de la amistad, y casi siempre les funciona. Bueno, siempre les funciona. Por eso siguen yendo a la redacción y cobran el sueldo, aunque los becarios tengan que reescribir sus piezas, aunque vomiten en el baño y aunque no se les entienda una palabra a partir de las seis de la tarde. Ya sé, me dijo Gal, que preferirías dártelas de malo de James Bond con un Clark Kent que chapurrease hebreo y conociera algún dato erudito de la leyenda del judío errante, pero eso no va a pasar nunca.

—Lech tizdayen, Gal —le respondí. Que te jodan en hebreo, que le jodía más que en español.

Lo que no entendía mi socio era que no teníamos suficiente poder aún, como probaba que no hubiésemos doblegado a un ayuntamiento de mierda, pero mucho más que tratásemos en persona con gentuza como aquella. Yeiyei demostraba que éramos débiles. El poder de verdad tenía que ser más fino.

—Lo que te jode es tener que volver a verlo —resumió Gal, irrefutable.

Por supuesto que me jodía. Yo habría dejado estar el negocio y me habría centrado en la próxima ciudad, pero mis socios tenían instinto de perro y rabiaban por el fracaso. De nada sirvió que les pidiera paciencia. Las elecciones estaban al caer y habría nuevo alcalde. No había que dar nada por perdido, tan sólo posponer un poco la recompensa. El estadio se haría. Mientras, podíamos volar bajo y concentrarnos en subir el equipo a primera y hacer de esos garrulos con piernas algo así como unos campeones, para poner a la ciudad entera de nuestro lado, como hacía Julio César. Entonces no haría falta Yeiyei. Sería el propio alcalde quien se pondría a nuestro servicio, encantado de cortar la cinta inaugural de las obras. Eso es el poder de verdad, que las cosas se inclinen hacia ti por pura inercia.

—No te entiendo —dijo Gal—: te damos la ocasión de cumplir tus venganzas raras de cazanazis y nos pides prudencia.

—Es que no quiero volver a ver al borracho ese.

A Gal le divertía mucho mi disgusto. Decía que le recordaba a un niño perezoso que no quiere ir al colegio, pero yo no compartía la comparación, a no ser que se refiriese a un colegio de pervertidos donde el profesor vende aprobados a cambio de guarradas. Entre las condiciones de mi rendición, le exigí a Gal que me acompañase, y ahí estaba mi leal lugarteniente, esperando a un Yeiyei que llegaba veinte minutos tarde.

—Es buena señal —dijo—: la gente puntual no hace tratos con nosotros.

Cuando al fin apareció, sin apenas disculparse, pidió de beber y se tiró en el sofá como si estuviese en su salón. Se aflojó la corbata —puto calor, dijo, para subrayar el gesto con elegancia—, sacó el cuaderno y dejó el móvil en la mesa baja. Gal lo cogió y pidió al secretario que se lo llevase fuera del despacho. Yeiyei debía de estar acostumbrado a esas reuniones. Los novatos siempre se resistían a entregar el teléfono.

—¿Sabe qué son los flechastes? —le pregunté, copiándole el trato de usted al alcalde Alfonso.

—No le voy a hacer una rima… ¿Los polvos que echaste? ¿El oro que cagaste?

Empezábamos bien.

—En los veleros antiguos —dije—, los flechastes y los obenques

formaban una escalera para que los marineros subieran y bajasen por la arboladura del barco.

—Yo soy de secano, pero si esta pregunta quiere decir que me van a regalar un yate, aprendo cosas náuticas echando leches.

—En inglés se llamaban *rat lines*, ya se puede imaginar por qué, en unos barcos que tenían más ratas que tripulantes, y eso hace que muchos hayan olvidado la palabra española y escriban también en español líneas de ratas. Como casi nadie entiende de barcos, y menos de barcos históricos, cuando la expresión *rat line* se empleó de forma metafórica, se tradujo literal a casi todas las lenguas. Esto sucedió en 1945, cuando Alemania se derrumbaba y los jefes nazis huían, efectivamente, como ratas. Los espías ingleses, que ya sabe usted que eran tipos muy cultos y sarcásticos, llamaron a esos itinerarios *rat lines*, porque, dibujados en un mapa de Europa, se parecían a los flechastes de un barco que se hunde, y porque quienes bajaban por ellos eran peores que ratas. Llamarlos ratas era insultar a las ratas.

—A ver, con todos mis respetos, ¿qué cojones tiene esto que ver con lo nuestro?

—Contexto, Yeiyei, sin contexto no hay historia. Sitúese: primavera y verano de 1945. Los aliados van a apresar a muy pocos nazis, los que juzgarán en Núremberg. Los gordos se libraron porque se suicidaron en el búnker. Los que se entregaron y colaboraron acabaron reinsertados en la nueva Alemania, algunos incluso llegaron a cancilleres. Me refiero a la Alemania de Adenauer, la comunista ni se planteó estas cosas. Y un buen montón de jefecillos y altos funcionarios acabaron en Argentina, en Brasil y en Chile. Las *rat lines* eran rutas organizadas de norte a sur que desembocaban en Lisboa, en Vigo, en Nápoles, en Roma o cualquier puerto con enlaces transatlánticos. En cada colonia alemana los nazis encontraban refugio: familias que les daban una cama y comida, tipos del partido que les fabricaban papeles falsos y negociaban con la policía local… Estaba muy bien montado. Aunque el objetivo era América, algunos preferían quedarse en España. No tantos como parecía, porque entonces creían que Franco no iba a durar y no se sentían seguros en un país que los aliados podían ocupar en cualquier momento para reinstaurar la república. Pero los que entendieron que Franco no iba a desaparecer pronto encontraron un refugio cómodo en un país amigo donde había muchas colonias alemanas. Zaragoza, por supuesto, era una parada de una de las líneas de ratas más importantes. Y hay aquí algo hermoso: esa línea se dibujaba sobre la misma ruta de escape que miles de judíos y comunistas perseguidos usaron en 1940 y 1941 para huir de los nazis. ¿Se acuerda de *Casablanca*?

—¿La película? ¿Siempre nos quedará París? ¿Tócala otra vez, Sam?

—Allí se contaba la ruta que iba por el norte de África desde

Marsella y terminaba en Lisboa mediante una conexión aérea, pero en España había otra ruta terrestre, que cruzaba los Pirineos por Canfranc o entraba por el puerto de Barcelona desde Marsella, y de ahí, por tren o carretera, hasta Lisboa, donde se embarcaban para América. Esa ruta de refugiados de los nazis fue usada por los propios nazis cinco años después. El mismo camino, convertido en línea de ratas. Sólo que a los nazis les fue mejor que a sus víctimas: viajaban más cómodos, con más medios y por un país amigo cuya policía no los molestaba. En fin, de más está decir que Zaragoza tenía una colonia de alemanes que habían llegado de Camerún, un puñado de familias muy bien asentadas y nazis de corazón y carnet. Usted las conoce bien por su familia política, los Seegers. Por eso esta historia debe de sonarle.

—Nunca me llevé bien con mis suegros, la verdad.

—Tiene suerte de que les paguen el colegio a sus hijas.

—No metamos a mi familia en esto. A ver, sigue.

—Los alemanes del Camerún tenían muchos recursos para ayudar, por eso hicieron algo más que ofrecer parada y fonda. No podían dejar que sus camaradas, sus compatriotas arios, se escabullesen como ratas por las líneas de ídem. Así que financiaron generosamente la fuga de todos los criminales y los invitaron a quedarse, pero a quedarse con todas las consecuencias, es decir, con la intención de mantener el Tercer Reich. Al fin y al cabo, ellos llevaban más de veinte años manteniendo una Alemania fuera de Alemania. Estaban preparados para construir una Alemania nazi en el exilio. Tenían experiencia y no les faltaba entusiasmo.

—Pero esto es de tiempos de Maricastaña. Toda esa gente está muerta.

—Un poco de paciencia.

—Es que si todo esto es por una clase de historia, de verdad que no sé qué hago aquí. Les devuelvo el sobre y tan amigos.

Suspiré y miré a Gal, preguntándole con los ojos hasta cuándo tenía que aguantar al imbécil aquel. Gal soltó una carcajada que Yeiyei creyó debida a su gracia flamenca, y luego me hizo un gesto de paz, pidiendo la palabra para que la cosa no embarrancase:

—Yeiyei, te lo daremos todo redactado y listo para que le plantes una firma y lo publiques. Si quieres, te ponemos hasta los titulares, no vaya a ser que te suba la tensión de trabajar, pero Ziv quiere asegurarse de que entiendes bien la historia para cuando te pregunten por ella y tengas que hablar, y para entenderla, hay que saber un poquito de cosas nazis, en las que andas bastante perdido.

—Yo entendía que tenía que ver con las salchichas, aquí no han salido aún las salchichas.

—¿Quieres salchichas, Yeiyei? —le dije—. Pues venga, vamos a darte salchichas. Te vas a hartar de salchichas.

26. Eva

Ioana no disimuló la sorpresa al verme. Tampoco el disgusto.

—¿Por qué llamas al timbre? ¿No tienes llave? —preguntó sequísima, comprimiendo reproches de siglos entre los signos de interrogación.

Desde que la contraté, me intimidó su desprecio. Era el suyo un desdén histórico, nacional, étnico, delegado. Despreciaba a mis abuelos en nombre de sus abuelos. A primera vista podría entenderlo como venganza, pero la venganza es un acto que se ejecuta de una vez, no una tensión que no afloja. Ioana sostenía un reproche tan mudo como chirriante y tenaz. Puede que ni ella supiera la violencia que su tono y sus gestos comunicaban. Era una reacción natural del siervo ante el amo, algo que se transmite durante generaciones de brutalidad feudal y que no se puede evitar, pues harían falta mil años de democracia para compensar una servidumbre tan larga. Me desagradaba como unas uñas arañando una pizarra. Ella creía que yo no visitaba el piso de Madre Sacramento por mala hija. En realidad, lo evitaba para no encontrarme con la cuidadora.

En nuestro último almuerzo en Angelito, Fede dijo que Ioana nos acusaba de abandonar a papá. Se lo había dicho la última vez que fue, como me lo repetía a mí siempre que podía.

—Qué va, Fede —le dije—: Ioana nos acusa de la monarquía de los Habsburgo. Lo que Ioana nos reprocha es el imperio austrohúngaro. No te engañes.

Fede se echó a reír por segunda vez en el almuerzo (¿cuándo se había reído mi hermano conmigo?) y entonó el *Gott erhalte* de Haydn con una voz que tiraba a barítono, muy bien afinada. Le acompañé con mi tono echado a perder, que mamá ponderaba como mezzosoprano las pocas veces en que me acompañó al piano, aunque a mí me sonaba ya casi a contralto. Todo se agrava con la edad, pensé, y me pareció un chiste malo más propio de Gabi que de nosotros. Reímos y cantamos en el mismo almuerzo al que habíamos ido a sacarnos los ojos. Parecía que nos queríamos. Los comensales, la mayoría viejos y no pocos de ellos conocidos, perfectamente enterados de quiénes éramos, nos miraron con cierto escándalo beatón.

Aunque la hostilidad cortés y bipolar de Ioana me hubiese recordado esa escena fraternal que sucedió a mediodía y que aún me

calentaba los huesos, como si me hubiera arrimado a la chimenea de la casa familiar, debía guardármela para mí y mantener el tono solemne con el que había subido al ascensor. También disimulé el disgusto por el olor acre y especiado que salía de la cocina.

—Estoy preparando ciorba de carne y verduras —me dijo—, a tu padre le encanta.

A mi padre le encanta cualquier cosa que pase por un embudo, pensé, pero sonreí y le agradecí el esfuerzo por abrir los horizontes gastronómicos de un hombre que consagró su vida a empequeñecer los de sus clientes, a base de salchichas saturadas de almidón y azúcar. Ioana no lo sabía —o tal vez sí, quizá estaba grabado en el fondo de la memoria de su pueblo—, pero al pasar por la batidora el recetario campesino rumano y estirar la vida de mi padre con sus nutrientes redondeaba la venganza histórica de Rumanía.

Le pregunté si estaba despierto.

—No lo sé —dijo—, pasa más tiempo allí que aquí, pero cuando está con los ojos abiertos parece dormido. Cada vez cuesta más distinguir los dos estados. Tómale de la mano, háblale despacio y cerca del oído. Te parecerá que no se entera de que estás con él, pero a veces mueve la mano con intención de acariciar. No, Eva, no seas tan incrédula, no me lo invento. Vosotros no pasáis tiempo con él, no sabéis leerlo.

De pronto, sentí una enorme ternura por Ioana. Me habría gustado darle las gracias, pero era ya muy tarde para eso. Sí le pregunté qué iba a hacer cuando el trabajo terminase. Fingió que no entendía de qué hablaba.

—Papá no durará mucho, Ioana. ¿Qué vas a hacer cuando muera? Por supuesto, te pagaremos una buena indemnización.

—Ya lo habíamos acordado, sí.

—Pero quiero que sea más dinero. Hablaré con Fede, no te preocupes, actualizaremos la cantidad. Mereces mucho más.

Ioana se encaminó a la cocina. La seguí. Abrió una cazuela donde un guisote marrón hacía chup-chup. Probó con la punta de una cucharita y corrigió el punto de sal.

—Volveré a Rumanía —dijo—. Voy a abrir un negocio con mi prima. Un restaurante. Cocina local con toques españoles.

—Qué bueno, no tenía ni idea. Razón de más para que te subamos la indemnización.

Ioana no dijo nada.

—De hecho —dije—, no tienes que esperar a que papá se muera. Si quieres irte antes, podemos hablarlo. Metemos a papá en una residencia y no te tienes que preocupar por nada. A estas alturas, tus planes son más importantes.

Abrió el grifo, se lavó las manos y las secó en el delantal. Estaba

muy incómoda.

—No está bien hablar esas cosas en casa, con tu padre ahí al lado.

—Perdona.

—Yo tengo aún trabajo en la cocina. Puedes ir con él. No lo has visto desde que has llegado.

Encajé el reproche y salí al pasillo con menos ganas de enfrentarme a papá de las que traía. Digo enfrentarme en el sentido de ponerme enfrente, sin ninguna esperanza de que me distinguiese del perchero o de la tele. Fede había dicho que todo estaba perdonado y que era capaz de hablarle a papá sin rencores, pero yo no le perdonaba nada porque ni siquiera sentía el agravio. Mi rabia era de otra sustancia, más parecida al remordimiento. Me martilleaba la certeza de haber tenido la historia delante de mis ojos y no haberla visto.

Estuve por llevar los libros conmigo, para abrirlos y extenderlos delante de él y dejar que babease las columnas de números, que emborronara la columna del debe y arrugase la del haber con sus dedazos artríticos. Lo pensé cuando fui al guardamuebles donde metí los archivos de la empresa después de liquidarla, abrí las cajas y pasé dos horas revisando los mamotretos hasta que di con los pagos y confirmé el recuerdo que brotó en Angelito y que me hizo levantarme sin darle a Fede más explicaciones. Aún tenía polvo en los dedos de pasar esas páginas amarillentas.

Todavía quedaba mucho carrete en el hilo, pero ya tenía el cabo, y tal vez no necesitase desenrollar más para entender el cuadro. Después de todo, no estaba resolviendo un crimen, sólo quería quedarme tranquila, saber qué sabían.

Me consolé pensando que el desastre financiero que me había encontrado era tan espeso que tapaba cualquier otro misterio. En aquel entonces, no habría podido ver la conexión nazi ni con una lupa. Cuando me reuní por primera vez con el jefe de contabilidad y administrador —don Segundo, ese cuervo con caspa que pasó toda su vida graznando en el despacho contiguo al de papá— y empecé a repasar la lista de acreedores, los impagos a la administración y la enorme cantidad de gastos sin declarar ni justificar, me mareé tanto que casi me caí de la silla. Tuve que abrir un ventanal y refrescarme en el viento almizclado de aquel polígono industrial.

El deterioro de la compañía era evidente sin necesidad de escarbar en las columnas de números. La plantilla había menguado en sucesivas regulaciones de empleo, quedándose en un cuarto de lo que fue, y con la mitad del sueldo. En la factoría sólo funcionaba una línea de producción, y los camiones con mi apellido pintado en los laterales, que antes atascaban la carretera de Barcelona y llegaban a los supermercados de toda España, salían del muelle con cuentagotas y casi nunca llenos, tan magros eran los pedidos. Incluso parecían

camiones viejos y oxidados, de los que soltaban mucho humo negro y no remontaban las cuestas.

También se habían olvidado nuestros anuncios de la tele. Un niño rubio se sentaba en una mesa de tablones largos en el fondo de un valle alpino como el de Heidi y mordía con entusiasmo voraz una chiki-schuster, la gama infantil a medio camino entre las frankfurt y las de cóctel. En los supermercados, los colores y las tipografías desarrollistas de las Schuster —tenían el mismo aspecto desde que yo era niña, y jamás se habían renovado, porque a papá le parecía una mariconada tener tratos con empresas de publicidad: ya he criado a un vago de mierda, decía señalando a Gabi, no me van a sacar las perras otros pintamonas que ni siquiera llevan mi apellido— parecían poco apetecibles al lado del diseño de los paquetes de la competencia. Muchas cadenas los colocaban en la balda de abajo, y una marca de hipermercados de capital francés se había negado a distribuirnos, harta de los incumplimientos del contrato. Cuando llegó la carta de rescisión, papá dijo: französische Schweine, esto pasa por no matar a las cucarachas cuando hay que matarlas.

Pensé que el declive de la marca se debía a que las cosas se pasan de moda, y a fe que mis padres nacieron pasados de moda. La colonia alemana parecía un desfile Biedermeier que sólo pegaba en un baile de carnaval. De eso iban las burlas de las canciones de Gabi. Para sobrevivir había que diversificar los negocios y actualizarse, y mi familia no se había preocupado jamás por el mundo que la rodeaba y del cual obtenía sus ingresos. Para mí era un misterio que una familia tan rancia y tan alejada de la normalidad del país pudiera haberse hecho rica vendiendo un producto popular. Papá era el único en casa que comía salchichas. Las acompañaba con el sauerkraut y la mostaza que traía de sus viajes a Alemania, para hacerse la ilusión de que se las zampaba en la cervecería Gröninger de Hamburgo.

Sin embargo, nuestras salchichas eran las únicas que se hundían. Las otras marcas populares que formaban el alegre oligopolio español de la carne embutida se mantenían sanas. Más sanas, sin duda, que sus clientes. Las granjas de cerdos prosperaban a su sombra, sacaban nuevos productos, patrocinaban equipos de baloncesto, filmaban anuncios de navidad con estrellas de Hollywood y abrían factorías nuevas en países exóticos. Eso debería haberme hecho sospechar que nuestro hundimiento no se debía a un cambio del paladar del pueblo.

Lo difícil de creer no era la ruina que contemplaba, sino la riqueza en la que había crecido. ¿Cómo habían hecho mi padre y mi abuelo para inundar de salchichas los supermercados durante tanto tiempo? Era evidente que carecían de las virtudes más elementales del empresario. Desparramadas sobre la mesa de juntas tenía las pruebas de que nunca supieron manejar una empresa de ese calibre y de que,

en su cabeza, aquello no era otra cosa que una charcutería un poco más grande que la que fundó Hans Schuster en los años veinte del siglo pasado. No había en esos archivos ni planes de crecimiento para economías de escala, ni inversiones, ni diversificación, ni adquisiciones de firmas, ni estudios de mercado dignos de ese nombre.

El departamento de marketing parecía sacado de los años sesenta. Lo formaban señores que desconocían hasta la jerga de su profesión y no se entendían con los programas informáticos (una amiga de la universidad que montó una agencia de marketing me contó entonces que Salchichas Schuster era un chiste entre sus colegas: ningún estudiante quería hacer prácticas con nosotros). Como abogada, creía que mi trabajo de liquidación consistiría en poner orden y retorcer un poquito algunos artículos de la ley concursal. Jamás imaginé que el fango sobre el que se levantaba la fábrica fuese tan espeso. Era inexplicable que la Agencia Tributaria no nos hubiera enterrado en sanciones. Allí había argumentos para motivar varias sentencias de cárcel por media docena de delitos fiscales.

Si papá hubiera estado entonces en condiciones de entenderme, le habría tirado todos esos papeles a la cara, pero su cabeza ya se había perdido y mamá acababa de morir. Puede que nunca fuera consciente de que liquidé la empresa y de que el apellido Schuster ya no significaba nada para nadie. También se libró de eso. Ni siquiera podía vender la marca a la competencia. ¿Quién iba a pujar por ese cascarón agujereado por las deudas? Hasta la fábrica estaba obsoleta. Para adaptarla a los procesos normales en la industria había que hacer una inversión enorme.

Por suerte, teníamos muchas propiedades para cubrir los impagos y dejar a los herederos con un pequeño capital. Con un mercado inmobiliario en plena orgía alcista, reuní mucho cash vendiendo solares y edificios. Conseguí poderes notariales de Fede y de Gabi y traté de resolverlo todo lo más rápido posible, antes de que un pelotón de inspectores de hacienda se lanzase sobre nosotros. Mis hermanos firmaron los papeles sin mirar y recibieron las transferencias sin preguntar de dónde salía el dinero. Por eso no vi entonces lo que esa tarde se me aparecía evidentísimo en el pasillo del piso de Madre Sacramento.

Vegetal es un adjetivo que no expresa bien la condición de estos viejos, pues hay en la vida vegetal una alegría coqueta contraria a lo que era papá entonces. Las plantas animan los balcones más pobres, y un paseo entre árboles devuelve el vigor al caminante más asténico. Ojalá papá transmitiera el gozo de la vegetación. Me conformaría con que proyectase la dignidad de un tilo, ese árbol sagrado bajo el que los alemanes antiguos se tumbaban a morir y que los actuales aún plantan en los cementerios.

Me senté en la butaca contigua. En la tele daban un programa acelerado de luces, colores y músicas de circo. Busqué el mando en la mesita y la apagué. El salón quedó atravesado por el resplandor anaranjado de las farolas, suficiente para adivinar la silueta de mi padre, que no reaccionó ante el silencio y la oscuridad. O a lo mejor sí, pero no sabía leerlo.

No iba a decirle nada en voz alta. Tampoco pensaba cogerle la mano, ese apéndice nervudo y gélido que jamás me acarició. Era la misma mano que sostenía los vasos de cerveza en Gröninger, la cervecería vieja de Hamburgo a la que le gustaba ir, porque era uno de los pocos edificios históricos que sobrevivieron a los bombardeos de 1943. Papá se imaginaba a sus antepasados trasegando jarras en sus mesas largas de madera sin pulir. Ya que no podía recuperar el Camerún, ahí se hacía la ilusión de que su estirpe emergía de lo más hondo de la cultura germánica.

Allí conoció a sus amigos neonazis, el sanedrín de Michael Kühnen. Allí, ente litro y litro de cerveza de trigo, con la boca ansiosa por la sal de los bretzels, renegó del conformismo provinciano, maldijo la asimilación de los Schuster en el extranjero y pidió disculpas por no hablar con acento missingsch, como su abuelo Hans, de quien no conservamos grabaciones, pero de quien papá decía que entonaba en un bajo alemán muy dulce. El Schuster original nunca habló nuestro alto alemán escolar, quizá porque no fue al colegio el tiempo suficiente. A papá le avergonzaba hablar un alto alemán tan hueco, y cuando volvía de Hamburgo nos enseñaba palabras en dialecto y se admiraba de la pronunciación espontánea del bajo alemán. Le habría gustado que pasásemos una temporada en la vieja ciudad libre, para que un golpe de viento frisio traído por el Elba nos sacudiese la ortopedia de ese alemán sin alma que aprendimos en clase y llenara nuestras consonantes de un sano espíritu hanseático.

Ay, papá, ojalá los aires de la Hansa te hubieran contagiado algo de instinto comercial, en vez de tanta basura política. Te aseguro —y esto te lo decía sin palabras y sin tocarte, pero mirándote a los ojos en la penumbra— que tus libros de cuentas deshonraron el orgullo empresarial de todos los hombres de negocios de la ciudad libre de Hamburgo, incluidos los administradores de la colonia del Camerún que mandaron a tu abuelo a África. Y lo peor fue que lo hiciste por la gloria nacional. O lo que tú creías que era la gloria.

Cuantísimo dinero, papá. Qué manera de desviar fondos. Hay muchísimos pagos a Juan Sanchís y a José León Ramírez Reina. Podrías haberle contratado y ponerle un sueldo y no me habría dado cuenta, pero supongo que necesitaba mucho más dinero del que podías justificar con un salario. ¿Qué hicisteis con todos esos millones? ¿Para qué quería tu amigo nazi tanto dinero?

Papá movió un dedo. ¿Era esa una señal que sólo Ioana sabía leer? ¿Me había leído el pensamiento? Le pregunté en voz alta:

—Papá, ¿sabes que lo sé?

27. Ziv

Iba a preguntarle a Yeiyei si conocía a Marino Gómez-Santos, si le había leído al menos, como maestro de su gremio. Un periodista viejo debería leer a los viejos periodistas, ¿no? Por supuesto, me ahorré la pregunta. Marino no frecuentaba puticlubs ni timbas, era improbable que a Yeiyei le sonase siquiera como firma del *Abc*. Murió hace poco, pobrecillo. Lúcido, como suele decirse, un señor de corbata bien anudada, de los que no dicen una palabra de más, pero escuchan hasta los silencios. Le conocí hace años en Madrid, en la presentación de uno de sus libros. Me acerqué con un ejemplar de su *Vida de Gregorio Marañón*, en la edición original de 1971, y cuando fue a firmarlo, celebrándolo como incunable, se dio cuenta de que ya estaba dedicado. Sí, don Marino —le dije—, este ejemplar era de mi padre, que se interesaba mucho por España y la visitó a menudo. Me preguntó de dónde éramos, y le hizo mucha ilusión tener lectores israelíes. ¿Son ustedes hispanistas?, me preguntó. Algo así, le contesté.

Me gustaba Marino porque era el gran biógrafo de España. Conocía a todos los personajes y se lo contaban todo. Por eso fue el único escribidor que entrevistó a Léon Degrelle en 1969. Le metí a Yeiyei unas fotocopias del documento en el sobre. Aquello sí fue un verdadero *scoop*. Quizá podía aprender algo de don Marino. Nunca es tarde.

Unos años después de que mi padre fracasara en su misión de meter a Degrelle en un maletero y facturarlo a Jerusalén, el *Abc* dedicaba tres páginas ilustradas con grandes fotos a una persona que oficialmente no existía. Al menos, no como Léon Degrelle. Para la administración española, era Juan Sanchís o José León Ramírez Reina. Pero el periódico le sacaba con su nombre y enseñaba su imagen, no la de las fotos históricas de los mítines rexistas de los años treinta, cuando los belgas nazis le aclamaban con el saludo romano por las calles de Bruselas, como un Hitler de Tintín, sino como era entonces, a los sesenta y tres años: un señor que se parecía al general Perón, según decía Marino, aunque a mí me recordaba más a un Brézhnev joven.

Posaba con traje a cuadros y corbata, relajado, sentado con las piernas abiertas y doblado de risa. Se reía de mi padre, de los jueces de Núremberg y de todos los que, desde su bando, lo dieron por muerto. Se reía de los oficiales soviéticos que no lo abatieron en el

frente ruso. Se reía quizá también de su amigo Hitler, que le adoraba como a un hijo, y de su amigo José Antonio Primo de Rivera, que lo celebró como a un hermano. Ambos eran cenizas y compost, mientras él festejaba en Madrid haber sobrevivido a todos los hundimientos.

¿Entiendes por qué se ríe, Yeiyei? Qué vas a entender. Memorízalo, al menos.

El pie de foto, sin duda obra de Marino, decía: «Una actitud bien expresiva». Todo en ese reportaje era alarde y soberbia. No podría resumir cuánto me asqueaba y me fascinaba a la vez.

Nunca se lo pregunté, pero sospechaba que Marino había llegado a Degrelle gracias al doctor Marañón, que le prologó un libro de memorias, *Almas ardiendo*. Así vivían los nazis, ungidos por Marañón en persona. El motivo de la entrevista, por si necesitaba alguno, era una visita a Madrid. Decía el texto que el nazi había estado refugiado en Brasil y que se instalaba entonces en España. Mentira: llevaba en España desde 1945 y vivía en una finca en Sevilla. A Madrid iba a menudo. Tenía pisos y una hija en la capital. La hija se casaba entonces, y su papá nazi le había montado una boda de oropeles a la que estaba invitada toda la gente bien del franquismo. Degrelle era un vanidoso, no soportaba vivir debajo del radar. Necesitaba ser visto y aclamado, y la boda de su hija, como sucedía en las películas de mafiosos italianos, era la ocasión para salir de lo que sentía como una madriguera. La presunción siempre pierde a los malos, por eso Gal me esconde. Se enfada cuando doy entrevistas donde confieso que quiero cazar nazis. La vanidad y las bodas de las hijas son nuestros flancos vulnerables. Los últimos jefes de la familia Schlomo murieron en las bodas de sus hijas, donde fueron un blanco fácil. No tener hijas me alarga la esperanza de vida. Lo de la vanidad, en cambio, debería trabajarlo un poco más.

Los tipos duros se ponen sentimentales cuando entregan a sus princesitas en el altar. La vulnerabilidad es tan aguda que no hace falta que un sicario se cuele entre los camareros y ametralle al cortejo nupcial para que todo se derrumbe. Ojalá un comando del Mossad hubiera salido de la tarta con un lanzagranadas, pero tampoco era necesario un final tan grosero, porque Degrelle ya se estaba hundiendo. Que no cayera como debería haber caído, colgado de una cuerda en el patio de una prisión israelí, no quiere decir que no tuviese un decaimiento.

En 1969 tiraba la casa por la ventana y se autopromocionaba en el *Abc* porque necesitaba dinero. Presumía de vigor, de haberse hecho el Camino de Santiago, de no parar de cerrar negocios y de disfrutar de las maravillas de España hasta el tuétano. Pero las cosas no marchaban bien. Tras veinte años de comprar y vender propiedades y de acumular pesetas con la explotación turística de la costa andaluza,

había patinado en algunas inversiones, y sus antiguos camaradas, los camisas viejas, los que iban a los mítines de José Antonio, ya no tenían despacho en los ministerios. Se le acababan los protectores que le daban chivatazos sobre negocios, adelantándole tal o cual plan urbanístico.

La vieja guardia se retiraba y se moría, y la nueva guardia, que no había hecho la guerra y no se dejaba impresionar por las cicatrices que Degrelle trajo del frente ruso, no tenía interés alguno en facilitarle las cosas. Estaba a punto de perder la finca de Sevilla (por eso la boda sería en Madrid), que vendió con un enorme dolor para acumular algo de liquidez, y en poco tiempo se mudaría a Málaga, a llevar una vida más barata y discreta.

Yeiyei sudaba y suspiraba mientras yo le contaba todo eso, con las fotocopias del *Abc* delante. La escuela debió de ser una tortura para ese hombre incapaz de seguir un discurso de más de cinco minutos.

—Como comprenderás, no tengo la lista de invitados, pero sí una foto en la que salen dos conocidos. Mira bien, porque no es de muy buena calidad, es una copia de una copia. Aquí, detrás de la orgullosa hija. Esos dos jóvenes tan bien vestidos son Juan Schuster y su mujer, Ana Higueras.

La cabeza de Yeiyei se iluminó, como si entendiera. Al fin tenía algo que vender.

Juan Schuster —le conté— era la divina providencia, un maná de carne de cerdo embutida y servida en cómodos paquetes de seis. De amigo, pasaría pronto a ser su bastón, su guía y su financiador. Si Degrelle no se hundió del todo fue en parte porque Schuster no lo consintió. Se le entregó devotamente y le acompañó en todos sus delirios.

Degrelle estaba acostumbrado a tratar con industriales. Fue Alfredo Mahou, el de las cervezas, quien le presentó a José Antonio antes de la guerra. Conocía bien a esa clase de gente, hablaba su idioma y tejía con ellos amistades que iban mucho más allá de la afinidad política. A su lado, algunos industriales conservadores, gentes toscas sin mucho que decir sobre política, se volvían militantes y dogmáticos. Degrelle era un hacedor de nazis.

A Schuster, de Salchichas Schuster, no hubo que convertirlo. Lo conoció con el nazismo ya hecho. Degrelle no estaba al corriente de la colonia de los alemanes del Camerún, y le fascinó descubrir una gente tan rara. Él, que había tratado con Hitler y había conocido bien el Tercer Reich, se maravillaba con unas familias que vivían en una Alemania imaginaria en medio de España, atrapadas en el sueño imperialista de Von Bismarck. Degrelle era un cínico, como se ve en la foto —sólo los cínicos sobreviven a todo, bien lo sabía Yeiyei—, por eso reconocía al primer vistazo a los ingenuos de cuyo entusiasmo se

alimentaba. Aquellos alemanes del Camerún, con su reverencia a los abuelos, sus cuentos de grandeza africana y sus nostalgias de una Heimat que no vivieron, le parecían asombrosamente ingenuos. Con ellos se le abría un territorio virgen para seguir predicando, justo cuando creía que ya no le quedaban oídos que inflamar.

Juan Schuster ofrecía algo incluso mejor que una amistad generosa en cheques: una conexión con la Alemania real. Aunque esas familias de Zaragoza vivían en una patria soñada, Juan Schuster tenía tratos con la antigua metrópoli, de la que salió su abuelo rumbo al Camerún. Viajaba a Hamburgo constantemente. Viajaba para comer con gente y tener reuniones. Hasta donde he podido saber, viajaba para reclutar ingenieros, comprar maquinaria e informarse de la actualidad del sector charcutero. El Schuster original, el abuelo Hans, presumía de aplicar una receta de Schleswig-Holstein que se parecía más a la longaniza aragonesa o al salchichón francés que a las salchichas de Frankfurt. De ahí su éxito, decían.

Fue Schuster quien le contó a Degrelle que había camaradas en Hamburgo. No nazis viejos y refugiados como él, sino gente joven, chicos que no olvidaban ni se resignaban a pudrirse en la banalidad de la democracia. Gente que, como el propio Schuster, creía que Alemania le debía al mundo una resurrección.

Preséntamelos, le dijo el belga. Invítalos a mi casa, hablemos.

Y así fue como, unos años después de esa foto en la boda de su hija, Léon Degrelle conoció a Michael Kühnen. El nazismo original y el neonazismo se abrazaban, y Juan Schuster pagaba el champán del brindis.

28. Berta

Sí, querido Fede, he vuelto a Zaragoza, como me preguntabas en ese correo que aún no he respondido y que ya no sé si responderé. Por lo visto, mis células son muy eficaces y se reproducen a mucha más velocidad de lo que previó mi amiga oncóloga. En la primera consulta me dio un año. En la segunda, me acortó la sentencia a seis meses. El último veredicto actualizado hablaba de unas semanas, sin concretar cuántas. Con quimio, podría curarme en el mejor de los casos, o aguantar al menos dos o tres años. Dos o tres años de mierda, le dije, y ella no se atrevió a negármelo. Se llama Ilse, es mucho más joven que yo, un amor de mujer. A ti te intimidaría mucho.

—No he visto nunca una determinación tan tanatológica como la tuya —me dijo—. Todo el mundo acaba recurriendo a un tratamiento. Tú no, eres obstinada, no cambias de idea con ningún pronóstico.

—Los de mi ciudad natal somos famosos por la testarudez —le dije.

—Pues te van a poner un monumento.

Me gustó que me llamara tanatológica. Thanatologistin, dijo. La invité a fumar un cigarro. Le había vuelto a coger el gusto al tabaco aquella tarde en el cementerio. Dudó un segundo largo, sonrió, comprobó que le daba tiempo antes de la siguiente cita y salimos al campus (yo tenía trato de privilegio, como colega de la universidad y como amiga: no me visitaba en el hospital, usaba su despacho de la facultad para darme las noticias).

Intenté dar un paseo, pero me mareaba y me tuve que agarrar de su brazo. Ilse me llevó a un banco, y allí saqué el paquete y le di lumbre. Ella miraba a todas partes, daba caladas furtivas y escondía el cigarrillo en la espalda.

—No te preocupes —le dije—. A lo mejor te ve un alumno, pero aquí no te van a ver tus pacientes.

—Me inquietan más mis alumnos, son mucho más moralistas.

—Ya, los tanatológicos dejamos vivir a los demás.

—No, tan sólo estáis más ensimismados. No criticáis a nadie porque ya no os fijáis en el mundo.

Antes de que intentara convencerme de nuevo para probar un tratamiento, le dije que estaba despedida.

—No puedes despedirme —dijo.

Ya no era mi doctora, le aclaré. La liberaba de cualquier

responsabilidad, podía marcharse con la conciencia tranquila. Le firmaría todos los papeles exculpatorios que me pusiera delante. Ya no necesitaba médicos, me bastaba con una amiga. Por eso la había sacado del despacho y le había ofrecido fuego.

Le conté que al poco del diagnóstico murió Gabi, y que pasé la tarde posterior a su entierro hablándole a su tumba, y que le dije a la piedra mucho más de lo que nunca le dije al cuerpo de debajo cuando estaba arriba. Ilse no conocía a Gabi Ese. El público alemán se le resistió. A saber cómo se habrían tomado en Alemania su humor, que sólo funcionaba si al oyente le fallaba el contexto cultural. En fin, le expliqué quién fue Gabi para los demás y para mí, y le hablé de aquel cuadro que vimos juntos en Palermo, *El triunfo de la muerte*, y le dije que por eso me hacía mucha gracia que me llamara tanatológica. Y la compadecí. Ella se echó a reír —¿dónde se ha visto que la oncóloga dé pena a la paciente?, dijo—, pero yo la compadecía. Eres la figura que no aparece en el cuadro, le dije, la que cree que puede descabalgar al esqueleto y derrotar a la muerte. Eres tan inverosímil que el pintor ni siquiera se molestó en pintarte.

No dijo nada. Sacó el móvil y buscó el cuadro. No, le dije, ese es el de Brueghel, el que te digo es anónimo. Pon museo Palermo en la búsqueda. Estuvo un rato contemplándolo, ampliando los detalles con los dedos de la mano derecha mientras el cigarro ardía en los de la izquierda. Se había olvidado de él.

—¿Así ves el mundo, Berta?

—Así es el mundo. ¿Viste *2001*? No te gusta mucho la ciencia ficción, ¿verdad? Por eso los médicos sois científicos raros. La mayoría de nosotros nos metimos en una carrera de ciencias por friquis. Casi todos mis colegas han hecho el saludo del señor Spock alguna vez. Hay un libro de Arthur C. Clarke escrito a la vez que la película. La gente cree que la peli de Kubrick está basada en él, pero se publicó después. Ahí dice, y creo que nadie lo dice en la película, que a cada persona le corresponden treinta fantasmas. Era un cálculo bastante acertado. Por cada persona viva en el momento en el que Clarke escribió el libro, había treinta homo sapiens muertos. Hoy la proporción es más baja, porque la población mundial es más del doble. Habrá unos catorce muertos por cada persona viva. Conforme crece la población, nos descargamos de fantasmas, pero siguen siendo mayoría. Desde que la humanidad existe hasta hoy, los muertos ganan por mucho a los vivos. Si planteásemos una batalla, los vivos no tendríamos ninguna posibilidad.

¿Te gusta la ciencia ficción, Fede? Seguro que no, no te pega nada. Cuántas cosas más de ti me voy a quedar sin saber, y cuánto de mí te vas a quedar sin saber. Ilse me conoce mejor que mis padres, mis hermanos y mis sobrinos. Mejor que mis compañeros de

departamento. Aunque quizá no me conozca tanto como la señora que lleva el guardarropa de la ópera, ni como el camarero chileno del bar de la facultad que me pone el café con leche grande sin que se lo pida. Hay un puñado de vivos que nos conocen muy bien porque conocen nuestros gestos, nuestras manías y nuestras rutinas. Las personas no somos mucho más que eso. El resto es retórica, material de relleno para las conversaciones. Ilse me conocía por el recuento de leucocitos y plaquetas, por el porcentaje de blastos en mi torrente sanguíneo y por el aspecto y densidad de mi líquido cefalorraquídeo. Pero también me conocía por mi forma de darle las gracias y por el silencio con el que masticaba cada una de sus informaciones. Sabía que yo era una mujer tanatológica. No creo, Fede, que tú llegases a saberlo ni aunque compartiéramos tres vidas.

Puse en orden mis asuntos, como se suele decir. Renuncié a mi plaza en la universidad sin tener más trato que el administrativo. Del decano me despedí con un correo. A los demás no les dije nada, para que no me escribieran necrológicas en vida. Fui a un notario para dejarles mi piso y mis cuatro cosas a mis sobrinos, facturé un par de maletas grandes y volví a Zaragoza. Tuve que contárselo a mis padres y a mis hermanos, y soportar su enfado y sus intentos de arrastrarme a un hospital, aunque se resistieron menos de lo que esperaba. Es sorprendente lo bien que se acomodan los demás a tu muerte cuando no estás dispuesta a discutirla.

Me he entretenido leyendo lo que ha salido de tu familia. Mi padre andaba ojiplático y entregado a los detalles. Tengo que agradecerle a tu padre que le haya dado al mío algo en lo que ocupar la cabeza en estos días tristes. No pensar todo el tiempo en mi muerte y darnos un poco de conversación ha ayudado mucho a hacer respirable el aire de casa.

Me sentía culpable por endosarles mi agonía, pero me convencí de que habría sido mucho peor negársela. Mi primer impulso fue alquilar un piso en Zaragoza y morir en secreto, escuchando mi música, pero se me pasó pronto el egoísmo y me dejé mimar. Así podrían prepararse con tiempo y dejaríamos espacio para que mi sinfonía no quedase inacabada, como las de Schubert. Ya ves, al final me voy a morir entre aplausos. Lástima no poder ofrecer un bis.

A propósito del culebrón de tu familia, mis padres han recordado a los suyos, han rescatado mil anécdotas del colegio y de la colonia, y hasta se les ha escapado alguna palabrilla en alemán, lengua que casi nunca usan. Esa es la parte buena de descubrir que el nazismo de Juan Schuster no era tan común ni tan folclórico ni tan inofensivo como hablamos aquella noche en Hannover.

Me pregunto si Gabi llegó a saberlo. Dudo mucho que viera todo el cuadro, pero fue el único que unió los puntos entre Hamburgo,

Zaragoza y Málaga, situando a tu padre entre Michael Kühnen y Léon Degrelle. Supongo que intuyó algo turbio. Cenas con canciones, ceremonias con antorchas y música de Wagner, delirios así. Adivinó lo suficiente para concluir que su padre estaba peor que las maracas de Machín, pero no creo que llegase a saber todo lo que se ha publicado.

A ver si lo he entendido bien. Según las noticias, tu padre presentó a Michael Kühnen y Léon Degrelle. Nada preocupante, en principio: el jefecillo de los neonazis alemanes peregrinaba a España para hacer una reverencia al último jefazo nazi que quedaba en Europa. Kühnen quería besar la mano que estrechó la de Hitler, por si se le pegaba algo del espíritu del Führer. Ni a los cazanazis de Israel les inquietaría ese encuentro. Kühnen era irrelevante, jefe de un movimiento marginal que no aspiraba a ningún poder, y Degrelle era un viejo arruinado que se arrugaba como una uva pasa al sol de Andalucía. Pero Juan Schuster tenía algo de lo que carecían ambos: dinero, un pie en la realidad, aunque fuera de puntillas, y relaciones. Por muy mal que se le diera gestionar sus cosas, era un empresario, un espíritu capitalista y práctico.

Además, tenía experiencia. El segundo Schuster, vuestro abuelo, ya había organizado líneas de ratas en 1945. Dio trabajo a los funcionarios nazis que llevaban el partido y el colegio en la ciudad. El famoso Herr Schmidt fue contratado en la planta de salchichas en un puesto fantasma, para que no le faltase un sueldo ni una razón para quedarse. Los demás recibieron contratos en otras empresas de la colonia (salvo de mi familia, apestada por la desaparición del abuelo Oskar en el frente oriental y sin ganas de colaborar en la organización de la desbandada).

Herr Schmidt no volvió a la enseñanza, pero siguió en Zaragoza, donde montó una especie de logia. Estaba en contacto con los nazis argentinos y en los años cincuenta andaba soñando con un Cuarto Reich nacido en España y en el Cono Sur, lavándoles el cerebro a los niños en una catequesis aria a la que asistieron algunos chavales de la colonia, tu padre entre ellos. ¿Fue él el único abducido? ¿Cómo lo recordaban los demás?

Era un piso grande de la calle Joaquín Costa, cerca de vuestra casa. Mi padre recuerda que de niño hacían actividades culturales, meriendas, cosas de boy scouts… Él no iba, pero al leer las noticias se le refrescó la memoria.

Supongo que para la mayoría fue un pasatiempo inocente, como lo fueron las Juventudes Hitlerianas en su día o como lo es cualquier catequesis excursionista. No les dejaría más huella que unas aventuras de campamento, algunos cantos ridículos y tres o cuatro cursiladas de las que reírse de adultos. Pero si tenías papás nazis y en casa se daba mucha importancia a la Alemania que no pudo ser, aquello imprimía

carácter. Es lo que le pasó a tu padre, entiendo yo. O es lo que entiende mi padre, que siempre tuvo al tuyo por terco y simplón. Juan Schuster era más tonto que Pichote, me decía mi padre, y espero que no te ofendas si te traslado su literalidad: si había alguien a quien pudieran comer el coco, era él.

Muy tonto tenía que ser para dejarse enredar por Degrelle y Kühnen. Se sentía hijo del primero y padre del segundo, y fue un idiota para ambos. Degrelle le saqueó la empresa, y Kühnen montó sus comandos aprovechándose de sus redes financieras. Qué poca gracia tiene esto, pero qué entretenido es a la vez.

Al principio, sería una ocurrencia. Se les subiría el oloroso a la cabeza en una de esas noches malagueñas, porque Degrelle no podía ir a Alemania a beber cerveza. Le habrían detenido nada más cruzar la frontera y habría acabado como Maurice Papon. No estaban mal las noches malagueñas para conspirar. Me los imagino montando el Cuarto Reich entre conchas finas, gambas y espetos, mientras los guiris de las mesas de alrededor escenificaban la decadencia de Occidente con sus pieles achicharradas y sus melopeas turísticas. Kühnen era un hombre de acción, un soldado, no un diletante. A saber cómo convenció a tu padre de que le diese cobertura, pero no creo que le costara mucho.

Unterwelt, lo llamó. Qué cosa tan obvia y tan wagneriana a la vez. El inframundo, lo enterrado. Esta es la parte que me ha alucinado de veras. La he leído con mucha atención porque no me lo termino de creer. Una bomba casera que reventó los bajos del centro judío de la Oranienburger Straße sin causar heridos. El incendio del Weißensee, el cementerio judío, después de varias profanaciones de tumbas que cubrieron con esvásticas. Ambos sucesos, en Berlín. Otro incendio de un supermercado kosher en la Rothenbaumchaussee de Hamburgo. Y de ahí a mayores. Palizas a rabinos, el secuestro exprés de un cónsul honorario de Israel, la extorsión a restaurantes y librerías hebreas —a los que no pedían dinero, sino que cerrasen el negocio y se marcharan de Alemania—, etcétera.

Al principio, la policía lo atribuyó a los islamistas, pues todo el antisemitismo era entonces islamista. Luego surgió la teoría de que eran grupos de extrema izquierda que apoyaban la causa palestina. Pero cuando empezaron a arder los restaurantes de comida turca y atacaron los centros culturales rumanos o tiraron cócteles molotov contra los autobuses de refugiados de los Balcanes, los investigadores concluyeron que la organización que firmaba con el nombre de Unterwelt, dejando pintadas en los lugares de los crímenes, era neonazi.

Quizá por eso no hicieron mucho. La policía alemana apenas les prestó atención. En la lista de amenazas contra el Estado estaban muy

abajo en unos tiempos en que la mayor amenaza era el propio Estado unificado alemán y la avalancha migratoria del Este. Ni siquiera crearon una unidad especializada para combatirlos, como sí tenían agentes específicos para el terrorismo de extrema izquierda y el islamista. Ante tal desinterés policial, se envalentonaron. Lo que se ha publicado les atribuye veintitrés asesinatos y siete secuestros.

Veintitrés asesinatos, Fede. Ya sé que tu padre no apretó el gatillo, pero Unterwelt sólo tenía una fuente de financiación: los pagos que Salchichas Schuster hacía en las cuentas de Léon Degrelle, quien luego los transfería a un banco suizo y, de ahí, a las cuentas controladas por los sicarios de Kühnen en Alemania. Con ese dinero compraban armas, pagaban los pisos y mantenían a los tipos que formaban los dos comandos que se movían por el país en coches robados que no le costaban una peseta a tu padre, pero cuyos depósitos se llenaban con gasolina pagada por él. También había donaciones a grupos de cabezas rapadas y alborotadores futbolísticos varios.

Es impresionante la parte de la investigación en que se demuestra que todo el dinero salió de vuestra empresa. Me cuesta mucho creer que tu padre no supiera en qué se gastaba lo que le daba a Degrelle. Mi padre dice que Juan Schuster era un alcornoque, aunque no tanto como para repartir millones a fondo perdido. A lo mejor no estaba al corriente de los detalles de los crímenes, pero se enteraría por las noticias.

Si a cada persona le corresponden catorce fantasmas, vuestra familia arrastra veintitrés más. Me gustaría tener fuerzas y tiempo para enseñarte a convivir con ellos, para convencerlos de que no se te aparezcan por la noche y descargarte de la confusión que seguramente te domina, pero yo ya soy casi un fantasma más, y el único servicio que puedo prestar a la gente a la que quiero es no pegarme al fondo de su vida, como el quemado de una cazuela. Te ofrezco mi ligereza, más no puedo darte.

29. Eva

No eran veintitrés muertos, sino muchos más. Lo de Unterwelt fue la ráfaga final del cementerio que arrastramos. No me digas, Asteri, no me digas que no es hermoso que mi familia haya vivido tan apegada a los cementerios. Dime, tú que ves resonancias sociales y económicas en todo, dime si no es sensacional que me haya pasado los sábados de la infancia, hasta bien crecidita, yendo en grupo al Deutscher Friedhof, cambiando flores, cortando hierbas, barriendo en septiembre las hojas caídas del gran tilo mientras los viejos cantaban *Der Lindenbaum*, fantaseando con la tumba romántica, cubriendo con coartadas las travesuras de mis hermanos en los recovecos del fondo y baldeando los caminos para que no se levantase polvo. Con qué delicadezas cultivábamos el jardín de nuestros muertos mientras se nos acumulaban las matanzas.

No son los veintitrés asesinados por esos locos a los que pagaba papá. Son los que asesinaron los nazis de verdad que huyeron de los juicios de Núremberg y encontraron amigos en mi casa. Son los que marcharon al frente y no volvieron, y los milicianos y los campesinos desmembrados por las bombas de los tres aviadores für Spaniens Freiheit antes de que los enterrasen junto a nuestros muertos. Son los de Guernica, y antes, mucho antes, fueron los de Verdún y el Somme, y los de África: las vértebras aplastadas de los porteadores, las espaldas que los colonos flagelaron en las plantaciones, los soldaditos a los que sacrificaron en su guerra colonial, los chavales que cayeron colocando traviesas y vías a través de la selva para poder sacar de ella la palma y la madera con la que se hicieron la chaise longue verde de mamá, la tapa del piano y el mueble del tocadiscos donde ponía *Peer Gynt*.

—No puedes dar ese discurso, Eva, no puedes. No te vas a suicidar de esa manera.

—¿De qué otra manera te parecería aceptable mi muerte?

—Hablo de un suicidio político. Déjalo estar, haz caso a Alfonso, déjalo enfriar, esto pasa enseguida.

—Ya, la economía de la atención, me sé el cuento. En unos días saltará otra escandalera y se olvidarán de mí, ¿verdad? Pues no me da la gana. No va de eso, Asteri, ya no va de eso.

—Pero ¿no ves que lo de los nazis no le importa a nadie? Les vas a

dar material para un segundo linchamiento. Cállate, por favor te lo pido.

—¿Es tu consejo como asesor o como amante?

—Vete a la mierda, Eva.

No quería pagarla con él, pero no tenía con quién desahogarme, y todo lo que había sucedido me había dejado atónita. No por lo que contó Yeiyei en sus reportajes: ya sospechaba que papá había desviado los fondos para algo criminal, aunque confiaba en que fuera menos grave. Me había dejado atónita que las redes sociales me apaleasen por carnicera de cerdos. A muy pocos parecía importarles lo de Unterwelt y que papá fuera cómplice de nazis viejos y de neonazis. Lo que consideraban infame era la charcutería.

Mi apellido volvió a asociarse con las salchichas, pero en lugar de inspirar nostalgias de cenas infantiles regadas con kétchup, el negocio de mi familia fue señalado como destructor del planeta. Unos activistas llamados Extinction Rebellion lanzaron una campaña en la que se me acusaba de maltrato animal, contaminación de tierras y aguas, destrucción de ecosistemas, ruina de la agricultura y deforestación del Amazonas para cultivar pienso. También incluyeron en los cargos delitos contra la salud pública. La gama de productos Schuster había envenenado a millones de españoles y había reducido su esperanza de vida, disparando la diabetes, la hipertensión, varios tipos de cáncer y la epidemia de niños gordos.

Los dos primeros días me lo tomé a risa. Asteri me filtraba la avalancha de memes y de tuits, asegurándome que eran cuatro activistas muy pesados, nada representativos y sin capacidad de influir sobre los votantes. Pero al tercer día la marea no había bajado y empezaba a inundar territorios insólitos. De pronto me había hecho famosa. Se había filtrado que encabezaría una lista en las elecciones, que en el congreso inminente del partido iban a nombrarme secretaria de organización y que, en el caso muy probable de que ganáramos, ocuparía un sitio destacado en el gobierno. Sabían que era la protegida de Alfonso y que él se había encargado de abrirme todas las puertas y sacudirme todas las alfombras. Fuego amigo, dijo Asteri: estos detalles los ha filtrado alguien de los nuestros.

Mi nombre empezó a asomar en las tertulias de la radio y de la tele. En el flanco de las derechas, el locutor Federico Jiménez Losantos me puso el apodo de la Salchipapa. Eché de menos que me llamaran la Minipímer o Eva Braun. Esto habría sido un trampolín muy grato en otras circunstancias: nada como el desprecio del adversario para ganar la simpatía de los tuyos. Pero el peso del linchamiento se descargaba sobre todo en la izquierda y en los jóvenes ecologistas, y eso ya no pintaba tan bien en las encuestas.

A la semana —cuando, según las previsiones demoscópicas de

Asteri, el ruido debería haber empezado a amainar—, la activista Greta Thunberg dijo en una entrevista con un periódico español que yo representaba mejor que nadie el problema de Occidente. Dijo: «¿Cómo puede liderar la transición energética la heredera de un imperio carnívoro? ¿Con qué autoridad va a gestionar un mundo libre de emisiones de carbono quien ha hecho una fortuna indecente a partir de la más criminal e insostenible de las actividades humanas? ¡Necesitaría diez generaciones de energías limpias, sin coger jamás un coche ni usar un solo plástico ni comer un gramo de carne, para compensar todo el daño que ha hecho! Esa es la clase de hipocresía que hemos venido a combatir. Las élites de la revolución industrial no tienen nada que decirnos. Si le queda algo de decencia, se hará a un lado y dejará el poder a quienes lo merecen». Luego le preguntaron por los terroristas neonazis, y ahí no estuvo tan locuaz: «Claro que son nazis, ¿cómo no van a ser nazis?».

La fiscalía federal de Alemania abrió una investigación para confirmar las revelaciones periodísticas, y en *Der Spiegel* sacaron un reportaje en el que contaban el estado de catatonia de papá y preguntaban a varios juristas si era imputable y responsable penalmente, en el caso de que los delitos no hubieran prescrito. Los expertos no se ponían de acuerdo. Había varios argumentos legales para pedir la extradición a España y abrirle un proceso, pese a que su salud no le permitiera participar ni comprenderlo.

Yo no conocía el código penal alemán, pero, como abogada, todos esos alegatos me parecían ridículos. La perspectiva de buscar un bufete para defender a papá en el caso de que algún juez quisiera dárselas de justiciero humanitario me revolvía las tripas hasta el vómito. Sin exagerar: tuve que correr al baño tras leer el artículo. Asteri esperó con paciencia en la puerta, y luego me abrió la ducha, reguló la temperatura, me quitó la ropa y me dejó llorar bajo el agua hasta que no me quedaron lágrimas. Pero eso sólo me angustiaba a mí. Las consecuencias penales y la historia terrorista apenas llamaban la atención de las masas enfurecidas en las redes sociales. Por lo visto, eso era demasiado complejo y había que saber algo de historia para tener una opinión. La sutileza no daba clics.

No hubo clemencia ni cuando alguien señaló que mi hermano era Gabi. Asteri confiaba en que sus fans amortiguasen un poco los bombardeos, pero el efecto fue amplificador. Decían que Gabi Ese había intentado ocultar su relación con el complejo ganadero-industrial (*sic*), cuando esta era pública, como lo eran sus obsesiones alemanas y sus citas retorcidas de Haydn. Gente muy joven para la que mi hermano representaba la música de sus padres, tan hortera como inofensiva, se puso a escuchar con atención *Opus Scheiße* y los discos más antiguos, y se espantaron como monjas en una discoteca.

Tiktok, Instagram y Twitch se llenaron de vídeos donde Gabi Ese, el hermano de la Salchipapa, era presentado como un misógino, un adorador de nazis y —válgame— un homófobo. Gabi Ese se autoodiaba, decían, y su autoodio era una agresión para todo el colectivo LGTBI+. Gabi SS, le llamaban, y le plantaban cruces gamadas en la frente y en las portadas de los discos. Otros le pintaban hocico y orejas de cerdo.

Pese a los consejos de Asteri, que se ofreció a quitarme el móvil y mantenerme desconectada del mundo hasta que él considerase seguro volver, me pasaba las noches viendo esos vídeos, más afectada por el daño a la memoria de mi hermano que por una carrera política que a esas alturas ya daba por liquidada. Pero al octavo día —cuando Alfonso ya no se ponía al teléfono, yo no se lo cogía a la secretaria general, y el equipo de esta intentaba convencer a Asteri de que me convenciera a su vez de que hiciese una declaración—, le entregué los trastos. No quiero saber más, le dije, y me fui a la cama.

Debí de dormir doce horas seguidas, y cuando salí del dormitorio escuché una voz familiar en el salón. Procedía del ordenador de Asteri, que tomaba un café en el sofá mientras miraba un vídeo. No se dio cuenta de que me acercaba por detrás, y pude ver de quién era aquella voz: su camisa negra apretada, sus michelines, sus gafas oscuras y su cara amarillenta, más cérea aún por el maquillaje que usan en la tele.

—¿Ese es Rapsoda? —pregunté.

Asteri pegó un brinco y cerró de golpe el portátil. Me dio los buenos días y pidió perdón por si me había despertado. Se levantó y se ofreció a prepararme el desayuno.

—Aunque ya es casi la hora de comer, por si prefieres que encargue algo —dijo sin reproches.

Me lancé a por el ordenador, pero él fue más rápido. Le alcancé y le pregunté qué estaba viendo. Quiero verlo, le dije, déjame. Forcejeamos un poco y caímos en el sofá. Estate quieta, que lo vas a tirar, me dijo. Al ver que no me rendía, se resignó. Sí, era Rapsoda. Había dado una entrevista en uno de esos programas de debate mañaneros, a propósito de todo el ruido sobre mi familia.

—No creo que debas verla. Come algo antes, tómate un café, date al menos una ducha —dijo Asteri. Por toda respuesta, me incorporé en el sofá, abrí el ordenador y reproduje el vídeo desde el principio.

Rapsoda estaba mal sentado en un sillón con aspecto incómodo, en mitad de un plató muy colorido y sobreiluminado. El pobre no sabía qué hacer con las manos y cruzaba las piernas de forma ortopédica. También sudaba, y con el sudor se le deshacía el maquillaje. En los planos cortos, se adivinaban surcos de pintura. La pantalla estaba llena de letras que corrían a distintas velocidades. El rótulo principal

decía: El amigo íntimo de Gabi Ese nos revela su verdadero rostro. La presentadora impostaba una cara melodramática, y de fondo sonaba, muy tenue, un piano ambiental. A ratos, la pantalla se dividía. La cara de Rapsoda se reducía a un recuadro a la izquierda, y el resto de la superficie lo ocupaban unas colas de imágenes de archivo de mi hermano: conciertos, actuaciones en programas de esa misma cadena, entrevistas… Gabis de épocas dispares y desordenadas: Gabi flaco y con rizos, Gabi con barba, Gabi gordo y enfermo, sentado en un sillón de enea, en sus últimas entrevistas, Gabi empezando a engordar, Gabi sobre un escenario en Bogotá, en Buenos Aires o en Barcelona, Gabi en el estreno de una película en la Gran Vía de Madrid sacándoles el dedo a los fotógrafos. Y vuelta a empezar. Gabi siempre mudo. Donde debían sonar su voz y su música, se escuchaban un piano y las frases roncas de Rapsoda.

Sabemos que te ha costado mucho dar este paso, y te lo agradecemos, le decía la presentadora, tan maternal ella, y Rapsoda asentía, tragando saliva. El rótulo había cambiado a otra frase: Gabi Ese era un tirano y un abusador. Con tanta imagen y tanta letra me costaba seguir el hilo de la confesión, que decía más o menos esto:

Acompañé a Gabi en casi todas sus giras, fui su amigo inseparable durante treinta años, hemos compartido todo. Me parecía y me sigue pareciendo un genio, pero creo que es hora de que sus fans sepan la verdad. Ha pasado mucho tiempo desde su último concierto. En los últimos años, Gabi ya no era Gabi, y se ha dicho que murió solo, lo cual no es del todo cierto. Yo seguía visitándole, le llevaba libros, cuando aún podía leer, y le hacía compañía por las tardes en su casa de Zaragoza. No era cierto que se hubiese arruinado, al menos no del todo. Las ventas de discos eran ridículas, pero eso les pasaba a todos. La industria se hundió, nadie vende un disco. El problema eran las giras. Gabi empezó a suspender muchos conciertos. Decía que le fallaba la voz o que no tenía fuerzas, la excusa que fuera. A veces se negaba a viajar cuando ya teníamos las maletas cargadas. Nos dejaba tirados en el aeropuerto, o se montaba en el avión, pero al llegar a la ciudad decía que no salía. Se encerraba en el hotel y no acudía al teatro o donde fuera que actuáramos. Le cancelaron muchos contratos, le pusieron demandas por incumplimiento y los seguros se negaron a firmarle pólizas, y sin seguros no se puede trabajar en esto.

Pero Gabi estaba enfermo, ¿no? —interrumpía la presentadora, que fingía escuchar con mucha atención—, tenía razones para suspender los conciertos.

Rapsoda descruzó y volvió a cruzar las piernas, se tocó la caraza y siguió, como si le costara mucho volver a hablar:

Esa era la excusa que dábamos al principio, y nos funcionó un tiempo, mientras seguía teniendo tirón. Pero luego empezó a pinchar.

En México tuvimos que cancelar dos fechas porque no se vendió ni un cuarto de las entradas. No se lo contaba a nadie, pero yo sabía que se le estaban acumulando las deudas. Despidió a personal, ajustó algunos gastos… El declive era evidente, pero él con sus cosas no se cortaba, seguía llevando la vida de antes. Pedía los mismos hoteles de lujo, se emborrachaba igual…

Dices que Gabi Ese tenía un problema grave con el alcohol.

Bueno, eso era público, de eso murió, ¿no?

Pedazo de bestia, pensé. Fede tenía razón. No debió hablar en el entierro. Tendríamos que haberle prohibido la entrada.

—Alimaña, cabrón, hijo de la gran puta —empecé a gritarle a la pantalla.

Asteri, de pie detrás de mí en el sofá, me masajeó los hombros. No me pidió calma, me dejó gritar a gusto mientras el miserable seguía:

Los nuevos creían que los abusos de Gabi eran por la decadencia, que se ponía nervioso al ver cómo todo se iba a la mierda, con perdón, pero siempre fue así. En los mejores momentos, cuando volábamos todos en primera y no podía pasear porque se le echaban encima, sobre todo en algunas capitales americanas, Gabi siempre tuvo problemas para controlar su ira. La gente se cogía bajas por depresión, dimitía o se largaba sin dar motivos, y luego entraban otros, que también duraban dos suspiros. Nunca tuvo un grupo estable de músicos porque era incapaz de retenerlos. Una noche, le tiró un pie de micro a un bajista en mitad de una canción porque decía que le tapaba la voz. Le hizo una brecha en la ceja y el tío estuvo a punto de denunciarle. Los técnicos le tenían pavor. En las sesiones de grabación los insultaba todo el tiempo. Los obligaba a remezclar mil veces, y siempre decía que era una mierda, que no tenían ni puta idea, y gritaba frases en alemán que se entendían demasiado bien. En una grabación, no recuerdo en qué disco era, llevábamos, qué sé yo, catorce horas encerrados sin avanzar nada. La discográfica mandó a un chaval porque los ingenieros se habían quejado. Decían que así era imposible terminar las sesiones y que ya era hora de ser un pelín profesionales. El chaval llegó con la mejor de las sonrisas y un par de botellas como ofrenda de amistad, y me pidió ayuda para hacerle entrar en razón: había unos plazos que cumplir, ya íbamos tarde, etcétera. Yo salí un momentico a echar un cigarro, porque estaba hasta las pelotas, con perdón, y no sé qué pasó allí dentro, pero a los cinco minutos vi salir al chaval dando portazos y haciendo pucheritos. Le pregunté qué pasaba, no quiso decirme nada. Llamó a un taxi. Le hice compañía hasta que llegó, el tío a punto de echarse a llorar, callado como un muerto, parecía que había visto un espectro. Un tío hecho y derecho. Le he llamado chaval, pero era un armario de dos puertas que iba por la calle dando zancadas. Se subió al taxi y

desapareció para siempre del negocio. En la discográfica me preguntaron al día siguiente qué había pasado, porque el chico les había pedido el finiquito y se había negado a darles explicaciones. Bueno, pues esas cosas ocurrían constantemente.

¿Crees que influía su procedencia familiar? ¿Cómo te has tomado las revelaciones sobre su padre que han aparecido en la prensa estos días?

Gabi nunca hablaba de su familia, la verdad. Eran conocidos, porque tenían la fábrica, y tal, pero su padre no era un tema de conversación. Cuando leí lo del terrorismo… Joder, qué quieres que te diga, se explican muchas cosas. Supongo que nadie sale bien de tener un padre nazi, ¿no? Te tiene que joder la cabeza, con perdón.

No pude más. El psicoanálisis era demasiado para mí. Cerré de golpe el ordenador y lo tiré a los cojines. Asteri se sentó a mi lado y me abrazó.

—Ahora todos van a dar lanzadas a moro muerto —dijo.

Me dio la risa: lanzadas a moro muerto, qué castizo y qué poco vasco. A veces Asteri hablaba como un ejecutivo, terminando las palabras en *-ing*, y otras parecía un Sancho Panza.

—No digas eso en público —le dije—, sólo nos falta la islamofobia.

Le besé, pero él me apartó con delicadeza:

—No te lo tomes a mal, pero te apesta el aliento. Así no te besa ni Rapsoda.

Volví a reír. Dos risas seguidas. O estaba remontando o me estaba hundiendo del todo. Le pregunté si creía que lo que contaba de Gabi era verdad, porque yo no reconocía a mi hermano. No me podía creer que se transformase en Mister Hyde cuando grababa discos o daba conciertos. Gabi podía ser sarcástico, un poco cruel a veces, incluso un cínico insensible, pero nunca un tirano.

—Lo único que creo es que Gabi no se puede defender, y que jamás dijeron eso de él en vida.

—Quizá porque le tenían miedo —dije.

No dijo nada, tan sólo me estrechó un poco más contra su pecho y me acarició el pelo despacio.

—Lo voy a hacer, mi amor —le dije—. Lo he pensado mucho estos días, no es un arrebato. Voy a hacerlo, y esta vez no puedes escribir nada. De hecho, quiero que dimitas antes de que lo haga. Le pediré a Alfonso que te coloque en Madrid, aún puedes salvarte, no voy a permitir que te hundas conmigo. Pero tengo que hacerlo a mi manera. Son mis muertos, Asteri. Son mis muertos.

30. Fede

Debía de haberse pasado en sus visitas al Goldenes Kreuz o el médico le había afeado la tensión arterial y los kilos sobrantes, porque me citó para dar un paseo, en vez de invitarme a tartas. Enfilamos el Naab curso arriba por la orilla izquierda, desde su entronque en el Danubio. Había llovido por la noche y el cielo seguía cubierto, como siempre en esta ciudad desde septiembre a abril. Era tan rácana la luz y tan húmedo el aire que la caminata se hacía impresionista. Conforme avanzábamos por el camino de sirga, me sentía difuminado y descompuesto en trazos y puntos. Me habría gustado comentarle esa sensación a Berta, para que me corrigiera cuando le contase que me estaba desintegrando en átomos que se dispersaban como borrones de pintura por todo el valle, pero ya no me contestaba los mensajes y no me atrevía a romper el silencio con una llamada.

Tampoco podía compartirlo con Peter, que no abría la boca. Hicimos los dos primeros kilómetros en silencio, sólo perturbado por un intento mío de arañar, ya que no romper, el hielo:

—Este no es el limes del imperio, Peter. Hoy nos adentramos en tierras bárbaras, Germania adentro.

Ni siquiera hizo un gesto de escucha. Es posible que incluso acelerase el paso.

Me había calzado las deportivas y envuelto en el cortavientos como quien se abrocha el cordón del hábito. Me encontré con Peter con la humildad del peregrino que acata la penitencia, y me hice el propósito de no discutirle ni un reproche. Ni siquiera me pondría la capucha, y dejaría que el granizo y las tormentas que salieran por su boca me empapasen hasta la neumonía. Pero Peter no decía nada, como tampoco dijo nada Teresa la noche anterior, cuando llegó a casa con una maleta vacía y metió en ella sus cosas sin mirarme siquiera.

¿Debí haberle dicho algo, en vez de quedarme en el sofá, viéndola ir y venir por la casa, recopilando las mil minucias que había diseminado por el piso, como rastros de una convivencia que nunca fue? Todas las frases que se me ocurrían me parecían fuera de lugar, o demasiado banales o demasiado solemnes. Cuando cerró la maleta, Teresa dejó las llaves en la mesita baja del salón, frente a mí. Sin mirarme, se dio la vuelta, arrastró la maleta con ruedas, salió y cerró la puerta con delicadeza, como ella solía. No había dado un portazo en

su vida, y en ese instante lo eché de menos, para puntuar bien lo definitivo del adiós. Que se marchase así, con un clic suave y el motor casi silencioso del ascensor en descenso, parecía un final abierto.

No me engañaba diciéndome que la echaría de menos. Teresa debería haberse marchado mucho tiempo antes. De no haber sido yo tan miserable, tendría que haberla invitado a irse, pero me había acostumbrado a encontrarme sus cosas por mi piso, y me hacía feliz la manera en que su melena se derramaba por la almohada, aunque nunca se lo dijese. No tenía derecho a esperar de ella más que silencio, pero me dolió que me pagara así. Yo quería reproches, insultos, algo de melodrama. Al menos, tres o cuatro de esas verdades del barquero con las que tanto disfrutaba pinchándome. Cualquier cosa, incluso un sarcasmo cruel, me habría humillado menos que ese silencio que replicaba Peter a la mañana siguiente, mientras caminábamos río arriba, como si ambos se hubiesen puesto de acuerdo.

A lo peor era que no tenían nada que decir. ¿Para qué arrugar el ceño y forzar la voz cuando ya no había remedio? Las becas postdoctorales de Teresa no iban a volver, y Gerhard no iba a limar las cuentas del departamento para que Peter diletase en un despacho improductivo. Las bibliotecas no iban a recuperar sus donaciones para actualizar los catálogos y la facultad no iba a retener a los investigadores sin financiación, que ya se marchaban a otras universidades.

Tampoco se iba a borrar el artículo de Facebook que escribió un viejo doctorando mío, el que se fue a Berlín al entregar su tesis y se hacía fotos con el filósofo Byung-Chul Han. Lo habían replicado por todas partes y algunos extractos salieron en el reportaje del *Der Spiegel* sobre papá. Se titulaba: «¿Puede la memoria literaria de los judíos de Ratisbona estar secuestrada por el hijo de un nazi?». Entre otras muchas cosas, decía:

«No es este el momento de comentar la mediocridad de la producción académica del doctor Schuster, juicio que compete a las autoridades de su universidad y a sus colegas. Baste decir, por ahora, que sus aportaciones a la germanística son nulas, y su posición de privilegio en una de las instituciones más venerables de nuestro país, inexplicable para todos los que hemos tenido la desgracia de trabajar con él. No es el momento tampoco de juzgar su displicencia en el trato con los doctorandos, alumnos, becarios postdoctorales, profesores asociados y, en general, todo aquel situado por debajo de él en la jerarquía académica. Quien esto suscribe ha sufrido en persona su carácter errático y caprichoso, su humor cambiante y su falta de disponibilidad, que hacía del todo imposible mantener una relación intelectual fluida. El doctor Schuster nunca estaba en su despacho, rara vez contestaba a los correos y era negligente en la revisión de los

trabajos, de los que parecía manejar una idea somera, fruto de una lectura muy superficial. Yo mismo tuve que buscar amparo en otra universidad, tras una experiencia dolorosa de desprecio hacia el objeto de mi tesis, que entonces me resultaba incomprensible y que hoy, a la luz de las informaciones aparecidas sobre su familia, atribuyo a un talante antisemita muy arraigado en su educación y sus orígenes.

»Lo importante ahora —seguía— es alejar al doctor Schuster de su materia de estudio, de la que se ha demostrado no sólo indigno, sino indeseable. El doctor Schuster no tiene autoridad moral (ni académica, como seguramente se demostrará en cuanto se revise críticamente su producción) para trabajar sobre la literatura judeoalemana. No sólo está desacreditado como investigador y autoridad intelectual, sino como docente. El doctor Schuster no puede impartir un curso más sobre literatura judía, ni dirigir una tesis, ni presidir un tribunal. Es del todo intolerable que especule sobre el pensamiento de Hannah Arendt, como le hemos leído varias veces. Urjo a las autoridades académicas de la Universidad de Ratisbona a que evalúen hasta qué punto amparar a un individuo como el doctor Schuster redunda en el desprestigio de su propia institución».

Desde que salió la noticia, las letras me ahogaban. Internet chorreaba frases contra mí y contra mi familia, pero a mi alrededor sólo había silencio. El único que me hablaba era Gerhard, que me convocó en su despacho. Deja la puerta abierta, por favor, dijo, tan militante en la transparencia que su sonrisa brillaba como recién sacada del lavavajillas. Me preguntó qué tal estaba, mirándome compasivo, y cuando le dije que más o menos bien, sin entrar en detalles, me dijo que contar conmigo era un privilegio para la universidad y para el departamento, que mis contribuciones eran valiosísimas y que mi trabajo era una pieza esencial de su proyecto académico.

A los diez minutos de ditirambo, cuando ya me había relajado y la contractura de los músculos cervicales empezaba a deshacerse, me entregó mi calendario para el próximo semestre. Me había quitado todos los cursos de doctorado y me había borrado de los seminarios postdoctorales que impartía desde hacía diez años. Mi agenda se reducía a dos cursos, uno de literatura contemporánea para los alumnos de primero, con un programa de lecturas elementales, y una asignatura optativa titulada Rudimentos del discurso literario para la persuasión publicitaria, destinada a alumnos de marketing, en la otra punta del campus. El temario consistía en explicar qué era un epíteto y la diferencia entre metáfora y símil. No supe ni pedirle explicaciones por la degradación. Tan sólo me salió una frase de película de policías:

—O sea, que me pides que entregue la placa y la pistola.

—De ninguna manera, es un simple ajuste del organigrama. Hasta

que se olvide todo —dijo Gerhard, sonriendo aún más—. Perfil bajo, querido amigo. El curso que viene volvemos a hablar. Ahora, perfil bajo. Por cierto —dijo, como si se hubiera acordado en ese instante—, te agradecería que no hicieras ninguna declaración a la prensa sin consultar antes con el departamento de comunicación de la universidad. Una mera formalidad, pero es preferible que gestionen ellos las comunicaciones.

Yo sí di un portazo al salir, y caminé furioso hasta el centro, aturdido por las palabras de Gerhard y deseando un poco de silencio a la vera del Danubio. Al llegar a los muelles, el viento me atufó con la humera del Wurstkuchl, que a esa hora despachaba salchichas a media ciudad y a cientos de turistas que hacían cola para llevarse uno de sus bocadillos grasientos. Como no llovía, las mesas de madera estaban llenas de zampasalchichas y bebecervezas, en una romería digna de un Brueghel.

El Wurstkuchl es una tabernita del puerto que presume, como tantos otros sitios, de ser el restaurante salchichero más antiguo de Alemania. Hay un restaurante más antiguo de Alemania en cada esquina de Alemania, pero no todos están tan bien situados y a mano para el turista. Vende tantas salchichas a la hora de comer que el tufo de la parrilla, arrastrado por el viento, debe de cruzar toda Mitteleuropa y llegar hasta Rumanía.

Casi siempre me asqueaba la grasaza acumulada en la plancha y detestaba a los señores gordos con sombrero bávaro que devoraban salchichas de docena en docena, pero aquel mediodía la peste me despertó el hambre. La rabia me hacía remolinos en el estómago. Me puse en la cola, educado aunque impaciente, y cuando me llegó el turno ante el parrillero —un tipo tristísimo que había olvidado sonreír, un personaje folclórico de la ciudad que bien podría pasar por ogro para los niños—, le solté un billete y le quité de las manos el bocata sin esperar los cambios. Me fui con mi botín rezumante de mostaza por el muelle, y en cuanto dejé atrás a los turistas y me sentí protegido por el silencio falso de los charranes y la soledad de los barcos de agua dulce que se deslizaban bajo los puentes, me comí aquel engrudo, sabiendo que no era mejor que el que fabricaba papá. Tras devorarlo —los dedos pringados, sin nada con que limpiarlos—, me sentí pesado y ridículo, y pensé que estaba bien. Al menos nadie me humillaba con sus reproches.

Agradecía estar a salvo del desprecio y las broncas, pero tres días después de aquella recaída en la carne procesada, caminando junto a Peter por el afluente del Danubio, casi añoraba la verborrea de Gerhard y su labia de comercial de coches de segunda mano. Cualquier discurso, por cínico que fuera, era preferible al castigo silencioso de mi amigo, cuyos pies pisaban firmes los charcos, sin

miedo a embarrarse hasta la rodilla, mientras yo los esquivaba subiéndome al talud. También en eso teníamos enfoques opuestos.

Estaba dispuesto a aceptar sus duelos y quebrantos, pero no porque creyera que tuviera razón, sino porque todo el mundo merece un desahogo y confiaba en que, una vez desbordadas las emociones, estas volverían a fluir calmas, y tanto Teresa como Peter se darían cuenta de que la víctima era yo. De Gerhard y de la universidad no esperaba nada. A esas alturas, tan sólo quería comprensión, un poco de amistad y, quizá, un chiste. ¿Dónde estaba la locuacidad de Peter? ¿No tendría ganas de contarme una fábula de la hija undécima de Carlomagno, que se ahogó en ese río y unos monjes sacaron su cuerpo, y de ahí se deducía una moraleja oscura que no me serviría para nada pero me entretendría un rato?

Ni siquiera esperaba que me diera la razón absoluta. Peter se oponía por principio a mi noción de tabula rasa. No le podía decir que nuestra responsabilidad empieza y acaba en nosotros, ni que la idea de cargar con los pecados de nuestros padres me parecía insultante, e incluso infantil y escapista. Podría citarle a Hannah Arendt —sí, a Hannah Arendt: no me iban a quitar el derecho de cita—, ese pasaje en el que reprocha a los alemanes de los años sesenta, la generación de Peter, que se espantasen con los horrores de Auschwitz para no tener que responsabilizarse de los suyos propios.

Para Peter todo eso eran chorradas, excusas de mal pagador. A alguien que vivía aún en el imperio romano y se tenía a sí mismo por un legionario melancólico no se le podía decir que nacemos sin pecado. La historia no era para él una cosa muerta de la que uno pudiera desentenderse, sino la sustancia que nos conforma. Si no somos más que nuestra historia, no había mayor blasfemia que decir, como sostenía yo, que sólo se nos puede imputar lo que suceda en nuestra vida.

Estábamos ya en el tercer kilómetro de la caminata y dejábamos a un lado el puente de Etterzhausen cuando me paré. Peter siguió unos metros, y justo cuando pensé que no se iba a detener, se dio la vuelta. Me miró fijamente, con una expresión que no distinguí a aquella distancia, pero que me pareció neutra. Me sostuvo la mirada un rato sin decir nada, sin moverse.

—¿Qué pasa, Peter? ¿De verdad no tienes nada que decirme?

Peter siguió parado. La brisa le movía las greñas grises que le daban ese aspecto de profesor loco que cultivaba desde que enviudó. A su mujer no le gustaban y le obligaba a aseárselas en la peluquería. Se le movían bajo las alas de la gorra de pescador que le protegía la calva de un sol improbable. Las gafas le entristecían la mirada, o igual era yo quien veía tristeza porque proyectaba mi ánimo en sus lentes.

—No puedes culparme —le grité—. No podía hacer nada. Hay cosas

que no puedes controlar. No puedes elegir a tus padres, Peter. No puedo disculparme por lo que no he hecho. Entiendo tu rabia, pero yo también estoy rabioso. Es injusto para mí: yo soy la víctima. Esos gánsteres me han castigado porque no han conseguido corromper a mi hermana. Me han castigado por nacer en una familia, no puedo responder de los crímenes de otros.

Una ráfaga de viento acentuó la brisa y Peter se sujetó la gorra con la mano derecha, sin dejar de mirarme.

—¿Y sabes qué? —seguí, gritando cada vez más fuerte—. Estoy orgulloso de mi hermana. Ella ha perdido mucho más que yo. Ha perdido su futuro. A mí sólo me han roto el pasado y un presente que detestaba, pero ella ha renunciado a la vida que quería. Ella es la heroína aquí. La admiro, Peter, admiro cómo se ha mantenido firme ante los matones y cómo encaja toda esta basura. Yo soy una mierda a su lado. Siempre me has reprochado ser indigno, no estar a la altura de lo que se esperaba de mí. Bien, pues Eva lo ha estado, muy por encima de lo que nadie esperaba de ella, y sólo por eso me parecen injustos tu silencio y tu castigo. ¿Qué has perdido tú? ¿Un despacho en la facultad? Tienes uno tres veces más grande en casa, con vistas al jardín. ¿Para qué quieres un cuartucho en el campus? Nadie te cuestiona, nadie tira estiércol a tu obra, sigues siendo el grandísimo doctor Hartmann, y así lo serás en la calle que te dedicarán cuando mueras. No merezco esto, Peter, tú lo sabes mejor que nadie. No lo merezco, pero no te pido nada. No espero que te ensucies dando la cara por mí. Puedes incluso despreciarme en público, no te lo tendré en cuenta. Tan sólo quiero a mi amigo, que me hables de los legionarios, que me cuentes cómo aprendían latín los germanos que se hacían ciudadanos de Castra Regina. Y robarte un trozo de Streuselkuchen en el Goldenes Kreuz. Nada más, no quiero otra cosa de ti.

Peter se quitó la gorra para que no se la llevase el viento, la guardó en uno de los cien bolsillos del chaleco, se dio la vuelta y siguió camino sin esquivar los charcos ni el barro.

Yo me quedé hasta que se perdió de vista tras el puente de la carretera general y se adentró en el meandro. No supe si seguirle o marcharme, y en la duda se me escapó el tiempo. No sé cuánto estuve allí de pie, enfrentado a un aire que arreciaba y amenazaba con traer nubes aún más negras.

Antes de enfilar el camino de regreso a la ciudad, saqué el móvil. Mi primer impulso fue llamar a Eva y repetirle lo que acababa de decirle a Peter. Por una vez le diría de corazón y sin eufemismos cuánto la quería y el orgullo que me inspiraba. De viva voz, sin consentir que se lo tragase el silencio. Luego me pareció mejor ponerle un correo, pero cuando abrí la aplicación entendí que no tenía sentido escribirlo allí, a

la intemperie, pudiendo redactar media docena de párrafos legibles en la intimidad de mi piso. Elegí entonces un wasap. No podía ponerme efusivo ni retórico en tan pocos caracteres, pero sí podía mandarle un cariño, un mensaje de ánimo, tal vez un emoticono de sé fuerte y te quiero mucho, hermana. Estaba buscando en la galería el dibujito adecuado, sin decidirme por ninguno, cuando entró un correo de Berta. Al fin me respondía. Dejé el wasap y abrí el mensaje, que empecé a leer con extrañeza. Me costó tres líneas entender que no lo escribía Berta, aunque se mandaba desde su cuenta. Empezaba bilingüe, como todo el texto: «A todos los amigos de Berta / An alle Freunde von Berta». Volví a esa frase tres veces. Intenté pasar a la siguiente, pero no pude.

31. Eva

Asteri me eligió una blusa blanca y unos pantalones negros que, de lejos y con el pelo recogido, podrían hacerme silueta de monja. De eso se trataba —dijo Asteri cuando le pedí que devolviese la ropa—, de que el plano enmarcase mi cara —con muy poco maquillaje, que pareciera lavada— y el espectador no se distrajera de mis palabras. Por primera vez desde que lo contraté, le desobedecí y escogí un vestido azul escotado, me dejé el pelo suelto y me pinté los labios del rojo más intenso que encontré en la perfumería del Corte Inglés: Rouge Allure de Chanel. Como no solía pintarme con un color tan fuerte, comprobé en el espejo que la mirada de quien me escuchase se iría a los labios cuando los moviera. Mis rasgos, mi cuerpo, todo mi yo se reducía a unos labios, como en los discos de los Rolling Stones, y me pareció bien ser sólo una boca. Quería ser sólo una boca que pronunciaba sus últimas palabras y, al quitarse el maquillaje, se callaba para siempre.

Alfonso me llamó para saber qué diablos iba a contar. ¿Por qué quieres salir?, me dijo. ¿Qué ganas con eso? Ya te enterarás, le dije. Si te lo cuento ahora, a lo mejor se lo chivas a tus amigos israelíes esta noche cuando cenes con ellos.

El silencio de Alfonso por el teléfono me heló la oreja. Estaba a punto de colgarle cuando carraspeó:

—No sé qué cuento te han contado, Eva, pero lo hice sólo por ti.

—¿Qué hiciste por mí, exactamente?

—En realidad, nada, porque no salió bien, pero si me arriesgué fue para quitártelos de encima, intenté que te dejaran en paz. Pero, vamos, tampoco lo podemos hablar por teléfono. Me estás poniendo en una situación difícil. ¿Nos vemos y te lo aclaro todo? Te invito a cenar en La Pepa.

—Vaya por dios, Alfonso, lo último que querría sería incomodarte.

—No hace falta el sarcasmo, Evita.

—Evita, tu puta madre, Alfonso, tu puta madre.

Tiré el teléfono al sofá y me agarré las manos: estaba temblando. Salí a la terraza y sujeté con fuerza la barandilla. Era ya de noche, un hormigueo de luces se extendía allá abajo y por todas partes en la ciudad horizontal. Las sirenas llegaban con sordina y el tráfico martilleaba un bajo continuo.

Detestaba mi oído, que encontraba en todos los ruidos melodías, contrapuntos y síncopas. Sentía el ambiente en formato sinfónico, si me asomaba a la calle, o de cámara, si me encerraba en el salón. Nunca había silencio en mi vida, estaba incapacitada para percibirlo. Pero aquella noche, esa desgracia mía de traducirlo todo a notas y armonías me tranquilizó. Poco a poco, aflojé la fuerza con la que agarraba la barandilla. Tras unos compases, me apoyé en el pretil y sentí algo parecido a la paz. La ciudad se ordenaba y se volvía inteligible. Identificaba temas principales y fugas, y temas secundarios que se exponían y volvían con variaciones. Allá en La Bombarda se percibía una armonía imitativa, y por el centro se anunciaba un clímax que no terminaba de estallar.

Asteri trabajaba en el estudio. Le había dejado leer las páginas que había escrito, aunque no le había dado permiso para cambiar ni una palabra. Escucharía su opinión, si no se ponía muy impertinente, pero no me iba a escribir ese discurso. Antes de la llamada de Alfonso, le oía suspirar y chasquear la lengua. Tocaba en el teclado del ordenador la sonata del disgusto, cada vez más acelerada. No le parecía bien ni la tipografía que había escogido, y callárselo le ponía enfermo, así que me lo hacía saber con ruidos y alguna que otra palabra. Decía: joder. Y también: pero qué bestia.

Hacía un rato que había dejado de escuchar sus rezongos, desde que me sonó el teléfono. Por supuesto, había oído mis gritos a Alfonso, pero no se atrevía a decirme nada, discreto hasta el fin. Me ponía nerviosa esa exquisitez de mayordomo. A veces necesitaba un hombre más convencional, con cierto afán de protagonismo. Por eso me alivió sentir su presencia detrás de mí. Al fin se decidía a intervenir. Estaba de pie en la puerta. No me volví. Al cabo de un minuto larguísimo, se acercó. Llevaba dos botellines de cerveza. Me tendió uno. Se lo agradecí con un gesto, brindamos y dimos un trago largo.

—Es un puto despropósito, Eva —dijo—. No hay por dónde cogerlo, ni siquiera en términos de mera técnica oratoria. No tiene estructura, ni ritmo, ni nada. Podrías dejar que le diera un repasito para que tu último discurso fuera de verdad un discurso. Prometo no cambiar el sentido ni el contenido, pero al menos le doy forma.

—No vas a tocar ni el punto de una i.

Me arrimé a su cuerpo y le cogí del brazo. Siempre tan flaco, aquella noche me parecía un poco más robusto.

—No tengas miedo por tu reputación —le dije—. Ya estás colocado, nadie te va a atribuir lo de mañana. Todo el mundo sabe que es cosa mía. A lo mejor ni lo leo y me dejo llevar por lo que me pida el momento.

—No es eso, joder, no es eso. —Y me besó en el pelo, antes de dar otro trago—. ¿Qué ha dicho Alfonso? ¿Ha sido muy desagradable?

—Tiene miedo de las salpicaduras, como si no llevara impermeable, el muy cabrón. Se ha cagado vivo. Pero me da igual. Nos da igual.

—A ver, Eva, al margen de lo que piense como asesor, no estoy de acuerdo con lo que has escrito. Te lo digo desde la convicción y desde la intimidad. Mírame, Eva. Mírame, coño: no es tu culpa. Métetelo en la cabeza: no es tu culpa.

—Hablas como mi hermano.

—Es que tiene razón. Podría entender, como licencia poética, que sientes el peso de la historia y que te gustaría haber nacido en otra familia. Eso te honra, pero flagelarte por algo que no has hecho es darles argumentos a los locos que decapitan estatuas y que hablan de la esclavitud y de todas esas mierdas. ¿Sabes cómo se dice negro ahora? Afrodescendiente. Ya no es afroamericano o afroeuropeo, si es que eso se dijo alguna vez, sino afrodescendiente. Joder, se llaman a sí mismas de esa manera personas cuyos antepasados salieron de África hace trescientos años. No me fastidies: son americanos o europeos, tan europeos como mi aita. ¿Cuándo se deja de ser afrodescendiente? Porque yo también soy afrodescendiente. Y tú. Todos los homo sapiens somos afrodescendientes. Todos procedemos de unos tíos que emigraron de África. Somos todos iguales.

—Yo soy alemana del Camerún, afrodescendiente del África ecuatorial, del corazoncito de las tinieblas.

—A lo que voy es que no podemos construir un presente ni un futuro si estamos mirándonos los ancestros todo el tiempo. Al final, esto se convierte en una cosa estamental, como los cristianos viejos y el sistema de castas. Parece que no te puedes librar nunca de tu linaje, que no puedes ser un ciudadano libre y responsable de tus actos. Eva, lo que has escrito traiciona toda tu carrera política. Todo lo que has trabajado por una sociedad de libres e iguales se va a la mierda con tu discurso.

—Por eso es el último, el de mandarlo todo a la mierda. No puedes reprochármelo, está hecho.

—Pero me has concedido el privilegio de darte mi opinión y te la voy a dar. De corazón, como la siento, sin pensar en estrategias ni en lo que más nos conviene.

—Dale, dale.

—No puedo ignorar tu argumento, que está bien dibujado: naciste en un privilegio criminal. La fortuna de tu familia nació en un imperio que expoliaba África y se asentó gracias a las ventajas de ser alemanes en una Europa conquistada por los nazis en un país amigo de los nazis. Crees que creciste con la reputación manchada. Qué digo manchada, hecha trizas. Te beneficiaste de siglos de tiranía. Toda tu educación y tu privilegio de niña rica se basaban en miles de atrocidades. Que tu familia no las haya cometido no significa que sean

menos culpables, si he seguido bien tus razonamientos. Puede que tu bisabuelo no matara a ningún negro en África, pero fue un esclavista a su manera y prosperó como negrero. Puede que tu abuelo no llevara a ningún judío a la cámara de gas ni bombardease Guernica, pero se benefició de las dos cosas, y tu padre directamente financió unas atrocidades que, en comparación con las otras, son irrisorias, pero afectan mucho más. Porque ocurrieron ayer mismo y porque tu padre sí tuvo una participación directa. Pero tú quieres dejar claro que aquello fue la guinda de un pastel de tiranía, y que por ello no tienes derecho a participar en la política ni a gobernar u ostentar ningún poder. Te retiras, dices, para que no se perpetúe la casta Schuster. Y ahí es donde tu argumento se ahoga: tú no perpetúas ningún poder oscuro. Tú eres Eva Schuster, una ciudadana inteligente, compasiva, una política hábil, honrada e idealista que puede aportar muchas cosas buenas a la sociedad en la que vive. Tú no eres la última descendiente de un linaje de príncipes crueles, sino una demócrata del siglo XXI, una ciudadana de pleno derecho que cree en la igualdad y el progreso social. No puedes evitar tu nacimiento ni tu apellido, pero sí puedes hacer valer tu condición de española comprometida con la política. Es más, puedes marcar la diferencia. Puedes demostrar que la sociedad infecta, oscura y criminal que causó tanto dolor es cosa de un pasado que detestas tanto como cualquiera, y que tu compromiso consiste en apagar las brasas que quedan de esos fuegos y en evitar que vuelvan a arder. Joder, Eva, no sabes la rabia que siento al verte reducida a una ramita de un árbol genealógico.

—Eso es amor, Asteri. Te ciega el amor. Y yo también te quiero mucho, pero no tienes razón.

—Vete si quieres. Acepto que no pelees, respeto tu retirada. Incluso la aplaudo si hace falta, pero no así. No soporto ver cómo te echas encima la basura de tantas generaciones.

—¿No entiendes que es la única forma de que todo esto tenga algún sentido? ¿Cuál es la alternativa, Asteri? ¿Irme como la Salchipapa? ¿Reducirme a un chiste sobre carne de cerdo cocida? Toda la puta vida viendo el diploma de charcutero de Hans Schuster en el salón, toda la vida riéndome de ese escudo de armas, toda la vida quitándome de encima la peste a almidón y especias, para acabar siendo la Salchipapa. Y una mierda. ¿Es que mi padre se va a librar también de esto? Si nos condenan, que sea por atrocidades reales, no por llevar un negocio. Si no hago esto, el crimen de papá será haber sacrificado cerdos, en vez de haber patrocinado asesinatos y atentados. Si me van a culpar de algo, que me culpen de algo grande, no de haberles subido el colesterol a los niños.

—Ay, Eva: eso sí. Así sí que te dejo salir mañana al atril. Si lo cuentas así, te aplaudiré hasta que me duelan las manos. ¿Por qué no

me dejas reescribirlo?

—Porque me vas a hacer quedar como Mariana Pineda, y yo no soy ninguna mártir. Puedo echarme encima toda la porquería de mis antepasados, pero con la cabeza alta y hablando firme. No quiero cantar una saeta ante los verdugos.

Sentí el deseo en sus ojos como hacía semanas que no lo sentía, y como ya no trabajaba para mí ni yo tenía poder ni futuro, supe que era deseo puro. Hasta entonces, siempre había dudado de su naturaleza. Asteri era un animal tan político que lo mismo podía excitarle mi cuerpo que eso que llaman erótica del poder. Aquella noche en la terraza estaba claro: me quería a mí, no a la candidata.

Hicimos el amor muy dulcemente, como si ya no hubiera prisa por nada, y bebimos vino y nos emborrachamos un poco y nos reímos mucho con las ventanas abiertas, mientras la sinfonía de la ciudad se iba apagando y no podía competir ya con nuestras carcajadas.

Por la mañana, enfundada en el vestido azul y con el pintalabios de Chanel recién puesto, me sonreí una última vez en el espejo, más decidida que nunca a reventarlo todo. El taxi esperaba en la puerta. Asteri me cogió la mano durante todo el trayecto a la sede del partido. Ya no tenía que fingir decoro profesional.

En la sala de prensa estaba todo dispuesto. Se habían acreditado muchos más periodistas que cuando dábamos nuestras ruedas de asuntos locales, que atendían tres plumillas bostezantes que ni se molestaban en hacer preguntas. La estancia estaba a rebosar de medios nacionales. Algunas teles iban a conectar en directo desde allí. Tal vez saldría en el mismo programa donde entrevistaron a Rapsoda. En la sede, sin embargo, no había nadie del partido. Ni Alfonso ni los compañeros de la ejecutiva se habían asomado, sólo estaban los chicos de comunicación, que pastoreaban a los reporteros y colocaban las cámaras. Los compañeros habían decidido ver mi sacrificio desde casa, por si la sangre los alcanzaba. Me parecía bien. Probablemente yo habría hecho lo mismo.

Me metí en el despacho, donde no quedaba ni el flexo. Asteri había recogido ya todas mis cosas para ahorrarme el trago. Pedí un espejito a una de las chicas de comunicación y me repasé los labios. Estaban rojos rojísimos. Le pregunté cuán rojo se vería ese rojo por la tele. Muy rojo, me dijo, bastante más rojo que al natural: la tele sube la temperatura de los colores cálidos. Bien, le respondí, pues vamos allá.

Subí al atril, coloqué los papeles, levanté la cabeza, sonreí y dejé que la nube de flashes acabara. Cuando los fotógrafos se retiraron de la primera fila, me aclaré la garganta y hablé.

32. Fede

En el camino a la cancela me encontré con Elfriede. Qué mayor estaba, había encogido como veinte centímetros. Se colgó de mi brazo y me dio unas palmaditas de reconocimiento. Señaló el dintel y celebró que por fin pusiera Deutscher Friedhof, con dos lápidas de granito y las letras en relieve, la tipografía solemne y sin serifa de la que tanto se enorgullecían en la colonia.

—Al final, esos Kriminelle nos vinieron bien. Al día siguiente, el ayuntamiento limpió todo y nos encargó la piedra al marmolista.

Los Kriminelle no éramos nosotros, sino los vándalos que entraron una noche en el cementerio y lo llenaron de cruces gamadas. Sobre la tumba de Gabi dejaron varios excrementos. El alcalde en persona, quizá roto de remordimiento por Eva, se encargó de que se arreglara todo al instante, y colocó cámaras de seguridad y puso a la policía municipal a patrullar por las noches. También arregló el dintel y encargó dos piedras, para que la palabra Deutscher no tuviera un color distinto de Friedhof.

—Cuando se quiere, se puede —dijo Elfriede, sentenciosa y radiante.

Parecía la dueña de un teatro en una noche de estreno. En el cementerio alemán ya no había funerales tan concurridos como ese. Los nonagenarios del Camerún se morían en soledad, y a su entierro apenas acudían dos hijos descastados y algún otro viejo senil que miraba de reojo el hueco de su propia tumba. Pero la muerte de Berta era un acontecimiento social. Todas las generaciones de la colonia se unían con los amigos y colegas que llegaban de Alemania. No se cabía en el cementerio. Por primera vez, había casi más vivos que muertos dentro de sus muros.

Los Klein se habían extendido por España y por Alemania con elegancia y buena salud. Los años tristes del abuelo Oskar, el desprecio de la colonia, que los tenía por sucios demócratas, y su pobreza aparente —en comparación con las fortunas de las otras familias, los negocios de limpieza industrial en seco que les habían dado de comer eran modestísimos— habían fermentado en una prole amable, educada, políglota y cariñosa que se abrazaba con amor de verdad, sin melodramas. Sus amigos eran como ellos, sensatos y firmes, tocados con esa elegancia que da la seguridad en uno mismo.

Los miraba desde la cancela, con Elfriede colgada de mi brazo, y tenía la certeza de que sus madres no les cantaron historias de niños muertos. El suelo de sus dormitorios no había temblado nunca por el galope de un caballo sobre el que viaja un padre con el cadáver de su hijo. Por eso, incluso en aquella hora de maldición en que se reunían para cubrir de tierra a una hija, hermana y amiga queridísima, transmitían la serenidad dulce de quien se ahoga sin mover los brazos para intentar salvarse.

Me asombraba aquella reunión porque nunca había dejado de considerar a Berta Klein una mujer solitaria. La noche que pasamos en Hannover me pareció desoladora, una figura desencantada que sólo se apasionaba cuando hablaba de ciencia o de música. Qué pena me daba imaginármela cada sábado de la temporada de ópera, sentándose siempre al lado de la misma gente, que cotillearía sobre su condición de mujer triste. Aquella multitud en el cementerio, sin embargo, me decía que Berta formaba parte de un clan muy amplio y unido.

Cuando Elfriede se me descolgó del brazo y se acercó a repartir pésames y ofrecer el ramito de flores que llevaba, me vi a mí mismo como seguramente me vio Berta. Yo era el solitario triste. Ella no quería ser mi amiga para consolar sus soledades, sino por compadecer las mías.

No me atrevía a dar el pésame a los padres y a sus hermanos, prefería observar desde lejos esa belleza de reunión. Los Klein no eran religiosos y habían pedido permiso para celebrar el ritual a pie de tumba, al aire libre y bajo los tilos, en vez de bajo los techos municipales de la sala de ceremonias del tanatorio, que se les caían encima y rompían la sencillez emotiva de la escena. Esa gente tenía el mismo buen gusto discreto de Berta.

Habían colocado una pequeña tarima, un atril y un micrófono bajo el tilo grande. Subió Carlos, el hermano mayor, un hombre de pelo y barba canos, con un poco de tripa que delataba un hedonismo coqueto, más que una dejadez pantagruélica. Dio las gracias a todos en español y en alemán, especialmente a los amigos que habían viajado desde Hannover y otras ciudades para despedirse de su hermana. No quiso resumir una vida que todos conocían, pero sí subrayó su bondad. Mi hermana —dijo— fue, por encima de todas las cosas, una persona buena, en el buen sentido de la palabra, si me permiten la cita del poeta.

Al final de algunas frases se le rompía el verbo, y a punto estaba de echarse a llorar, pero se mantuvo firme línea tras línea, leyendo hasta el final lo que había escrito. Era un digno portavoz de la familia, que le contemplaba con orgullo y gratitud.

—Una de las últimas penas de su vida sucedió hace un par de meses —dijo—. La muerte de su querido Gabi, aquí enterrado, su más viejo

amigo, con quien la unía una intimidad que ni la fama ni la distancia rompieron nunca, tiñó de tristeza el último capítulo de la vida de Berta. Se han muerto casi a la vez, como si no soportasen el mundo el uno sin el otro. Quienes los espiábamos de lejos en los años del colegio envidiábamos esa forma de entenderse tan profunda que tenían. Entre otras cosas, los unía la música, como bien sabéis muchos de los que habéis venido. Y de toda la música, se quedaban con Schubert, el compositor de las cosas inacabadas, como inacabada quedó la vida de nuestra Berta. Por eso me he permitido dejar que sea él quien hable por todos nosotros, pues sus palabras y sus canciones expresan mejor lo que sentimos que mil folios míos. Escribió Schubert en su diario una vez: «Nadie comprende el dolor del otro, y nadie comprende la alegría del otro. Siempre pensamos ir hacia el otro, pero lo único que hacemos es pasar unos al lado de otros. Qué padecimiento para quien se da cuenta de esto».

Carlos hizo una pausa que no quería ser dramática, aunque acabó siéndolo.

—Ojalá, mi querida Berta, te hayamos acompañado mejor que esto. Ojalá hayamos hecho algo más que pasar a tu lado. Pero si no hemos podido hacer otra cosa, ojalá sepas que no hubo un privilegio mayor que verte pasar a nuestro lado.

Subió después una de sus sobrinas, creo que Carmen, y entonó a capela un lied. Lo identifiqué pese a mi oído de piedra. Era *Einsamkeit*, es decir, soledad. Mientras escuchaba la primera estrofa pensé en la belleza morfológica de la palabra alemana. Einsamkeit es un sustantivo que se construye a partir del número uno, eins. En español sería algo así como uniedad, la propiedad de ser uno. Aunque me gustaba descomponer las palabras compuestas, no solía prestar atención a las etimologías ni a la historia de las lenguas. Siempre me parecieron material de relleno erudito, la falsa poesía de los falsos poetas. Pero aquella mañana, mientras la sobrina de Berta ofrecía una interpretación bella y extrañísima de un lied que necesita un piano y un cantante de voz grave, no una adolescente angelical, la palabra Einsamkeit se me desplegaba con una belleza irresistible. Más que una forma lingüística, parecía una flor que se abría desde el capullo de un número para desplegar un juego de consonantes y vocales esponjosas.

Carmen cantaba: *Wie eine trübe Wolke / Durch heitre Lüfte geht, / Wenn in der Tanne Wipfel / Ein mattes Lüftchen weht*. Y yo supe que estaba llorando como lo saben los personajes de las novelas: porque las mejillas se les mojan. Las lágrimas se deslizaban sin control ni conciencia, como un reguero suave que en la llanura se convierte en río, como el Regen o el Naab antes de volverse Danubio, o como el Ebro por el que quería escapar Gabi para convertirse en mar. Así lloraba yo mientras Carmen cantaba, como llora la tierra, sin darse

importancia, dejando que el agua arrastre los sedimentos y que las civilizaciones florezcan mansas en sus orillas, arrastrando también sus ruinas cuando se desmoronan, deshechas como los muertos en un cementerio alemán que un día también se diluirá corriente abajo, y sólo quedarán los tilos, los tilos eternos, dando sombra a nadie.

Una deuda y alguna gratitud

Hace unos cuantos años compré unos papelotes viejos en una librería anticuaria, entre los que se encontraban algunos panfletos con discursos de Goebbels y otros jefes nazis, publicados en España a comienzos de los años cuarenta con el sello del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, que los editaba, pero datados en Zaragoza. Un amigo historiador me dijo que aquello sería propaganda destinada a los alemanes del Camerún. Nunca había oído esa expresión, y mi amigo me puso al día. Era muy poco lo que se sabía sobre aquellos alemanes. Tres o cuatro menciones bibliográficas, alguna referencia literaria muy anecdótica, y casi nada más.

Tirando de ese hilo me encontré con unas cuantas familias descendientes de aquellos colonos: los Bieger, los Schott, los Wichmann (que eran barones) y algunos otros. Conté su historia en varias piezas periodísticas y en un ensayo-reportaje que titulé *Soldados en el jardín de la paz* y que se publicó en 2009 en una editorial zaragozana. En 2012 rematé el descubrimiento con una exposición en el Centro de Historias de Zaragoza, con abundante material cedido por las familias. Desde entonces, ha habido otros historiadores e investigadores que se han ocupado del asunto con rigor y entusiasmo, dejando mi trabajo felizmente obsoleto. Los alemanes del Camerún tienen ya cierta bibliografía (muy corta, aunque mucho más abundante que la que yo encontré cuando me interesé por ellos) y su historia está a disposición de quien quiera descubrirla, pero siguen siendo desconocidos para el gran público, incluso para los aficionados a la historia de España. Para mí, desde aquella tarde en que escuché por primera vez su nombre en boca de mi amigo, han sido una fuente de inspiración literaria y de meditación sobre uno de los temas recurrentes de mi obra: el desarraigo y la identidad. De una forma u otra, la epopeya de estos desubicados está en todos mis escritos y me ha ayudado a entender mi propia desubicación.

El historiador amigo que me puso sobre la pista se llama Severiano Delgado, bibliotecario de la Universidad de Salamanca y experto en Unamuno, y es él quien debe encabezar la lista de agradecimientos. Continúa con Pablo Bieger, un abogado madrileño a quien llegué siguiendo la pista de su apellido. En cuanto supo de mis intenciones, me abrió las puertas de su casa y me cedió su archivo maravilloso.

Bieger había coleccionado con devoción centenares de fotografías y objetos de su abuelo, Paul Bieger, incluyendo el pasaporte de su criado Ndongo, que viajó con él desde Camerún, y la cruz de hierro que ganó en la guerra. También había viajado varias veces a Camerún y había hablado con las autoridades culturales del país para que divulgasen la historia de los alemanes.

Bieger era un abogado de muchísimo éxito que trabajaba con las mayores empresas de España, pero su vocación oculta y pasional era la literatura. Soñaba con dejar su mundo y dedicarse a escribir, y por esa pasión compartida nos hicimos amigos. Una noche en Barcelona, tras la presentación de un libro mío, tomamos muchísimos dry martinis, y la borrachera me dio el atrevimiento de animarle a que lo dejara todo y se pusiera a escribir. Total, Pablo, le dije, ya has ganado suficiente dinero, puedes permitírtelo. Bieger me miró con un poco de melancolía y me dijo: «Mientras sea abogado, puedo decirme a mí mismo que no soy escritor porque no tengo tiempo. Imagínate que mañana lo dejo, tengo tiempo y resulta que no soy bueno, pero ya no puedo refugiarme en la excusa del trabajo. ¿Qué pasa si no valgo?». Pablo Bieger era un hombre sentimental con una brutalidad directísima que aplicaba a todo el mundo, sin excluirse a sí mismo.

La historia que quería escribir era la de su abuelo y su familia de alemanes, pero no encontraba el tono ni la forma. Me dio a leer un borrador, y cuando le compartí mis impresiones —prolijas, llenas de eufemismos, constructivas, un intento desesperado y voluntarioso de rescatar el valor literario que había en el fondo del texto—, me dijo: «En resumen, que es una mierda». No lo era: simplemente, era críptico, irritantemente elusivo. La historia no se dejaba leer porque su autor se resistía con ferocidad a dejarla libre. La sentía tan íntima, y él era tan pudoroso, que no consentía que el relato se expresara a pecho descubierto. Se lo dije, pero no me creyó. «Lo dicho: una mierda», insistió. Como digo, Bieger no se andaba con tientos y no estaba dispuesto a dejarse consolar con mentiras compasivas. Era su mayor atractivo y su mayor defecto a la vez (y suele pasar, que lo más admirable de una persona sea también lo más odioso, porque nos enamoramos de los defectos de los demás, somos nuestras manías).

Él sabía que yo quería convertir la historia de los alemanes en una novela, y que algún día encontraría el modo. Por desgracia, lo encontré cuando ya nos habíamos perdido la pista (Bieger cambió de domicilio y de país algunas veces, y la peste de 2020 terminó por distanciarnos del todo, como sucedió con otras personas). Cuando supe que tenía en marcha al fin esta novela, me entregué a su escritura con la ilusión de que la leyera y retomásemos nuestras conversaciones literarias, pero hace un año me enteré de su muerte. Tenía sesenta y cuatro años. Se lo llevó un cáncer.

Los alemanes siempre estará incompleta sin la lectura de Pablo y sin los dry martinis que le dejé a deber. No es su historia ni su familia. He escrito una ficción armada sobre unos andamios históricos donde todo parecido con la realidad es, como dice la fórmula legal, pura coincidencia, pero sé que le habría hecho feliz comprobar que los alemanes del Camerún seguían vivos en la literatura.

Hago extensivo mi agradecimiento a las familias que colaboraron conmigo: Alicia Schott, Enrique de la Figuera von Wichmann o Juan Kurtz, entre otros. El álbum de fotografías del colegio alemán que aparece en la novela existe de verdad y me llegó gracias a la profesora Anneliese Wingenbach, que también murió en 2022.

En la escritura en sí de *Los alemanes* debo gratitud a mi amigo y colega Rubén Amón, quien revisó la parte melómana del libro y contribuyó a que la música de Schubert sonara mejor. También han sido muy valiosas las lecturas de Cristina Delgado —primerísima lectora de todo lo que escribo—, Pilar Álvarez, Ella Sher, Iguázel Elhombre y Edu Galán, que me han ayudado a no zozobrar. Por supuesto, los miembros del jurado, que consideraron la obra digna del Premio Alfaguara: Sergio Ramírez, Laura Restrepo, Juan José Millás, Rosa Montero y Manuel Rivas, cuyas notas de lectura también han sido preciosas (y no voy a insistir en lo honrado que me siento de recibir el premio).

Carolina Reoyo es en buena medida responsable de la versión final del texto, con sus observaciones finísimas, y ante mi editora Pilar Reyes sólo puedo rendirme por su cariño y elegancia. Gracias también a todo el equipo editorial de Alfaguara en Penguin Random House España: María Contreras, Gerardo Marín, Blanca Establés, Laura Russo y Carlota del Amo, amigos junto a los que el escritor abrumado nunca se abruma del todo.

A todos, *dankeschön*.

SERGIO DEL MOLINO
Zaragoza y Cedeira, 2022-2023

XXVII Premio Alfaguara de novela

El 25 de enero de 2024, en Madrid, un jurado compuesto por los escritores Sergio Ramírez, Juan José Millás, Laura Restrepo, Rosa Montero y Manuel Rivas, y la directora editorial de Alfaguara, Pilar Reyes (con voz pero sin voto), otorgó el **XXVII Premio Alfaguara de novela** a la obra titulada ***Los alemanes***.

Acta del jurado

El jurado, después de una deliberación en la que tuvo que pronunciarse sobre seis novelas seleccionadas entre las ochocientas presentadas, decidió otorgar por unanimidad el **XXVII Premio Alfaguara de novela**, dotado con ciento setenta y cinco mil dólares, a la obra presentada bajo el seudónimo de Patricia Bieger, cuyo título y autor, una vez abierta la plica, resultaron ser ***Los alemanes*** de **Sergio del Molino**.

En primera instancia, el jurado celebra la enorme cantidad de libros presentados y la gran calidad de todos los originales finalistas. En cuanto a la novela ganadora, desea destacar su maestría para narrar un suceso muy poco conocido de la historia española relacionado con las mutaciones del nazismo y con hondas consecuencias en el mundo actual. Oscuros secretos familiares encierran un pasado amenazador capaz de destruir el presente. ¿Heredan los hijos la culpa de los padres? Una novela apasionante que pone a prueba la conciencia de los personajes y que sacude la del lector.

Premio Alfaguara de novela

El Premio Alfaguara de novela tiene la vocación de contribuir a que desaparezcan las fronteras nacionales y geográficas del idioma, para que toda la familia de los escritores y lectores de habla española sea una sola, a uno y otro lado del Atlántico. Como señaló Carlos Fuentes durante la proclamación del **I Premio Alfaguara de novela**, todos los escritores de la lengua española tienen un mismo origen: el territorio de La Mancha en el que nace nuestra novela.

El Premio Alfaguara de novela está dotado con ciento setenta y cinco mil dólares y una escultura del artista español Martín Chirino. El libro se publica simultáneamente en todo el ámbito de la lengua española.

Premios Alfaguara

Caracol Beach, Eliseo Alberto (1998)
Margarita, está linda la mar, Sergio Ramírez (1998)
Son de Mar, Manuel Vicent (1999)
Últimas noticias del paraíso, Clara Sánchez (2000)
La piel del cielo, Elena Poniatowska (2001)
El vuelo de la reina, Tomás Eloy Martínez (2002)
Diablo Guardián, Xavier Velasco (2003)
Delirio, Laura Restrepo (2004)
El turno del escriba, Graciela Montes y Ema Wolf (2005)
Abril rojo, Santiago Roncagliolo (2006)
Mira si yo te querré, Luis Leante (2007)
Chiquita, Antonio Orlando Rodríguez (2008)
El viajero del siglo, Andrés Neuman (2009)
El arte de la resurrección, Hernán Rivera Letelier (2010)
El ruido de las cosas al caer, Juan Gabriel Vásquez (2011)
Una misma noche, Leopoldo Brizuela (2012)
La invención del amor, José Ovejero (2013)
El mundo de afuera, Jorge Franco (2014)
Contigo en la distancia, Carla Guelfenbein (2015)
La noche de la Usina, Eduardo Sacheri (2016)
Rendición, Ray Loriga (2017)
Una novela criminal, Jorge Volpi (2018)

Mañana tendremos otros nombres, Patricio Pron (2019)
Salvar el fuego, Guillermo Arriaga (2020)
Los abismos, Pilar Quintana (2021)
El tercer paraíso, Cristian Alarcón (2022)
Cien cuyes, Gustavo Rodríguez (2023)
Los alemanes, Sergio del Molino (2024)

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Sergio del Molino
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: © Susana Blasco

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-7683-4

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

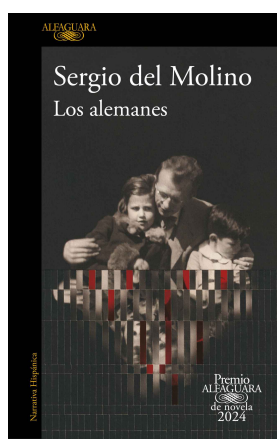
Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

PREMIO ALFAGUARA DE NOVELA 2024

Un acontecimiento poco conocido de la reciente historia de España. Una historia sobre la familia, la traición y la culpa.

«Oscuros secretos familiares encierran un pasado amenazador capaz de destruir el presente. ¿Heredan los hijos la culpa de los padres? Una novela apasionante que pone a prueba la conciencia de los personajes y que sacude la del lector»".

Del acta del jurado



En 1916, en plena Primera Guerra Mundial, llegan a Cádiz dos barcos con más de seiscientos alemanes provenientes de Camerún. Se han entregado en la frontera guineana a las autoridades coloniales por ser España país neutral. Se instalarán, entre otros sitios, en Zaragoza y formarán allí una pequeña comunidad que ya no volverá a Alemania. Entre ellos estaba el bisabuelo de Eva y Fede, quienes, casi un siglo después, se encuentran en el cementerio alemán de Zaragoza en el

entierro de Gabi, su hermano mayor. Junto con su padre, son los últimos supervivientes de los Schuster, una familia que llegó a formar un importante negocio de alimentación. Pero en los tiempos que corren el pasado siempre puede regresar para levantar ampollas.

Con una intriga que crece página a página, *Los alemanes* trata uno de los episodios más vergonzosos y menos pulgados de la historia de España: cómo los nazis refugiados aquí en un retiro dorado activaron el neonazismo en Alemania. Con sutileza alumbra el infierno que puede llegar a ser, en ocasiones, la familia, y deja en el aire dos preguntas incómodas: ¿Cuándo caducan las culpas de los padres? ¿Llega hasta los hijos la obligación de redimirlas?

La crítica ha dicho sobre el autor:

«Sergio del Molino mira donde nadie mira y por eso ve lo que nadie ve. Y lo cuenta con trazo de escritor grande».
Iñaki Gabilondo

«Del Molino usa la primera persona del singular de una manera que no es muy habitual en español, y menos todavía en España: no para hacer un personaje de sí mismo, ni para dar doctrina, ni para ejercer una halagadora impostura, sino para contar lo que es, lo que hace, lo que le gusta, lo que se le pasa por la cabeza, lo que le provoca sarcasmo o ternura, el tono de su vida, su amor por su familia y por su ocio».
Antonio Muñoz Molina, *Babelia*

«En el caso de Del Molino la escritura siempre es un trampolín sobre la anécdota para alcanzar a trascenderla».
Elena Hevia, *El Periódico*

«El ensayista más original e imprevisible de España».
Carlos Alsina

«Sergio del Molino es un escritor excelente, me parece que es uno de los escritores más brillantes de mi generación y que realiza unas indagaciones de una honestidad brutal, con una mezcla de crudeza y de ternura que me interesa mucho».
Andrés Neuman

«Una sensibilidad que traspasa. De lo mejor que ha sucedido en literatura en los últimos tiempos».
Montero Glez

«Excelente prosista, capaz de hacer relevante lo trivial con el solo poder de la palabra exacta y la formulación imaginativa».Ricardo

Senabre, *El Cultural*

«Un escritor agudo y versátil con una capacidad literaria todoterreno».
Raúl Conde, *El Mundo*

«Un escritor agudo y agridulce, mordaz y elegante, contemporáneo y abisal».
Mariano García, *Heraldo de Aragón*

Sergio del Molino (Madrid, 1979) es autor de dos ensayos narrativos cruciales sobre la despoblación y «la idea de país»: *La España vacía* (2016; Alfaguara, 2022), con el que ganó el premio al mejor ensayo del Gremio de Libreros y el Premio Cálamo, además de entrar en las listas de «mejores del año» de toda la prensa cultural; y *Contra la España vacía* (Alfaguara, 2021). Antes se había alzado con los premios Ojo Crítico y Tigre Juan con *La hora violeta* (2013) y después con el Premio Espasa gracias a *Lugares fuera de sitio* (2018). Además, es autor de novelas como *Lo que a nadie le importa* (2014) y *La mirada de los peces* (2017), del breve ensayo biográfico *Calomarde. El hijo bastardo de las luces* (2020), de una autobiografía novelada sobre su relación con la enfermedad, *La piel* (Alfaguara, 2020), y *Un tal González* (Alfaguara, 2022). Es columnista del diario *El País* y colaborador de Onda Cero Radio, entre otros medios. Sus obras han aparecido en inglés, italiano, francés, griego, alemán y chino, entre otros idiomas, y en más de quince países.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los alemanes

1. Fede
2. Eva
3. Fede
4. Eva
5. Fede
6. Berta
7. Fede
8. Berta
9. Fede
10. Berta
11. Fede
12. Eva
13. Fede
14. Eva
15. Fede
16. Ziv
17. Fede
18. Eva
19. Berta
20. Fede
21. Ziv
22. Eva
23. Fede
24. Eva
25. Ziv
26. Eva
27. Ziv
28. Berta
29. Eva
30. Fede
31. Eva
32. Fede
Una deuda y alguna gratitud
XXVII Premio Alfaguara de novela

Créditos
Sobre este libro
Sobre Sergio del Molino